FUEGO Y METAL 2

Light Wielder

RACHEL SCHNEIDER

CROSS BOOKS

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Capítulo 1. Acker

Capítulo 2. Acker

Capítulo 3. Jo

Capítulo 4. Jo

Capítulo 5. Acker

Capítulo 6. Acker

Capítulo 7. Acker

Capítulo 8. Jo

Capítulo 9. Jo

Capítulo 10. Jo

Capítulo 11. Acker

Capítulo 12. Jo

Capítulo 13. Acker

Capítulo 14. Acker

Capítulo 15. Jo

Capítulo 16. Acker

Capítulo 17. Jo

Capítulo 18. Jo

Capítulo 19. Acker

Capítulo 20. Acker

Capítulo 21. Jo

Capítulo 22. Acker

Capítulo 23. Jo

Capítulo 24. Acker

Capítulo 25. Jo

Capítulo 26. Jo

Capítulo 27. Jo

Capítulo 28. Acker

Capítulo 29. Acker

Capítulo 30. Jo

Capítulo 31. Jo

Capítulo 32. Jo

Capítulo 33. Acker

Capítulo 34. Jo

Capítulo 35. Jo

Capítulo 36. Jo

Capítulo 37. Acker

Capítulo 38. Jo

Capítulo 39. Acker

Capítulo 40. Jo

Capítulo 41. Jo

Capítulo 42. Acker

Capítulo 43. Acker

Capítulo 44. Jo

Capítulo 45. Acker

Capítulo 46. Jo

Capítulo 47. Jo

Capítulo 48. Acker

Capítulo 49. Acker

Capítulo 50. Jo

Capítulo 51. Jo

Capítulo 52. Acker

Capítulo 53. Acker

Capítulo 54. Jo

Capítulo 55. Acker

Capítulo 56. Jo

Capítulo 57. Jo

Capítulo 58. Jo

Capítulo 59. Acker

Capítulo 60. Jo

Epílogo. Messer

Agradecimientos

Créditos

Light Wielder
Fuego y metal 2

Rachel Schneider

Traducción de Cristina Carro



A mi marido, por su amor infinito y su apoyo mientras persigo mis sueños

Acker:

Mientras tú estabas conteniendo a las fuerzas de Roison en el este, yo acabo de recibir noticias de que Kai y su padre, junto con todos los alaha, han alcanzado las playas de arena negra de sus costas. Tu ejército pronto quedará en inferioridad numérica. Lo sabes tan bien como yo. Y vas a recurrir a tus aliados más cercanos y los únicos que te quedan, los strou del norte de ambos territorios, al otro lado del golfo, si es que no lo has hecho ya.

Esta carta es para pedirte que no lo hagas.

No puedo permitir que los strou lleguen a tu tierra y mi pueblo no ha hecho nada para merecer daño alguno. Entiendo que esta es una petición de peso, teniendo en cuenta nuestra tensa relación, pero sería negligente por mi parte no abogar por los míos. Creo que, si estuvieras ante el mismo dilema, harías lo mismo.

Dioses, todavía no entiendo cómo hemos llegado hasta aquí.

Los dos últimos años se me han hecho interminables. Y, aun así, la vida sigue avanzando. A veces pienso en quitarme las piedras mangi, por si acaso tú has hecho lo mismo y puedo asomarme a tu mente. Pero entonces recuerdo lo que ocurrió la última vez que lo hice y me convenzo de que es mejor no intentarlo.

Si eres incapaz de ver que tu padre gobierna de forma tiránica, entonces estaba equivocada contigo y no mereces la corona más de lo que la merece él. Consideraré cualquier ataque contra mi pueblo como un ataque directo por tu parte y enviaré al ejército de Maile a por vuestras dos cabezas.

Jovie

Levanto la pluma del pergamino y suelto un suspiro de frustración.

Estoy perdiendo el tiempo. No hay ninguna razón para que Acker se plantee perdonar a Maile cuando su pueblo está hecho jirones por

culpa de mi traición. Esta carta no serviría para nada más que para humillarme.

Abro la portezuela de la lámpara de mi escritorio, acerco una esquina del pergamino a la llama y observo cómo el fuego avanza lentamente por el papel.

Una líder mejor la enviaría. Salvaría a su gente por cualquier medio necesario, incluso a costa de su orgullo.

Pero voy a necesitar el poco que me queda para liderar un ejército y defender mi territorio, y no puedo hacerlo si Acker rompe el último hilo de esperanza que mantiene entero mi corazón y rechaza mi propuesta.

Prefiero enfrentarme a la muerte.

Capítulo 1

Acker



—¿A dónde demonios va?

Hallis se gira desde su puesto de vigilancia en la cima de la escalera frente a las puertas del palacio y recorre con la mirada mi figura a medio vestir, con una ceja arqueada.

—Dicen que tiene compañía femenina esperándolo en la cabaña del sur.

Termino de abotonarme la camisa mientras bajo el resto de los escalones hacia el carruaje.

—Padre —llamo.

Se gira, mientras se ajusta los guantes en las muñecas, con la sonrisa firme a pesar de mi evidente disgusto.

—Hijo, ¿dónde están tus zapatos?

—Tyreek ha convocado una reunión urgente. Todo el consejo está esperando mientras hablamos.

—Tengo algo importante que atender. Estoy seguro de que no es nada que no puedas manejar sin mí —dice mi padre.

—No lo verán así —replico.

La expresión serena de mi padre no cambia.

—Entonces convéncelos.

Me da un toque en la mejilla. El gesto pretende ser conciliador, algo que ha hecho desde que era niño, y resulta condescendiente como el demonio. Harold, el cochero, mantiene la puerta abierta mientras mi padre entra en el carruaje. Él, al menos, tiene la decencia de aparentar arrepentimiento.

Observo, junto con los cadetes que están en el patio, cómo los caballos oscuros desfilan con el vehículo hacia las puertas del palacio.

Increíble.

Los pasos de Hallis se acercan y su mirada se dirige al cielo.

—Todavía es extraño ver el muro libre de buitres.

Mis ojos se fijan en los parapetos donde solían posarse las aves.

Cuando Jovie y su cambiante, Messer, huyeron del palacio tras matar a todos los miembros del consejo de mi padre, se detuvieron el tiempo suficiente para desarmar a los soldados de la puerta y, mientras los pájaros se dispersaban en el cielo nocturno, Jovie se situó bajo aquella verja de hierro y desató su magia. Un rayo de luz ardiente tan brillante que tuve que proteger mis ojos desde mi lugar en el balcón. Rompió las cadenas de hierro que mantenían las jaulas en alto, provocando que los recintos con los cuerpos de los prisioneros del rey cayeran al suelo con un ruido desafiante.

Fue la menor de sus transgresiones, considerando los suelos empapados de sangre del comedor, pero de algún modo la más condenatoria para la corona de mi padre. Mandó un mensaje al pueblo: la princesa de Maile no aprueba la opresión de quienes nacen con magia.

Desde aquel día, hace casi cuatro años, el nombre de Jovinnia se susurra en callejones oscuros y salas traseras de tabernas. La otrora temida portadora de luz se convirtió en un faro de esperanza en la ciudad para quienes tienen magia. Al parecer, una semilla oculta de rebelión había estado fermentando en la ciudad de mi padre y las

acciones de Jovie fueron el agua que necesitaba para crecer. La gente no tardó en atreverse a actuar. Estallaron protestas; las piedras mangi de los collares que los portadores de magia habían tenido que usar quedaron esparcidas por las calles o reducidas a polvo bajo las hordas de pies que iban avanzando. Comenzaron a exigir cambios; a liberarse de la opresión. La imagen del cuerpo ahorcado de mi padre pintada en las paredes exteriores del palacio sigue viva en mi mente. La cuerda que rodeaba su cuello era del mismo naranja moteado que las piedras mangi.

Las jaulas nunca volvieron a colocarse.

La voz de Hallis llama a los cadetes que aún permanecen en el patio.

—¡Dejad de mirar! Volved al trabajo.

Los rostros jóvenes de los chicos me revuelven el estómago.

—Ordena a Imen que se encargue del entrenamiento y que informe en la sala de guerra —le digo a Hallis mientras lo paso de largo—. Y que una criada traiga el mejor vino que puedan encontrar en las bodegas. Y algo de comer. Tal vez eso ayude a suavizar la ausencia de mi padre.

—Lo dudo —murmura Hallis mientras se gira para obedecer.

Subo la escalera de dos en dos, vuelvo a entrar al palacio, subo al cuarto de invitados y arreglo rápidamente la ropa desordenada para ocultar cualquier evidencia de mi presencia. Lo último que necesito es que las criadas murmuren sobre mi estancia en un dormitorio diferente al mío. Recupero el collar de piedras mangi de la mesita de noche. En mi prisa por intentar impedir que mi padre saliera de la ciudad, lo había olvidado. Un descuido.

Por mucho que desprecie las piedras moteadas, cumplen una función vital, ya que proporcionan comodidad a los señores designados del consejo al amortiguar mi magia en su presencia. Algunos tienen dones, pero ninguno puede rivalizar con la letalidad del mío y eso los pone nerviosos. Más importante aún, las piedras impiden que mi vínculo me espíe.

Me las coloco alrededor del cuello, de forma que los extremos cuelgan sobre las solapas. Son pesadas y la forma en la que ahogan mi magia es agotadora. Un recordatorio constante de su traición.

No es que espere que Jovie use el vínculo para espiarme. Solo lo ha hecho una vez desde su partida, que yo sepa..., y estoy seguro de que aprendió la lección a la primera. Me aseguré de ello.

Me pongo los zapatos y me dirijo a la sala de guerra, respiro hondo antes de entrar. Preferiría enfrentarme a un ejército de hombres del doble de mi tamaño antes que tratar con el consejo, pero, en fin, aquí estoy. El sustituto de mi padre.

La conversación se detiene cuando entro, todas las miradas se vuelven hacia mí. La araña suspendida sobre mi cabeza alumbra el mapa bélico en el centro de la sala, que, en tiempos de guerra, se mantiene con luz a todas horas, por si hay asuntos urgentes. Aunque el mapa está completamente iluminado, esa luz nunca alcanza del todo las paredes, dejando las esquinas ensombrecidas.

Lord Draken habla primero.

—¿Dónde está el rey?

—No asistirá —digo, dirigiéndome a los otros catorce hombres—. Vamos a comenzar.

Tyreek, el último en aceptar un asiento en el consejo recién designado por mi padre, se inclina hacia delante y agarra el borde de la mesa.

—Recalqué la importancia de que tu padre estuviera presente cuando solicité esta reunión.

El formidable hombre no se altera con facilidad. Tras servir en el ejército de mi abuelo cuando era niño, volvió a su vida en la granja familiar en las afueras de Kenta. Ha soportado sequías y lidiado con algún que otro trol que invadía sus tierras antes de que yo lo convenciera de sentarse en el consejo de mi padre, así que la frustración marcada en su rostro me pone los pelos de punta.

—¿Qué sucede? —pregunto.

—Hemos tenido que retirarnos del frente.

Me acerco a su posición rodeando la mesa.

—¿Dónde?

Señala las afueras del norte de sus tierras, donde las planicies de cultivo se convierten en colinas rocosas.

—Roison ha empujado a mis hombres al valle.

No es lo ideal, pero podría ser peor. El terreno se estrecha y dificulta que cualquier batallón maniobre. Mi verdadera preocupación es la cosecha de trigo más allá del pequeño fiordo. Con la ayuda de las fuerzas de Alaha, podrían destruir nuestro suministro de comida y dejar al batallón sin recursos.

Miro a Hallis.

—¿Cuántos hombres podemos destinar de los puestos cercanos?

Él ya está negando con la cabeza.

—Estamos distribuidos a lo largo del frente para cubrir el aumento del movimiento de tropas de Roison. Sería un desperdicio sacar hombres de áreas más vulnerables solo para salvar un batallón.

Vuelvo la mirada hacia Tyreek.

—¿Números?

—Cinco mil nuestros contra treinta mil de Roison. —Arrastra la mano por el tablero—. Si toman el valle, pueden estar en las murallas del palacio en unas pocas semanas.

Hallis se mueve inquieto.

—Solo atravesar el paso estrecho, les llevaría semanas a los treinta mil hombres de Roison. Meses, si las tormentas de fin de verano llegan temprano. —Su tono es de disculpa, claramente odia tener que votar en contra de Tyreek.

—Lo más probable es que mueran en el intento antes de que consigan abrirse paso —convengo.

A juzgar por las caras de los hombres, no están nada satisfechos con nuestra conclusión. Están preocupados. Si Roison lograra que sus fuerzas pasasen a través del fiordo, sentaría un precedente terrible. Ser los primeros en perder terreno nunca es buena señal.

—¡Basta de estupideces! —Lord Paul estampa el puño cerrado contra la mesa, haciendo temblar las piezas del mapa. Es uno de los pocos de esta sala que tiene sangre noble y el desgraciado actúa como si eso le confiriera a su opinión más peso que a la de los demás señores de baja cuna aquí sentados—. No he aceptado este puesto en el consejo para recibir órdenes de dos críos que tienen una fracción de mi edad. Es insultante.

—Sería menos irrespetuoso que el rey nos escupiera directamente a la cara —secunda otro.

Esto es lo que se me da mal. Aplacar a los ancianos, hacer de niñera en ausencia de mi padre. Se me da mejor el campo de batalla, donde puedo ver de verdad la diferencia que marco en esta guerra.

«Entonces convéncelos».

—¿Es que os habéis olvidado todos? —Miro uno a uno sus rostros insolentes mientras rodeo la mesa—. He luchado por mi tierra. He sangrado por ella. Por mi gente. Igual que Hallis. —Señalo a mi amigo, sin la mano izquierda desde la batalla que libramos siendo niños y, por tanto, sin don—. Nadie ha sacrificado más que él; el más joven de esta sala. ¿Cómo os atrevéis a cuestionar nuestra autoridad? ¿Nuestro conocimiento de lo que es estar en inferioridad numérica?

El silencio que sigue permite que mis últimas palabras queden suspendidas en la sala. Conocen nuestra historia de supervivencia, los relatos de lo mortal que resultó en el campo de batalla. Podrán cuestionar mi autoridad en ausencia de mi padre, pero no pueden cuestionar mi experiencia. Aunque la amarga verdad es que... cuestionan mi criterio porque he sido yo quien ha traído la muerte y la traición a Kenta. Puede que fueran las acciones de mi vínculo las que destrozaron la corte de mi padre, junto con las de mi hermana, pero, a sus ojos, bien podrían haber sido las mías.

Como era de esperar, Paul es el primero en atreverse a responder.

—¿Y dónde estáis vos ahora? —farfulla, haciendo tintinear más piezas—. De pie en esta sala, muy muy lejos de cualquier batalla de esta guerra.

—Como vos —replica Hallis con desdén—. Venga, tomaos otra botella, Paul. Todo un honor para vuestra gente.

El alcohólico abre la boca, tiene la cara roja de beligerancia, pero Tyreek lo silencia con eficacia poniéndole una mano en el hombro.

—No estoy cuestionando tu liderazgo, Ace —dice, usando el apodo que me pusieron mis camaradas—. Solo pido unos cuantos cuerpos para equilibrar el terreno de juego. Zion está ahí abajo.

Su hijo. Un hermano para mí y para Hallis. Uno de los cinco que compartimos la misma cicatriz.

Como la mitad de los hombres de esta sala, Tyreek no estaba preparado para sustituir al consejero anterior. A diferencia de ellos, no quería el cargo, pero yo sabía que su conocimiento militar y su honestidad serían valiosos para el consejo. Me costó mucho convencerlo y muchos viajes a su región para lograr que aceptara. Lo último que quiero es que sienta que estoy incumpliendo las promesas que le hice a él y a su familia. Juré a Tyreek que proveería a los suyos y a toda su región si aceptaba el título de consejero. Formada en su mayoría por granjeros, su comunidad ya se había sentido ignorada por mi padre tras una serie de inviernos duros, y dejar indefenso al batallón de Zion solo parecerá una confirmación de eso mismo.

—Decidle a Zion que disperse a sus hombres a terreno elevado —digo mientras deslizo los dedos por la ladera—. El paso no permitirá que avancen más de unos pocos cientos de hombres a la vez. Deberían poder abatirlos desde arriba. Desviaremos el siguiente contingente de tropas en cuanto esté listo.

Tyreek acepta el plan con una leve inclinación de cabeza.

Seguimos recopilando cifras por región. En total, tenemos diez mil hombres menos, cuatrocientos caballos menos y necesitamos sanadores con urgencia. Nuestras cosechas y recursos se están agotando.

La guerra tardó dos años en comenzar tras la traición de Jovie. Tal y como ella había insistido en que ocurriría, los alaha se unieron a las fuerzas de Roison en el este. Y gracias a su advertencia, pudimos reunir nuestro propio ejército en la frontera a tiempo de defender nuestra tierra de la invasión.

Pasó otro año antes de que nos viéramos obligados a ceder terreno a Roison. La gente es cada vez menos tolerante. No hay una sola familia que no haya enviado al menos a uno de los suyos a luchar. Muchos de esos hombres no han vuelto a casa en años. Muchos no volverán jamás. Pero, pese a todas las historias sobre los ejércitos de Wren, aún no he visto nada sin precedentes en su avance. Nada extraordinario ni digno de elogio.

Sin embargo, en el último año nos han superado cada vez más en número, y necesitamos desesperadamente más hombres tras dos

años de combates constantes.

Mis ojos se deslizan hacia las pequeñas naves de madera sobre la superficie del mapa, a lo largo de la extensión de agua que separa la tierra de Strou, nuestro único aliado, de la nuestra. La costa se curva en forma de media luna y el territorio de Maile actúa como una barrera impenetrable entre Strou y Kenta. El ejército de Evelyn ha interceptado cualquier ayuda que Strou haya intentado enviarnos. Aunque la reina de Maile se ha mantenido imparcial ante nuestra situación frente a Roison, los informes de las batallas en el mar del norte entre su flota y Strou han sido desastrosos y nada favorables para nosotros.

—Bru —digo mientras miro al único guerrero strou presente. Mirarlo es jodidamente espeluznante y casi duplica el tamaño de Hallis a su lado. Por qué el padre de Irina, rey de Strou, lo enviaría como regente escapa a mi comprensión—. ¿Alguna novedad en el golfo?

El gigantesco guerrero observa los marcadores y luego niega una sola vez con la cabeza.

—Un barco llegó a puerto hace seis días. Fue el único de los últimos siete enviados en las pasadas semanas.

Suelto el aire por la nariz y cruzo la mirada con Hallis. Hemos hablado hasta la saciedad de lo que significaría para la guerra una emboscada en la frontera más septentrional de Maile, pero ante la disminución de los suministros y las tropas, la recompensa de una acción tan drástica empieza a pesar más que el riesgo. Su expresión se mantiene, y una pregunta muda flota entre nosotros: «¿Estás seguro?».

Y yo asiento.

Señala la ladera donde Strou y Maile comparten frontera en el norte.

—Dividamos su atención —empieza, y el siguiente aliento en mi pecho se vuelve más pesado.

«Juro protegerla con mi último aliento».

El juramento de sangre que hice para proteger a Jovie me recuerda constantemente que debo mantenerme dentro de los límites de mi promesa y acepto la advertencia como tal. Aunque la

instrucción no va directamente contra mi vínculo ni es una orden mía, se acerca demasiado, para el gusto de mi magia. Le hago una seña a Hallis para indicarle que me marcho.

De pésimo humor, regreso a mi dormitorio y lo encuentro vacío, para mi alivio. Una bandeja con fruta y pan a medio comer descansa sobre la mesilla cercana a la cama, acompañada de dos copas de vino tinto a medio terminar. Me sirvo, vierto el vino restante en una copa y me la llevo a mi mesa de trabajo. Los libros están abiertos de par en par sobre la superficie y se desbordan hasta el suelo, donde pilas de textos abarrotan la mitad de la estancia. Doy un sorbo al vino y repaso los lomos con la esperanza de que alguno me llame la atención.

He pasado rachas de búsquedas obsesivas intentando encontrar una forma de romper el juramento, dedicando semanas, a veces meses, a escudriñar páginas de textos antiguos en un intento de descubrir un remedio. Cada vez que he creído hallar algo mínimamente prometedor, he enviado centinelas a conseguirlo. Hierbas de lo más profundo de los bosques de Roison, piedras raras halladas en los manantiales del oeste y sanguijuelas de las marismas del sur. Lo he probado todo y lo único que he obtenido a cambio ha sido una erupción rara y dolor de estómago.

Filósofos y científicos discrepan en sus teorías sobre los juramentos de sangre, pero el punto en común que comparten es la creencia de que la misma clave que creó el juramento es la que debe romperlo: la sangre. Pero, aparte de desangrarme, no parece haber una opción viable.

En cualquier caso, es un empeño inútil.

Nunca podré superar el juramento de sangre a menos que consiga erradicar el amor que aún siento por Jovie. Es una paradoja extraña, amarla y al mismo tiempo querer hacerle daño del mismo modo en que ella me lo hizo a mí. A veces me doy asco a mí mismo y la odio a la vez que echo de menos el tacto de su piel contra la mía.

Con juramento de sangre o sin él, Jovie siempre será mi mayor debilidad.

Capítulo 2

Acker



La cocina es el único lugar donde puedo almorzar sin que me atosiguen los que vienen preparados con sus demandas. Se quedan merodeando por los pasillos para intentar acorralarme. Siempre buscan imponer sus propios intereses y conseguir mi aprobación para enviar ayuda a sus tierras. Más soldados, más trigo, más armas. Me duele mentirles, sabiendo que su gente necesita ayuda. Pero, por los dioses, son buitres dispuestos a quitarle al vecino, si eso les da dinero extra para sus arcas.

El cocinero tiene un plato listo para mí. El pavo está seco y me trago un par de bocados de pan aún más seco. No satisface mucho mi estómago, pero le hago a Antony un gesto de agradecimiento con la cabeza mientras me levanto para marcharme. Sus habilidades culinarias no se comparan con las de nuestro anterior cocinero, Henry, que era un traidor de cuidado, así que me recuerdo a mí

mismo que debo estar agradecido de que, al menos, mi comida no esté envenenada.

Recorro los pasillos del servicio que se encuentran detrás de la cocina. Las mujeres están acostumbradas a que use sus pasadizos para salir del palacio sin ser visto. La mayoría son veteranas y apenas me prestan atención. Pero hay algunas chicas que ven mi breve aparición como una oportunidad para captar mi atención con blusas desabrochadas y faldas levantadas. Muchas de ellas serían capaces de cualquier cosa por la oportunidad de ser mi concubina, y me aseguro de evitar sus miradas mientras salgo por la puerta trasera del ala de servicio.

El cielo está cubierto de nubes que cuelgan como una acusación sobre la capital. Tras descubrir el escondite secreto bajo la biblioteca cuando Jovie estaba en la corte, indagué un poco más y encontré una serie de mecanismos de seguridad alrededor del palacio. Parece que los pasadizos ocultos tras las paredes no son los únicos secretos que guarda el edificio.

El aroma a vainilla dulce impregna el aire. El manto de enredaderas florecidas que cuelga sobre el lado norte de los muros del palacio fue plantado para disimular el olor a basura de la cocina. Pero bajo el follaje, escondida en un pequeño hueco, hay una puerta oculta. A nadie se le ocurriría acercarse a las hojas venenosas por miedo a las ampollas que la enredadera puede causar en la piel desnuda.

Me cubro con la capucha y me aseguro de que todo mi cuerpo está bien protegido antes de agacharme bajo las enredaderas. Coloco la palma sobre el cerrojo de hierro y tengo que concentrarme para abrir el mecanismo a causa de las piedras mangi que llevo alrededor del cuello. Aunque me dificultan usar todo mi poder mágico, consigo desbloquear la puerta y emerjo en el callejón trasero de los mercaderes.

Tengo cuidado de mantener el rostro oculto al pisar la calle. Podría enviar a un ayudante del palacio a hacer mis encargos, pero la confianza ya no es algo que otorgue a la ligera. Mi título ya no es suficiente para garantizarme tal lujo. Además, quiero hablar con mi amigo cara a cara.

La ciudad está en silencio. Pocas personas se aventuran entre los comercios y los restaurantes cerrados. La estatua de Madre Naturaleza se alza en la plaza central, seca. El agua que antaño fluía entre los dedos levantados de la figura hace tiempo ha dejado de manar. Los niños que solían jugar en la fuente no están y no recuerdo la última vez que escuché la risa de uno.

Hay una quietud que solo he sentido justo antes de entrar en batalla. Cuando el viento mismo parece temer lo que está por venir. Tan quieto como la respiración contenida de los soldados esperando la hora.

Solo cuando llego a la herrería, se rompe el silencio de la ciudad con el sonido de hierros golpeándose entre sí y los gruñidos de los trabajadores. Los hogares relumbran a ambos lados del patio, al entrar, y el fuego más grande arde en el centro, convirtiendo el espacio en un horno. En un instante, el sudor me cubre el cuello y la espalda mientras busco a mi amigo y camarada entre la bruma de humo. Encuentro a Wells dándole órdenes a uno de sus hombres para que retire una placa de hierro del fuego, con la piel ennegrecida por el hollín. Vuelve a golpear el arma sobre el yunque frente a él y no me ve hasta que estoy cerca. Entonces clava los ojos en mí, entre golpe y golpe de martillo.

Las chispas salen volando del metal fundido. Golpe tras golpe.

Inspecciona la espada antes de volver a meterla en el fuego.

—¿Sí? —dice.

—Quería ver si había novedades sobre el próximo envío de armaduras.

Usa el pañuelo del bolsillo para limpiarse el cuello y luego la frente. Es una batalla perdida, el sudor sigue corriéndole por el rostro.

—He recibido noticias de Dusty en Auden y dice que podrá igualar mi producción de quinientas piezas para finales de semana.

Auden está a cuatro días al este de aquí.

—¿Y Trey?

Niega con la cabeza.

—Su último lote de hierro lo interceptaron unos bandidos hace unas semanas. Aún espera materiales.

Joder. Los constantes indicios de una posible rebelión son otro problema.

—Se tardarán dos semanas más en llevar materiales a las líneas del frente —digo.

Un hombre grita pidiendo que lo atiendan y Wells mira por encima del hombro para asegurarse de que alguien lo haga, antes de que sus ojos vuelvan a mí.

—¿Algo más?

Lo miro extrañado por sus cortantes palabras.

—¿Va todo bien?

Resopla y niega con la cabeza, como si no creyera que le haga semejante pregunta, y me deja en medio del patio.

Estoy tan desconcertado por su reacción que me quedo paralizado mientras lo observo volviendo al hogar para echar carbón en la boca del horno. Me pregunto si debo dejarlo pasar y trato de convencerme de que es solo el estrés de la guerra, pero hay algo en su mirada que no puedo ignorar.

La ira me sube junto con la temperatura mientras me acerco a él.

—Si tienes algo que decir, dilo —exijo.

Ni siquiera me dirige una mirada.

—Hoy no tengo paciencia para complacerte, Acker. Vete a casa.

—¿Complacerme?

—Ya me has oído —dice mientras cierra de un golpe la puerta del horno y la asegura con el pestillo—. Cada pocas semanas bajas aquí y exiges más armas, más armaduras y más piezas, y cuando no están listas para ayer, actúas como si fuera inaceptable.

Se quita los guantes y se dirige a la puerta que lleva al resto de su casa.

Le sigo de cerca.

Lo primero que me alarma al entrar es el suelo sucio. Wells deja huellas de botas en el hollín mientras lo sigo al comedor. Dagas negras y espadas en distintas fases de creación yacen sobre la mesa.

Wells arquea una ceja ante mi gesto.

—¿Oh, no lo sabías? —Se quita el delantal y lo tira sobre el desorden—. Tu padre envió un carro lleno de piedra ígnea, hace

semanas, con órdenes de hacer tantas armas como pudiera.

Joder...

Las armas de piedra ígnea pertenecen totalmente a quienes las hacen. Quien forja el arma puede reclamarla en cualquier momento y lugar, y son letales contra un Heredero, capaces de matar la magia de alguien e impedir su curación, en tierra o fuera de ella. Y son extremadamente raras. Demasiado para extraer tantas sin un gran esfuerzo. Sin embargo, mi padre no ha dicho nada de aumentar la extracción...

Pero lo más preocupante es la cantidad de armas que Wells está fabricando. Al convertirse en herrero, hizo un juramento de sangre que le impedía reclamar un arma de piedra ígnea que le encargaran forjar. Y, aunque es habitual que el rey pida alguna que otra arma de vez en cuando, esta cantidad es inédita.

Vuelvo la mirada hacia Wells.

—¿Por qué no me lo mencionaste la última vez que estuve aquí?

Se encoge de hombros con desgana.

—Pensaba que lo sabías —dice y se dirige a la cocina.

Lo sigo y pregunto:

—¿Dónde está Olivia?

—La he enviado a casa de mis padres.

Eso explica su actitud. Wells y Olivia no han pasado más de un día separados desde que tenían dieciséis años. Y también explica el estado de su casa. Olivia estaría furiosa si viera el desastre en que se ha convertido.

Wells revisa los armarios y tira el contenido sobre la encimera. Tiene los hombros tan rígidos que la camisa le queda tirante sobre la espalda. Cuando encuentra una lata que le gusta, saca un cuchillo del cajón y la abre, dobla la tapa y se la vierte directamente en la boca.

Es entonces cuando noto lo delgado que se ha quedado.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste bien? —Ante su falta de respuesta, saco una cuchara del cajón y se la meto en la lata de guisantes antes de que se la lleve a la boca de nuevo—. ¿Qué pasa, Wells?

Coge el utensilio, aunque algo a regañadientes.

—Está embarazada —dice, con la boca llena.

Tardo un momento en procesar las palabras.

Olivia está embarazada. Vaya.

—Eso es... increíble, Wells. —Me aclaro la garganta para intentar ponerle más entusiasmo a la voz—. Felicidades.

Asiente, pero sin una pizca de alegría.

Estamos en guerra y no hay escapatoria. Como herrero real, tiene suficiente para cubrir comida y necesidades, pero está agotado. Ha pasado los últimos tres años reponiendo el arsenal militar que consumimos en una escasa fracción del tiempo que le lleva fabricarlo. No es un buen momento para traer un bebé a este mundo.

Es el peor momento posible.

—El bebé y ella estarán a salvo en las costas del norte —digo.

—¿Por cuánto tiempo? —Deja caer la cuchara en la lata ya vacía, pero sabe, igual que yo, que no puedo responder—. Olivia cree que, en su momento, Jovie te ofreció una tregua —dice, mirándome a los ojos.

—¿Ha hablado con ella? —pregunto mientras lucho por ocultar mi indignación. No responde, sabiendo que ni siquiera a él le toleraría una traición—. Si Olivia está conspirando con nuestro enemigo...

—Tu enemigo —me corrige, interrumpiéndome. Con ojos como metal fundido, me clava la mirada, retándome a terminar mi frase.

Aprieto los dientes para contenerme.

El dolor y la confusión le enturbian las facciones; los ojos se le ponen vidriosos mientras me sostiene la mirada.

—Nada de esto tenía por qué haber pasado —dice a la vez que niega con la cabeza—. Tantas vidas sacrificadas... ¿para qué?

Mi respuesta sale cargada de incredulidad.

—Quería la cabeza de mi padre.

En un instante estalla de furia y estampa la lata contra la encimera.

—¡Has salvado al hombre que me puso este collar al cuello!

Me quedo demasiado aturdido para reaccionar.

Nunca le he contado a Wells ni a Olivia el ultimátum que me dio mi vínculo.

Cada vez que intentaba sacar el tema, las palabras se me quedaban atascadas en la garganta, la verdad de lo que ocurrió aquella noche hace casi cuatro años. Con el tiempo, pensé que lo mejor era dejar la historia enterrada con los miembros muertos del consejo.

Pero, si soy sincero conmigo mismo, siempre he sospechado que no lo entenderían, tras haber expresado una y otra vez su descontento con el reinado de mi padre.

Se gira de forma abrupta y golpea el armario que tiene al lado, para descargar su frustración contra cualquier cosa, lo que sea, y no hacer algo irreversible. Como ponerme las manos encima.

Tras unos momentos de silencio, habla dándome la espalda.

—Sabes tan bien como yo que Maile podría haber aprovechado nuestra debilidad hace tiempo. —Cuando se gira, está un poco más calmado—. Saben que hemos trasladado a todos nuestros ejércitos a luchar en la frontera de Roison. Nada les impide invadir nuestras tierras, arrasar nuestras ciudades, joder..., invadir la capital..., pero no lo han hecho. —Sus ojos me suplican—. Tienes que haberte planteado el motivo.

Me lo he planteado hasta la saciedad. Nada en esta guerra tiene sentido. Evelyn ha tenido todas las oportunidades para hostigarnos desde el oeste y no lo ha hecho. Jovie contaba con lo necesario para provocar una rebelión dentro de las murallas de esta misma ciudad y nunca la puso en marcha.

Eso deja una única idea, amarga, que es la que más me enferma: que Jovie nunca haya tenido la intención de destruir la corona de mi padre ni a Kenta. Que haya seguido adelante con el plan de intentar matar a mi padre solo para complacer a su amante, el hijo de Wren. Kai.

Pero no creo que ahora sea el momento de contarle a Wells mis sospechas, ni que he ordenado el asedio de la frontera norte de Maile. Me debatí con esa decisión durante meses y, aunque Maile no nos ha atacado directamente, ha entorpecido la entrada de cualquier barco que intentara llegar hasta nosotros desde Strou. Nos faltan hombres, armas, comida y hasta la jodida cera para velas, por el

amor de los dioses, y es culpa suya que llevemos tanto tiempo estancados.

De todas las vidas que he arrebatado, ninguna me ha perseguido como las que quizá sacrifiqué por salvar a mi padre. Mi gente cae como moscas. Cuanto más se alarga esta guerra, más difícil resulta distinguir cuándo una decisión es la correcta y cuándo es simplemente la más fácil, pero de ningún modo voy a cargar yo con la culpa de las acciones de una sola chica.

Me atormenta el recuerdo del momento en que vi a mi vínculo con un puñal en la garganta de mi padre; el mismo puñal que yo llevaba en su maldito honor.

La voz de Wells interrumpe mis pensamientos.

—Es el mismo collar que algún día le pondrá al cuello a mi hijo, Acker.

—¿Qué estás diciendo? —pregunto mientras le sostengo la mirada —. ¿Que estás en mi contra?

Niega con la cabeza.

—Nunca estaré en tu contra, Ace —dice, llevándose una mano al pecho—. Te estoy pidiendo que, si puedes acabar con esta guerra, por el medio que sea..., por favor..., hazlo.

Wells me salvó la vida a los trece años, lanzándose delante de una flecha destinada a mí. Yo le devolví el favor al apartarlo de la flecha que siguió y aquello selló nuestro vínculo para toda la vida y más allá. Es algo inconmensurable.

Por eso me duele tanto oír su desesperación.

Inclina la cabeza en el gesto tradicional de lealtad de Kenta.

—Ya se ha derramado mucha sangre, pero... —Levanta la vista y vuelve a encontrar mi mirada, con un nuevo fervor en los ojos—. Es tu vínculo. Te escuchará.

Se me hunde el corazón.

—No es Olivia, Wells. No todas las vinculaciones son por un vínculo de amor.

Me dedica la peor mirada de todas: una decepcionada.

—Puedes mentirte todo lo que quieras, Ace, pero sabes tan bien como yo que podría haber hecho algo mucho peor. Eligió la guerra

antes que matar a tu padre porque tú se lo pediste. Si eso no es amor, no sé qué es.

Estoy demasiado agotado para discutir con él sobre el amor de mi vínculo por mí o la ausencia del mismo.

Me doy la vuelta para marcharme.

—Veré qué puedo hacer para conseguirte más hierro —digo mientras me alejo.

A diferencia de él, yo tengo una esposa que me espera.

Capítulo 3

Jo



Mantengo los ojos atentos a cualquier indicio de púrpura entre los cuerpos, pero el rojo del emblema de Strou parece ser el color predominante. Eso me hace sentir agradecida. Un soldado cercano coloca un pie sobre uno de los muertos y usa el impulso para sacarle del pecho el sable curvo con un chasquido húmedo. Las armas curvas tienden a quedarse atascadas cuando la sangre se espesa. Inspecciona la hoja antes de lanzarla a un carro cercano.

Al menos se vislumbra el final del campo de batalla. Se están revisando los últimos cadáveres esparcidos por el suelo en busca de equipo útil, mientras la guardia de noche apila los cuerpos caídos en un montón, listos para quemarlos. Se necesitan dos hombres para cargar a un solo guerrero de Strou. Bastardos gordinflones.

En las regiones del norte del continente, donde los inviernos rara vez ceden y se comen bueyes para desayunar, se crían los hombres más brutales. Si es que se les puede llamar así. Hombres. Las

cicatrices que les marcan los rostros, brazos y torsos les confieren un aspecto monstruoso. Una marca de piedra ígnea en la piel por cada vida que arrebatan.

Los he visto contarlas en medio de la batalla.

«Trofeos», los llamó el general Samasu.

Esta pelea en particular ha sido corta. Nada más que un altercado antes de dormir. Llevan meses jugando con nosotros desde que llegaron. Envían unos pocos cientos de hombres a la vez, a veces mil. El número de hombres con que nos emboscan varía siempre, así que nunca sabemos qué nos deparará el día.

No somos ingenuos respecto a sus tácticas. Buscan dividir la atención de nuestro ejército mediante un hostigamiento en intervalos aleatorios para distraernos de sus verdaderas intenciones: hacer llegar ayuda y hombres a Kenta a través del golfo. Sabíamos lo que estaban haciendo en cuanto recibimos aviso de que se habían visto guerreros strou en la colina que está justo más allá de nuestra frontera. Era de esperar, pero no lo ideal, ya que nos apresuramos a desplegar batallones por la extensión de terreno vecina, dividiendo así nuestros recursos. La comida y los suministros deben desviarse en dos direcciones opuestas. Cosas como comida y agua, así como catres, ropa y aceite.

Exhalo un soplo de niebla al suspirar. La noche se extiende en el horizonte, las estrellas ya son visibles mientras el cielo se tiñe de gris. Este año el invierno se acerca rápido y no me apetece afrontarlo. Mi madre me dijo que me acostumbraría al mordisco del viento y al olor del hielo en el aire, pero aún no ha sido así.

—No deberías estar aquí. —Miro por encima del hombro para encontrar la fuente de la voz exasperada. El general Samasu da una orden silenciosa a un soldado mediante un simple gesto, antes de prestarme toda su atención—. Necesitas descansar.

Me agacho a recoger una daga suelta.

—Habla por ti, anciano.

Fredrich, el soldado que está a su lado, arroja las armas requisadas al carro descubierto. He escuchado al escudero pronunciar apenas cinco palabras en los meses que llevamos aquí, así que cuando nota mi enfrentamiento con Sam, su leve sonrisa me

desconcierta. Especialmente considerando que entre él y yo no hay cariño alguno.

La primera vez que vi a Fredrich observándome fue en Maile. Acechando en los tejados u oculto en callejones. Siempre cerca, pero nunca demasiado. Cuando le mencioné a mi madre que un soldado me seguía, ella admitió haber hablado con Sam para que me pusiera protección. Para no disgustarla, acepté la escolta, pensando que la paranoia de mi madre disminuiría con el tiempo. Pero cuando me di cuenta de que el chico me había seguido hasta la frontera, me pareció demasiado y me aseguré sin rodeos de que supiera que debía mantenerse alejado de mí. Frente a mi ira, lo único que hizo fue mirarme con indiferencia.

Continúo mi inspección del campo de batalla y voy ahuyentando con las manos las moscas que me rodean, solo para que regresen momentos después. Son una molestia constante. Su zumbido nos ha seguido desde la primera batalla, como si supieran que la cena llegará si permanecen cerca el tiempo suficiente.

Los ojos de los muertos son su predilección.

Mi mirada se fija en el emblema púrpura que asoma por debajo de un strou derribado; se ve una porción de la mariposa dorada del emblema de Maile. Coloco mi pie bajo el cuerpo y aparto al pesado guerrero del hombre que hay debajo.

La respiración se me entrecorta en el pecho.

El rostro del joven me resulta familiar. Lo he visto por el campamento. El hijo de un granjero, creo. A menudo desviaba la mirada en mi presencia. Al principio pensé que era timidez, pero con el tiempo comprendí que intentaba ocultar su desdén hacia mí. Supongo que esa era su forma de ser amable.

Es extraño. Parece casi en paz, como dormido, si no fuera por la sangre escarlata que le salpica el rostro blanco como la leche. La mayoría de los soldados mueren con expresiones afligidas y los ojos abiertos como si su lucha continuara más allá del velo de la vida.

El dolor de mi pecho, en cierto modo, me resulta reconfortante, y doy la bienvenida a la sensación.

Levanto el brazo y hago señas para solicitar ayuda en la recogida de uno de nuestros camaradas caídos.

—Maile —grito.

Un soldado cercano deja caer sus armas y otro ya pisa el cuerpo a sus pies mientras se acerca a mí. Miro de nuevo al soldado de Maile y prácticamente dejo de respirar. Sus ojos están abiertos, vidriosos mientras me miran.

Vivo.

Está vivo.

Caigo de rodillas.

—¡Raina! —Sostengo con cuidado el rostro del soldado y le inspecciono las pupilas, luego el lento movimiento del pecho: su respiración es tan superficial que tarda demasiado en inspirar—. ¡Raina! —grito—. ¡Que traigan a Raina!

Escucho pasos que se acercan.

—Ya viene —me informa alguien.

Parece que pasa una eternidad antes de que la sanadora se arrodille al otro lado del soldado.

—Estoy aquí —dice, mientras sus ojos recorren ya el cuerpo, inspeccionándolo—. Quítale la armadura.

Mis dedos buscan los cierres a los lados de la coraza y Raina me ayuda a retirarla, apartándola a un lado. El aliento que me quedaba se evapora al ver la espada que le sobresale del abdomen. La hoja oscura y alargada de un hacha. Negra. Piedra ígnea.

Los ojos de Raina se encuentran con los míos y la resignación que hay en su mirada alimenta la llama constante de ira que se niega a apagarse en mi interior.

—Inténtalo —le ordeno—. Ponlo de lado.

No espero a que me ayude, agarro al soldado por las vestimentas y lo giro sobre su costado. Un gemido bajo escapa de él, pero Raina y yo nos quedamos mirando en silencio pétreo al ver su espalda: el hacha la atraviesa de lado a lado.

La voz de Raina trata de calmarme.

—Jo...

La ignoro mientras extraigo la hoja. La falta de sangre que sigue hace que se me caiga el alma a los pies de nuevo y, para cuando consigo dejar al soldado otra vez sobre su espalda para verle el

rostro, sus ojos ya se han vidriado: están sin vida. La mano que le coloco sobre el pecho no se mueve.

Muerto.

En cuestión de segundos, ha muerto.

Sentada sobre mis talones, observo al soldado. Ya no duerme en paz; sus ojos están abiertos y asustados.

He desperdiciado sus últimos momentos intentando salvarlo, cuando debería haberle ofrecido consuelo.

¿A quién quiero engañar? Probablemente, en este momento me esté maldiciendo en su viaje hacia el otro mundo.

Parpadeo al mirar hacia arriba y me doy cuenta de que estamos rodeados de nuestros soldados. Sus rostros son un torrente de lástima y enfado como el mío, pero algunos parecen indiferentes: han visto suficiente muerte como para permanecer insensibles.

Un destello de cabello dorado aparece cuando Sam se abre paso entre ellos mientras les hace gestos con la mano para que se dispersen.

Me obligo a ponerme en pie.

—Vamos —le digo, junto a los pies del soldado muerto—. Llevémoslo al carro.

Sam no habla mientras me ayuda a levantar el cuerpo. Lo llevamos hasta el carro que está cubierto y lo colocamos junto a los otros caídos. Sam retira el emblema del hombro del soldado y yo lo cojo, lo fijo al lateral del carro y lo aliso con el puño cerrado. Informará a las familias de la identidad de los soldados, cuando los transporten a la ciudad para que se reclamen y se entierren los cuerpos.

El recuento de hoy asciende a diecisiete. No está mal en comparación con otros días.

Sam me detiene apoyando una mano en la parte superior de mi brazo, cuando intento volver al campo de batalla.

—Por hoy has terminado.

Intento quitarme su mano de encima, pero no cede.

—Jovinnia —dice, usando mi nombre completo—. Ya has hecho suficiente.

La dureza de mi mirada se encuentra con la suya, del color del trigo, y me planteo ponerlo en su sitio; esa ira siempre presente en mi pecho está ansiosa por pelear.

Como si percibiera el fuego listo para brotar de mi boca, me suelta.

—El campo está casi despejado.

Miro hacia el claro y, efectivamente, los destellos de las llamas que comienzan a envolver a los muertos de Strou levantan una columna de humo gris hacia el cielo. Mi vista se desplaza hacia los puntos de humo en la distancia. En las colinas, nuestro enemigo se instala para pasar la noche. Sin duda pueden ver la evidencia de la cremación de sus compañeros.

Cedo y asiento, y Sam intenta, sin éxito, ocultar su alivio.

El agotamiento en el campamento es palpable cuando llego allí. Puedo sentir los ojos de mis hombres sobre mí mientras avanzo. Los mismos hombres con los que lucho, como y lloro. Era importante demostrar mi valía ante cada uno de ellos, esos hombres enviados a pelear en una guerra que yo he iniciado. Simplemente no había previsto la magnitud de la culpa que surgiría tras mis decisiones, ni lo pesada que se haría su mirada. Inclinan la cabeza en señal de respeto a mi paso y me niego a permitirme la tregua de desviar la mirada.

Las horas inmediatamente posteriores a la batalla siempre son silenciosas, pero esta noche hay algo especialmente opresivo en el silencio que rodea las hogueras del campamento. Como si la brevedad de la escaramuza consiguiera que la muerte de nuestros hombres resultara todavía más absurda. El campamento parece desierto en contraste con los puestos bulliciosos de la primera vez que lo levantamos, cuando apenas había espacio para caminar debido al hacinamiento.

Al menos, ahora, todo el mundo tiene una cama.

Capítulo 4

Jo



Dentro de mi puesto, me desabrocho la armadura del torso y relajo los hombros aliviada. La dejo caer junto a la puerta para que los asistentes se la lleven a limpiar por la mañana, y luego me quito las piezas de cuero empapadas de barro y sangre y las arrojo encima del metal. Al instante se me eriza la piel desnuda.

Una larga cadena de piedras mangi me rodea el cuerpo; una única tira se une al aro que llevo al cuello, cae entre mis pechos y vuelve a dividirse en dos bajo el esternón. Se apoya justo sobre la cicatriz que me dejó una flecha, en el lugar donde reside mi magia, antes de reunirse en la columna. El grillete requirió algo de ensayo y error hasta perfeccionarse, pero tiene la holgura suficiente para poder combatir con él sin dejar de amortiguar mi magia ni el vínculo al que está conectado.

Normalmente oculto bajo la ropa, el complejo entramado de piedras pesa poco más que una manzana en la palma de la mano,

pero de algún modo resulta más pesado que la placa de hierro que me ato al pecho cada día. La vergüenza de llevarlo nunca se atenúa, sabiendo que mi pueblo considera esos collares un símbolo de opresión. ¿Cómo se supone que debo liderar con fuerza y dignidad cuando el vínculo pende sobre mi cabeza? Necesito las piedras para impedir que el vínculo me arrastre a la presencia de Acker, o a él a la mía. Para proteger mi mente. Y mi corazón.

Agradezco la pequeña cantidad de agua limpia del lavabo y hago lo que puedo por asearme antes de volver a ponerme la ropa de faena. La litera del rincón me llama como las sirenas de las leyendas. Necesito dormir con desesperación, pero sé los horrores que me esperan si cedo.

Llevo mucho tiempo huyendo de mis pesadillas. Desde Kenta. Sueños en los que Kai le corta el cuello a Acker y tengo que ver cómo la vida se le escurre de los ojos oscuros y llenos de odio. Sueños en los que Acker intenta matarme y me despierto jadeando, arañando unas manos imaginarias alrededor de mi garganta.

Los peores, sin embargo, son los sueños buenos.

Como los recuerdos desenterrados de mi infancia robada, o de mi tiempo en Alaha con Kai y Messer. Cuando me obligan a revivir el tiempo que pasé con Acker. En el barco, en tierra..., en una cama blanda con sábanas limpias.

Buenos o malos, no quiero ninguno.

El frío me cala hasta los huesos y me envuelvo en un abrigo antes de dejarme caer en la silla del escritorio. Saco una cerilla de la caja que hay sobre la mesa, la rasco contra la madera y enciendo la lámpara de aceite, cuya luz baña el mapa de guerra extendido ante mí con un resplandor anaranjado.

Dirijo la atención al montón de pergaminos y a la carta que dejé a medio escribir, pero la idea de hilvanar frases completas se me hace demasiado cuesta arriba ahora mismo. En su lugar, cojo el libro que hay encima de la pila de textos y lo abro por la página donde lo dejé: «la reina Asa».

La última portadora de luz conocida no es un tema en el que me apetezca profundizar esta noche. Pensé que, si aprendía todo lo posible de la anterior reina de Maile, podría, no sé, aprender de sus

errores, pero cada vez que leo los relatos de su impetuoso reinado solo encuentro partes de mí misma dispersas por su historia. Por mucho que me diga que no soy vengativa ni cruel, no estoy segura de que no sea precisamente así como se vayan a percibir mis actos en el futuro.

De tener la oportunidad, volvería atrás y tomaría decisiones distintas.

Después de salir de Alaha con Acker, debería haber mandado a la mierda a Kai y a la rebelión en cuanto tocamos tierra. En lugar de ir al palacio de Kenta, debería haberle suplicado a Acker que viniera conmigo a Maile. Así él habría visto lo distintas que pueden ser las cosas sin sofocar la magia bajo el yugo tiránico de su padre. Quizá todo sería diferente.

Intento ser un poco indulgente conmigo misma, recordarme que era joven e ingenua y que desconfiaba de... casi todo el mundo, Acker incluido. Y tampoco es que él haya venido a buscarme jamás ni haya enviado ni un solo mensaje con un ave. Oscilo entre estar tan enfadada con él como conmigo misma. Si de verdad me hubiera amado como yo creía, nunca se habría casado con Irina.

Cierro el libro con un golpe, me inclino sobre la mesa y apoyo la barbilla en el puño, decidida a no dejar caer la cabeza. El mapa me devuelve la mirada casi burlón. Recorro con los ojos los terraplenes marcados entre las laderas. Los guerreros de Strou se han apretujado en muchas de las repisas rocosas, los alfileres cuadrados señalan sus posiciones conocidas. Me han dicho que, en algunas zonas, esos espacios no superan un palmo o dos de anchura. Son lo suficientemente arrogantes para esconderse a plena vista. Siempre observándonos, sabiendo que no podemos combatirlos en su terreno.

Un terreno demasiado alto. Demasiado expuesto.

Sam me ha contado historias de batallas que duraron años, guerras que se prolongaron durante décadas, y ruego a los dioses no tener que ver algo así en mi vida. Estoy desesperada por que esta guerra termine y aún no ha empezado de verdad. No del todo, al menos. La frustración me hace barrer la mesa con el brazo, tirando las piezas, que se dispersan por el suelo.

Oigo pasos fuera del puesto. Son soldados que regresan del campo de batalla. Esperaba que la guerra fuera ruidosa, y lo es en el fragor del combate, pero ¿después? El silencio amortiguado duele.

Siento la cabeza muy pesada.

La dejo caer en el hueco del brazo, cierro los ojos y escucho el paso regular de la guardia nocturna. De algún modo me reconforta. Como el vaivén del océano. Y, al cabo de un rato, casi puedo oler el agua salada. Saborearla en el aire.

Es uno de los peores sueños. De los que sacan a la superficie las emociones que me esfuerzo por enterrar en lo más hondo a cada instante de la vigilia. Cuando mi inconsciente se niega a dejarme escapar de los verdaderos deseos de mi corazón.

Uno de los mejores.

«Vas a echar esto de menos», dice Acker.

Me cuesta horrores mirarlo.

«Y una mierda».

Sonríe hacia el cielo, con los ojos aún cerrados, y observo cómo una gota de agua le desciende por la línea de la garganta. Acabamos de darnos un baño de media tarde y, de algún modo, me ha convencido para tumbarme con él en cubierta. Tiene una obsesión rara con mis hábitos de sueño. Con la mejilla apoyada en el interior de su brazo, cierro los ojos y acepto mi destino.

«Lo harás», insiste. Su pulgar traza círculos perezosos en la parte posterior de mi brazo.

Es tan agradable.

«Llegará un día en que no tengas que matar a ningún hombre».

La confusión atraviesa mi somnolencia.

«¿Qué acabas de decir?».

De pronto, el suave balanceo del barco se detiene.

«Te preguntarás qué te pasa —continúa, con una voz que es como un bálsamo para mi alma—. Porque ¿cómo no ibas a echar de menos la sensación de deslizar la hoja en la carne de otro hombre?».

Algo no va bien.

Abro los ojos y me lo encuentro mirándome. Ojos oscuros, suaves y adormilados a la luz del día.

«Somos malas personas, Jovie —dice, con los dedos bailando entre mi pelo—. Está bien admitirlo».

Tras un instante de consideración confusa, pienso... «quizá tenga razón». Mientras me relajo aún más contra su costado, me dejo llevar por el calor de su cuerpo y por el sueño que me tira de los párpados.

Entonces algo me arranca del sopor.

—¡¿Qué cojones, B?!

Parpadeo y veo a Messer mientras recupero la consciencia. Estoy en mi barracón, sentada al escritorio, con una daga clavada a un suspiro de los dedos de Messer, apoyados planos sobre la mesa.

No en un barco en mitad del océano.

Saco la daga de la madera y la dejo a un lado mientras me incorporo, limpiándome la baba de la mejilla.

—¿Por qué te acercas a hurtadillas?

—Casi me arrancas un dedo —dice mientras se examina la mano con un gesto ofendido.

Hago un ademán para restarle importancia.

—Seguro que se te habría regenerado la próxima vez que cambiaras de forma o algo así.

Me mira con horror absoluto.

—Eso no funciona así.

¿Cómo voy a saberlo? No me transformo en una criatura alada en mis ratos libres.

Examino su figura a medio vestir.

—Me alegra que esta vez hayas encontrado pantalones.

—Se los birlé a un pobre desgraciado de un par de puestos más allá. Se llevará un disgusto cuando se despierte.

Definitivamente no quiero saber si los llevaba puestos cuando Messer se los robó.

—¿Qué haces aquí? No te toca informar hasta dentro de otra semana.

Su expresión se vuelve más seria y el vello de la nuca se me eriza.

—¿Qué pasa?

Tarda un momento en hablar, pero la pausa es lo bastante larga como para que ya sepa lo que va a decir.

—Kai ha enviado un aviso esta mañana. He volado directo hasta aquí.

Se me revuelve el estómago y trago saliva para contener las náuseas.

—¿Roison está listo para invadir Kenta?

Asiente, solemne.

—Sí.

Era solo cuestión de tiempo, pero eso no hace que la noticia sea más fácil de digerir.

Messer percibe mi abatimiento y se acerca.

—B...

Me levanto para esquivar su mano y me agacho a recoger las piezas de madera que tiré al suelo antes.

—¿Necesitas un lugar para dormir? —le pregunto mientras intento reunirlas todas de una pasada, fracasando.

Suspira antes de arrodillarse para ayudarme.

—Me vendría bien una noche de descanso antes de volar de vuelta.

Cuando reunimos todas las fichas, las dispongo de nuevo sobre el mapa y me dejo caer en la silla.

—Quédate con la cama. Tengo cartas que contestar.

Se apoya en la mesa.

—Tú también necesitas dormir. Tienes una pinta horrible.

Lo fulmino con la mirada.

—Tú sí que tienes una pinta horrible.

Baja la vista hacia su torso desnudo, que, objetivamente, está muy bien, antes de entrecerrar los ojos al mirarme.

—Somos amigos, B. No nos mentimos.

Mis ojos se enganchan en la V tallada bajo su clavícula donde la cicatriz destaca con crudeza contra el resto de su piel intacta, antes de darle una palmada en el estómago para que se mueva.

—Si no le escribo a mi madre al menos una vez al día, enviará a la caballería a buscarme.

Eso consigue aflojar la tensión en torno a su boca.

—No lo dudo.

—Quédate esta noche —le pido—. Descansa.

Respira hondo mientras inspecciona mi espacio.

—¿Seguro que no podrías encontrarme una utilidad mejor aquí?

Messer odia estar atrapado en tierra firme, pero la culpa por no seguirme a la batalla le pesa todavía más. A pesar de que le insisto constantemente en que estoy bien sin él, lo menciona cada vez que viene a informarme.

—Drake me haría la vida imposible si te sacara de su grupo.

—Siempre me pone a hacer guardias.

—Por una buena razón, estoy segura —digo con una sonrisa sincera—. Por favor, devuelve los pantalones antes de irte por la mañana.

Pone los ojos en blanco, sonriendo.

—Como deseéis, mi...

Le lanzo uno de los alfileres de madera a la cara.

—Ni se te ocurra.

Su risa llena el barracón y se deja caer boca abajo sobre mi camastro, enterrando la cara en la ropa de cama con un gemido de satisfacción.

Capítulo 5

Acker



El mensajero desliza el pergamino enrollado en mi mano, asiento y lo despido tan rápido como ha aparecido. Echo un vistazo al salón comedor en dirección a mi padre. Está profundamente concentrado en una conversación con Paul en la sala abarrotada. Parece que el señor de alta cuna ha logrado engañar a mi padre para que se tome una copa esta noche, a pesar de su paranoia ante la posibilidad de que lo vuelvan a envenenar. Por el rubor de sus mejillas, se puede asumir con seguridad que ambos están sintiendo los efectos del vino.

—Pobre desgraciado —comenta Hallis tras su propio cáliz, antes de beber un sorbo.

Sigo su mirada y la fijo en el catador real de mi padre, que se balancea en la esquina. El pobre chico no es rival para la potencia del vino del palacio. Al menos, no para la cantidad que Paul suele consumir.

Le doy la espalda al salón, con una mano apoyada en la repisa de la chimenea, para que nadie note el disgusto que lucho por ocultar. Hace menos de una hora que abandonamos la sala de guerra, tras escuchar un informe devastador de bajas en la frontera. Hemos perdido diez mil hombres más y las fuerzas enemigas han empezado a ocupar un importante pueblo minero. Estamos quedándonos sin carbón y un tercio de nuestras reservas de grano se ha echado a perder por no haberse almacenado correctamente en la bodega.

Y aquí está el consejo, comiendo y bebiendo a su antojo, sin preocuparse por las noticias del día. También estaban extrañamente tranquilos en la reunión. Como si el simple hecho de estar en presencia de mi padre calmara sus mentes consentidas. Él ha estado inusualmente disponible estas últimas semanas y eso ha servido para tranquilizar los ánimos de todos los miembros del consejo.

Bueno, todos salvo Tyreek, Johannes y Daz. Se sientan solos al final de la mesa, sin una miga de comida ni una gota de bebida frente a ellos. A juzgar por sus expresiones, están tan incómodos como yo con la atmósfera alegre y la embriaguez de los demás miembros del consejo. No son de noble cuna. Uno podría vivir dentro de estos muros y permanecer completamente ajeno a las tragedias que le ocurren a nuestra propia gente. Pero estos tres..., ellos sí saben el precio.

Hallis inclina su cuerpo más cerca y crea una barrera contra miradas curiosas mientras me enderezo desde la repisa y despego el sello de cera roja del pergamino.

Mis ojos recorren las palabras antes de arrugarlo en el puño.

Hallis permanece en silencio, esperando que revele el mensaje.

Tardo un momento en recomponerme.

—Los maile han hundido un tercio de la flota de Strou en el golfo, en una emboscada.

Hallis se mueve ligeramente para revisar los alrededores en busca de posibles oídos indiscretos, antes de preguntar:

—¿Cómo?

Lucho por no apartar la vista de sus ojos mientras recito el mensaje palabra por palabra, la última, pronunciada como una maldición.

—Eyun.

La criatura mística lleva milenios extinta, pero hay un cambiante que sé que puede transformarse en la mortal ave devoradora de hombres. La mascota de Jovie: Messer.

Poco a poco, la comprensión se refleja en el rostro de Hallis y asiento, con la sangre helada a pesar del fuego que crepita a pocos metros.

—Joder —musita, con las manos en la cadera—. Tu padre va a estar insufrible cuando se entere.

Aunque la ira inicial de mi padre tras la traición de Jovie ha disminuido, los insultos que me lanzó todavía arden: «idiota enamorado, muchacho estúpido, necio». Con el tiempo, me ha pedido disculpas por haber sido tan duro en las semanas posteriores a aquel día. Incluso ha llegado a expresar su comprensión.

Una noche, tras tomar un licor en su salita, me puso una mano en el hombro y me dijo:

—¿Por qué crees que mantengo a Greta en la biblioteca? Mi vínculo me ha puesto a prueba una o dos veces, también.

Pero con su actual estado de embriaguez, lo último que quiero esta noche es poner a prueba la paciencia de mi padre.

Lanzo el pergamino a la chimenea.

Hallis y yo intercambiamos una mirada antes de separarnos en direcciones distintas. Paso junto a los guardias con casco, manteniéndome junto a la pared de vitrinas para evitar una atención no deseada. Estoy a pocos pasos de la salida del salón cuando escucho, detrás de mí, el tono reprensor de la voz de mi padre.

—Hijo. —La palabra se pronuncia como un término cariñoso, pero no hay forma de negar la autoridad subyacente.

Me detengo y me vuelvo para quedarme frente a él.

—Padre.

—¿A dónde vas tan deprisa? —Se aleja del gentío, con los ojos repentinamente agudos a pesar de su estado de embriaguez.

—Me siento un poco indispuesto. —Me llevo una mano al abdomen—. Voy a acostarme temprano.

Su mandíbula se mueve mientras considera mis palabras. Organiza estas cenas como muestra de confianza para la corte de nobles y el

consejo. Nada es más importante que mantener la apariencia de control frente a nuestro pueblo.

«La gente nos observa para calibrar el estado de nuestro territorio. Nunca dejes traslucir tus verdaderas inquietudes».

Me pone una mano en el hombro.

—Un príncipe nunca debería dejar a su esposa sola con dignatarios en la corte.

El crujido de mis dientes me resuena en los oídos.

—Por supuesto.

Me vuelvo hacia la tarima y mis ojos se clavan en Irina. No ha abandonado su lugar desde que le aparté la silla al inicio de la cena. Perfecta, pulida, he llegado a preguntarme si su apariencia se debe a la dedicación y el cuidado, o si es una ilusión. Sin su collar, cualquiera de las dos opciones es posible.

El resentimiento hace que el collar que me rodea a mí me parezca aún más asfixiante.

Me acerco a ella. Juguetea con un trozo de queso entre los dedos antes de llevárselo a la boca. Sus ojos se encuentran con los míos mientras subo a la tarima y, al darse cuenta de que estoy allí por ella, se endereza en su asiento, siempre la imagen de una atenta sumisión.

Ambos sabemos la verdad.

—Esposo —me saluda.

Tomo nota de la cercanía de algunos dignatarios, chismosos ávidos de algún detalle para difundir entre las masas hambrientas. Nunca han llegado a aceptarla del todo y, en parte, soy responsable de su aislamiento.

—Esposa —respondo, arrastrando las palabras, con una media sonrisa para su deleite visual—. Espero que no os importe que nos retiremos temprano esta noche.

—¿Oh?

—Sí —digo, implorando que no se muestre difícil. Coloco una mano en el respaldo de su silla y me inclino sobre su hombro para hablarle mientras le muestro la otra mano vuelta hacia arriba—. Ahora mismo.

Le lleva un instante demasiado largo ceder, pero finalmente desliza su mano en mi palma.

—Como deseéis, alteza.

Sé que mi padre quiere exhibir a mi esposa en la gran entrada del salón para mantener la ilusión de una alianza fuerte con los strou, pero la conduzco por la salida trasera. No protesta mientras descendemos por la estrecha escalera hacia la cocina. El ruido de ollas y conversaciones se detiene cuando emergemos de la penumbra. Inclino la cabeza para disculparme y la insto a avanzar con una mano en su espalda.

Se sobresalta al contacto apenas estamos a solas.

—No hace falta que me empujes.

Me alegra que su máscara no se haya roto con testigos delante, aunque sabe, al igual que yo, que los sirvientes tienen la costumbre de espiar por las esquinas. Se ha vuelto más hostil en el último año y lo que menos necesito esta noche es que se corra la voz sobre otro enfrentamiento entre el príncipe y su esposa.

Parece recobrar la cordura y se suaviza un poco.

—Estar todo el día en la corte me ha puesto nerviosa —murmura mientras esboza, incluso, una leve sonrisa.

Su cambio de actitud es alarmante, casi como si quisiera compadecerse de mí. No recuerdo la última vez que la vi sonreír de verdad, y mucho menos conmigo. Pero cuanto más la observo, más me recuerda a la chica que cortejé en Strou. Es como si hubiera pasado una vida desde entonces. Cuando quería que este matrimonio funcionara; no solo por nuestros territorios, sino por nosotros. Por ella.

Irina siempre ha sido débil. Demasiado débil para la nobleza. Sus padres la protegieron demasiado, haciéndole un flaco favor. Visité su territorio tantas veces como pude para cortejarla, para construir una relación entre ambos. En ese entonces, esperaba con ansia esas visitas. Me permitía tomarme un descanso del ejército sin tener que regresar a la capital. Eran semanas en las que nadie venía a pedirme respuestas, en las que no tenía los ojos vigilantes de mi padre clavados en la nuca.

Pero la chica con la que daba largos paseos, con la que compartía miradas furtivas frente a sus padres, ya no existe. La chica que se iluminaba con los gestos más simples, como recibir bombones o un beso en la parte más suave de su mano, desapareció el día que declaré mi intención de casarme con Jovie en vez de casarme con ella. Lo hice frente a toda la congregación durante la cena de celebración del regreso de Jovie y, desde entonces, Irina nunca ha vuelto a ser la misma. Todo el afecto que sentía por mí murió, al igual que la amabilidad de su corazón.

Un destello de culpa surge en mi mente, pero, tan rápido como aparece, se va, y continúo hacia mi dormitorio.

Su resoplido de molestia resuena contra las paredes.

—¿Volvemos al silencio castigador?

No caigo en la provocación.

—Eres un verdadero desgraciado, ¿lo sabías?

Como mi padre, ella también necesita encontrar nuevo material.

—... dormir de nuevo en su habitación y fingir que no existo...

Ya estamos.

—... sirves para nada, imbécil arrogante...

Discutible.

—... padre que lo has estado siguiendo.

La puerta del dormitorio ya está a la vista cuando sus últimas palabras me alcanzan. Me detengo y me vuelvo despacio.

—¿Cómo has dicho?

Su pecho se eleva con cada respiración.

—He dicho —escupe mientras avanza hacia mí a zancadas— que le diré a tu padre que ordenas que lo sigan cada vez que sale del palacio.

Antes de que ella pueda parpadear, tengo la mano cerrada alrededor de su garganta, su espalda clavada contra la pared. Con las pupilas dilatadas y las uñas arañándome inútilmente la muñeca, su altanería se evapora. La verdadera Irina está asustada. Y desesperada, caigo en la cuenta mientras lucha por contener las lágrimas.

—¿Qué estás haciendo, Irina?

—Quiero irme —dispara—. Salir de este matrimonio y de este palacio lleno de imbéciles santurrones sometidos al yugo de tu padre, por todos los dioses...

Le tapo la boca con la mano.

—¿Estás intentando que te maten? —siseo.

Pero sigue gritando palabras ahogadas contra mi mano y me veo obligado a levantarla, rodearle la cintura con el brazo y cargar con ella los últimos pasos hasta nuestro dormitorio. Se revuelve todo el camino y, cuando cierro la puerta de una patada, la suelto con un gruñido de frustración.

—Deberías tener más cuidado al usar el nombre de los dioses en vano, porque puede que acaben de librarte de una ejecución.

Su rostro se contrae; la ira da paso a la desesperación.

—Por favor —suplica—. Déjame volver a casa.

—¿Dónde está Wesley?

Al mencionar a su amante, la humedad que le llenaba los ojos por fin se desborda.

—No lo quiero. —Me agarra la camisa con ambas manos y las piedras mangi se le enredan en los puños mientras habla atropelladamente—. Les diré a mis padres que anulen el matrimonio si no me dejas marchar.

—¿Con qué pretexto?

—Que mi marido se niega a engendrar un heredero.

No puedo evitar que se me escape una carcajada.

—¿Crees que me importa lo que piensen esos estúpidos beatos? —La agarro por las muñecas y aprieto hasta obligarla a soltarme—. Valen tan poco como tu dote.

Mis palabras no hacen sino avivar su desesperación frenética.

—Yo..., yo no te culpo por estar vinculado, Acker. Lo único que quiero es volver a casa. Por favor, déjame volver a casa.

La voz se le quiebra en la última palabra y cierro los ojos. Todo este arreglo es una farsa y lo último que me apetece es consolar a la mujer que me ha complicado la vida aún más durante estos últimos años.

Pero aun así la estrecho entre mis brazos.

Sus lágrimas me empapan la camisa y hago una mueca.

—Vamos a la cama —le digo mientras le acaricio el pelo—. Te encontrarás mejor después de dormir.

Tarda un momento, pero al final cede y asiente contra mi pecho. La guío hasta la cama, perfectamente hecha. La habitación que antes era solo mía, antes de que mi padre me obligara a compartirla con mi esposa.

Algunas batallas se ganan rindiéndose.

Y parece que Irina ha entendido ese concepto, al menos por esta noche, cuando se despoja en silencio de sus galas y se desliza bajo las sábanas en ropa interior. Las lágrimas siguen rodándole por la cara y, cuando los churretones negros le cubren las mejillas húmedas, caigo en la cuenta de que quizá no sea su poder de influencia lo que afecta a su belleza, después de todo. Me observa cauta, con los ojos entornados, mientras los sollozos van apagándose.

—La única forma de contradecir la orden de mi padre de casarme contigo era repudiarte públicamente en favor de Jovinnia —le digo.

Es una disculpa..., en cierto modo.

Fue una decisión tomada desde la desesperación, como la mayoría de las que tomé cuando se trataba de Jovie, por vergonzoso que me resulte admitirlo.

Inclinado sobre ella, le limpio con los pulgares los surcos del maquillaje.

—Pero no vuelvas a amenazarme.

Las lágrimas le siguen resbalando por las sienes cuando se da la vuelta para apartarse de mí.

—Puedes ser muy cruel —susurra.

Lo sé.

Y no encuentro en mí nada que se parezca a la culpa.

Capítulo 6

Acker



El dormitorio de invitados está tal como lo dejé la última vez que estuve aquí.

Me desabrocho el cinturón de dagas del pecho y lo dejo sobre el respaldo del sillón de lectura. He ordenado a los sirvientes que no entren en esta habitación, pero siempre soy meticuloso con el estado en el que la dejo. Una fina capa de polvo cubre todas las superficies, incluido el escritorio donde, después de todo este tiempo, sigue el cuaderno de bocetos de Jovie.

Lo abro con cuidado, procurando alterarlo lo menos posible. La imagen de un caballo ganador me devuelve la mirada. Un semental con banda y corona, digno de una reina. Está bien hecho. Incluso es bonito. Un chiste privado que antes me parecía adorable. Ahora, cada vez que lo miro, solo siento amargura.

Pero lo que he venido a buscar es la bata que cuelga del canto de la puerta del armario. Me atrae como a un perro en celo; la saliva se

me acumula en la boca ante la anticipación del desliz. Cada vez que cedo me prometo que será la última, pero ya va siendo hora de dejar de mentirme mientras alzo la tela del lugar donde reposa. Paso el pulgar por su suavidad antes de llevarme su cuello a la nariz. Aspiro hondo. El aroma es tenue. Tan tenue que a menudo me pregunto si me estoy imaginando las flores silvestres y la sal llenándome los pulmones.

La desesperación es una droga letal.

Esta necesidad constante de verla no remite.

Si no la contengo, se vuelve tan fuerte que casi me incapacita, devorando cada instante de vigilia, cada pensamiento, cada segundo de cada maldito día..., hasta que cedo.

Antes culpaba al vínculo, pero hace mucho que he dejado de mentirme.

Vuelvo a colgar la bata en la puerta y me siento en el borde de la cama mientras me odio por lo que estoy a punto de hacer. Tardé mucho en entender que lo mejor es saciar el anhelo: ceder en vez de luchar. Es la única manera de obtener un respiro de este deseo constante.

Me quito el cordón de piedras del cuello y lo dejo colgando entre mis dedos antes de depositarlo en la mesilla. Como si se estirara tras un largo sueño, mi magia se calienta en ese punto del pecho. El metal me canta desde todas las direcciones y mi don se apresura a buscar cada fragmento. Desde el cobre de la bañera de la otra estancia hasta las motas incrustadas en las grietas de las paredes. Me permito saborear la libertad un instante, pero dura poco, pues la anticipación me recorre las venas.

Es imposible forzar mi presencia junto a Jovie mientras está despierta, sobre todo con la cadena de piedras que ha confeccionado para que se le ajuste al cuerpo y que sofoca el vínculo desde su lado. Pero últimamente duerme cada vez menos. Siguen llegando mensajes sobre su implicación en los combates de la frontera de Strou y el descanso es vital cuando necesitas estar siempre lista para la batalla. Debe de estar agotada.

No sé si es el juramento o la mera irritación lo que me provoca ese pellizco en el pecho.

Me tumbo boca arriba, con las manos entrelazadas tras la cabeza, y dejo caer los párpados mientras me concentro. Descubrí por accidente la capacidad de superar las piedras mangi cuando estudiaba un texto sobre un alquimista que creía que ingerir piedras mangi podía anular un juramento de sangre. Estaba equivocado, claro. Pero tras semanas mezclando pequeñas cantidades de polvo de piedra mangi finamente molido en el té de cada mañana, he desarrollado una especie de tolerancia a la capacidad de las piedras para sofocar mi magia y, en consecuencia, el vínculo.

Por pesadas que me resulten las piedras a mí, que tengo una tolerancia bastante alta, solo puedo imaginar lo mucho que deben de pesar las que lleva Jovie, teniendo en cuenta que nunca se las quita.

Por lo general me consume toda la energía tender el puente, y voy con el tiempo justo. Desde mi discusión con Irina hace unas semanas, ha estado más presente. Sus visitas a Wesley han disminuido y eso significa que compartimos cama la mayoría de las noches. Para evitar otra pelea, tuve que esperar a que se durmiera antes de poder marcharme a tantear el lazo y comprobar si Jovie estaba despierta.

Jovie.

Me cuesta conciliar a la chica que traje conmigo desde Alaha con la mujer lo bastante fuerte como para abatir guerreros strou. No sé por qué, teniendo en cuenta lo fácilmente que destruyó el Bosque Oscuro, o lo cómoda que se mostró permitiendo que la sangre de todo el consejo de mi padre se derramara por los suelos del palacio. Pero el recuerdo de sus mejillas sonrojadas y su ingenuidad sigue persiguiéndome lo suficiente como para hacerme dudar de que pueda ser tan eficaz en el campo de batalla como dicen los informes, por coherentes que sean.

El lazo se extiende hasta donde alcanza mi mente y más allá, hacia un lugar extraño donde no existe nada más. Nada salvo un único hilo tejido entre nosotros. Avanzo a ciegas por el vínculo. No hay sonido, ni olor, ni sensación de arriba o abajo. Solo vacío.

Las primeras veces que intenté seguirlo hasta el final estuve a punto de darme la vuelta por miedo a perderme en la nada. Empiezo

a temer que esta vez también me esté perdiendo, porque está tardando demasiado.

Entonces palpita.

Una vibración tenue y solitaria que indica que me estoy acercando. Cada latido de su corazón resuena al compás del mío y crece en intensidad con cada respiración. Más fuerte y más rotundo, me reverbera en el cuerpo y en la mente e inunda el vacío entre nosotros.

Hasta que se detiene de golpe.

Con los pies ya sobre suelo firme, me tomo un momento para ubicarme en el interior del pequeño puesto antes de que mi mirada se pose en mi vínculo. Está profundamente dormida, con la cabeza apoyada sobre el brazo, en el escritorio, y su pecho sube y baja al ritmo regular de su respiración. El pelo se le derrama por los hombros en un enredo de ondas y le cae sobre el rostro y sobre la superficie de la mesa. Los primeros botones de la camisa están desabrochados en el cuello, la tela manchada, lo bastante torcida como para dejar a la vista la cadena de piedras mangi alrededor del cuello. La sangre y la suciedad salpican el tejido, concentradas sobre todo en los puños. Sus piernas desnudas asoman bajo el escritorio, con los pies limpios cruzados por los tobillos junto a un cuenco de agua turbia. Debe de haberse quedado dormida mientras se lavaba tras la batalla.

Me acerco con cuidado, observando su azarosa posición de descanso. Parece que se lavó hasta las rodillas antes de que el agotamiento la venciera. Me pongo en cuclillas y la postura me ofrece una vista mejor a través del cortinaje de sus cabellos cobrizos. Examino sus rasgos y un punzante dolor me atraviesa de golpe.

Incluso después de todo este tiempo, sigue doliéndome mirarla.

«Hermosa y testaruda Jovie».

Los dioses saben que he pasado incontables noches contemplándola para acostumbrarme a su belleza, pero aún no me he vuelto inmune. Podría quedarme mirándola para siempre y no creo que jamás dejara de ansiar el siguiente instante, el siguiente segundo, el próximo aliento en que pudiera volver a verla.

Con cuidado, levanto la mano para apartarle los delicados mechones del rostro. Las cejas fruncidas, los labios tensos por la preocupación que puebla sus sueños. Me pregunto si estará soñando conmigo o con las atrocidades que acaba de presenciar. No me avergüenza admitir cuál de los dos preferiría.

Sé que es un esfuerzo inútil, pero como he hecho siempre, me acercó más e inhalo. El hedor de la guerra se aferra a ella y el del miedo predomina; un aroma especialmente abominable. Le siguen matices de barro, sudor y cuero. Pero lo que realmente deseo no lo alcanza mi nariz: ese perfume único de ella. La combinación perfecta de flores silvestres, agua salada y el hierro que le corre por la sangre.

Nunca he podido percibir su aroma a través del vínculo. Debió de ser así como pudo escuchar la conversación que tuve con mi padre la noche de su cena de celebración. Se ha convertido en la parte de ella que más deseo, precisamente porque no puedo percibirla. No entiendo por qué el vínculo me permite oler todo excepto a ella, pero es absolutamente desesperante.

El latido de su corazón es visible en el lateral de su cuello. Un pulso constante, la prueba de su vitalidad.

Se me hace la boca agua al verlo.

No sé qué me pasa, pero de repente deseo sentir ese pulso con la lengua. Apoyo una mano en el borde del escritorio y me inclino hacia delante. No hay rastro de su aroma mientras tomo una última bocanada de aire y la contengo.

Me adentro en un territorio peligroso al poner la boca sobre esa piel sensible.

El calor me florece en los labios y me envía una ola intensa de lujuria por el cuerpo.

Lucho contra el impulso de morder su carne suave.

Podría hacerlo.

Aquí mismo, ahora mismo.

Abrirme paso a través de la carne, dejar que su sangre se derrame y acabar con nuestra miseria.

Mientras mis pensamientos giran, el corazón se me contrae en una protesta y la amargura me quema la garganta, como si su maldito

puño estuviera envolviéndomela, recordándome constantemente el poder que ejerce sobre mí debido al juramento.

Lo odio.

Apuesto a que sabe tan bien... Solo un pequeño roce con la lengua...

Un gemido grave se escapa de la boca de Jovie y me echo hacia atrás a la vez que salgo de mi furia sangrienta. Examino su expresión: sigue dormida, igual que antes, salvo por la ligera apertura en el borde de sus labios.

Exhalo lentamente mientras me pongo de nuevo en cuclillas. Una avalancha de deseo mezclada con miedo me inunda los sentidos al observar su rostro. Sus emociones siempre me han llegado amplificadas a través del vínculo. La línea entre miedo y excitación siempre ha sido fina con Jovie. Una emoción solía desencadenar la otra. Como cuando cabalgaba a todo galope o durante un duelo de espadas. O cuando la besé mordiéndola con un poco de intensidad de más.

Han pasado cuatro años desde que vi el color de sus ojos, pero me niego a esperar otros cuatro antes de poder descubrir por mí mismo qué emoción prevalece cuando me mira: miedo o excitación.

Una sonrisa se me dibuja en las comisuras de los labios.

Estoy deseando descubrirlo.

Capítulo 7

Acker



—Ace. Despierta —dice Hallis, dándome unos toques en la mejilla con la palma—. Arriba.

Apenas me muevo, pero la urgencia en su mirada me saca de golpe del aturdimiento del sueño. Al incorporarme, reparo en la luz que se filtra por los ventanales de cristal del balcón y delata que aún es muy temprano.

—¿Qué ocurre?

—Roison ha invadido el valle en territorio de Tyreek. Han tomado la ciudad y están levantando campamentos a lo largo del fiordo.

—¿Y mi padre? —pregunto.

—Su alcoba está vacía. Zion ha enviado a un mensajero desde el frente. Está esperando abajo.

Coge el cordón de piedras mangi de la mesilla y me lo lanza. Lo atrapo contra el pecho.

—Vístete —me ordena.

Sale a grandes zancadas y cierro la puerta tras él con un leve gesto de magia. Me sujeto la cabeza entre las manos; la vergüenza se me pega a la piel como siempre que despierto en esta cama, y se multiplica por diez desde que Hallis ha sido testigo de lo débil que soy.

Me pongo la ropa de ayer y me cuelgo las piedras al cuello mientras me dirijo al salón privado de mi padre. Tyreek y Hallis aguardan allí, junto con Draken y un par de consejeros más. El soldado sentado en una butaca tapizada tiene la vista clavada en el tablero de guerra, con los ojos abiertos de par en par, sin parpadear.

La mirada eterna. Ese vacío que se les queda a los soldados después de mirar a la muerte durante horas, días, a veces semanas enteras.

Un mantón enorme le cuelga de los hombros. Sangre seca, barro y probablemente vísceras le cubren el cuerpo; el pelo se le pega a la frente. El olor a sudor rancio, de semanas, impregna el aire a su alrededor. El agotamiento se le nota en cada línea del cuerpo, sin duda agravado por haber cabalgado toda la noche hasta aquí.

Nadie dice nada cuando me agacho frente a él. Cojo el vaso de licor oscuro que me tiende Hallis y se lo ofrezco al muchacho. Como una marioneta a la que tiran de los hilos, acepta la bebida y da un sorbo mínimo, sin inmutarse por el escozor al tragar. Por fin levanta la vista y me mira; hay el reconocimiento justo para que se enderece un poco en el asiento.

Entrelazo los dedos, cerrando el puño entre las rodillas.

—¿Cómo te llamas?

Su voz es poco más que un susurro.

—Darcy.

—Cuéntame qué ha pasado, Darcy.

Parece que le cuesta tragar saliva. Da otro sorbo pequeño antes de hablar.

—Estábamos haciendo turnos, así que yo dormía cuando se produjeron las primeras explosiones.

—¿Un brebaje de bruja? —pregunto.

Niega con la cabeza.

—Eso creímos al principio, pero entonces vimos...

El sonido de otro trago espeso resuena en la sala en silencio y le toco el vaso de la mano, animándolo a beber más.

Después de dar un sorbo más largo, continúa:

—El trol ya estaba descargando el segundo golpe con el mangual cuando nos dimos cuenta de que había derrumbado parte de la ladera bajo nuestra base.

Escuchamos a Darcy relatar los horrores de la batalla perdida contra los gigantes. Dos de ellos devastaron la montaña para abrir paso a Roison, que arrasó la ciudad y mató a todos menos a ciento cuarenta y seis hombres de nuestro batallón. Zion, herido pero con vida, oculto en la montaña, envió a Darcy para advertirnos.

El interrogatorio dura tres horas, pero logramos hacernos una idea aproximada de dónde había empezado Roison a montar su campamento cuando él partió, incluido el edificio donde mantienen a un puñado de prisioneros.

Ordeno que escolten al joven soldado a una habitación privada para que lo examine un sanador, mientras la noticia de la batalla se extiende. Tras el desayuno, todo el consejo se reúne en la sala de guerra y expongo, sin rodeos, la precaria situación en la que nos encontramos. Pero ya lo saben. Me culpan. El odio se palpa en el ambiente cuando ordeno que las tropas de primera línea se retiren. Harán falta todos los efectivos como última barrera entre Roison y nuestras tierras de cultivo... y la ciudad.

La guerra estará a nuestras puertas antes de que acabe el invierno.

—Esto no habría ocurrido si nos hubieras escuchado cuando Tyreek te habló del problema hace meses —dice Paul.

—Eso ahora es irrelevante —responde Hallis mientras recorre el mapa con la mirada—. Reservemos fuerzas para lo más urgente. Hay que alertar a todas las provincias de la inminente invasión.

—Nadie podía haber previsto que los troles se unirían a la guerra —añade Draken—. En toda la historia conocida, durante milenios, jamás han intervenido en los asuntos humanos.

De espaldas a la sala, vierto los últimos restos de licor de una botella en un vaso.

—Las puertas de la ciudad caerán —digo—. Mientras tanto, que las granjas cercanas sieguen el trigo de invierno antes de tiempo.

—Se echará a perder —advierte Hallis—. No hay tiempo suficiente para que se seque.

Me bebo el licor de un trago y dejo el vaso vacío en el borde de la mesa del mapa.

—Necesitaremos heno para los caballos y el ganado.

Los miembros del consejo se marchan, cada uno con la tarea de transmitir las nuevas órdenes a sus territorios. Todos salvo uno. Tyreek lleva toda la mañana en silencio, pero sé que solo estaba esperando el momento.

—¿Cuál es tu plan para recuperar a mi hijo? —exige.

Los ojos de Hallis pasan del gesto hosco de Tyreek al mío.

Respiro hondo y hago un leve gesto de cabeza hacia Hallis. No hace falta decirlo en voz alta; y calma lo suficiente a Tyreek para que se marche sin protestar.

Espero a que estemos solos para darle mi última orden a Hallis.

—Volverás con vida, ¿me oyes? Entra, saca a nuestro hermano y nada más.

«No intentes hacerte el héroe».

Aunque no le gusta, asiente.

—Entendido.

Capítulo 8

Jo



Me molesta, aunque no me sorprende, encontrar al general esperando fuera de mi puesto cuando regreso de cenar. Han pasado días desde nuestro último enfrentamiento con los strou y lleva puesto su uniforme más limpio, lo que me indica que ha visitado a mi madre. Le lanzo una mirada que deja claro lo poco que me importa lo que vaya a decir, antes de entrar por la abertura de mi barracón. Él me sigue sin ser invitado.

Enciendo un fósforo y prendo la lámpara de aceite sobre el escritorio.

—Venga, dilo de una vez —lo insto.

Ajusta la mano que apoya en la empuñadura de su espada al cinto.

—Mañana regresas a casa.

Esperaba la orden, pero sus palabras suenan vacías en este espacio reducido.

«Casa».

No recuerdo haber sentido que tuviera un lugar así desde que dejé Alaha. No son pensamientos que exprese mientras me siento en el escritorio.

Enderezo un marcador sobre el mapa.

—No lo haré —digo, mirándole de frente—. Y sabes muy bien que no tienes derecho a darme órdenes.

Suspira.

—Jo...

—A menos que tengas noticias de verdad, puedes marcharte.

Por la expresión severa en el rostro de Sam, sé que eso no es lo que debía decir si realmente quería que me obedeciera.

—Has cumplido con tu deber —constata, sin dejar margen a la discusión—. Los hombres te respetan. La gente de Maile te honra. ¿Qué más quieres?

«Absolución».

El pensamiento me viene antes de poder detenerlo y me apresuro a empujarlo al fondo de mi mente. Me quito una bota y luego la otra antes de mirar al general. La preocupación le brilla en el rostro y yo contengo la ira que he llevado estos últimos días a flor de piel.

Me recuesto en la silla. Me lleva un momento elegir las palabras correctas. Y cuando lo hago, detesto la vacilación en mi voz.

—¿Sabes?, nunca creí a Kai cuando hablaba de la posibilidad de que yo fuera esta... princesa perdida —digo, tragando con dificultad el nudo en la garganta—. Y ahora tengo todo un ejército detrás de mí solo por un título.

Sam se inclina hacia la luz de la lámpara.

—Te siguen porque eres digna de ser seguida.

Me pregunto si sabe que miente.

Hay toda una facción de este batallón que me guarda rencor. Soy la razón por la que han muerto sus hermanos, padres e hijos. Todo porque no maté a Edmond. Muy pocos habían llegado siquiera a acercarse antes y yo desaproveché la oportunidad.

Sam percibe mi estado de ánimo y cambia de táctica.

—Tu madre quiere verte. —Suena a que es su último intento y sabe que es el bueno—. Está preocupada.

—Me pregunto por qué —respondo con sequedad.

Al menos tiene la audacia de parecer avergonzado.

—No le he dicho nada que ella no supusiera ya. Sabe cómo es la guerra.

Mi partida hacia la frontera, tan pronto tras el regreso a Maile, solo sirvió para hurgar en todas las heridas sin cicatrizar que quedaban de mi desaparición de niña. Odié hacerlo así, pero no tenía otra opción. Ella también lo sabía, por doloroso que le resultara admitirlo.

—No estaría mal ver qué tal está Drake y comprobar el estado del ejército —cedo.

Intenta, sin éxito, disimular su entusiasmo.

—Podría tener un carro listo a primera hora de la mañana...

—No —lo interrumpo—. Me iré en quince días.

Debe de percibir la firmeza de mi decisión.

—Avisaré a Evelyn.

Murmuro algo sobre conejos rabiosos y desaparece por completo. Allí un segundo, fuera al siguiente, como si nunca hubiera estado.

La magia nunca deja de sorprenderme.

Apoyo el mentón en la palma mientras mis ojos caen sobre el mapa. La parte de la frontera que estamos custodiando se encuentra entre el monte Zallis y la ladera rocosa de Strou. Recorro con las yemas de los dedos las llanuras bajas que se han convertido en nuestro campo de batalla habitual, antes de subir hacia las colinas de Strou. Hoy ha sido uno de los raros descansos en su ataque y, pese a haber pasado el día vigilando, no hemos detectado movimiento.

Sus numerosos campamentos se esconden entre las muchas cavernas de la ladera, protegidos de los elementos, pero con una vista perfecta de nuestra posición. Es imposible emboscarlos: estamos vendidos, esperando día y noche a que nos ataquen. Es desesperante.

Mi dedo se detiene en una de las cavernas más grandes, situada en lo alto del flanco este de un afloramiento rocoso. Hemos visto a los soldados de Strou llevar allí sus presas. Cazan en el terreno boscoso y cuelgan los animales en la entrada de la cueva para eviscerarlos y despellejarlos, dejando la sangre a modo de brillante

señal roja. Sin duda un gesto arrogante, conscientes de que no podemos subir sin que ellos tengan ventaja.

Mis ojos se fijan en el estrecho saliente a la izquierda de la entrada de la cueva, en lo que me parece ser la centésima vez, y...

Espera.

Se me ocurre una idea que no sé cómo no había tenido antes.

Me incorporo de golpe, apago la lámpara y arranco el mapa del escritorio, tirando de nuevo los marcadores.

Lo enrollo y lo aprieto bajo el brazo mientras corro fuera de mi puesto.

El campamento está inusualmente animado esta noche. Rejuvenecidos tras los últimos días de tranquilidad, los hombres y mujeres se agrupan alrededor de las hogueras, bebiendo cerveza y jugando a las cartas o a los dados. Me saludan con vítores. Algunos incluso intentan que me una a sus grupos, lo que declino cortésmente mientras me dirijo al extremo del campamento. Los barracones se dispersan más al llegar a la periferia. El ambiente es más comedido, menos ruidoso. En lugar de sonrisas y saludos, recibo asentimientos corteses y miradas cautelosas. La mayoría de estos soldados procede de pequeñas comunidades fuera de la capital. Incluso aquí, eligen acampar apartados del bullicio.

Mi madre nunca ha sido popular en los campos y aldeas rurales. Siguen resentidos por el desastre de la última guerra y fueron los menos receptivos a mi regreso. Temían lo que mi aparición traería. Con razón, considerando que la guerra siguió pocos años después. Aunque he hecho todo lo posible por mantener la lucha alejada de sus tierras, de poco ha servido para aplacar a los detractores. No puedo culparlos.

Sé qué barracón buscar por la última y única vez que pillé a Fredrich. Algunos soldados permanecen alrededor de una hoguera y sus voces se acallan cuando me acerco. Lucho por no esquivar sus miradas. Dejaron familia y hogar para pelear en una guerra que no les concierne. Lo mínimo que puedo hacer es mirarlos a los ojos. Los leves asentimientos no son más que signos de cortesía, pero yo devuelvo la misma cortesía antes de entrar en el barracón de Fredrich.

Sea lo que sea que discutieran sus dos ocupantes, la charla cesa abruptamente cuando entro. El soldado más joven salta de su catre, dejando caer el libro que sostenía, para alcanzar la camisa tirada al final de su cama y ponérsela. Fredrich, por suerte, ya está vestido. Por su postura y el cinturón colgando de un gancho en la viga, llego justo a tiempo para no ver más de lo necesario.

Nos quedamos un largo instante mirándonos; él a mí, yo a él, hasta que las miradas caen sobre el pergamino enrollado bajo mi brazo. El soldado nos observa a ambos, paralizado, atónito.

Por fin, Fredrich mira al otro hombre y lo despide con un gesto seco de cabeza hacia la salida del puesto. El joven recoge las botas de debajo del catre, inclina la cabeza en un asentimiento tenso y sale a toda prisa. Fredrich pasa por detrás de mí para asegurarse de que la entrada quede bien cerrada.

No pierdo tiempo, aparto la ropa de cama del catre de enfrente, dando por hecho que es el suyo, y me arrodillo mientras aliso el mapa sobre el colchón.

Fredrich se alza detrás de mí.

—Esto es muy impropio por tu parte...

Lo corto con una sola pregunta:

—¿Cuántos hombres crees que tienen los strou en las colinas?

Tarda un momento, pero al final sale de su inmovilidad y se acerca para mirar el mapa.

—Cinco mil —responde—. Quizá seis mil.

—¿Cuántos dirías que hay en cada cueva?

Se encoge de hombros.

—Un par de cientos. Tal vez hasta mil en las más grandes. ¿Por qué?

Señalo el saliente en el que llevo tanto rato fijándome.

—Este es su punto más débil.

Al no recibir respuesta, alzo la vista y me encuentro con su expresión cuidadosamente neutra, así que continúo:

—Uno o dos hombres podrían escalar la cara sur sin ser detectados. Ahumarlos hasta hacerlos salir.

Un leve tic, justo en la comisura del ojo, es su única reacción.

—Haría falta alguien con mucha pericia.

—Desde luego. Y tendría que ser cuando menos se lo esperen.

Extiendo la mano y bajo la llama del farol que está sobre la mesilla junto a la cama, haciendo que las sombras se acentúen dentro del barracón.

—Y de noche nadie nos vería.

—Tu madre me mataría si te ayudara en una temeridad así.

Los dos sabemos que antes tendría que contárselo.

—Lo haré contigo o sin ti —le advierto—. Y sabes que mi madre querría que me protegieras. Para eso te han enviado aquí, ¿no?

Su mirada desciende hasta la base de mi cuello.

—Tus piedras...

—Llevo el grillete por seguridad —le digo—. Tengo un collar. Es más pequeño.

No tan eficaz, pero la probabilidad de que mi vínculo se quite el suyo es... escasa.

Espero su respuesta, consciente de que podría darse la vuelta y contarle mis planes al general Samasu, lo que sin duda acabaría llegando a oídos de mi madre. Sin embargo, algo me dice que no lo hará.

—Tendré que aclimatar mi magia a su alrededor —dice mientras levanta la vista de mi garganta.

Asiento, intentando contener la emoción.

—¿Eso es un sí?

La anticipación ya me hace burbujear la sangre en las venas.

El escudero sonríe ampliamente.

—Sí.

Capítulo 9

Jo



Fredrich es el primero en verlo y su maldición en voz baja capta mi atención. Sigo la dirección de su mirada hasta distinguir la figura a lo lejos.

Sam nos da la espalda mientras examina la ladera de los strou y gruño, irritada. Apenas hemos alcanzado el otro lado del valle, frente a su posición, y la luz de la luna llena se refleja en su melena dorada como un maldito faro para cualquier patrulla strou que ronde por el terreno elevado.

—Silba para avisarle —susurra Fredrich—. Va a delatarnos.

Lo hago y la cabeza de Sam se gira bruscamente en nuestra dirección un instante antes de desaparecer... para reaparecer de inmediato justo delante de nosotros. El discurso que había preparado para esta posibilidad en concreto muere en mi boca al verle la cara. Una ira como no le había visto antes. O, al menos, nunca dirigida a mí. Va vestido de paisano; lo han despertado los

soldados encargados de vigilarme por la noche. Se supone que yo no sé nada de esas guardias rotatorias, como de tantas otras medidas pensadas para satisfacer el afán protector de mi madre sin hacerme sentir vigilada. Nunca funcionan, pero eso ahora da igual.

—Vuelve ahora mismo —ordena.

Su voz es neutra, en total contradicción con la furia que le marca el rostro.

Tardo un segundo en encontrar las palabras.

—No recibo órdenes tuyas.

—Conoces el acuerdo, Jovinnia. Le juraste a Evelyn que no te pondrías en peligro innecesario al venir a la frontera.

—Y no lo estoy haciendo —respondo, frustrada al notar que la voz se me eleva más de lo que quería, casi un quejido. Me aclaro la garganta antes de seguir—. Estoy con Fredrich, que es más que capaz de protegerme. Lo sabes.

Su tono se vuelve más grave, cargado de emociones contenidas.

—Soy el comandante de este batallón. El primero bajo tu mando. Tendrías que haber venido a mí con este plan.

—Habrías intentado mandar a otro en mi lugar...

—¡Como debería hacerse! —espeta y señala a Fredrich—. Llévala de vuelta al campamento.

Casi enseño los dientes ante la idea de que Fredrich me obligue a regresar.

—No —digo mientras me aseguro de que vea la determinación en mis ojos—. Cuanto más tiempo te quedes aquí, más nos expones a todos.

Su expresión se quiebra y deja al descubierto lo que hay debajo: miedo.

—¿Qué se supone que debo decirle a tu madre?

—Que estoy haciendo lo que ella haría en mi lugar.

La verdad no lo tranquiliza en absoluto, pero nos estamos quedando sin tiempo y lo sabe.

—Ya hemos dado órdenes a tu segundo —continúo—. El batallón avanzará hacia el valle mañana por la noche. Hasta entonces deben descansar. Tendrán que estar listos.

Un músculo le salta en la mandíbula mientras me fulmina con la mirada.

—Esperaré la señal de humo. Entonces iré.

La preocupación pugna con el orgullo que intenta ocultar y sé que es el mejor compromiso que voy a conseguir. Mira a Fredrich.

—Haz tu trabajo —dice con firmeza.

Y desaparece otra vez.

Pasan aún varias horas antes de que el sol asome por el horizonte y nos veamos obligados a cubrirnos. No podemos hacer mucho más que tumbarnos entre un macizo de hierba alta y confiar en que los guerreros strou no den con nosotros. Patrullan, sí, pero de forma aparentemente aleatoria. Al principio pensé que esa imprevisibilidad era una táctica disuasoria; ahora creo que se debe más bien a una arrogancia perezosa. Se creen intocables, protegidos por las colinas.

Fredrich desenvaina una de sus muchas espadas y se la coloca sobre el pecho, al alcance de la mano.

—Intenta dormir. Nos espera una noche larga.

Una capa de nubes ha cubierto parcialmente el sol, pero la sombra no me ayuda a conciliar el sueño. Cruzo los brazos sobre el pecho para conservar el calor, pero no consigo evitar el temblor involuntario que me recorre el cuerpo. El invierno ya está aquí.

—Conmigo estás a salvo —dice Fredrich, con la voz áspera de no usarla.

Abro los ojos y vuelvo la cabeza hacia él.

—¿Qué?

No me mira al responder.

—Se te ve inquieta —dice—. Si estás preocupada, deja de estarlo. Yo me encargo.

Con los ojos cerrados y un brazo doblado bajo la cabeza, parece la viva imagen de la calma, tumbado a apenas medio metro de distancia. Casi como si estuviéramos de vacaciones, en lugar de escondidos en territorio enemigo. La hierba es lo bastante alta para ocultarnos y, con las patrullas erráticas de los strou, que nos vean no es lo que me preocupa. Me preocupa que me oigan si me duermo y mis sueños no son... agradables. No es raro que despierte con un grito atrapado en la garganta.

Suspira.

—Nada atravesará mi escudo.

—No estoy cuestionando tu capacidad —respondo con un bufido irritado mientras observo cómo las cañas altas se mecen a nuestro alrededor—. Simplemente tengo frío.

—No hace tanto.

«Quizá para ti», pienso, pero no lo digo. El suelo está duro como una piedra y helado contra mi espalda. Alguna que otra ráfaga de viento me hace temer la lluvia y cada exhalación se me escapa en pequeñas bocanadas de vapor. No voy a dejar que un hombre que apenas me ha dirigido la palabra desde que anoche salimos del campamento me convenza de que no hace frío.

Hace un frío de muerte y como me muera en esta colina, no me hará ninguna gracia el juego de palabras.

—¿Es la culpa lo que te hace funcionar así?

Vuelvo la cabeza de golpe hacia él, sin estar segura de haber oído bien.

—¿Perdona?

—Ya sabes —dice, haciendo un gesto con la mano que tiene apoyada en el pecho, tan tranquilo como siempre—. Eso que haces de fingir que estás bien cuando es evidente que no lo estás.

Necesito varias respiraciones para formular una respuesta que no sea sarcástica.

—No sé de qué hablas, teniendo en cuenta que acabo de decirte que estoy incómoda.

—Sí. El frío. Tu archienemigo.

Me incorporo sobre un codo y le lanzo las palabras como cuchillas.

—¿Eres consciente de con quién estás hablando?

No sonríe abiertamente, pero hay un leve matiz burlón en su voz.

—Soy consciente de tu título.

—Y aun así me hablas como si estuviera por debajo de ti.

De todo lo que he dicho, esto es lo que por fin consigue que abra los ojos.

—No —responde, mirándome con calma—. Te hablo como a una igual.

Hay una sorprendente nota de amabilidad en su mirada.

—¿No es eso por lo que llevas tanto tiempo luchando? ¿Por que tus soldados te respeten a pesar de tu título, y no por él?

—Eso no significa que tenga el deber de sincerarme contigo.

—No. No significa eso —conviene y cierra de nuevo los ojos.

Vuelvo a tumbarme, agradecida de que la conversación haya terminado y podamos fingir otra vez que dormimos.

—Pero tiene que ser solitario —añade, rompiendo mi breve alivio —. Los soldados luchan juntos. Viven juntos. Joder, hasta cagan juntos. Lo comparten todo: la miseria y la risa. Tú, en cambio..., tú vuelves sola a tu barracón y, supongo, te dedicas a darle vueltas a todo lo que has hecho para acabar en este infierno.

El pecho me duele por lo certero de su análisis. No sé si soy tan fácil de leer o es que simplemente me ha estado observando más de lo que creía. Es tarea del general Samasu vigilarme e informar a mi madre, pero no me sorprendería que tuviera más de un informante. Quizá protegerme no sea la única misión de Fredrich.

—Es la gente a la que he arrastrado hasta aquí conmigo —susurro, con la voz apenas audible por encima del viento—. Eso es lo que más me pesa de las consecuencias de mis actos.

Cuando por fin reúno el valor para mirarlo, Fredrich ya me está observando.

—¿Crees que estamos en guerra por tu culpa?

—¿No es eso lo que dicen? —respondo—. ¿Que estamos luchando por una pelea entre amantes?

La mención del rumor que se cuchichea alrededor de las hogueras por la noche hace que niegue con la cabeza.

—No escuches las quejas de soldados hambrientos y cubiertos de barro. No se dan cuenta de que para empezar una guerra hace falta mucho más que dos personas.

—¿Y tú sí?

—Sí —contesta, con una rotundidad que no invita a discutir.

No puedo creer que acabe de confesar mis pensamientos más oscuros a un hombre que, hasta hace nada, apenas me había dedicado algo más que desdén. Su repentino arrebato comunicativo me ha pillado desprevenida y el arrepentimiento ya empieza a instalarse.

—Pero pongamos que fuera cierto —prosigue tras una breve pausa—. Que tú y tu vínculo hubierais dado comienzo a esta guerra al destrozaros el corazón el uno al otro. ¿De verdad es tan terrible?

¿No es evidente la respuesta?

—Sí.

Se encoge de hombros.

—Hay causas peores por las que morir.

—¿Por ejemplo?

—Un hombre avaricioso que quiere todo el poder para él.

Cualquier réplica que se me ocurre queda ahogada al darme cuenta de que quizá tenga algo de razón. Una razón endeble, cierto, pero al fin y al cabo la vida es cuestión de perspectivas.

Se acomoda de nuevo, con una leve sonrisa.

—Si pudiera elegir —dice—, preferiría ir a la guerra por una venganza amorosa.

Capítulo 10

Jo



Cada vez que creo haberme acostumbrado a la temperatura, una fina lluvia nos cala y logra que el viento muerda con más fuerza. Los dientes me castañetean de forma involuntaria mientras mantengo la espalda pegada a la pared de roca, en un intento de proteger el pedernal, el aceite y los hierbajos que recolectamos para arrojar al fuego y crear humo blanco con el que obligar a los guerreros a salir de su campamento. Desde el valle vemos las hogueras de los strou, así que sabemos que las mantienen encendidas durante toda la noche.

Hacemos equilibrio para permanecer sobre una franja de acantilado que apenas tiene el ancho de unos cuantos palmos. El cielo está cubierto; no hay luz de luna ni de estrellas que nos guíe. Me veo obligada a confiar en mis otros sentidos mientras escucho la respiración constante de Fredrich a mi lado y siento la tierra y la grava bajo las palmas y la piedra irregular a mi espalda, apoyada

contra el frío punzante que se filtra a través del cuero. La subida fue demasiado ardua como para cargar con el peso extra de una coraza u otra armadura, además de nuestras armas.

Un temblor violento me sacude el cuerpo.

—No falta mucho —susurra Fredrich.

Son las primeras palabras que se pronuncian entre nosotros desde que empezamos a escalar el tramo más rocoso y empinado de la ladera antes del anochecer. No logran calmar mi temblor, pero encuentro consuelo en esas tres palabras, sabiendo que, al menos, pronto estaremos libres de este saliente. Es una sensación extraña, teniendo en cuenta que mi final podría estar justo al doblar la curva del acantilado.

En lugar de miedo, siento expectación mientras me concentro en los fuertes latidos de mi corazón y cada pulso me resuena en los oídos como el tictac de un reloj que cuenta los segundos antes del caos.

Siento el lento cambio en la postura de Fredrich. Oigo el roce del metal cuando desenvaina la espada que lleva al costado. Sigo su ejemplo y preparo mi propia arma, luego giro las muñecas para aflojar las articulaciones tras haber permanecido inmóvil durante horas. El cuello y los hombros me duelen cuando empiezo a estirarlos. Hemos gastado mucha energía escalando y manteniéndonos alerta mientras esperábamos el momento de la noche en que la mayoría de los guerreros strou estaría menos atenta, y el desgaste se nota. Estar bajos de fuerzas es una de nuestras mayores desventajas..., aparte de que nos superarán en número de forma exagerada, una vez dentro de las cavernas, claro.

Su mano se cierra alrededor de mi muñeca y me quedo inmóvil.

—Mantente cerca —ordena Fredrich.

—Ya...

—Si nos vemos superados, salimos corriendo.

Asiento.

—Entendido.

Una ráfaga de viento aúlla sobre nosotros y provoca que las rocas se desprendan ladera abajo. Me agacho y me cubro la cabeza con el antebrazo, pero los escombros se dispersan a nuestro alrededor sin

alcanzarnos. He visto el escudo de Fredrich en combate, tanto hombres como armas rebotaban contra la barrera invisible e irrompible que siempre lo rodea, pero vivirlo desde dentro es diferente. Siento cómo cambia la presión cuando las rocas impactan mientras la magia vibra a nuestro alrededor.

Lo dicho, la magia nunca deja de asombrarme.

Saca una segunda espada de la vaina que lleva cruzada a la espalda. Yo llamo a mi daga; el arma se materializa en mi mano al instante y la sujeto con el pulgar sobre el pomo, la hoja plana contra el antebrazo.

—¿Lista?

Asiento de nuevo.

—Empecemos —dice Fredrich.

Cuanto antes lo hagamos, antes terminaremos.

Nos arrastramos por el precipicio resbaladizo hacia la entrada de la caverna. Una vez superemos el recodo, seremos visibles para cualquier guerrero apostado en este saliente. Confiamos en que los pocos que estén despiertos de guardia sean fáciles de esquivar o de abatir antes de que podamos apagar sus fuegos. Ruego a los dioses que el resto de los guerreros esté dormido.

Cuando salimos al otro lado del recodo, el viento brutal se detiene por completo. El saliente se ensancha y la pared rocosa se curva hacia atrás formando un refugio natural. La caverna es más grande de lo que esperaba. El cambio repentino en la presión del aire me crea un pitido en los oídos. Un resplandor anaranjado procedente de una hoguera al borde del acantilado arde, al otro extremo de la entrada de la cueva, tal y como sospechábamos. Un puñado de figuras se agrupa a su alrededor.

Me lleva un momento adaptarme, que algo logre atravesar la atmósfera amortiguada. Pero pronto, cuando mi vista se ajusta y las formas empiezan a emerger de la oscuridad, un nuevo sonido colectivo se hace audible.

Ronquidos.

Extiendo la espada hacia un lado para indicar a Fredrich que se detenga.

Veo filas y filas de hombres durmiendo en el suelo. Los cuento hasta donde alcanza la vista y luego vuelvo a contar para asegurarme de no estar equivocada. Los strou rara vez enviaban más de mil hombres juntos cuando emboscaban a nuestro batallón, aunque sospechábamos que tenían cinco veces esa cantidad repartida por los sistemas de cuevas de estas colinas.

Pero estábamos equivocados. Muy equivocados.

Tras echar un vistazo rápido, calculo que solo hay unos quinientos hombres en esta caverna. Con que la mitad de las cuevas alberguen una cantidad similar, su número total sería casi el triple de lo que creíamos.

Tenemos dos opciones: dar la vuelta, descender por la ladera y dar la noche por perdida o seguir adelante con el plan original y rezar a los dioses para que tengamos éxito. Ambas opciones son igual de poco atractivas. Me vuelvo para mirar a Fredrich y, al ver la pregunta en sus ojos, resulta evidente que deja la decisión en mis manos. ¿Seguimos con el plan o huimos de vuelta al campamento?

He observado suficiente veces cómo lucha como para saber que es hábil, pero su verdadera fuerza reside en su don. Nunca he visto flaquear su escudo. Ni siquiera tras horas de batalla. Si elijo luchar, no es su vida la que pongo en juego: es la mía.

Y ni en sueños voy a volver al campamento solo para repetir el ciclo mañana. Esperar a que los strou nos embosquen para luego perder hombres en el contraataque. No. No voy a regresar y confesarles a mis soldados que he fracasado.

En su lugar, le hago un leve gesto afirmativo a Fredrich para indicarle que seguimos adelante.

El guerrero más cercano gruñe en sueños y ambos nos quedamos inmóviles. No queremos empezar la pelea de espaldas al borde. Esperamos, conteniendo la respiración, hasta que el hombre vuelve a acomodarse y, entonces, nos movemos. Agachados, avanzamos con pasos seguros pero rápidos. Es imposible moverse sin hacer ruido, pero mientras no suene sospechoso, nadie se despertará por el simple sonido de unas pisadas.

Aunque no tenemos una noción clara de la dirección, el sistema de cuevas alberga una red de túneles y hendiduras interconectadas.

A medida que avanzamos junto a la pared, encontramos varios de estos pasajes. Está demasiado oscuro para ver el interior, pero cualquiera podría conducir a una cueva. Antes, sin embargo, necesitamos crear humo, y eso empieza con la hoguera que arde más adelante. Solo tenemos que abatir a los guerreros lo más rápido posible.

Los cinco hombres que están junto al fuego nos dan la espalda; sin saberlo, la muerte se les acerca por detrás. Cuanto más nos acercamos, más caliente se vuelve el aire. Y cuanto más rápido me late el corazón, más calma siento.

Entrar en batalla me da una especie de subidón extraño al que me he acostumbrado. Mi mente está vacía salvo por una necesidad visceral de matar y que no me maten. Un lugar y un momento en que los pensamientos cesan y no soy más que una chica usando el cuerpo para aquello para lo que ha sido entrenado. Sea cual sea el final, el descanso de la muerte o el dulce placer de la victoria, estoy preparada para ambos.

Mientras muevo la espada en la mano, me atrevo a mirar a Fredrich. Él se posiciona para tomar el flanco derecho, mientras yo avanzo por la izquierda.

Nuestras miradas se cruzan y... me sonríe.

Una sonrisa pícara que nunca le había visto antes. Algo más propio de Messer.

—¡Intrusa! —El hombre que está en el extremo derecho del pequeño grupo me señala, atrayendo la atención de los demás.

El grito muere en sus labios cuando Fredrich lanza la espada en un arco corto, que le rebana el lateral del cuello. Ni siquiera ha tocado el suelo cuando Fredrich clava la otra hoja en la garganta del siguiente hombre, y esta entra por un lado y sale por el otro antes de que la arranque.

Los hombres están completamente desprevenidos ante la emboscada y corren hacia sus armas. Aprovechando el factor sorpresa, le hago un corte al más alto en la espalda. No es mortal, pero debe de doler como el demonio y lo obliga a arquearse con gesto de sufrimiento. Un giro de muñeca me basta para seccionarle

la arteria del cuello, y la sangre salpica el suelo. Su grito se convierte en gorgoteos mientras se ahoga.

El sonido de cientos de guerreros strou despertando de golpe retumba en el interior de la caverna, pero mantengo la concentración en el último hombre en pie. Me lanza un ataque hacia el abdomen y retrocedo de un salto, esperando su siguiente movimiento antes de avanzar. Como soy más pequeña que la mayoría de mis oponentes, a menudo estoy a la defensiva hasta que veo una apertura, y he aprendido que incluso la paciencia tiene su lugar en una lucha a muerte.

Su siguiente movimiento es predecible. Un revés hacia mi cuello. Levanto la espada para bloquearlo, pero antes de que su hoja toque la mía, choca contra una barrera invisible. La furia del guerrero se transforma en auténtico pavor al darse cuenta de ello. No puedo evitar que una sonrisa se me dibuje en la cara y me viene a la memoria la sonrisa de Fredrich. Ahora la entiendo.

El guerrero está asustado, pues entiende que lleva las de perder. Empieza a retroceder, arrastrando los pies.

El escudo solo me protege del daño, pero no impide que él se defienda. Continúo con el ataque. Golpe frontal, estocada al retirarme. Una y otra vez. Hago una finta hacia mi izquierda, su derecha, giro el cuerpo en el último segundo y consigo desarmarlo. Su espada se desliza por el suelo de la caverna.

En un último intento desesperado, se me lanza al cuello con las manos extendidas, pero lo único que consigue es que los dedos se le rompan al chocar con el escudo de Fredrich. Grita cuando le clavo el puñal en el vientre. Le sostengo la mirada mientras giro la hoja y sus alaridos se transforman en protestas ahogadas mientras trata de agarrarme la muñeca con los dedos retorcidos. Cedo, soltando el arma, y la sangre le brota de la herida. Pero ya es tarde para él. Se le ponen los ojos en blanco y el cuerpo se inclina hacia un lado antes de perder el conocimiento y caer con un fuerte crujido sobre el fuego.

La oscuridad desciende sobre la caverna, como si se apagara una vela. El alboroto se extingue junto con la luz.

Tras un instante de silencio, las voces de los guerreros strou vuelven a elevarse.

—... os vamos a matar, joder... Basura maile... Otro más...

Una vibración resuena en el aire y tardo un momento en darme cuenta de que es la fuerza del escudo que mantiene alejados a los guerreros que avanzan. Algo me roza un lado del cuello y me sobresalto.

—Soy yo —dice Fredrich, con la voz sorprendentemente clara en medio del caos.

Suelto un suspiro de alivio al aferrarme a su manga, temerosa de perderle.

Mientras me acerca hacia él, siento su agarre firme pero suave.

—No tendrás miedo a la oscuridad, ¿verdad, portadora de luz?

Al oír cómo menciona mi don, me detengo. Casi había olvidado esa parte de mí que llevo años reprimiendo desde que dejé Kenta. Ese lugar dentro de mí donde la magia y el vínculo habitan como uno solo.

Toco las piedras mangi que llevo al cuello. Nunca me las quito. En una situación en la que necesito cambiarlas por mi grillete, las superpongo antes de sacarme el collar.

El ruido se vuelve casi insoportable. Ensordecedor. Violento.

Fredrich toma la decisión por mí.

—Enséñales cómo quemaste el Bosque Oscuro.

Inhalo profundamente y me desabrocho el collar, deslizándolo lentamente de su apoyo sobre mis clavículas. Me recuerdo a mí misma que Acker nunca ha intentado acceder al vínculo a través del lazo. Ni una sola vez desde que dejé Kenta. Y si él mismo no estuviera usando piedras mangi, probablemente ya habría sido forzada a presentarme ante él.

Dejo que el collar de piedras me resbale entre los dedos y caiga al suelo.

Los hombres rugen con rabia al otro lado de la barrera invisible y me concentro en los latidos de mi corazón para acallarlos. Presiono la palma contra el punto bajo del esternón, mientras me concentro para invocar mi magia.

No sucede nada.

Tarda tanto que me pregunto si he asfixiado mi magia hasta matarla.

Y entonces la siento.

Como si despertara de un letargo invernal, mi don se despereza. Lento, al principio, pero aun así lo noto. Quema como un trago de buen whisky y se va calentado a medida que se extiende por las venas.

Suelto un jadeo cuando una capa de luz comienza a brillar sobre la piel desnuda de mis manos. Había olvidado lo que se siente. Es doloroso, pero sublime. Embriagador. Poderoso.

Y entonces, en un abrir y cerrar de ojos, todo deja de existir. El aire se aquieta. El silencio cae con tanta fuerza que me zumban los oídos. Y estoy mirando un libro abierto sobre un escritorio de madera, iluminado por un único candelabro. Lucho por entender qué está pasando cuando las veo. Las manos masculinas que he observado durante horas. Manos capaces de cosas maravillosas y aterradoras, con una cicatriz plateada entre el pulgar y el índice.

La mano derecha se desliza bajo la hoja fina como la seda y pasa la página de forma indolente.

Presa del pánico, intento cerrar los ojos con fuerza y, como en mis pesadillas, la escena persiste, lo quiera yo o no.

La mano se mueve hacia algo que está fuera de mi campo de visión. Luego regresa con una uva entre dos dedos. La cicatriz brilla bajo la luz temblorosa cuando hace rodar la fruta entre los dedos mientras lee. Más bien hojea, ya que apenas puedo distinguir las palabras en la página antes de que pase a la siguiente.

Oh, dioses.

La uva se acerca y desaparece. El dulzor del azúcar me cubre la lengua, el crujido de la piel me resuena en los oídos mientras él mastica.

Esto no es como las otras veces después de aceptar el vínculo, cuando mi mente podía estar en dos lugares a la vez.

No. El vínculo no quiere soltarme. Las palabras de Beau me resuenan en la cabeza.

«La magia no acepta que la nieguen».

Necesito las piedras.

La voz de Fredrich suena hueca cuando grita.

—¡Jo!

La mirada de Acker se alza.

Un dolor me atraviesa la cara y lo último que veo es la habitación de Acker y la figura de una mujer dormida en su cama.

Luego estoy mirando la expresión encendida de Fredrich mientras me sacude para intentar sacarme de mi aturdimiento. Por el dolor punzante en el lado derecho de la cara, deduzco que me ha golpeado.

—Gracias a los putos dioses —dice cuando se da cuenta de que he vuelto en mí.

Al volver la vista hacia los guerreros que nos rodean, me doy cuenta de que toda la caverna está iluminada. Por mí. Soy la fuente de la luz.

Dejo caer mi bolsa a los pies y hago girar la espada en la mano. De algún modo, aquí tengo menos miedo que en el lugar donde acabo de estar. Al menos aquí soy dueña de mi propio destino. Apoyo el pomo de la espada contra el punto donde reside mi magia y el resplandor de mi piel fluye hacia la filigrana de hierro de la empuñadura, desciende por el mango como un río de luz pura y se derrama sobre la hoja, emitiendo un brillo feroz en la noche.

Una antorcha para iluminar la salida.

Y mi arma más poderosa.

Capítulo 11

Acker



No puedo creer lo que estoy viendo.

Bueno, lo poco que alcanzo a distinguir en la oscuridad. Solo consigo ver a Jovie con claridad en los instantes en los que blande la hoja incandescente que empuña; cada tajo iluminado dibuja destellos fugaces sobre la expresión severa de su rostro, los dientes al descubierto, los ojos letales.

Me sorprendería que no la superaran en número por cientos.

¿En qué demonios estaba pensando, atacando a los strou en sus propias cuevas ella sola?

Ah, perdón.

Sola no.

El puto desgraciado que la acompaña, obviamente, ha ayudado a llevar a cabo este plan chapucero para... ni siquiera sé para qué. ¿Conseguir que los maten? No parece haber un desenlace posible en el que ambos no acaben muertos.

Un guerrero choca conmigo, pierde el equilibrio y palpa a ciegas en la oscuridad buscando la causa del tropiezo. Como no encuentra nada, pues es incapaz de ver mi forma proyectada a través del vínculo, lanza un tajo a ciegas en mi dirección. Irritado, le arranco la espada de la mano y lo sujeto por la parte frontal de la armadura para mantenerlo firme mientras le abro el cuello de un corte.

Los otros hombres a mi alrededor oyen morir a su compañero y escuchan el gorgoteo húmedo mientras se ahoga en su propia sangre, pero como la única fuente de luz procede del centro del combate, a casi quince metros de distancia, no logran identificar la causa. Solo saben que hay otra amenaza en algún lugar y eso desvía su atención de Jovie, provocando que muchos de los guerreros se dispersen para intentar encontrarla.

Y, por supuesto, Irina decide llamarme justo ahora, hay que joderse. Su voz preocupada tira de mi conciencia de vuelta a mi cuerpo, de regreso a mi dormitorio, donde estoy de pie junto al escritorio. Tiene el pelo revuelto por el sueño, la bata se le resbala por un hombro y su mano está extendida como si estuviera a punto de tocarme.

Sus ojos aturdidos me recorren, desde el pecho agitado hasta el cuello desnudo, antes de bajar hasta donde las piedras mangi yacen esparcidas sobre el escritorio, tras haberme arrancado el collar con prisas.

—¿Todo va bien? —pregunta.

No tengo tiempo para esto.

Con el corazón desbocado, recojo la camisa que había tirado al suelo y me la paso por la cabeza. Una punzada brutal me prende fuego en el pecho y dejo escapar el siguiente aliento en un jadeo ahogado. El juramento me recuerda la promesa que hice. Irina vuelve a llamarme y me suplica que le diga qué ocurre, pero la ignoro mientras salgo del dormitorio. No voy lejos; elijo escabullirme por el pasadizo oculto más cercano antes de permitir que el lazo me arrastre de nuevo hasta Jovie.

Esta vez aparezco más cerca del combate. Los cuerpos de los guerreros chocan contra mí desde todos lados, pero ninguno repara en la fuerza invisible contra la que se estrellan. No pueden hacerlo,

con la amenaza de la espada ardiente de Jovie tan cerca y su acompañante abatiendo a cualquiera que ella deje atrás, que no son muchos.

Jovie es un espectáculo imposible de ignorar. Pequeña, pero absolutamente precisa en cada movimiento. No se contiene; no hay duda ni vacilación en su mirada mientras maneja el arma resplandeciente. Los gritos de los guerreros no le afectan mientras el hierro incandescente chisporrotea al atravesar carne y hueso, con un calor suficiente como para chamuscar piel y pelo incluso a distancia.

Pero aunque verla es impresionante, también produce que se me revuelva el estómago.

He combatido junto a soldados y contra ellos, y mostraban exactamente esa misma expresión que ahora tiene Jovie; ninguno de ellos sigue con vida. Luchaban sin miedo, esa pieza vital que se necesita para sobrevivir en batallas como esta. No veo ni una pizca de miedo en la intensidad de su mirada.

Es decir, hasta que percibe mi presencia y vuelve la cabeza bruscamente en mi dirección. No puede verme, perdido como estoy entre la masa de guerreros y la oscuridad más allá del alcance de su espada. Pero lo sabe. Tiene que saberlo, teniendo en cuenta la insistencia del vínculo en aprovechar cualquier oportunidad para reunirnos, el lazo se ha convertido en una carga incluso ahora que nuestras vidas están en juego.

Me obligo a volver a mi cuerpo, a abandonar su presencia. Distraerla es lo último que necesito. No solo por su seguridad y por el juramento de sangre que hice, sino también por mi propia cordura. Dejo que mi espalda choque contra el muro de piedra dentro del pasadizo oculto mientras aspiro profundas bocanadas del aire viciado. La rabia se ha disipado, sustituida por una sensación abrumadora de impotencia. El martilleo de la sangre en mis venas me ahoga los pensamientos mientras me concentro en el lazo, sabiendo que me lo hará saber si ella me necesita.

¿Qué coño me pasa?

Siempre he pensado que su muerte me traería la felicidad, sabiendo que tendría que llegar por azar o a manos de alguien que no fuera yo. Y, sin embargo, aquí estoy, temblando de preocupación

por lo que acabo de presenciar. Me digo que es por miedo al castigo del juramento. No hay forma de saber si la Madre me consideraría responsable en caso de que Jovie muriera a manos de hombres a los que yo he puesto en su camino. Pero, aunque de algún modo lograra esquivar el control del juramento, no estoy seguro de que sobreviviera a su muerte.

O peor aún, de que quisiera hacerlo.

Otro dolor punzante me empuja de nuevo a través del lazo. No es mío, sino de Jovie; veo que una brecha le cruza la mejilla cuando gira la espada contra su atacante. El dolor que él le ha causado dura poco; la herida ya se está cerrando mientras continúa abriéndose paso entre la multitud de guerreros. Si esta vez nota mi presencia, no lo demuestra.

Durante horas sigo yendo y viniendo a través del lazo. Pasa tanto tiempo que dejo de saber en qué momento del día estoy, mi única pista es que abandoné mis aposentos bien pasada la medianoche. El cansancio hace que acabe desplomándome en el suelo, pero no dejo que me venza. Y entonces me doy cuenta... de que, incluso después de todo lo que ha hecho...

Nunca la abandonaré.

No puedo.

Capítulo 12

Jo



Alzo la espada por encima de la cabeza antes de descargarla sobre el cuello del guerrero que tengo delante. Cuando se desploma, ya estoy moviéndome hacia el siguiente objetivo. La espada que empuño apenas brilla; la luz de mi magia se agota. También yo estoy agotada cuando la paso a la otra mano y la levanto justo a tiempo para bloquear la hoja curva de un sable que viene directo hacia mí. El brazo casi se me dobla por el esfuerzo de impedir que el guerrero me hunda el arma en la cabeza. Un sonido salvaje se me escapa entre los dientes apretados cuando me zafo girando bajo su empuje, mientras invoco mi daga negra en la mano libre y, a continuación, se la clavo en el costado, entre las costillas, directa al corazón.

Alguien me agarra por detrás de las correas de cuero y reacciono girando la espada para apuñalar a ciegas. Pero cuando el atacante me obliga a dar la vuelta, descubro que no es un enemigo. Es

Fredrich. Nos separamos durante la huida del sistema de cuevas. Fue pura suerte que lográramos escapar, que el plan no se desmoronara por completo.

Es entonces cuando caigo en la cuenta de que el combate empieza a apagarse. Quedan pocos strou; a la mayoría los dejamos que se retiraran una vez supimos que teníamos ventaja en la lucha. Aun así, hay demasiados de los nuestros tendidos entre los caídos. El valle se ha convertido en un lodazal, el suelo está blando y resbaladizo por la sangre. A lo lejos, el cielo empieza a aclararse hacia un gris pálido; el amanecer asoma justo más allá del horizonte.

Intento pensar en algo que decir, pero la mente se me queda en blanco. No soy capaz de formar ni una sola palabra, mucho menos de enlazar varias. A juzgar por su aspecto, Fredrich está casi tan exhausto como yo. De algún modo, eso me hace sentir un poco mejor mientras me esfuerzo por levantar los pies del suelo en cada paso.

—Es suficiente —afirma.

Al bajar la vista, me doy cuenta de que tiene el puño cerrado con fuerza sobre la tela de mi manga. No encuentro energía para quitármelo de encima. En lugar de eso, dejo que me arrastre hacia el campamento provisional del batallón, al otro lado del valle. Mis pasos son tan lentos como los de los demás soldados que avanzan en la misma dirección, en completo contraste con los que están mejor descansados y regresan al combate menguante. Nos dan palmadas en la espalda y nos lanzan palabras de ánimo al pasar.

El general Samasu aparece en nuestro camino justo cuando alcanzamos el perímetro de las tiendas reunidas.

—Jovinnia —dice mientras me sujeta por los hombros, con los ojos muy abiertos, y me examina.

El miedo en su mirada logra sacarme de mi aturdimiento.

—Estoy bien —respondo, con la voz ronca.

No me cree. Me palpa los hombros y baja por los brazos hasta llegar a las manos, donde sigo aferrando las armas con fuerza. Me las quita con cuidado, una a una, y se las entrega a Fredrich.

—¿Qué ha pasado? —pregunta, aunque la dureza de su mirada se dirige a Fredrich.

Él baja los ojos y me sorprende ver que el arrepentimiento le ensombrece la expresión.

—Ha sido culpa mía. Debería haber sido más cuidadoso al intentar abatir a los hombres que custodiaban la cueva.

—Eso no es justo —intervengo en su defensa—. Nos vieron antes de que pudiéramos sofocar los fuegos. Después de eso, ya no hubo forma de salir sin que se dieran cuenta de nuestra presencia.

Por cada guerrero que abatíamos, aparecían diez más para ocupar su lugar. Logramos escapar de la horda internándonos a la carrera en uno de los serpenteantes túneles del sistema de cuevas. A partir de ahí, aquello se convirtió en una especie de cámara de tortura: huir de los guerreros que nos perseguían mientras sus pasos y gritos rebotaban por las paredes desde todas las direcciones, creer que por fin estábamos a salvo... y dar de bruces con otra caverna llena de más enemigos a la espera.

Tardamos horas en encontrar una salida donde la ladera se abría hacia un terreno en pendiente lo bastante seguro como para avanzar en la oscuridad. Los guerreros seguían saliendo de las cuevas como hormigas. Pero una vez en el valle, nuestro batallón cerró filas a su alrededor, desde todos los flancos, impidiéndoles la retirada al refugio de su guarida cavernosa.

Es evidente que Sam no ha terminado de expresar su enfado por cómo se han desarrollado las cosas, pero debe de ver lo precario que es el hilo del que pendemos, porque aprieta los labios y se traga la frustración.

—Venga —dice con más suavidad, mientras me pone una mano en el hombro—. Vamos a que te aseen.

Mis ojos se cruzan con los de Fredrich y espero que capte mi disculpa silenciosa mientras nos alejamos. Permaneció a mi lado todo lo que pudo, hasta que la presión de los hombres nos arrastró en direcciones opuestas en el valle. Sus gritos amortiguados llamándome eran desesperados. Y, en ese momento, fueron lo único en lo que me concentré mientras luchaba.

Sam me conduce al interior de una tienda donde me esperan dos mujeres, ambas sanadoras, a las que les encarga que me ayuden a asearme.

—No —protesto, alzando una mano para detenerlas cuando se acercan—. Hay muchos otros que necesitan atención con más urgencia. Ocupaos de los heridos. Yo puedo apañármelas sola.

—Jo, tú también tienes heridas...

—He dicho que no.

Me cuesta casi toda la energía que me queda escupir las palabras, pero el tono no admite réplica.

—Mis heridas son superficiales y se curarán solas. Hay muchos sin dones que necesitan ayuda con más urgencia que yo.

Una vez más, se ve obligado a tragarse lo que iba a decir.

—Está bien —cede y despide a las mujeres con un gesto—. Pero los dos soldados de fuera se quedan. No quiero oír ni una palabra al respecto.

Interpreta mi silencio como una concesión, luego aparta la mirada de forma deliberada antes de darse la vuelta y marcharse.

Esta tienda es un refugio temporal, así que carece de muchas de las comodidades que tengo en el campamento principal. Hay un catre a la derecha, un taburete con un cuenco de agua limpia encima y una lámpara colgada del vértice de la lona. A través del material endeble me llegan los sonidos lejanos de los soldados despejando el campo de batalla.

Bajo la mirada hacia mi ropa sucia. La sangre, el barro y el sudor me pegan la tela a la piel húmeda. Me desato las correas de cuero a ambos lados del abdomen y cuando me quito la prenda superior por la cabeza, me doy cuenta de que estoy temblando y empiezo, por fin, a notar hasta qué punto el frío me ha drenado las fuerzas.

Pero tengo que sacarme también el resto del equipo, así que me quito las botas y los pantalones y dejo todo en un montón junto a la entrada.

Salvo por la ropa interior, la piel queda expuesta al aire helado y siento unos erráticos espasmos musculares mientras retiro el trapo del borde del cuenco y lo sumerjo en el agua. Está más fría que el aire nocturno y el cuerpo se me rebela solo de pensar en apoyar la tela húmeda sobre la piel. Tengo que sentarme en el borde del catre para no desplomarme. Obligo a mis manos a obedecer mientras empiezo por los pies y voy subiendo despacio. Cuando paso de las

rodillas, el agua ya es de un marrón turbio, pero continúo hasta haberme frotado cada centímetro del cuerpo con toda la meticulosidad que puedo.

Una oleada de agotamiento provoca que el mundo se incline de repente y, tras un largo parpadeo, me doy cuenta de que es porque he caído de lado sobre la cama. No tengo fuerzas ni para echarme la manta encima pese a que sigo tiritando; dejo que el abismo del sueño me arrastre sin resistencia. Es mi tipo de descanso favorito: aquel en el que no hay sueños y la mente no puede convertir los mejores recuerdos en las peores pesadillas.

El descanso que siento como pura dicha.

No dura tanto como me gustaría. Un sueño me tira de nuevo a una cadena de recuerdos. Es de los que sé que me están llevando a un tiempo en el que intento no pensar. Como cuando Acker me había dado raíz de saigón para ayudarme durante el Despertar. Cuando la hierba y los árboles parecían tan vívidos al llegar a tierra. Luego él, sentado en la silla junto a mi cama en la cabaña de Fia. Cuando me miraba con una ternura que, vista en la distancia, resulta casi dolorosa.

Y entonces... algo me despierta.

Abro los ojos poco a poco, no a la luz turbia del amanecer que esperaba, sino en plena noche. Está oscuro; el parpadeo de la lámpara de aceite se ha apagado por completo, pero un hilo de luz de luna se cuela por la abertura de la entrada de la tienda. Los insectos nocturnos cantan al unísono, creando un zumbido constante. Hay algo inquietante en ese silencio.

Recorro las sombras con la mirada, buscando movimiento.

Entonces lo veo: un cambio en la oscuridad, a apenas unos pasos. La silueta de un guerrero strou avanzando hacia mí.

«Ups».

No es exactamente un pensamiento coherente. Una insistente vocecilla en mi cabeza me dice que debería llamar a mi arma mientras se acerca, pero mi cerebro, aún entumecido por el sueño, solo alcanza a preguntarse cómo ha conseguido entrar en el campamento, por no hablar del hecho de haber sorteado a los soldados que custodian mi tienda.

Da otro paso y alcanzo a ver la rabia pura pintada en su rostro, el brillo sutil del largo cuchillo que empuña. Es entonces cuando consigo invocar mi daga. Un segundo demasiado tarde: el guerrero ya está levantando el brazo con el arma por encima de la cabeza. Pero justo antes de que pueda descargar el golpe, una mano aparece de la nada y le agarra la muñeca, deteniéndolo en seco.

Es una mano que reconocería en cualquier parte, y mi interior se desploma de alivio.

«Es solo otro sueño».

Uno nuevo y aterrador, pero aun así encuentro cierto consuelo en saber que no es más que mi mente jugándome una mala pasada. Es lógico, teniendo en cuenta que sentí la presencia de Acker, al menos una vez, mientras Fredrich y yo estábamos dentro de las cuevas. Por un momento creí que había venido a salvarme.

Sigo con la mirada el brazo al que pertenece esa mano hasta el rostro de Acker, medio oculto por las sombras. De una patada deja al guerrero sin apoyo, haciéndolo caer de rodillas. Le retuerce el arma para arrancársela de la mano, la hace girar en la palma y se la clava directamente en la oreja, atravesándole el cerebro. Muere al instante.

Da igual cuánto intente convencerme de que lo que siento por él se ha apagado; sé que no es verdad, en absoluto. Mi mente también lo sabe, por eso ha fabricado esta estúpida pesadilla: para que no olvide nunca lo que realmente anhelo. A él.

Los ojos de Acker se alzan y se clavan en los míos mientras el cuerpo del guerrero cae lentamente hacia delante y se desploma en el suelo.

—¿Ibas a dejar que pasara? —me pregunta, furioso.

No lo sé.

«Puede».

¿Qué pasa cuando mueres dentro de un sueño? Apostaría a que es tranquilo.

Da un paso cuidadoso por encima del guerrero abatido y se inclina hasta quedar a la altura de mis ojos. Alarga la mano hacia mí y me aparta los mechones sueltos que se han escapado de mi trenza y, al hacerlo, me roza la mejilla con los nudillos.

Frunce el ceño al tocarme el cuello, luego el hombro.

—Joder, estás helada —dice.

La verdad es que..., ahora que lo menciona, tengo muchísimo frío.

Coge la manta que hay a los pies del catre y me tapa con ella. Apenas sirve para entrar en calor.

Cuando se aparta, estiro la mano para detenerlo.

—Quédate —le suplico, desesperada por aliviar el dolor que me oprime el pecho—. Por favor.

Mira el leve agarre que une mis dedos a los suyos, antes de alzar la vista hacia mí sin mover la cabeza. Hay un atisbo de hostilidad en su expresión que me asustaría si esto fuera real, pero no lo es. No es más que mi mente exhausta jugando conmigo.

Y porque es una de las pocas veces en que mi mente decide apiadarse de mí, el rostro de Acker se suaviza. No dice nada cuando se incorpora del todo y se sube al catre junto a mí. Su cuerpo irradia un calor que saboreo cuando me rodea con un brazo para atraerme hacia él y entrelaza sus piernas con las mías. Desliza el antebrazo bajo mi cabeza, ofreciéndomelo como almohada, y con la otra mano busca la mía, entrelaza los dedos y me acomoda contra su cuerpo.

Siento el latido de su corazón en mi espalda, la expansión de su pecho al llenarse de aire, la caricia de su aliento en mi cuello. Mis sueños siempre han sido especialmente vívidos, pero de todos ellos, este es el más surreal. Supongo que, ya que estoy obligada a soportar mi deseo más profundo, también puedo disfrutarlo.

Me abandono a su abrazo y un sonido grave surge de lo más profundo de su pecho, muy parecido al tarareo que usaba cuando había logrado convencerme, por fin, de que me quedara dormida con él en la barca; siento claramente la vibración en la espalda. Un ardor me sube por la garganta y tardo un momento en darme cuenta de que es el impulso de llorar. Qué cosa tan extraña, llorar en un sueño, pero no puedo evitar que una lágrima se me escape y me deje un rastro caliente y húmedo por la nariz antes de caer sobre su antebrazo.

Sus brazos se estrechan a mi alrededor cuando murmura:

—Duerme, Jovie.

Entonces el sueño me lleva a nuestra barca, donde no hay guerra, ni muerte, ni frío.

Solo las estrellas sobre nosotros y el suave vaivén del océano.

Capítulo 13

Acker



Hago girar la hoja entre los dedos, sentado enfrente de mi padre, mientras espero a que revele por qué ha convocado esta reunión. Estamos en un punto muerto, sumidos en un silencio absoluto.

«Quédate. Por favor».

No consigo dejar de pensar en la súplica rota de Jovie, en la desesperación reflejada en su rostro. Debería ser lo último que me preocupara, sobre todo después de verla esquivar la muerte por los pelos contra los strou, tanto en la batalla como cuando el rezagado consiguió colarse en su tienda. Pero la forma en que se derrumbó contra mí fue, a la vez, agonía y éxtasis. Fue la primera vez, desde nuestra separación, en la que el latido constante del vínculo no fue algo malo.

Estoy completamente agotado después de haber pasado la noche en vela asegurándome de que ella no acabara con una espada clavada. Incluso el cuerpo me duele, como si hubiera estado allí

físicamente en lugar de manifestarme a través del vínculo. Aun así, me costó toda mi concentración sacar al guerrero strou de la tienda de Jovie. No quería que despertara con un cadáver a su lado, así que, cuando me aseguré de que dormía profundamente y de que su temperatura corporal había subido lo suficiente, saqué fuerzas, no sé de dónde, para deshacerme del desgraciado.

La preocupación ha echado raíces firmes en mi interior ante su evidente desprecio por su propia seguridad. Me digo que es por el juramento, pero una avergonzada parte de mí no puede negar lo bien que me sentí al volver a tenerla entre mis brazos, hasta el punto de que tardé más de lo que me gustaría admitir en separarme de ella. Intento convencerme de que eso se debe únicamente a lo mucho que hacía que no me acostaba con nadie y que no tiene nada que ver con que fuera Jovie..., pero solo puedo mentirme hasta cierto punto antes de caer en la pura fabulación.

Fueron sus lágrimas lo que terminaron de romperme.

—¿Te apetece una copa? —pregunta por fin mi padre.

—No, gracias.

Despide a Stassia, la doncella, con un gesto y me dedica toda su atención.

—Sé que estás disgustado conmigo —dice y su voz grave resuena en la estancia vacía.

Hace bastante tiempo que estoy esperando esta conversación. A mi padre le gusta controlar las charlas difíciles, desarmar a su interlocutor fingiendo que la situación no es tan grave como parece.

Yo, por mi parte, llevo veinticuatro años lidiando con este hombre y conozco bien sus tácticas.

—Sí —respondo con calma mientras le sostengo la mirada.

Asiente y una leve sonrisa le tira de la comisura de su boca.

—Navegar por la política en mitad de un conflicto no es fácil para ningún hombre que actúe en solitario. Aun así, has manejado la presión de forma admirable. Estoy orgulloso de ti.

«Estoy orgulloso de ti».

Jamás había oído esas palabras de labios de mi padre.

He cambiado de opinión. Sí que quiero una copa.

Dejo la daga sobre el brazo del sillón y me acerco al carrito de licores. Stassia se adelanta para servirme, pero la detengo con la mano, me sirvo una generosa cantidad de whisky y le doy un trago.

—He puesto mucho peso sobre tus hombros con mis ausencias —continúa mi padre, con voz cargada—. Probablemente más del que debía.

Me vuelvo hacia él.

—Entonces, ¿por qué lo has hecho?

Me observa un largo rato, pensativo, antes de que su mirada caiga en mi collar de piedras.

—Los dos sabemos que las piedras mangi no son infalibles, hijo.

—Me has confiado el timón durante el último año entero, ¿y ahora de repente soy una carga? —me burlo mientras niego con la cabeza —. Tú ni siquiera llevas las piedras para protegerte de tu propio vínculo.

—Greta no es el enemigo, ¿verdad?

—¿Me estás diciendo que no crees que Greta supiera de los planes de su hija para ayudar a Jovinnia a derrocarte? —pregunto, incrédulo—. Es una maldita adivina.

—Es imposible que Greta lo supiera. No hay secretos entre nosotros.

—Y, sin embargo, ella lleva el collar mangi, a diferencia de ti —replico.

No se inmuta ante la acusación cuando se levanta y se acerca a mí.

—Me han informado de que te cuelas en el dormitorio que antes ocupaba la princesa de Maile.

Me obligo a no reaccionar. Si muestro la más mínima culpabilidad, se aferrará a ella.

—Fuiste tú quien insistió en que compartiera mis aposentos con Irina. Es la única habitación de todo el palacio donde sé que no me molestarán.

—¿Así que me estás diciendo que no has visitado a Jovie a través del vínculo?

Hay algo en la forma en la que me observa que me eriza la piel, una advertencia clara de que no le mienta.

—Bueno, yo no he dicho eso —respondo reticente.

Hay un momento tenso en el que examina mi expresión impenitente, antes de rendirse y esbozar una sonrisa cómplice.

—Entiendo lo tentador que puede ser un vínculo, hijo, pero la diferencia entre el mío y el tuyo —dice, arqueando una ceja— es que el tuyo ha demostrado ser una amenaza.

No puedo evitar sonreír ante su elección de palabras.

—Cierto.

Apoya una mano sobre mi hombro y lo aprieta del mismo modo que lo ha hecho toda mi vida.

—Tengo un plan —dice—. Pero si queremos tener alguna posibilidad de ganar esta guerra, es importante que siga siendo confidencial. ¿Me entiendes?

Asiento.

La presión que me oprimía el pecho y me impedía respirar bien se afloja ligeramente.

—Hemos perdido casi ochenta mil hombres, los troles se han unido a la causa de nuestro enemigo y nos estamos quedando sin hierro...

—Hay alguien a quien quiero presentarte —me interrumpe.

Como si lo hubiera calculado, las bisagras de la puerta chirrían a mi espalda. Retira la mano de mi hombro y, en un abrir y cerrar de ojos, su expresión se vuelve completamente neutra.

—Adelante, por favor —anima con un gesto—. Stassia, sírvele una copa a nuestro invitado.

Me termino la mía de un trago y observo el vaso vacío mientras intento contener la oleada de ardiente frustración que empieza a recorrerme las venas. Por el brusco cambio de actitud de mi padre, ya sé que no me va a gustar quien sea que esté detrás de mí. La voz del desconocido me resulta ajena cuando da las gracias a la doncella, y una semilla de inquietud se me instala en el estómago.

Mi padre extiende un brazo para dirigir mi atención hacia el invitado, ejerciendo de anfitrión afable.

—Ace. Hijo. Permíteme presentarte a un viejo amigo mío.

El olor me golpea primero. Ese aroma extraño que arrastra cualquiera que haya vivido en Alaha. Como si el metal de sus venas

se estuviera oxidando, envenenándolos poco a poco, volviendo tóxica la sangre por haber sido privados de tierra durante demasiado tiempo.

La voz de mi padre sigue sonando, pero apenas la oigo por el pitido que me resuena en los oídos.

—... Wren y yo nos conocemos desde hace siglos.

Por fin me giro y mis ojos se clavan en el capitán de Alaha.

El hombre sobre el que mi madre me contaba historias de miedo cuando yo se lo pedía. El hombre que masacró a incontables personas en su búsqueda personal de poder. El que incitó a los propios hombres de mi padre contra él. Al menos, eso dicen los registros. La historia escrita para las generaciones futuras como advertencia sobre la mente retorcida de un solo hombre.

Ahora me tiende la mano. El saludo de Alaha: estrecharse las manos al conocerse. La miro e imagino todas las formas en que podría arrancarle ese apéndice sin levantar ni un dedo. Ninguno de los dos se mueve durante un largo rato, hasta que finalmente cede, cierra la mano en un puño y la deja caer.

—Tienes que disculpar a mi hijo —interviene mi padre—. No es que poseas la mejor reputación aquí en Kenta.

Lo que mi padre omite en su declaración es la magnitud de mi desprecio por el hombre que le robó los recuerdos a mi vínculo cuando era niña y la mantuvo en condiciones deplorables. Pese a la rabia que siento hacia Jovie, no deberían robarle a nadie sus recuerdos. Cualquier hombre capaz de hacer algo así, y más aún a una niña, no debería tener derecho a respirar y, mucho menos, a estar en mi presencia.

Quienquiera que ayudara a Wren a llevarse a Jovie a Alaha merece el mismo destino. Mi padre siempre ha proclamado su inocencia. Afirma que fue obra exclusiva de Osiris, quien secuestró a la princesa de Maile y la envió a vivir con los alaha. Esa es precisamente la razón por la que Evelyn mató al anterior líder de Roison, pero cada vez dudo más de que mi padre no tuviera ningún papel en todo el asunto; aún no sé cómo. O mejor dicho, por qué.

Stassia reaparece para entregarle una copa a Wren. Él la acepta con el porte de un caballero y le da las gracias. Mis ojos bajan al

vaso en su mano. Nunca antes me había importado, pero la idea de que, quizá, el vaso con el que di placer a mi vínculo sea el que esté en sus manos me hace hervir de rabia.

—Estoy seguro de que tú no tienes nada que ver con eso —dice Wren, continuando con su intercambio casual, mientras lanza una mirada conspiratoria a mi padre.

Me aparto de ellos por miedo a hacer algo irreversible, como arrancarle ambas manos a Wren.

Ignorando sus bromas mutuas, me acerco al carrito de bebidas. El decantador choca contra el borde de mi vaso mientras sirvo una medida generosa y respiro con calma antes de devolverlo a su sitio junto al resto de botellas. En lugar de lanzárselo a la cabeza a Wren.

Tras un buen trago, finalmente les presto toda mi atención, mientras escondo el temblor violento de mi mano libre metiéndola en el bolsillo.

—Dejémonos de tonterías —digo, cortando su charloteo, mientras lanzo a mi padre una mirada firme—. Explícame por qué el hombre exiliado al otro lado del mar con todo su pueblo puede moverse libremente por nuestra casa.

Mi actitud logra que mi padre recobre la seriedad y, sin decir palabra, conduce a Wren hasta la zona de asientos. Lo sigo con cautela y ocupo el asiento que acabo de dejar libre. Justo enfrente del capitán de los alaha. Me inspecciona de un modo que me recuerda a su hijo. La arrogancia de Kai viene claramente de su padre.

—Ace —dice mi padre, mientras se cruza de piernas—. Entiendo que el concepto de una alianza con Wren te parezca inconcebible, pero hay muchos factores en juego de los que no has sido consciente.

Lo miro con una calma que no siento.

—Sé que envió al títere de su hijo para derrocarte y, al regresar a tierra, se unió a Roison en su ataque contra nuestro pueblo y tu trono.

Wren se inclina hacia delante y es la primera vez que percibo el collar alrededor de su cuello.

—Hemos sido adversarios en el pasado, sí, pero antes fuimos amigos y, esta vez, hemos llegado a un acuerdo mutuo que, creemos, nos beneficiará a ambos.

—Hum —gruño mientras trago un sorbo de licor.

Mi padre asiente en mi dirección.

—Seguro que tienes muchas preguntas.

Aprieto los dientes antes de responder:

—No, la verdad —digo mientras dejo el vaso y recojo mi daga con naturalidad—. El rey de Roison hizo un trato con Evelyn que dejó a los alaha sin territorio. Es la única razón por la que un líder egoísta como Wren forzaría a sus hombres a unirse al bando perdedor de una guerra.

La voz de mi padre se tiñe de advertencia.

—Hablas de cosas que desconoces.

Inclino la cabeza hacia un lado.

—Entonces, ilústrame.

Wren observa nuestro intercambio con atención. Intenta disimular su interés tomando un trago y yo desvío la mirada hacia la daga en mi mano. Sé que no necesito acceder plenamente a mi don para matar al padre de Kai. Podría matar a Wren en un solo aliento. Sería muy fácil. Pellizco la punta de la hoja de hierro entre los dedos. No sería ni la primera ni la última vida que se llevara esta daga.

La voz de Wren interrumpe mis pensamientos asesinos.

—Veréis, mi gente ha perdido su magia. Hemos estado demasiado tiempo lejos de la tierra.

—Vos no —replico. Cuando lo miro, sus manos están vacías y el vaso, abandonado en la mesa junto al mío—. Ni vos ni los vuestros habéis pasado necesidad.

Sus ojos se detienen un instante en el arma que sostengo, antes de responder:

—Cuando nos exiliaron, tomé la decisión de enviar tierra a Alaha para beneficio de mi hijo, si es a eso a lo que os referís.

—¿Sabe que estáis aquí? ¿Prometiendo lealtad a su enemigo? Según me consta, aún pedía mi cabeza.

Su máscara cuidadosamente cultivada se resbala y revela la animosidad que ocultaba. Mi sonrisa solo parece empeorarlo. Tenía

que saber que habría espías en sus filas. Una casa dividida siempre tiene huecos para que se cuelen las alimañas. He colgado a más hombres de los que puedo contar con las dos manos en los últimos cuatro años; hombres que, bajo el mando de su hijo, habían sido enviados a asesinarme.

—Kai me hará caso.

Ni en broma me lo creo.

—Los ideales de Wren coinciden con los nuestros —continúa mi padre, ignorando nuestra tensa confrontación—. Podríamos vivir en armonía con nuestro vecino. No como ahora, en constante estado de defensa, a merced de cada movimiento de Chryse para provocarnos desde Roison, sino con un aliado real al otro lado de la frontera.

Asiento lentamente. Los objetivos de uno se reflejan en los del otro. Ambos son gobernantes que prefieren mantener el poder sobre su gente con mano dura. Pero no creo ni por un instante que puedan coexistir. No en esta tierra, en este reino, ni mientras ambos sigan vivos.

El poder anhela dominio.

—Esto pone a vuestros ejércitos en una situación precaria —le digo a Wren.

Se muestra apesadumbrado por un momento.

—Mis hombres están demasiado establecidos en el ejército de Roison para cambiar las órdenes ahora. Si Chryse se enterara de que los alaha cambian de lealtad, sería una masacre.

—Para prevenir tal evento —añade mi padre— mantendremos la existencia de esta alianza entre los tres en secreto.

—Hasta que llegue el momento adecuado —concluyo.

Mi padre asiente.

—Exactamente.

Manipulo la daga entre los dedos.

—Seguiremos perdiendo hombres a un ritmo insostenible si esperamos demasiado.

—Un sacrificio que no se hace a la ligera —dice mi padre con falsa gravedad.

Wren se inclina hacia delante y atrae mi atención.

—Cuando las tropas de Roison se cierren sobre la capital, tendremos el factor sorpresa de nuestro lado y podremos terminar finalmente esta guerra.

La frase sale de su boca con demasiada facilidad.

Capítulo 14

Acker



Es bien pasada la medianoche cuando mi padre irrumpe en mis aposentos.

Desde el momento en que pidió su vino favorito de la bodega y llamó a su catador real, supe que iba a ser una larga noche de intercambio de batallitas entre Wren y él, si no me retiraba. Pero también sabía que estaba descontento con mi actitud poco amable hacia Wren y que con toda seguridad lo mencionaría más tarde. Probablemente en un momento inoportuno. Otra de sus tácticas para ganar ventaja.

Cierro el libro que estaba leyendo, me levanto del escritorio y meto las manos en los bolsillos mientras espero a que su disgusto haga acto de presencia.

Examina la cama vacía con un arqueo de ceja poco impresionado y luego dirige la mirada hacia las paredes desnudas y las superficies llenas de imperfecciones mientras se apoya contra la repisa.

—Me has estado siguiendo.

La acusación me coge desprevenido, pero no lo niego.

—Contraté a un cambiante para rastrear tu aroma.

Al principio pensé que los rumores eran ciertos, que simplemente estaba siendo cauteloso respecto a sus aventuras extramatrimoniales. Después de años y años de sermones sobre mantener las apariencias dentro de los muros del palacio, que él fuera esquivo en ese terreno no habría sido una sorpresa. Nada era más importante que mantener el *statu quo* con los cortesanos. Pero en sus recientes salidas solía visitar primero las minas, para supervisar los esfuerzos por excavar más piedra ígnea, antes de dirigirse al sur. Y ahí es donde el cambiante lo perdía siempre.

—¿Quién te lo ha dicho? —pregunto.

—Tengo mis fuentes —responde con indiferencia—. Supongo que debería de habérmelo esperado. Después de todo, eres mi hijo.

Con un movimiento de muñeca, la chimenea estalla en llamas antes de atenuarse y crepitar con más calma. Es una demostración gratuita de la magia que ha estado ocultando, y retrocedo un paso, tambaleante.

—¿Cómo? —pregunto, intentando disimular el miedo, aunque seguramente se nota en mi asombro.

Me observa con un brillo divertido en los ojos, disfruta de mi reacción.

—No deberías dejar que el frío se te cuele así en casa —me amonesta, ignorando mi pregunta—. Quizá entonces, tu esposa prefiriese tu cama a la de su amante.

No le digo que en realidad la he enviado lejos, tras haber previsto esta confrontación.

—No me hables con condescendencia —digo en su lugar—. Dime cómo has recuperado tu don.

—Creo que es mejor que nos sentemos para esta conversación —dice.

La silla de lectura se desliza sola por el suelo hacia nosotros y doy un paso atrás, alarmado por su movimiento independiente. Hasta que mi padre se sienta y, absolutamente horrorizado, me doy cuenta de que, de alguna manera, también ha desarrollado el don de la

telequinesis. Un don que permite mover objetos con la mente. Solo conozco a una persona con ese don y estaba confinada en las mazmorras del palacio al final de la última guerra, cuando los alaha fueron exiliados.

Se muestra insoportablemente satisfecho mientras se reclina y cruza una pierna sobre la otra.

—He descubierto un método que permite transferir los dones de un Heredero a otra persona.

—¿Y cuál es ese método? —pregunto.

Sus ojos bajan hacia las piedras que llevo al cuello.

—Si esta información se filtrara... —dice mientras se inclina más cerca—... podría ser catastrófico.

—Estás matando gente y robándole la magia —deduzco, cauteloso.

No lo niega y no hay manera de disfrazar mis verdaderos sentimientos, el labio superior se me curva en un gesto de disgusto.

No se ofende ni un ápice por mi reacción.

—Solo a aquellos que han usado sus dones para dañar a otros.

—¿Y qué hay de nosotros? —Hago un gesto entre los dos con la mano—. ¿Deberían despojarnos de la bendición de la Madre por todos aquellos a los que hemos dañado?

—Somos reyes —habla despacio, como si el concepto fuera nuevo para mí—. Se nos conceden... privilegios.

Sacudo la cabeza.

—No para coger lo que pertenece legítimamente a otro.

—Tú y yo no usamos nuestros dones contra nuestro pueblo. —Me lanza una mirada amonestadora—. Los usamos para luchar por nuestro pueblo.

Una serie de respuestas se me pasan por la mente, pero la verdad es que no he peleado mucho. No últimamente. Salvo aquella noche en que luché para mantener a Jovie a salvo, pero eso ni siquiera fue en defensa de mis hombres.

En cambio, he estado navegando por la política de la corte y trazando estrategias de guerra mientras me mantenían en la oscuridad sobre los asuntos realmente importantes. Para eso podría haber ido al frente sin armas, con los ojos vendados. Así de inútil he

sido: solo un sustituto conveniente en ausencia de mi padre mientras él hacía lo inconcebible.

He estado esperando esto.

El momento en que sabría que no hay nada redimible en él.

Una daga reposa en el borde de mi escritorio. La tentación de usarla grita en mi mente. Quitarme las piedras y enviar la hoja directamente a la garganta de mi padre, terminar su reinado tiránico aquí mismo, ahora mismo. Sus ojos bajan hacia el lugar donde mi mano cuelga a un lado, cerrada en un puño, y me apresuro a comprobar que mis escudos mentales estén fortificados. No hay manera de saber cuántos dones esconde.

Me devuelve la mirada.

—Sea lo que sea que estés pensando, cualquier movimiento contra mí fracasará.

Necesito calmarme.

Señalando la otra silla tapizada, pregunto:

—¿Te importa?

Sin mover un músculo, mi padre hace que la silla se deslice por el suelo. Me siento y miro la copa de vino que he dejado en el escritorio. Mi padre lo capta rápidamente y la copa flota en el aire hasta mi mano. Tomo un largo sorbo de su contenido.

—Muy llamativo —dice y una sonrisa le reaparece lentamente en el rostro—. Pero ¿ves? Las posibilidades son infinitas.

—Puedo aceptar que tiene sus beneficios —digo, mientras giro el tallo de la copa entre los dedos e intento mantener una expresión creíble—. Lo que quiero es asegurarme de que los Herederos a los que les cojamos los dones hayan abusado de su magia de maneras que contradigan las intenciones de la Madre Naturaleza.

—Por supuesto. Ya he dado instrucciones a los señores de la corte para que entreguen a cualquier prisionero detenido y acusado de infracciones relacionadas con la magia.

—No fue territorio de Roison lo que has acordado darle a Wren, sino magia para su pueblo a cambio de esta alianza —digo, juntando las piezas.

Asiente.

Absorbo su respuesta.

—¿Tienes idea de cuál es el número de prisioneros? —pregunto.

Su humor cambia y su sonrisa se desvanece ante mi pregunta.

—Si queremos apaciguar a Wren, entonces no son suficientes. Aquí es donde contar con un oráculo habría sido de gran ayuda para encontrar a los verdaderos malhechores. Sin embargo, no he podido conseguir uno. Al menos, no uno lo suficientemente fiable. O, por ejemplo, si tuviéramos a alguien como Beau...

Me tenso en el asiento, cuando mi magia reacciona a la insinuación, ardiéndome por las venas como un incendio. Pero no me muevo.

—Ella nunca aceptaría —digo.

Me lanza una mirada que me retrotrae a la infancia, cuando le pedía que dejara a mi hermana entrenar en el patio junto a mí.

Como si me estuviera haciendo el favor de escucharme.

—Su don es único —dice—. Es realmente desafortunado cómo han acabado las cosas con ella. Era mi mejor baza. La tuya también, lo sé.

Termino el vino y me encojo de hombros.

—Ajá —murmuro, indiferente, mientras observo mi vaso vacío.

Hablamos sobre sus planes de enviar soldados a las aldeas vecinas para comenzar a reunir a los Herederos encarcelados. Intervengo cuando lo considero apropiado mientras el vino en mi estómago se torna cada vez más agrio. Pero debo de hacer un trabajo lo suficiente convincente aparentando calma e interés, porque no pasa mucho tiempo antes de que decida retirarse a dormir.

Espero un buen rato después de que se haya ido, para asegurarme de que todo está despejado antes de coger la lámpara de aceite de mi escritorio y escabullirme. El hueco detrás de la puerta de mis aposentos alberga el busto de una princesa ya olvidada. Siempre he encontrado reconfortante su expresión triste, como si comprendiera mi lugar como príncipe, habiendo estado una vez en la misma posición.

Detrás de ella, la pared da paso a un corredor oculto. Los pasadizos secretos aquí recorren toda la longitud de ambas alas del palacio, pero nunca los he explorado por completo. Una más de las numerosas razones por las que ni mi padre ni yo supimos del doble

juego de Beau, pues solo después nos dimos cuenta de que había utilizado los pasajes para introducir a los soldados de Maile.

El olor acre de la orina de rata me quema las fosas nasales. El sonido de sus patas correteando resuena por el corredor mientras me adentro en su espacio. Una vez que llego al final del estrecho pasillo, palpo la pared hasta que una sección cede, abriéndose, y me permite salir al vestíbulo frente a las puertas cerradas de la biblioteca. Es imposible no sentirse pequeño ante su enorme altura. Solo puedo imaginar cómo se siente Greta dentro, al no haber podido salir de la biblioteca desde que su hija desempeñó un papel clave en la traición de Jovie.

Como concubina de mi padre durante mi infancia, Greta cuidaba de la biblioteca como guardiana de los registros del rey. Él le dio esa responsabilidad para ocultar quién era para él, pero no tardaron en surgir rumores sobre su vínculo. Era un entendimiento tácito no discutir las dinámicas de la corte. Cualquiera que fuera sorprendido cotilleando era acusado de traición. Por orden de mi madre, o eso me han contado.

La biblioteca ya no cumple esa función. Nadie se atreve a entrar en sus muros. Desde la traición de Beau, la gente ha evitado a su madre, creyendo que debía saberlo de antemano y que, por tanto, debía ser igual de traidora. Aunque mi padre se niega a creerlo.

No llamo, abro una de las grandes puertas lo suficiente para deslizarme dentro y luego la cierro detrás de mí. La luz de la lámpara baña la planta baja, proporcionando suficiente claridad, así que coloco mi propia lámpara sobre el escritorio circular en el centro de la sala.

—Greta —llamo y mi voz viaja por las paredes curvas llenas de libros y rebota en el techo cubierto de sombras—. ¡Greta!

Desde abajo llega el sonido de un cerrojo deslizándose. En el suelo, bajo el centro abierto del escritorio, se revela una Greta demacrada. A pesar de su cabello encrespado y las gafas desequilibradas, aún me dedica una sonrisa.

—Acker —dice mientras sale del hueco en el suelo—. Te estaba esperando.

Cómo no.

Veo por un instante la pequeña biblioteca secreta bajo el suelo antes de que cierre de nuevo la trampilla. Cada vez que creo haber tocado fondo en el pozo lleno de recuerdos de la estancia de Jovie aquí, me equivoco y debo respirar despacio para superar el pinchazo en el pecho.

—Entonces sabes por qué estoy aquí —le digo.

Ella se sacude el polvo de las palmas en los pantalones.

—Tu padre dejó de pedirme mis predicciones sobre el futuro hace casi una década. —Se deja caer en la silla del escritorio y se aparta el cabello de la cara mientras se apoya con los antebrazos—. Nunca le gustaron mis respuestas.

Mi padre nunca ha ocultado lo poco que valora la visión de Greta. «Creamos nuestro futuro, no lo padecemos», solía decir, para desestimar el don de su vínculo.

—No te lo estoy pidiendo. —Mi tono la hace vacilar.

—Tu padre se enterará —dice, con advertencia clara en la voz.

—Lo sé.

Admito que me da vergüenza haber tardado tanto en reunir el valor para venir a verla y creo que es porque me he pasado la mayor parte de mi vida aferrado con desesperación a la idea de que mi padre tenía razón. Que podemos forjar nuestros propios caminos. Pero desde la traición de Jovie, me siento completamente un mero espectador de mi vida.

—¿Qué te hace pensar que puedes manejar la realidad de lo que está por venir?

—No puedo —le respondo con honestidad.

Debe percibir el delgado hilo del que cuelgo porque se endereza un poco. Se quita las gafas y las coloca sobre el escritorio mientras se pone de pie.

—¿Me ayudarías con mi collar?

Levanto la sección del escritorio que permite el acceso al centro y me coloco dentro del círculo a su lado mientras ella se vuelve, dándome la espalda. Las piedras mangi que Greta lleva al cuello son la única razón por la que mi padre no la incluyó con Beau y Jovie en su traición. Al igual que su hija, Greta puede abrumarse con su don y siempre ha usado el collar por su propia cordura. Pero aunque

nunca fue concebido como una cadena, se ha convertido en eso por la insistencia de mi padre de que nunca revele sus visiones.

Greta agarra el collar con ambas manos mientras yo uso mi magia para girar el mecanismo de cierre, liberándola y, como si se deshiciera de un peso, estira su columna.

Es una sensación que conozco demasiado bien.

Sigue de espaldas cuando se queda inmóvil, absolutamente quieta.

Cuando éramos niños, Beau nos contaba historias en las que se despertaba y veía a su madre al pie de la cama, con los ojos cegados pero consciente, recitando sus visiones en voz alta. Hallis, Wells y yo asumimos que exageraba, pero nos asustó lo suficiente como para no atrevernos nunca a contrariarla. Todos fuimos muy diligentes en devolver los libros de la biblioteca a tiempo.

Pero al acercarme lentamente para mirarla, puedo decir honestamente que Beau nunca exageró. Ni siquiera un poco. Si acaso, no enfatizó lo suficiente la horrenda realidad. Con los ojos vidriosos y un brillo blanquecino, la expresión de Greta es inquietante, el rostro flojo y desprovisto de emoción.

Y nada podía prepararme para la voz monótona e inquebrantable cuando habla:

—Los cuerpos yacen esparcidos. Mas cambiarán su lealtad —dice con frialdad, como si recitara líneas—. Uno prevalecerá.

Un escalofrío me recorre la piel y retrocedo como si la premonición fuera a cumplirse en cualquier momento.

Parpadea y la vida regresa a su rostro y a su cuerpo, sus rasgos se animan de nuevo, pero aún pronuncia una última y terrible declaración:

—El rey de Kenta prevalecerá.

Mi respiración se detiene.

—¿Sabes cuándo ocurrirá todo esto? —pregunto.

Asiente levemente.

—Probablemente este invierno, a juzgar por la nieve en el suelo.

Me quedo sin palabras.

Le tiemblan las manos al coger las gafas. Me acerco a ella.

—¿Estás bien?

Hace un gesto para restar importancia a mi preocupación.

—Solo un poco desentrenada —dice—. Tus piedras mangi..., si no tienes cuidado, un día estarás igual de desentrenado que yo.

—No, si encuentro una manera de romper el juramento de sangre.

Ella esboza una sonrisa, pero sin humor.

—He buscado en todos los textos, muchacho. No existe tal cosa. Nada salvo matarte junto con tu vínculo.

Su seguridad obvia me irrita.

—Has tenido muchas oportunidades para matar a mi padre, ¿por qué no lo has hecho?

—Como tú, no dejé de amarlo hasta que fue demasiado tarde.

He obtenido lo que vine a buscar, así que no sé por qué la siguiente pregunta se me escapa de los labios.

—¿Es por eso por lo que no te has ido con Beau? —«Cuando ella y Jovie me traicionaron...».

Su sonrisa desaparece por completo para dar paso a un semblante inquebrantable de desesperación.

—Si hubiera tenido siquiera una oportunidad de evitar a tu padre, de huir de él y llegar a un lugar donde nunca pudiera encontrarme, la habría aprovechado al instante. —Suspira, como si la verdad la agotara—. Pero todos tenemos un papel que desempeñar y el mío es tan inevitable como el de tu vínculo.

Habla como si el destino de Jovie estuviera escrito en piedra y no me gusta.

Siempre he pensado que mi padre mantenía a Greta encerrada en la biblioteca por mera posesividad. La conoció después de haberse casado con mi madre y no podía soportar separarse de ninguna de las dos. Desde entonces he aprendido que nadie puede negar el vínculo, sea rey o no.

Sin embargo, Greta tiene razón. Daría igual a dónde se fuera. Mientras mi padre siga vivo, ella nunca podrá escapar de él, pues siempre serán atraídos el uno hacia el otro por el vínculo.

Quizá pueda comprender a mi padre más de lo que me gustaría admitir.

Capítulo 15

Jo



La capital de Maile se asienta a los pies del monte Zallis. La sal del golfo se mezcla con la corriente helada que desciende desde la cima de la montaña y crea una sensación revitalizante en el aire que devuelve algo de energía a mis huesos cansados. Los caballos casi arrastran las pezuñas, sus cabezas se balancean a cada paso, pero no los forzamos. De todos modos, es mejor pasar en silencio por la ciudad en plena noche.

Fredrich no protestó cuando sugerí volver a casa durante las primeras horas, pese a la falta de sueño acumulada durante las últimas semanas. Esto es justo lo que necesitaba: poder regresar sin el peso de mi título sobre la cabeza. Sin miradas que sigan cada uno de mis movimientos y sin que la vergüenza por mis decisiones me pise los talones.

Las farolas que salpican las calles empedradas permanecen encendidas toda la noche. A lo largo de los caminos serpenteantes

se alinean las casitas, con escalones que conducen a puertas pintadas de colores vivos. Las contraventanas están cerradas, pero al amanecer se abrirán y las calles se llenarán de gente. El olor a océano y a hielo quedará oculto por el del café, el pan caliente y el té especiado, y por el de los caballos que transportan mercancías y carruajes.

Es mi momento favorito del día: desayunar en mi terraza y ver cómo la ciudad despierta mientras el sol se alza sobre el golfo, a lo lejos.

Aunque he encontrado algo admirable en la resistencia de Alaha, en su capacidad de sobrevivir en un lugar casi inhabitable en medio del mar, y he comprendido el atractivo de la grandeza de Kenta, la verdadera belleza de Maile reside en sus gentes. Todo el mundo cumple su papel, no porque sea necesario para sobrevivir, sino porque entienden que, si Maile prospera, su gente también lo hace.

Me cubro un bostezo con el pliegue del brazo. Al alzar la vista, me invade a partes iguales el alivio de ver la puerta amarilla del patio del palacio y una sensación de temor. Aun así, un baño caliente y la ropa limpia me llaman, y la distancia que queda por recorrer se me antoja casi insalvable mientras seguimos avanzando con paso cansino.

Encajada entre las casas vecinas, la puerta solitaria parece discreta. Los muros de piedra encalada que enmarcan el patio coinciden con los del palacio que se alza detrás. El tercer piso, el más alto, apenas se distingue por encima de los árboles que rodean el perímetro de la propiedad. Mi madre decía que quería vivir cerca del pueblo, pero aun así aprecia su intimidad.

Desmonto, desato la bolsa de la silla y me vuelvo hacia Fredrich para entregarle las riendas de mi caballo. Levanto la vista y me encuentro con su mirada.

La necesidad de reconocer el viaje que hemos hecho juntos casi me ahoga, pero nada de lo que pudiera decir estaría a la altura. Cualquier palabra sería insuficiente.

Él asiente.

—Bebe el té —dice.

«¿El té?».

Sin dar más explicaciones, le chasquea la lengua a su caballo y continúa hacia los establos, cerca de la arena de entrenamiento, en el extremo de la ciudad.

Me cuelgo el morral al hombro, me acerco al pequeño jardín de macetas cercano a la puerta amarilla y hundo los dedos en la tierra. Estamos a principios de invierno, así que no sé si encontraré algo útil, pero respiro aliviada cuando mis dedos se topan con una raíz dura. Arranco la zanahoria. Es pequeña, pero suficiente para apaciguar a los animales guardianes de mi madre.

Me sacudo las manos y agarro el tirador de hierro para abrir la puerta. El patio es precioso, incluso de noche. Las lámparas parpadean sobre los muros cubiertos de enredaderas y celosías e iluminan el sendero que serpentea entre los jardines hasta la puerta principal.

A los pocos pasos comienzan los gruñidos.

Se llaman entre ellos cuando entra en juego su instinto territorial. La luz de la luna se refleja en sus ojos mientras se acercan. Seis..., no, siete. Dispersos entre el paisajismo decorativo, me enseñan los dientes. Chasqueo la lengua de forma conciliadora, pero no sirve de nada. Lo que de verdad quieren es la comida que llevo en la mano... o la carne blanda de mis tobillos.

El primer conejo que salta a distancia de ataque muestra por completo los colmillos y sé por experiencia propia que su gruñido de advertencia no es solo teatro. Rompo un trozo de zanahoria y lo lanzo a sus patas. El pequeño animal mueve la nariz, relaja el hocico y se inclina para inspeccionar el bocado. Luego lo mastica y el chasquido seco de la raíz entre sus dientes, ya menos amenazadores, indica al resto que no soy un intruso. El coro de gruñidos cesa mientras se acercan dando saltitos, poniéndose sobre las patas traseras para llamar mi atención. Sigo partiendo más trozos de zanahoria y los esparzo por el suelo mientras avanzo.

Refunfuño cuando empiezan a pelearse entre ellos y emito un chasquido con los dedos para separarlos.

—Por cien mil conejos rabiosos —murmuro.

La elección de animales guardianes de mi madre es poco habitual, pero estos son feroces y sorprendentemente eficaces a la hora de

abatir intrusos indeseados, sin importar su tamaño. También resultan una molestia constante para cualquiera que entre o salga del patio con permiso.

Llamo a la puerta interior y la mirilla se abre. Iona, la portera nocturna del palacio, aparece en el pequeño hueco. No reacciona a mi llegada. Estoy casi segura de que nunca he visto a la anciana parpadear ni, mucho menos, sonreír. La mirilla se cierra de golpe y, un momento después, los cerrojos suenan y la puerta se abre dando paso al vestíbulo.

Iona me examina de arriba abajo y se detiene en mis pies. El suelo está pulido a la perfección y su reprimenda silenciosa por llevar las botas sucias es atronadora. Murmuro una disculpa mientras me inclino para quitármelas. Solo entonces me permite pasar.

—Por favor, no avises a mi madre —le digo—. No hace falta despertarla a estas horas, ¿de acuerdo?

Iona me observa, todavía sin parpadear, y lo único que puedo hacer es suponer que está de acuerdo.

Como siempre, hay una lámpara colgada en la entrada, encendida y disponible para cualquiera que cruce el umbral. La saco de su soporte y la alzo para orientarme por el amplio pasillo. La llama lame la oscuridad, pero no llega a disiparla del todo. Aunque, en realidad, tampoco es necesario. He recorrido estos pasillos las veces suficientes como para conocerlos al dedillo. Son los mismos que recorría noche tras noche mientras intentaba recomponer mi corazón roto. Donde conocí mi pasado y supe quién soy en realidad, cuando mi madre me acompañaba en el duelo, incapaz, ella también, de dormir.

La planta principal del palacio está casi vacía. Hay un comedor, salones y dormitorios de invitados que llevan muchos muchos años sin usarse. Salvo las cocinas, apenas se aprovecha esta zona. Al final del pasillo se abre la entrada a una escalera de caracol y subo hasta el rellano que conduce a mis aposentos.

Un movimiento capta mi atención por el rabillo del ojo y mi madre aparece desde el lado opuesto del rellano, por donde la escalera continúa hacia el tercer piso. Surge como una aparición, con la piel clara y el pelo rojo brillando a la luz de la lámpara mientras se

acerca. Sus ojos parecen de cristal mientras intenta, sin conseguirlo, contener la emoción.

Mi voz se quiebra en el silencio de la noche.

—Estoy bien...

Me rodea con los brazos en cuanto las palabras salen de mi boca. La lámpara se balancea en mi mano y proyecta sombras contra las paredes. Dejo caer las botas para abrazarla también. Me hace daño, los músculos están resentidos por el viaje y su abrazo es firme y apretado, pero no me aparto. Oigo y siento el temblor de su respiración mientras me estrecha. Sé que huelo mal, pero su aroma familiar nos envuelve a ambas. A lilas y ropa limpia; lo absorbo con ansia.

Se separa lo justo para sostenerme el rostro entre las manos y mirarme bien. Su mirada intensa parece durar una eternidad, pero le concedo todo el tiempo que le haga falta, sé que lo necesita. La certeza de que estoy viva, sana y ante ella, no perdida una vez más.

—Mi niña —susurra, con la voz temblorosa.

Me permito una sonrisa.

Ella no me la devuelve, pues la humedad sigue acumulándosele en las pestañas. La culpa amenaza con desbordarme, pero la aplasto mientras me mantengo firme. No dejaré que vea mis remordimientos. No puede sospechar que no estoy completamente segura de mis decisiones.

—Ve —dice, liberándome—. Haré que Karla te traiga un poco de té.

—No hace falta despertarla...

—Ya lo he hecho. Lo está preparando ahora. —Se agacha y recoge mis botas. Intento cogérselas, pero ella las aparta, sujetándolas entre los dedos con asco—. Y voy a tirarlas.

Se marcha tan silenciosa como había venido, cumpliendo su misión.

Aturdida, camino el resto de la distancia hasta mi habitación. Justo al lado de la mía está la de Beau y allí se encuentra, en el umbral. Todos mis planes de colarme sin que nadie lo notara han fracasado estrepitosamente.

Con los brazos cruzados, Beau me observa con desconfianza mientras me acerco.

—Tus colores están apagados.

Las palabras me duelen, pero solo porque sé que son verdad.

—Me siento apagada.

La tristeza le marca los rasgos mientras se lanza a abrazarme. Es un abrazo corto y apretado, y luego me empuja de nuevo.

—Ve a lavarte —dice, empujándome hacia mi habitación—. El olor a guerra que llevas encima me está dando náuseas.

La puerta chirría mientras entro en mi dormitorio. Logra que la tienda donde he estado durmiendo en la frontera parezca una broma de mal gusto. Unas alfombras de piel cubren el suelo de piedra y varios velos de lino traslúcido caen desde el dosel de mi cama, envolviendo el lecho, que está junto a la pared del fondo, frente a la bañera con patas situada en el otro extremo. En el centro de la habitación está mi escritorio, orientado hacia las puertas de la terraza para poder mirar la ciudad cuando están abiertas. Ahí coloco la lámpara, en el borde de la superficie, tan desordenada y caótica como la dejé. Los libros y pergaminos se amontonan sin orden.

Es el mismo dormitorio que, por lo visto, usaba de niña, aunque todavía no tengo recuerdos de él antes de mi regreso a Maile hace cuatro años. Cuando escapé de Kenta, esperaba que estar en mi casa de la infancia despertara recuerdos olvidados, pero solo me encontré con la decepción de no sentir familiaridad al cruzar la puerta. La misma sensación que tengo ahora. No siento esto como un hogar y lo mismo me ha pasado con cualquier otro lugar hasta ahora.

Pero aquella cabaña en Alaha sigue llamándome.

Observo los jabones y las toallas junto a la bañera y deduzco que el general Samasu debe de haber advertido a mi madre de mi regreso inminente. Me quito todo menos el collar de piedras mangi y dejo la ropa en el suelo, pues también pide a gritos que la tiren.

Arrodillada en la bañera vacía, me deshago el nudo de la base de la trenza y empiezo a desenredarme los mechones enmarañados. Hice lo posible por cuidarla durante mi tiempo en la frontera, recogiéndola y enjuagándola después de cada batalla, pero no ha

servido de mucho. Me llega justo debajo del pecho. Abro el grifo y espero a que el agua se caliente antes de sumergir la cabeza. El agua sale marrón cuando me paso los dedos por el pelo y tarda mucho en volverse clara. Luego me restriego la piel con un paño y abundante jabón y me enjuago antes de llenar la bañera por completo. Vierto generosamente aceites y jabón antes de acomodarme para, por fin, dejar que mi cuerpo se relaje.

No dura mucho.

Un golpe en la puerta me sobresalta.

—Adelante —digo, con la voz quebrada por el escaso uso y el agotamiento. Giro la cabeza y veo a Karla asomando la suya por la rendija.

Debe considerar que estoy visible, porque se apresura a entrar con una bandeja.

—He traído té —dice. La anciana mantiene la mirada apartada mientras coloca la taza y el platito en la mesilla de noche y deja con cuidado la tetera humeante—. Es para ayudarte a dormir —explica.

Hay un momento incómodo en el que su mirada se encuentra con la mía. Como criada de mi madre de mayor duración, Karla es la única persona en quien ella confiaría para traerme algo a la habitación. Y con razón. No se detiene innecesariamente ni chismorrea con el resto del personal. Este es su deber y lo cumple con la gravedad apropiada. Por eso me sorprende la preocupación en sus ojos. Mientras se revuelve la tela de la falda, aparta la mirada de nuevo antes de recoger mi ropa sucia del suelo y salir.

—Gracias —le digo, pero solo recibo el sonido de la puerta cerrándose.

Apoyo la cabeza contra el borde de la bañera y me hundo más en el agua. Exhalo despacio, concentrándome en la siguiente respiración, y en la siguiente, hasta que volver a respirar parece natural. Quería evitar todo esto. La preocupación de mi madre a veces me pesa más que el título.

Jugueteo con unas burbujas que se adhieren entre sí y la línea negra de suciedad bajo las uñas me llama la atención.

Asqueroso.

Llamo a mi arma; la daga negra me aparece en la mano al instante. La giro entre los dedos, sobre los nudillos, por debajo, otra vez sobre ellos y de vuelta a la palma. La hoja está desafilada y el mango se mueve al manipularla. Pronto necesitaré repararla. Por el momento, sin embargo, me sirve para sacarme la suciedad de debajo de las uñas.

Mi mente se aclara mientras realizo la tarea y el cuerpo se relaja. Pensar que alguna vez me horrorizó la idea de comer con un cuchillo que se había usado para matar... y aquí estoy, rascándome las uñas con él. Cada rasguño y chasquido de la hoja es como una catarsis. Como eliminar los últimos restos de las semanas en el campamento, la noche que pasamos escalando la ladera rocosa, clavando manos y dedos en cualquier cosa donde pudiera aferrarme, a veces en lugares resbaladizos de barro y arcilla y...

«Siento la tierra fría bajo las rodillas, pero la sangre que me cubre la piel está caliente. No dura mucho; el aire helado me envuelve y el hombre que se encuentra debajo de mí está pálido, sus ojos vacíos miran al cielo nocturno. No llegó a vernos venir.

»Me tiemblan las manos.

»Están saturadas de rojo y trato de limpiármelas en los pantalones. Es inútil. Cuanto más las limpio, más se extiende. Me gotea de los dedos como el agua gotea de un grifo e inunda el suelo bajo mis rodillas. El pánico me domina mientras intento levantarme, solo para que el suelo se deslice, fundiéndose en una marea creciente, y de repente estoy ahogándome en un mar de sangre. Abro la boca para gritar, pero el líquido me asfixia.

Me sumerjo».

Salgo a la superficie, inhalando aire antes de romper a toser.

No es una marea roja, sino agua jabonosa que se desborda de la bañera y salpica el duro suelo. Me agarro al borde, con el corazón latiéndome desbocado, mientras intento recuperar el control.

Estoy en casa.

Estoy a salvo.

La magia me burbujea bajo el esternón. Una agitación violenta que me enciende la piel. No es la primera vez que sucede, aunque sigue siendo infrecuente, dado el yugo de piedras mangi que

normalmente llevo; el collar que tengo ahora no es lo suficiente fuerte para contener la magia.

Apoyo la palma sobre el lugar de donde emana y le aseguro que estoy bien. Debo de haberme quedado dormida. Solo ha sido una pesadilla.

Entonces siento algo.

A él.

La conexión que se entrelaza con mi magia. Una no existe sin la otra y, cuanto más tarda en calmarse mi magia, más probable es que la otra parte del vínculo responda. Un roce fantasmagórico, como el aliento en la nuca, provoca que la piel se me erice. Giro hacia la puerta para ver qué hay detrás y no encuentro nada.

El eco de una risa familiar me inunda de miedo.

Salto de la bañera, salpicando aún más agua mientras corro hacia la mesilla de noche. Abro el cajón de golpe, cojo un puñado de piedras y collares mangi que tengo guardados y los coloco sobre el lugar donde reside mi magia. Es nauseabundo, asfixiante, pero trago bilis hasta que la sensación se calma y el resplandor de mi piel ya no se filtra por los párpados cerrados. Cuando encuentro el valor para abrirlos, me recibe un silencio humillantemente fuerte.

No hay nadie.

Pero me coloco una capa extra de piedras alrededor del cuello y luego otra más. Solo para asegurarme.

Miro la taza de porcelana que dejó Karla y vierto el té de la tetera con las manos temblorosas, salpicando algo en el platito en mi apresuramiento. Es negro y opaco; acerco la taza a la nariz antes de retroceder ante su aroma amargo. Huele peor que el hidromiel clandestino que bebí en Alaha.

Las palabras de Fredrich flotan en mi mente. «Bebe el té».

Me siento en la cama, sin importarme que aún esté mojada, y me tomo el horrible líquido en dos tragos, luego me llevo el dorso de la mano a la boca para evitar que vuelva a subir. Cualquier cosa es mejor que sentir que estoy perdiendo la cordura poco a poco y ser consciente de ello al mismo tiempo, porque no hay otra explicación para la sensación en la base de mi nuca. Como si alguien me estuviera observando.

Entonces el mundo se oscurece a mi alrededor...
No recuerdo nada más después de eso.

Capítulo 16

Acker



Wells está de pie en el centro de su patio.

—No intentes detenerme.

La amenaza de violencia no se pronuncia, pero se entiende igualmente.

—No iba a hacerlo —le aseguro.

Los fuegos que ardían sin descanso en los hornos se han apagado en la última hora, como demuestra el humo que sale de sus bocas y el calor residual que aún queda en los crisoles. Se ha aseado; por primera vez en lo que parecen años, su piel está libre de hollín. Pero lo más revelador es la ausencia del collar alrededor de su cuello.

Llevaba tiempo planeando su huida.

—Bien —dice mientras pasa por mi lado—. Entonces, si me disculpas, tengo un barco que coger.

No hay tiempo para recrearse en el familiar escozor de la traición, así que hablo antes de que se vaya.

—Voy a Maile y quiero que Olivia y tú vengáis conmigo.

Se detiene y vuelve la cabeza lo justo para mirarme de reojo.

—¿Por qué?

—Voy a pedirle a Evelyn que me ayude a derrocar a mi padre.

Eso sí obtiene toda su atención.

Se gira bruscamente para encararme.

—¿Qué ha pasado?

—Mi padre y Wren están trabajando juntos.

Niega con la cabeza, incrédulo.

—No hay manera de que su consejo acepte algo así.

Respiro hondo, doy un paso hacia él y digo:

—Lo harían si les prometiera magia a cambio.

La conmoción lo deja sin palabras, con la mandíbula desencajada, mientras intenta entender lo que acabo de decirle.

—Yo... ¿Cómo...? ¿Qué?

—Te contaré todo lo que sé en el carruaje. Está esperando en la calle, pero tenemos que darnos prisa para recoger a Olivia si queremos llegar a nuestro barco antes de que mi padre se dé cuenta de que me he ido.

Su evidente desconfianza es como un cuchillo que se me clava hondo, pero me conoce lo suficiente como para saber que nunca abandonaría mi puesto ni a mi gente por mi propia seguridad. Y menos aún pondría en peligro a Olivia. Tras un largo y tenso momento, se relaja.

—De acuerdo —concede y sus ojos pierden parte de su dureza—. Vamos.

Harold nos mantiene la puerta abierta al salir del patio. Ya ha pasado la medianoche y las calles están desiertas. Subo primero al carruaje y me doy cuenta de mi error un segundo demasiado tarde. Wells se queda paralizado al ver a mi esposa, Irina, sentada a mi lado en el reducido espacio. Todo el avance logrado en los últimos minutos se deshace al instante y el rostro de Wells se endurece.

Irina alza una ceja desafiante en su dirección.

Golpeo la puerta con la mano para evitar que se cierre cuando él da un paso atrás.

—La necesitamos. No tendríamos ninguna posibilidad de llegar vivos a Maile en un barco de Kenta sin una ilusionista.

Su expresión es acusadora.

—¿No has avisado antes a Maile?

—¿Y arriesgarme a que mi padre se enterara? —Niego con la cabeza—. Escucha, podemos enviar un ave cuando lleguemos a casa de tu familia. —Eso parece tranquilizarlo un poco, aunque no demasiado, y empiezo a perder la paciencia—. Wells...

Con un gesto de resignación, cede y se sienta en el banco frente a nosotros. Harold cierra la puerta y quedamos envueltos en la oscuridad. Recorremos las calles de la ciudad sin hablar.

No pasa mucho tiempo antes de que el sonido de las ruedas sobre la piedra cambie al pavimento y luego se amortigüe al rodar sobre la tierra blanda, al salir de la ciudad. Solo entonces cojo la lámpara que está a mis pies y se la paso a Wells. Con un chasquido de sus dedos, la mecha prende y la cuelga en el gancho junto a la puerta.

—Supongo que era evidente que nos conoceríamos en algún momento —dice Wells, dirigiéndose a Irina—. Soy Wells.

—Sé quién sois —responde ella con una sonrisa educada, aunque la mirada calculadora en sus ojos no deja lugar a dudas—. Me alegra poder agradeceros por fin en persona nuestro increíble regalo de bodas.

La tensión se espesa entre ambos al mencionar el obsequio tan cargado de intención que Wells y Olivia nos hicieron. Una daga que Wells forjó con sus propias manos; se notaba por el trabajo. Eso habría sido un buen regalo, pero el insulto fueron las imágenes grabadas en el interior de la tapa de la caja de madera en la que llegó: mariposas pintadas en distintos tonos de púrpura, los colores de Maile.

La expresión de Irina se agrió ante toda la congregación cuando la abrió, el rostro se le puso completamente rojo. Fue una burla evidente a nuestras nupcias, teniendo en cuenta que Wells y Olivia se negaron a asistir a la boda. Mi padre estaba tan furioso como mi nueva esposa, pero incluso él sabía que sería una estupidez ahorcar a nuestro mejor herrero con una guerra a punto de estallar.

Wells no parece arrepentido en absoluto. Tampoco se disculpa; simplemente aparta la atención de ella por completo. El silencio vuelve a llenar el compartimento y, al cabo de un rato, Irina se acomoda lo suficiente como para quedarse dormida.

Gracias a los dioses.

Wells observa cómo se acurruca contra mí, con la cabeza apoyada en mi hombro.

—Te va a matar, ¿lo sabes?

No necesito que aclare a quién se refiere, ni discuto la posibilidad. La idea me ha rondado la cabeza muchas veces desde que decidí viajar a Maile. La ira de Jovie podría ser perfectamente mi final.

Pero supongo que estamos a punto de averiguarlo.

Capítulo 17

Jo



—¿A dónde vais vosotras dos?

Beau y yo nos quedamos paralizadas y nos volvemos para ver a mi madre en la puerta que conduce a la cocina. Con una bata de noche y el cabello cayéndole en ondas sobre los hombros, una podría pensar que acaba de salir de la cama, si no fuera por la harina que le mancha los dedos. Su momento favorito para hornear es al final del día, a veces bien entrada la noche, pero parece que esta vez ha decidido terminar temprano.

—A la taberna —respondo—. Hemos quedado con Drake.

—Ah —dice ella—. ¿Cómo le va al nuevo comandante?

—Sam está impresionado —digo.

Drake solía ser segundo al mando del general Samasu, pero mi madre convenció a Sam de cederle las riendas a su sucesor para que él pudiera seguirme hasta la frontera. Aunque joven, Drake ha demostrado ser un líder hábil.

—Bien —comenta mi madre—. ¿Hay algo interesante que tratar?

Beau se encoge de hombros con naturalidad.

—Lo de siempre.

Hay una larga pausa en la que las tres intercambiamos miradas y ya sé lo que viene antes de que mi madre pregunte:

—¿Estás segura de que estás lista?

—Sí —asiento—. Ya se está corriendo la voz sobre mi regreso.

—Solo ha pasado una semana —me tranquiliza mientras se acerca —. Tienes derecho a un tiempo para adaptarte.

Soy firme en mi respuesta.

—La gente necesita verme.

El conflicto es evidente en su expresión. El orgullo de una reina que aprueba mi decisión, habiendo tenido que poner su título por encima de su propio bienestar muchas veces, lucha por prevalecer sobre la preocupación de una madre por su hija recién llegada de la batalla.

Mi confianza en el té para dormir no ha ayudado a aliviar su inquietud.

Aun así, una pequeña sonrisa le curva los labios.

—Al menos déjame empaquetar algunos de mis pasteles de *toffee*. A Messer le encantan.

Esta vez mi sonrisa es genuina mientras la vemos correr hacia la despensa.

Adora a Messer, siempre dice que es como un cachorro al que no hay que entrenar, lo cual es mayoritariamente cierto. Aun así, no le vendría mal un poco más de disciplina.

Regresa con una canasta y una botella de champán.

—Para celebrar tu victoria en la frontera —explica, mientras me entrega a mí la botella y la canasta a Beau—. La gente estará emocionada de ver a su campeona.

Luego me pellizca el costado y doy un gritito mientras me froto la zona dolorida.

—Deja de escaparte. Ya estás demasiado grande para esas tonterías.

Los ojos de Beau se deslizan hacia mí e irradian su característica arrogancia. Cuando llamé a su puerta y le dije que programara la

reunión, me aconsejó informar a mi madre sobre mis planes de salir a la ciudad. No lo hice, obviamente, pero solo porque sabía que se preocuparía.

Confieso esto mientras abrazo a mi madre.

—Y no te quedes esperando —le digo, finalmente.

Ella se separa y me sostiene la cara con las manos mientras me mira.

—Al igual que tú, yo también soy adulta y haré lo que me plazca. —Sonríe y me aparta suavemente—. Ve a divertirte. Saluda a todos de mi parte.

Y por «todos» se refiere a Messer.

Al salir, cojo un puñado de guisantes dulces del cuenco que está junto a la puerta. Los conejos aúllan en cuanto pisamos el patio, y esparcimos los guisantes cual confeti, lo que los calma con relativa facilidad y nos permite avanzar por los caminos serpenteantes hasta la puerta del frontal del patio.

Esperamos a que pase un carruaje antes de cruzar al otro lado de la calle. Me ajusto el abrigo de lana para protegerme del frío y sé que cualquier esfuerzo por pasar desapercibida es inútil. Nadie en Maile usa abrigos tan temprano en invierno, salvo los recién llegados.

Esta noche está particularmente concurrida. La gente sale a disfrutar del clima antes de la primera nevada. Y aunque estaba acostumbrada a vivir en una comunidad bulliciosa en Alaha, esto es muy diferente.

Aquí, la magia lo intensifica todo.

Una familia sale de un restaurante cercano a la calle: padre, madre y tres niños. No hay nada especial en ellos, a excepción de la más pequeña, que no debe de tener más de seis años. Salta junto a su hermana y, al mirar a ambos lados antes de cruzar, sus ojos reflejan la luz de las linternas y brillan con un blanco fantasmagórico antes de volver a un color normal. Un indicio temprano de que posee el don de la clarividencia, igual que Greta.

Un vendedor de pasteles en la esquina entrega los postres a los clientes sobre una corriente de aire invisible. Al otro lado, uno de los encendedores de lámparas de la ciudad está sobre una escalera

rellenando un farol apagado antes de reavivarlo con un chasquido de dedos. Más adelante, una lugareña atiende sus rosales en el umbral de su casa y los pétalos se abren en cuanto sus dedos los tocan ligeramente.

Aquí no se usa mucho el término «Heredero», si es que se llega a usar. Simplemente hay personas con magia y otras sin ella. Tener magia todavía se considera una bendición de la Madre, aunque la asociación religiosa ha disminuido con el tiempo. Al menos, así lo explica mi madre. Es innegable que la tierra aún guarda secretos, porque incluso los que no tienen dones ven cómo el color se les escapa de los ojos al navegar por el mar.

La gente no tarda en reparar en mí y en mi voluminoso abrigo. Intento no parecer demasiado apresurada mientras Beau y yo mantenemos el paso tranquilo hacia la taberna, a unas calles de distancia. Saludo y agradezco los cumplidos y las felicitaciones por la batalla ganada en la frontera. Los niños son los más audaces, vienen corriendo hacia mí para hacer reverencias y a veces se me abrazan a la cintura antes de que sus padres los aparten con disculpas.

Mi madre adora estar en el corazón de la ciudad, accesible para su gente. Ella es el tipo de reina que aspiro a ser. La sonrisa que me brinda es la misma que ofrece a su pueblo: sincera y abierta. Irradia alegría y bondad y consigue que cualquiera que la vea se sienta reconocido solo por su presencia. Una habilidad que aún no he logrado dominar.

Cuando percibe mis pensamientos inquietos, Beau me coge la mano y la aprieta.

—Estoy bien —la tranquilizo.

—Sabes que no puedes mentirme, Jo.

Contengo un suspiro.

—¿No puedes dejar que me salga con la mía de vez en cuando?

Mi pregunta le dibuja una reticente sonrisita en los labios.

—Nunca.

Beau está preciosa con su falda plisada hasta los tobillos. Lleva el cabello trenzado con mechones dorados entrelazados y un pequeño adorno de mariposa dorada al final: símbolo de Maile y escudo de mi familia. Muchos refugiados que huyen de la guerra también llevan la

mariposa como muestra de gratitud por el refugio seguro, pero Beau la lleva simplemente porque ama Maile. Y a mi madre.

—Anoche recibí noticias de mi madre —dice.

Levanto una ceja, curiosa. Beau mantiene una comunicación regular con Greta desde que dejamos Kenta, pero rara vez me menciona algo a menos que haya noticias importantes.

—Dice que hay tensión en el palacio. Una ruptura entre el rey y mi hermano.

Desde hace tiempo ha dejado de referirse a Edmond como su padre y casi nunca menciona a su hermano salvo que sea algo importante, así que me da un vuelco el corazón.

—¿Se sabe por qué?

—Solo se puede especular. Las razones podrían ser infinitas, considerando..., bueno, todo.

Aunque no es casi nada, algo es. Un pequeño rayo de esperanza.

—Se suponía que no llevaría tanto tiempo —murmuro para mí.

Beau inclina la cabeza y me mira a través de las pestañas.

—Cuatro años no deshacen toda una vida de manipulación, Jo.

—Pensé que el rey ya habría mostrado sus verdaderos colores —digo. Que Acker se daría cuenta de la manipulación de su padre.

—Edmond no necesita magia para ser persuasivo —responde ella.

Escucho las palabras no dichas que se abstiene de añadir. Necesito tener con Acker la misma consideración que yo pediría a cambio. No es que le haya pedido ni jamás le vaya a pedir perdón por mi traición, pero eso es irrelevante.

—A la gente le lleva años aceptar quiénes son sus padres, incluso sin estar bajo una influencia mágica fuerte —comenta.

Nuestros espías nos han informado sobre la participación reacia de Acker en la dirección del consejo durante las frecuentes ausencias de su padre. Fueron sus órdenes las que me obligaron a ir a la frontera norte para defendernos de los strou. Mientras tanto, Edmond ha estado esperando su momento al tiempo que reconstruye su poder, y no hay nada que yo lamente más que no haber terminado con su existencia cuando tuve la oportunidad.

Mi daga estaba allí, lista para cortar su línea de vida con un solo tajo, algo que nadie había logrado antes, y...

Fallé.

Pensé que ignorar la súplica de Acker por la vida de su padre me haría tan malvada como el hombre al que intentaba matar, pero ser misericordiosa fue igual de egoísta que cualquier acción interesada del rey. Sabía que si mataba a su padre, Acker nunca volvería a mirarme igual. Esa mirada de adoración a la que me había acostumbrado se transformaría para siempre en odio. Solo la idea me destrozaba. Y con una decisión precipitada, alimentada por la esperanza de que Acker pudiera perdonarme algún día, condené la vida de innumerables personas inocentes.

Algún día, me doy cuenta, que nunca llegará.

Me ha llevado demasiado tiempo admitir ante mí misma que Acker nunca me amó de verdad. Solo me quiso por la conexión que compartimos, el vínculo que la Madre Naturaleza nos impuso. Lo que creyó sentir entre nosotros de niños antes de que yo desapareciera. Pero lo que realmente quería era alguien como Irina. Una sustituta tranquila en su vida. Un trofeo. Un caballo valioso.

Y odio haber demostrado lo inútil que soy al no cumplir con la promesa que le hice a Kai. Con la rebelión. Conmigo misma, en el proceso.

Desde que traicioné a Acker y dejé Kenta, me he arrepentido cada día de no haber matado al rey. Por mi cobardía, el continente se ha visto lanzado al caos.

—Tal vez sea mejor que Acker nunca sepa quién es realmente su padre —digo mientras admiro el golfo a lo lejos, con la luz de la luna brillando sobre el agua cristalina. Los barcos en el horizonte me recuerdan la vida que dejé atrás en Alaha—. A veces, la ignorancia es mejor que enfrentar la culpa.

Ella no discrepa.

Considerando todo el tiempo que ha pasado y todo lo que ha ocurrido, quizá deba aceptar que Acker pueda ver a su padre tal como es y, aun así, estar de acuerdo con él. Que quizá la traición de Beau y la mía lo haya alejado tanto que ya no le importe, y corromper el corazón puro de Acker podría ser mi peor crimen.

La taberna está escondida en un callejón no muy lejos del muelle. Los clientes esperan en la entrada, fumando antes de entrar, y veo a

Fredrich apoyado en un farol cercano mientras espera.

—¿Lo has invitado? —pregunta Beau.

—Sí.

Su mirada va del soldado a mí y de nuevo a él.

—¿Confías en él?

Cuando dejamos Kenta, le prometí a Beau que nunca usaría su don como herramienta, pero hay algo en su expresión que me hace dudar.

—¿Hay alguna razón para no hacerlo? —pregunto.

Tal vez ve algo que yo no puedo...

—No lo sé. —Se encoge de hombros—. No tiene aura.

«¿Qué?».

—¿Cómo es posible?

—Debe de ser otro nivel de protección que le ofrece su don de escudo, pero no creo que sea algo preocupante. Tu madre no pondría a nadie a cargo de tu guardia sin estar segura de él.

Se endereza al vernos llegar y es extraño verlo fuera de un campamento tras meses en la frontera. Sin palabras, se ofrece a coger la canasta de las manos de Beau, pero ella la retira de su alcance.

—Buen intento, pero como novato, no tenéis prioridad.

Levanta las manos en señal de rendición fingida.

—Está bien, me parece justo.

Sonríe y me sorprende un poco el gesto, aunque no es desagradable. De hecho, debería hacerlo más a menudo, y se lo digo.

—Tomaré nota —responde, con una ligera curva en la comisura de los labios.

La taberna parece un agujero sucio desde fuera, pero al cruzar la entrada, el espacio se abre hacia una zona más cálida y acogedora. Un violinista toca solo en el escenario y las mesas llenas de clientes ocupan un lado de la sala, mientras que el otro queda para la pista de baile. Los camareros se mueven entre los comensales con grandes jarras de cerveza y platos de comida. Por primera vez en lo que parecen siglos, mi estómago ruge al percibir el aroma.

Beau lidera, Fredrich me sigue y no puedo evitar preguntarme si son conscientes de que me protegen de la vista del público.

No funciona, por supuesto. Basta que un soldado borracho me reconozca para que todos se enteren de mi presencia. Los saludos se escuchan por toda la sala y me sorprende momentáneamente la ovación.

Fredrich me insta a seguir mientras un coro comienza a entonar una canción que reconozco de inmediato; es de mi infancia en Alaha, sobre una sirena que hechiza a toda una flota. Hago un gesto para que la multitud se calme lo suficiente y le indico al camarero que la próxima ronda va a mi cuenta. Los vítores se vuelven ensordecedores y, cuando otro joven nos guía a la sala del fondo del bar, entramos en cuanto se abre la puerta.

Messer se levanta de la mesa redonda para saludarnos y me abraza antes de nada.

—Supuse que eras tú la que causaba todo el alboroto.

Como si fuera a propósito, la celebración resuena de nuevo tras la puerta de madera. Tal vez no fue buena idea pagarles otra ronda...

—Y Beau, qué sorpresa —continúa—. Tan deliciosa como siempre.

Por el brillo de sus ojos y el gesto travieso de su sonrisa, sé que ya está algo borracho mientras se inclina para besarla en la mejilla.

—Guarda tus esfuerzos para otra, palomo —responde Beau.

Messer, sin inmutarse, deja su vaso y coge la canasta de sus manos.

—Pero si me has traído regalos —dice y examina el contenido antes de sonreírle—. ¿Son pasteles de *toffee*?

—De mi madre —digo y le obligo a coger también la botella de champán—. Te dice «hola».

—Qué bien me conoce —afirma con una sonrisa lasciva, y sé que voy a odiar lo que salga de su boca a continuación—. Tendré que pasarme algún día para devolverle el favor.

Niego con la cabeza ante su broma.

—Te odio.

Su risa se detiene al ver a Fredrich.

—¿Te has traído contigo a tu acosador?

—Messer —le advierto.

—¿Qué? —pregunta, con cara de inocencia—. Solo me sorprende verlo dentro. Normalmente acecha desde un tejado cercano.

Fredrich no se ofende; más bien encuentra divertido el comentario.

—Es la mejor perspectiva —responde, neutro.

—Que todo el mundo se siente.

La orden viene de Drake, el hombre más joven en dirigir la marina de Maile, pero también un gran arquero y estratega militar. Nos ha servido bien desde que el General Samasu decidió renunciar, o más bien, la insistencia de mi madre le obligó a ello, para acompañarme a la frontera.

—Me alegro de verte —le digo.

Inclina la cabeza en una medio reverencia y frunzo el ceño al sentarme junto a él. Ya le he repetido lo suficiente que odio las reverencias, especialmente en situaciones informales. Mi madre insiste en que es un signo de respeto que debo tolerar con gracia, pero Drake no va de uniforme y lo considero mi amigo antes que mi vasallo. Y porque es mi amigo, imita a Messer y le encanta provocarme.

Messer gira el corcho de la botella de champán.

—¿A quién más estamos esperando?

—Al general —responde Drake. Y, como si lo invocara, Sam aparece junto a él, provocando que el joven capitán dé un respingo.

—Dios santo —grita—. Deberíamos ponerte un cascabel.

El corcho finalmente salta y todos se agachan para evitar que les golpee.

—Y digo yo, ¿cómo es que eres precisamente tú el que siempre llega tarde? —pregunta justo antes de beber directamente de la botella.

—He estado ocupado —responde Sam—. Hay mucho que organizar. Soldados que dispersar. Un campamento que reubicar. —Se sienta junto a Drake, con el cansancio marcado en el rostro, mientras observa a Messer beber otra vez—. A diferencia de algunos de nosotros.

—Oye, yo hago mi parte —protesta Messer, señalándose.

Drake frunce el ceño.

—Lo único que haces es comer hasta que pareces un pavo relleno.

—No has mencionado que luego vomito hebillas y cordones. Muy útiles, debo decir.

Beau mueve los dedos para que Messer le pase el champán. Cuando me asomo por el costado de Fredrich para mirarla, ella dice:

—No puedes esperar que esté sobria entre tantos hombres insoportables.

Capítulo 18

Jo



—¿Así que Wren ha decidido unirse a Edmond a cambio de aprender cómo robar la magia de otro?

Messer engulle un pastel de *toffee* mientras las migas le caen por todas partes.

—Más o menos.

Aunque hemos revisado la información que Kai le envió a Messer, todavía me cuesta creerlo. La capacidad de transferir la magia de otra persona es... inconcebible. Pero mientras más lo pienso, más me parece la única posibilidad. Edmond tenía el poder de influencia; lo usó sobre mí para que me arrodillara ante él cuando nos conocimos, aunque su verdadero don era elemental. La única explicación de que adquiriera más magia es que fuera capaz de cogérsela a otra persona.

—Edmond nunca revelaría sus métodos a nadie y menos a Wren —dice Beau.

Messer finalmente traga.

—Kai piensa lo mismo —afirma—. Sospecho que por eso sigue avanzando hacia la capital de Kenta desde el frente en vez de unirse a su padre en la corte.

Kai. Una pieza del rompecabezas frustrante, que nunca encaja con los planes de los demás. Más impredecible incluso que nuestros adversarios. Hace lo que quiere, cuando quiere.

Sam levanta la mano.

—¿Seguro que estamos preocupándonos por el líder de Alaha correcto?

Messer y yo intercambiamos miradas. La comunicación de Kai conmigo es mínima. Seca y directa. La mayoría de sus actualizaciones pasan por Messer y no revelan mucho de su estado de ánimo. Probablemente aún esté enfadado conmigo.

Se suponía que yo debía derrocar a Edmond y ocupar el trono, y mantenerlo hasta que Kai pudiera usurpárselo a su propio padre, Wren, y llegar con el resto de los alaha. La solución perfecta, si todo salía según lo planeado. Pero mi decisión de no matar al rey de Kenta lo arruinó todo.

Cuando, años atrás, Kai había enviado noticias de su llegada a Roison, Messer voló a informarle de mi misión fallida. Se puso furioso. No solo por mi fracaso, sino por haberle perdonado la vida también a Acker. Y que Messer desafiara sus órdenes siguiéndome a Maile fue la guinda del pastel.

Kai sintió que yo había elegido a Acker y que Messer, a su vez, me había elegido a mí. Lo cual es cierto, pero no lo hicimos para desairarlo. No estoy segura de que Kai alguna vez lo vea de otra manera.

Messer se sacude las migas de los dedos antes de hablar.

—Nadie desea más que Kai que esta guerra termine con la cabeza de Wren en una pica. Hará lo que crea necesario para asegurarlo.

Drake interviene:

—Y cuando Kai le usurpe el trono a su padre, ¿qué planes tiene? ¿Seguirá teniendo hordas de troles a su disposición?

—Concentrémonos en un problema —añade Fredrich.

Beau se masajea las sienes.

—Empiezo a tener dolor de cabeza.

Contengo el «te lo dije» que amenaza con escapar de mi boca, pero ella lo ve en mi expresión de todos modos.

—A estas alturas no hacemos más que darle vueltas a lo mismo. Esta noche no vamos a resolver nada.

Drake se recuesta en su asiento.

—Los strou han disminuido sus intentos de cruzar el golfo por ahora. O están reuniendo sus barcos o han tomado su pérdida en la frontera como una señal para reagruparse.

Asiento.

—El objetivo sigue siendo el mismo —les recuerdo a todos—. Proteger Maile. Mantener nuestro acuerdo con Roison para detener a los strou. Cuando Kenta fracase...

—Si fracasa —interrumpe Beau.

Sus repetidas advertencias sobre no subestimar a su padre no me han pasado desapercibidas, pero continúo como si no hubiera hablado.

—Chryse promete mantener el acuerdo entre nuestros territorios cuando tenga el trono de Edmond.

Sam asiente.

—La situación con los strou está controlada por ahora. Solo nos queda esperar a ver qué tiene Edmond bajo la manga.

Asiento en señal de reconocimiento. Solo hemos hablado una vez desde que dejé el frente, y aún entonces, de forma escueta. Él me devuelve el asentimiento antes de desaparecer en un parpadeo y todos interpretan su partida como una señal para retirarse.

—Voy a dar un paseo hasta el Catuxa, si alguien quiere acompañarme —ofrece Drake.

—Cuenta conmigo —dice Messer y se vuelve hacia mí—. ¿B?

Pongo los ojos en blanco.

—Prefiero arrancarme los ojos.

Aunque el Catuxa es mucho mejor que el burdel que conocí en las afueras de Kenta, donde Hallis había reservado por equivocación nuestras habitaciones, no me resulta divertido ver a las mujeres y los hombres de allí caer rendidos ante Drake y Messer.

—Yo igual —concuerda Beau.

—Puedo acompañaros a casa —ofrece Fredrich.

Como si fuera la primera vez que se percata de su presencia, los ojos de Messer se entrecierran.

—¿Desde cuándo pides permiso antes de seguirla?

Estoy lista para reprenderlo, pero Fredrich habla primero.

—¿Desde cuándo te importa?

Messer se queda de piedra. Su fachada despreocupada se quiebra y la seriedad le tensa la boca.

—¿Estás tratando de cortejarla?

Pensaba que había superado mi tendencia a sonrojarme, pero la sangre me inunda las mejillas ante la insinuación. Son las últimas palabras que esperaría escuchar de Messer. Y eso dice mucho, porque normalmente me espero cualquier cosa de él. Me estoy planteando cómo cortarle las alas la próxima vez que intente posarse en mi terraza, cuando noto que Fredrich aún no ha hablado.

El miedo se me hunde en el estómago como una piedra mientras me giro hacia él.

Está sonriendo, pero con una mueca de lástima.

—Por muy honrado que me sintiera cortejándote, no tengo interés en competir con un vínculo.

«Ni que yo estuviera interesada».

Pero logro contener la réplica. No es culpa de Fredrich que Messer sea un idiota entrometido.

Entonces el idiota de mi amigo provoca una incómoda situación, al darle una palmada en el hombro a Fredrich, sacudiéndolo de forma juguetona.

—Nadie dijo que tenía que terminar en matrimonio, ¿no?

—¡Messer! —Lo golpeo en el brazo con el dorso de la mano.

—¡Es broma! —Sonríe mientras apura su bebida y se encoge de hombros—. En su mayoría.

—Pues —interrumpe Drake, desviando nuestra atención hacia él—, a mí no me importa que estés vinculada.

Ni siquiera hay tiempo para reaccionar a la frase antes de que Fredrich intervenga.

—De ninguna manera —responde con firmeza.

Todos guardan silencio ante la declaración de Fredrich. Messer se queda sin palabras y la vergüenza ajena en el rostro de Beau sería cómica si el mío no estuviera ardiendo de mortificación. Siento el calor irradiando mientras cierro los ojos y suplico a los dioses que termine mi desgracia.

—Fredrich, por favor, espera afuera —susurro. Siento que cumple mi orden, la puerta se abre y luego se cierra suavemente detrás de él.

Cuando abro los ojos, Messer tiene la decencia de, al menos, parecer arrepentido.

—B...

Lo callo con una mirada punzante, sin ánimo de escuchar el apodo por el que lleva llamándome desde la adolescencia.

—Te juro que te mato si dices otra palabra. Déjalo ya.

Por primera vez en su vida, Messer se mantiene callado.

Siento, más que veo, la mirada asesina que Beau le lanza mientras salimos. La taberna está casi vacía; un puñado de jugadores de cartas permanece en una esquina, lo suficientemente tranquilo como para dejarnos pasar solo con un asentimiento y levantar sus jarras de cerveza.

Fredrich ha regresado a su puesto junto al farol.

—¿Quieres que espere? —pregunta Beau.

Niego con la cabeza.

—Ve yendo. No tardaré mucho.

Ella duda. Aunque Maile esté a salvo, nunca es demasiada precaución si se trata de mí, dada mi posición.

—Pediré que Messer o Drake vengan conmigo.

—Está bien. —Me aprieta la mano suavemente antes de alejarse. Su mirada se fija en Fredrich cuando pasa por su lado.

Suspirando, lo miro.

—Lo siento...

—No te disculpes —interrumpe él, llevándose la mano al pecho—. Lo siento si me he sobrepasado.

Asiento.

—Nunca volverás a hablar por mí, ¿entendido?

Duda un momento, luchando con algo que no dice, antes de asentir finalmente.

—Entendido.

—Bien. Ahora vete para que pueda leerle a Messer sus últimas oraciones.

Fredrich se ríe y el sonido rebota entre las paredes del callejón. Es la primera vez que lo veo expresar felicidad genuina tan abiertamente y no puedo evitar sonreír.

—Que la Madre tenga misericordia de su alma —dice.

Lo veo alejarse hacia el puerto. Vive en una modesta residencia encima de una sastrería. Tras darme cuenta de que no me sacaba la vista de encima, un día lo seguí hasta casa y hablé con el sastre para obtener información sobre su inquilino.

«Muy reservado. Ordenado. Paga a tiempo».

Al darme la vuelta, no me sorprende ver a Messer parado frente a la taberna. Intenta, sin éxito, parecer casual. Claramente, estaba escuchando. Este es uno de esos momentos en el que algo de entrenamiento le habría venido bien.

—¿Dónde está Drake? —pregunto con brusquedad.

—Le dije que se salvara.

Qué inteligente, la verdad.

—¿Y qué hay de ti? ¿No tienes miedo?

Sonríe y los ojos se le arrugan en las esquinas.

—Estoy aterrorizado.

Pongo los ojos en blanco, paso por su lado y él me sigue hasta llegar a mi altura. El Monte Zallis se alza frente a nosotros, vertiginoso en su magnitud. Me gusta lo pequeña que me hace sentir, como si el peso en mis hombros fuera menor en comparación.

—Lo siento —murmura Messer.

Lo miro de reojo y suspiro.

—Te perdono.

Tengo demasiadas preocupaciones como para ser picajosa por una broma. Además, es realmente imposible para cualquiera seguir enfadada con Messer, y eso me incluye. Es como seguir enfadada con un cachorro que se hizo pipí en el suelo.

—Es solo que... si te gustara Fredrich...

—No me gusta.

—Pero si fuera así —presiona él—, no habría razón para que no hicieras algo al respecto.

—No siento nada por Fredrich. —Al ver que sigue convencido, niego con la cabeza—. No lo entenderías.

—Inténtalo.

—No... ves las cosas como las veo yo.

—Inténtalo.

—Messer, tú nunca has... —Me detengo, sin querer herirlo. «Estado enamorado, sentido la unión con tu vínculo o sufrido por un desamor».

—B —dice, agarrándome del codo, no de manera brusca, pero lo suficientemente firme para llamar mi atención—. Inténtalo.

Las calles están casi vacías. Nos adentramos en un callejón para tener privacidad.

—Una vez vi algo a través del vínculo —admito, en voz baja—. Acker... Irina... —Ni siquiera estoy segura de estar explicándome bien. Me resulta difícil encontrar las palabras y decirlas.

—Pero las piedras... —murmura él.

Ya le he hablado a Messer del vínculo, cómo el lazo me arrastra en presencia de Acker sin mi permiso cuando no llevo las piedras mangi. No siempre las he necesitado. En la época en la que acababa de aceptar el vínculo, era como si este se contentara con dejarnos estar juntos. Pero en cuanto nos separamos demasiado tiempo, me sorprendió siendo menos comprensivo.

—Tuve que quitármelas durante la batalla. —Paso un dedo por las piedras que quedan a la vista en mi cuello y sigo por toda la extensión del grillete escondido bajo mi ropa—. Pero esa no fue la primera vez —le digo mientras alzo la mirada para encontrarme con la suya.

No necesito entrar en detalles para que entienda a qué me refiero y el horror se le instale en el rostro.

El recuerdo de los ojos de Acker cruzándose con los míos. Irina a horcajadas sobre él, de espaldas a mí, besándole el cuello, con su vestido de un blanco virginal. Él me había dirigido una sonrisa burlona cuando aparecí en su dormitorio. Lo terrible de esa sonrisa

es que era una imagen demasiado ajena. La expresión de un hombre que, comprendí, era imposible que me hubiera amado. Su mirada se mantuvo en la mía mientras abría su boca invitando a Irina y me dejaba ver cómo la lengua de ella se deslizaba para saborearlo. El deleite en sus ojos fue cruel cuando le pasó una mano por la curva de la espalda, bajo el dobladillo del vestido, hasta lo que aguardaba debajo.

Observé la escena, no solo porque no podía apartar la mirada, sino porque, mientras tanto, en mi habitación de Maile, Beau buscaba desesperadamente más piedras. Fue la primera vez que comprendí que una sola ristra de mangi no era suficiente para soportar el tirón del lazo si Acker no llevaba ninguna para bloquear su extremo del vínculo. Me vi obligada a presenciar cómo el hombre al que amaba permitía que su nueva esposa se moviera con sensualidad sobre su regazo.

Era su noche de bodas.

—A veces me pongo malo —dice Messer, sacándome de mis sombríos pensamientos— al pensar en Aurora y Kai. —Ríe sin humor —. Mi puto mejor amigo de la infancia.

Aurora estaba prometida con Messer, pero cuando este se reunió con Kai tras su regreso a tierra, descubrió que ambos se habían casado. Por orden de sus padres, no lo dudo, pero Messer se ha negado a hablar de eso desde entonces.

—No sé qué haría si tuviera que verlo —dice—. Dioses..., lo siento, B.

—No tenía ni idea de que te importara tanto Aurora.

Niega con la cabeza mientras se mete las manos en los bolsillos.

—Nadie lo sabía. Ni siquiera Kai. Mi padre habría usado a Aurora contra mí, si lo hubiera sabido. Sabía que la única manera de asegurarme de que nuestro matrimonio concertado siguiera adelante consistía en fingir que para mí era lo peor del mundo.

Y funcionó.

Pero luego Messer me siguió cuando me fui de Alaha...

—Messer.

—Por eso nunca lo he mencionado —dice mientras me detiene al final del callejón—. No quiero que te sientas más culpable de lo que

ya te sientes. No te lo digo para que te sientas mal, sino para que sepas que lo entiendo. —En la tenue luz, sus ojos parecen vacíos—. Aunque desearía no hacerlo.

Me acerco, lo abrazo y entierro mi rostro en su pecho para que no vea la compasión en mis ojos, pues sé que no le gustaría nada.

—Por si sirve de algo..., yo también lo siento —susurro.

Él me aprieta una vez y luego me suelta.

—Ayuda estar con alguien más —dice mientras mira al cielo—. Al menos durante un rato.

Frunzo el ceño y lo empujo ligeramente.

Pero quizá Messer tenga razón. Dado que no he logrado conseguir información sobre cómo romper un vínculo, tengo que considerar la posibilidad de que quizá nunca me deshaga de la atadura. Quizá tenga que aceptar el hecho de que las piedras que llevo al cuello y por el cuerpo son permanentes. Incluso si alguna vez llego a intimar con otro.

No puedo imaginar nada peor que Acker observándome mientras estoy con otra persona.

—Tampoco es que tenga pretendientes haciendo cola en mi puerta —bromeo.

Messer me atrae hacia él, con un brazo alrededor de mi cuello y me menea mientras caminamos hacia el palacio.

—No lo sé, B. Drake parecía bastante interesado en la taberna.

Incluso si Drake fuera sincero, lo cual no creo ni por un segundo, no querría complicar más las cosas involucrándome con el comandante de todo el ejército naval de Maile.

El resto del camino a casa transcurre en silencio y Messer me deja en la puerta principal del palacio con una sonrisa traviesa. Sacudo la cabeza, sabiendo que está ansioso por encontrarse con Drake en el Catuxa. Le digo que si después de esta noche se despierta con algo extraño en sus partes íntimas, ya se puede buscar un sanador él solito, me da igual cuánto esté sufriendo.

Él me guiña un ojo mientras retrocede en dirección al burdel.

—Aprecio que me cuides, B.

Iona me informa de que mi madre ha dejado galletas de miel en la cocina y paso para coger un par antes de subir a mi habitación. La

puerta de Beau está cerrada; probablemente ya esté acostada. Lo esperaba, dado su nivel de frustración y el consumo de alcohol en la taberna. Insistió en venir, aunque le dije que no era necesario. Cuando mañana salga de su habitación con resaca, mi simpatía será mínima.

A veces me pregunto si le cuesta apagar ese sentido del deber que tiene hacia las personas que ama, o si se trata de culpabilidad por traicionar a su hermano. Aunque nuestro intento de rebelión no salió como queríamos, lo volvería a hacer si significara finalmente liberarla del yugo de su padre, para que ya no esté obligada a hacer cosas que desprecia.

Poner a gente en jaulas. Colocar collares a los que tienen magia.

Enciendo una lámpara y me preparo un baño, agrego una selección de aceites calmantes mientras se llena. Una de las cosas más difíciles de estar en la frontera era no tener esto, pienso mientras me hundo en el agua. Me quedo a remojo hasta que la piel se me arruga, luego me envuelvo en una bata y me siento en mi escritorio para decidir qué texto voy a abordar a continuación. Estoy mordisqueando un trozo de galleta cuando alguien llama a la puerta.

Miro el reloj que tengo cerca; son casi las tres de la mañana. Aunque Messer ocasionalmente usa el palacio como lugar para dormir, por estar más cerca del Catuxa que de su apartamento junto al golfo, normalmente no lo veo a estas horas.

Al abrir la puerta, me quedo completamente sorprendida al ver a Drake en el descansillo. Me apresuro a cubrirme completamente, cerrando más el cuello de la bata.

—Drake —tartamudeo—. Hola. ¿Está todo bien?

—Todo está perfecto —responde, con el rostro inexpresivo.

Respiro aliviada antes de preguntar:

—¿Cómo has subido hasta aquí?

Iona nunca lo dejaría entrar sin dar primero su aprobación.

—Messer me dijo que me habías solicitado —explica, moviéndose ligeramente—. Para... atenderte.

Un escalofrío de incomodidad me recorre.

—¿Atenderme?

No aparta la mirada mientras inclina el mentón en un asentimiento.

—Messer me dijo que me habías solicitado... específicamente —dice, con un ligero calor en los ojos.

Gimo al darme cuenta de lo que eso significa.

Y, por segunda vez hoy, me sonrojo.

—Voy a matarlo.

Los ojos de Drake se entrecierran.

—Yo..., ¿no ha sido así?

—¡No! —suelto medio gritando, completamente mortificada—. Y puedes decirle a Messer que estoy emitiendo una orden de arresto, así que más le vale huir de la ciudad antes del amanecer si quiere conservar la cabeza.

Luego, le cierro la puerta en la cara.

Capítulo 19

Acker



Olivia me está volviendo jodidamente loco.

Supongo que no lo había preguntado, pero a Wells tampoco se le ocurrió mencionar lo embarazada que está realmente su esposa. Está muy embarazada. De ese tipo de embarazo que aún puede ocultarse bajo una blusa holgada, así me lo ocultaron cuando aún estaba en Kenta, pero sin varias capas de ropa, su barriga abultada es muy evidente. Y utiliza su estado como un arma, sabiendo que no puedo defenderme de su ira, que me sigue a dondequiera que vaya en este puto barco.

Subimos al barco en el puerto, no lejos de donde residen los padres de Wells, y dejamos que la corriente nos llevara río abajo hasta el mar. Es más rápido que viajar a la costa en carruaje, pero nada es lo suficientemente rápido cuando estás atrapado con una amiga de la infancia que actualmente maldice el día en que nací con cada respiración.

Cuando Olivia no me grita abiertamente, me castiga con su silencio. Lo cual estaría bien, de hecho sería preferible, excepto que la única razón de vivir de Wells en este momento es atender todos los caprichos de su esposa. Lo que significa que cuando ella guarda silencio, él guarda silencio. No puede arriesgarse a que lo vea fraternizando con el enemigo y eso es un jodido problema.

Hemos tenido que recurrir a escondernos como adolescentes en medio de la noche. Llevo dos horas esperándolo en la proa cuando al final hace acto de aparición. Con el cabello despeinado y claramente privado de sueño, está hecho un nervioso desastre.

—Está dormida —susurra, como si pudiera escucharlo desde debajo de la cubierta.

—Bien. —Quiero que suene positivo, pero la mirada de reproche que me lanza me dice que no lo he conseguido—. Está menos rencorosa cuando está descansada —corrijo.

Apoya un codo en la barandilla, sosteniéndose la cabeza.

—Te estaría sacando de quicio aunque no estuviera embarazada.

Pues sí, la verdad.

Olivia nunca ha sido de andarse con rodeos por el bien de los sentimientos de alguien. Ni los propios ni los de los demás, hay que decir. Es por eso por lo que ella y Beau se acercaron tanto de niñas. Por eso y porque había pocas chicas más de su edad en la corte y, desde luego, ninguna que quisiera ser vista haciendo amistad con la hija bastarda del rey. Pero a Olivia no le importaba nada de eso, para disgusto de sus padres.

Entre las dos, nunca me he salido con la mía haciendo algo imprudente sin recibir una reprimenda.

—Al menos yo podría estarla sacando de quicio a ella también —digo.

—Está decepcionada contigo —dice él.

—Obviamente.

—Y cree que estás tramando algo.

—¿Lo cree ella? —Mis cejas se arquean hasta la línea del cabello —. ¿O eres tú el que lo cree?

Él sonríe.

—Oh, yo sé que estás tramando algo.

Apoyado en los antebrazos, miro más allá, a la negrura de la noche. El cielo y el agua se fusionan, es imposible distinguir dónde termina uno y empieza el otro. Me recuerda a ese espacio entre Jovie y yo. El vacío que existe cuando sigo el lazo hacia ella. Me recuerda a nuestro tiempo en el barco.

Respiro hondo, reuniendo el valor para decir la verdad.

—Mi padre lleva toda la vida manipulándome, Wells.

Él se acerca e imita mi postura.

—¿Qué te ha hecho darte cuenta? ¿Esta alianza con Wren?

—Creo que, de alguna manera, siempre lo he sabido. Incluso cuando era niño, me exigía cosas sin importarle mis sentimientos al respecto, simplemente porque le convenían para sus intereses. Es solo que no me di cuenta de la magnitud hasta que... —Exhalo ante la incredulidad—. Hasta que Jovie le arrebató su magia.

Los días posteriores a su traición son un borrón. El consejo había muerto y sus familias exigían represalias. Cuando mi padre se negó a atacar Maile, se enfurecieron y retuvieron recursos necesarios de sus tierras. Enviaron a sus hombres a unirse a los levantamientos en la capital. Las protestas se volvieron violentas, estallaron disturbios y la única respuesta de mi padre fue ordenar la muerte de los familiares restantes de los miembros de su consejo asesinados.

—Quiero que te encargues de esto —me ordenó una noche en su salón.

Y me negué.

—No tendré muertes de inocentes sobre mi conciencia.

Quería matar linajes enteros, hasta a los niños más pequeños. Quería reconstruir un consejo con terratenientes sin título. Hombres que habían trabajado para los consejeros anteriores, pero que nunca habían tenido posiciones reales de poder. Sospecho que creía que, si les daba títulos y dinero, obtendría su lealtad incondicional.

Nunca desobedecí a mi padre de forma manifiesta. Mi insubordinación era usualmente subrepticia, nunca lo suficiente evidente como para requerir un castigo severo. Al menos, no hasta que elegí a Jovie en vez de a Irina y la alianza con los strou. Me culpó por los problemas que mi querida hermana y mi vínculo crearon cuando mataron a todo su consejo.

Y cuando le juré en ese momento que no mataría en su nombre, me miró como si yo fuera el enemigo. Como si el hecho de que yo no fuera su espada significara que no valía nada.

Salí de su salón sintiéndome enfermo y fue la primera vez que percibí un atisbo de quién era realmente mi padre.

—Vas a tener que matarlo —dice Wells.

—Lo sé —respondo. Lo supuse desde el momento en que Wren entró en el salón de mi padre, pero se confirmó cuando reveló su magia recién adquirida en mis aposentos.

—Tuve una oportunidad y yo... —Trago saliva que baja mezclada con la vergüenza, me atrevo a mirar a mi amigo y agradezco comprobar que no hay un enjuiciamiento en su mirada—. No la aproveché.

—No serviría de nada ahora mismo. Sin el ejército de Wren, Kenta caería y Wren y Chryse estarían allí para recoger la corona de tu cadáver.

—Sin embargo —digo mientras enderezo la espalda y endurezco mi resolución—, me encargaré de mi padre tras tener un ejército que me respalde.

Una sonrisa irónica se dibuja en la boca de Wells.

—¿Y cuál es el plan exactamente? Aún no has revelado nada más que tu deseo de llegar al muelle de Maile sin ser identificado, ¿y luego qué? ¿Llegar a las puertas del palacio y llamar, con todo el descaro?

—Con Olivia, sí.

—¿Mi esposa?

—Jovie le ha estado suplicando a Olivia que busque asilo en Maile hasta que termine la guerra. —Sus ojos se mueven entre los míos, buscando una pista de cómo lo he descubierto. Hago una mueca ante la verdad que estoy a punto de revelar—. Intercepté uno de sus pájaros.

Al principio parece perplejo ante la idea de que su esposa le haya ocultado un secreto, pero luego la ira reemplaza a la confusión, su mandíbula se tensa.

—Tienes que controlarlo todo, ¿verdad?

Niego con la cabeza, porque está totalmente equivocado.

—Estaba celoso —admito—. Olivia había estado en contacto con ella cuando yo no podía y me moría de necesidad por conocer sus pensamientos, por leer sus palabras. De tener siquiera un fragmento de ella, aunque no estuviera destinado a mí. —El olor a flores silvestres apenas se aferraba al pergamino.

Eso es algo que Wells puede entender completamente. La compasión le brilla en los ojos y ni siquiera me molesta. No cuando yo la siento tan profundamente por mí mismo.

Él maldice y sacude la cabeza mientras vuelve hacia la cubierta principal. La segunda guardia de la tripulación mantiene nuestro rumbo mientras el resto duerme. Aunque al menos la mitad juega a las cartas en la cubierta mientras bebe cerveza.

—Olivia no me lo dijo porque sabía que yo querría que se fuera.

—Nunca se iría sin ti. —La voz me sale más aguda de lo que pretendía.

—Mucho hablar de mi esposa, pero no has mencionado ni una sola vez qué vas a hacer con tu vínculo cuando lleguemos allí.

—De todos modos, vas a darme tu opinión sobre el asunto, ¿verdad?

—La táctica más inteligente y obvia sería seducirla. Otra vez.

Aunque la idea resulta tentadora...

—No veo cómo sería posible con mi esposa a cuestas.

Una sonrisa se le dibuja en el rostro.

—Como si eso os hubiera detenido antes.

—Aquello fue diferente —aseguro mientras lo miro fijamente con dureza.

Él pone los ojos en blanco.

—Entonces te humillarás, supongo.

La mera idea hace que el labio se me curve en señal de disgusto.

—No estoy seguro de que eso resulte ventajoso mientras negocio una posible alianza para obtener apoyo militar.

Él choca su hombro contra el mío, se inclina y me obliga a mirarlo a los ojos.

—Solo quiero que mi mejor amigo sea feliz.

—Deberías rebajar tus expectativas.

—Está bien, pero reconciliarte con Jovie logra dos cosas a la vez: terminar tu actual estado de celibato y ganar posible influencia con su madre.

No es que no lo hubiera pensado..., espera.

—¿Cómo demonios conoces los detalles de mi vida sexual?

O de la falta de ella, más bien.

Me mira como si fuera estúpido.

—Estoy vinculado, ¿recuerdas? Sé cómo funciona.

La memoria de mi noche de bodas con Irina me viene a la mente.

Jovie apareció como un fantasma al otro lado de la habitación. Delgada y pálida, completamente inmóvil mientras observaba a Irina montada sobre mi regazo. Yo había estado temiendo la noche de bodas, pero una sola mirada al rostro consternado de Jovie encendió en mí la necesidad de hacerle tanto daño como ella me había hecho a mí. Para que sintiera el mismo dolor a cambio.

Así que hundí las manos en la carne de Irina, instándola, manteniendo los ojos fijos en Jovie mientras la boca de Irina descendía sobre la mía. En ese momento, me encantó. Disfruté del dolor que se reflejaba en su rostro. Ella rompió la conexión antes de que avanzara más con Irina y desapareció de mi presencia, pero yo estaba determinado a acabar lo que había empezado, impulsado por el despecho.

Desnudé completamente a Irina y me lancé al acto final. Podría haber sido cualquiera debajo de mí y no me habría importado. Todo lo que quería era un alivio. Una escapatoria. Cualquier cosa que llenara la herida abierta en mi corazón.

Ni siquiera podía registrar qué parte de ella estaba tocando mi boca. No había sabor, sensación ni sonido.

Entonces, como un incendio creciente, una sensación como ninguna otra me llenó el pecho. Intenté ignorarla al principio, pero se volvió insoportable, hasta el punto de que tuve que alejarme de la carne de Irina, sintiéndome aturdido. Me llevó un momento darme cuenta: iba a llorar. El impulso era tan violento que salté de la cama y ordené a Irina que saliera de la habitación. Sin duda pensó que estaba mal de la cabeza, gritándole como un loco cuando un

momento antes estaba encima de ella. Nada pudo detener las lágrimas.

—Pensé que solo estaba experimentando los sentimientos de Jovie —digo.

—Probablemente sí —explica él, con expresión contemplativa—. Y creo que esa es la cuestión.

Por razones que desconozco, el vínculo hizo posible que Jovie pudiera ver dentro de mi mente, mientras yo solo podía percibir sus emociones. Y aunque siempre he podido sentir las emociones de Jovie a través del lazo, nunca lo había experimentado así. Potente. Brutal. Implacable, incluso cuando me ponía las piedras mangi.

Nunca volví a tocar a Irina después de aquella noche.

Capítulo 20

Acker



—¿Crees que el mensaje para Jovie habrá llegado? —pregunta Wells.

Es difícil saberlo con la tormenta invernal que ha cubierto de nieve la cima del monte Zallis a lo lejos, pero mantengo la vista fija en un barco de Maile mientras navegamos junto a él. Una bandera púrpura con el emblema de una mariposa dorada ondea sobre otra blanca, inscrita con líneas negras. Las marcas son inconfundibles y me resulta fácil deducir su significado. Las similitudes con las cicatrices que los guerreros de Strou suelen llevar se hacen evidentes al instante.

—Si me hubieran avisado con más de una hora de antelación antes de salir de Kenta, podría haber enviado un ave con el tiempo suficiente —masculla Olivia.

Wells intenta apaciguar su enfado.

—Liv, sabes por qué. No podíamos arriesgarnos a que interceptaran el mensaje.

—Según Acker —replica ella, lanzándome lo que ya debe de ser la centésima mirada fulminante del día.

—¿Os podéis callar? —Nos giramos hacia Irina. Está de pie, con los ojos cerrados, la espalda apoyada contra el mástil principal y los pies descalzos sobre un parche de tierra, en una caja poco profunda que trajimos, expresamente, para potenciar su capacidad de usar la magia sobre el agua—. Intento concentrarme.

Ni ella ni yo estamos seguros de cuáles son exactamente sus límites, teniendo en cuenta que nunca ha usado su magia a una escala semejante. Como princesa de Strou, nunca le ha faltado de nada y no ha tenido necesidad de emplear su don más que de forma superficial. Pero el barco de Maile es el primero con el que nos cruzamos desde que nos acercamos a sus aguas y no parece hacer ningún movimiento en nuestra dirección. No sé qué estarán viendo desde su perspectiva, pero sea lo que sea lo que Irina ha ideado apenas consigue arrancarles un vistazo en nuestra dirección.

Olivia la fulmina con la mirada, exasperada.

—Tenía que ser la única ilusionista que teníamos a mano.

Aprieto los dientes mientras intercambio una mirada con Wells antes de alejarme. Doy órdenes a la tripulación para que prepare el bote auxiliar. Estaremos en el rompeolas de Maile antes del anochecer y no quiero perder tiempo botando la embarcación pequeña. Les indico que retiren y guarden cualquier arma personal bajo cubierta, por si nos interceptan, ya que de ninguna manera quiero parecer hostil. Pero los nervios me están ganando la partida y la voz me sale cortante al dar las órdenes.

Llevo días resistiéndome al familiar impulso de verla. Desde que salí del palacio hace dos semanas, la necesidad no ha hecho más que intensificarse. Cada centímetro de mí, cada aliento, cada latido está lleno de expectación. Me queda menos de un día para poder mirarla a los ojos. Paso el tiempo observando la costa y, joder, ni siquiera estaba así de ansioso por ver tierra después de pasar semanas varado en el mar.

Siento las manos vacías sin un cuchillo mientras recorro la cubierta de un lado a otro.

Pasamos sin incidentes junto a otros catorce barcos de Maile antes de que el muelle entre en nuestro campo de visión. He oído historias sobre el embarcadero de piedra, pero ninguna le hace justicia. Unos enormes arcos de mampostería se extienden sobre el agua en ambas direcciones, curvándose desde tierra como un escudo. Evelyn construyó el muelle para separar lo que considera sus aguas de las de todos los demás. Las únicas formas de llegar a Maile desde Kenta son o bien atravesar con dificultad la cordillera que se desprende del monte Zallis a lo largo de nuestra frontera compartida, o bien navegar directamente hacia sus aguas a través de este muelle defensivo.

Fondeamos a cierta distancia del rompeolas. Un contingente del ejército de Maile aguarda dentro de la barrera protectora de rocas frente al muelle, listo para defender la ciudad de un ataque marítimo directo. Todos llevan las mismas banderas: el emblema de la mariposa con el recuento de muertos ondeando debajo.

Wells se reúne conmigo en la proa.

—Esto va a ser complicado —dice.

Es más fácil lanzar una ilusión creíble desde lejos, por eso estamos a salvo, de momento, gracias a que el don de Irina aún oculta nuestro barco. De cerca, sin embargo, las cosas se vuelven mucho más difíciles.

—Tendremos que continuar el resto del trayecto en bote —le digo.

—¿Y qué pasa con este barco?

Miro a Irina. Lleva horas sin moverse. El sudor le cae del cabello y le recorre las sienes. Nunca había llevado su habilidad tan lejos y probablemente se desmayará en cuanto la liberen de su tarea. Con suerte, podrá aguantar lo suficiente como para seguir ocultando el bote una vez que esté en el agua.

Vuelvo a centrarme en Wells.

—¿Sabes si hay algún elemental de agua o de aire a bordo?

Inclina la cabeza, pensativo.

—Si lo hay, dudo que alguien lo admita.

Supongo que no, teniendo en cuenta el historial de mi padre de poner collares a los Herederos, así que asiento, aceptando su respuesta como cierta.

—Tenemos que virar y, en cuanto botemos el bote, la tripulación abrirá velas y huirá a toda velocidad.

La tripulación guarda silencio mientras viramos, orientando la nave en sentido contrario, de vuelta hacia Kenta. Wells ayuda a Olivia a subir al bote, le besa la mejilla cuando se acomoda y pasa las manos con reverencia sobre la curva de su vientre. Le susurra algo al oído y, sea lo que sea, hace que su sonrisa brille, dulce como la miel, y que sus ojos se suavicen por primera vez desde que estamos juntos en el barco. Por extraño que me resulte que mis amigos de la infancia estén a punto de convertirse en padres, es imposible negar que les va como anillo al dedo.

Uno de los marineros prueba la cuerda del bote pequeño y luego me da la señal con una inclinación de cabeza.

—Listo, señor.

Cuando me giro para decirle a Irina que es su turno, la encuentro tambaleándose, a segundos de perder la batalla por mantenerse en pie. Le rodeo la cintura con un brazo y la ayudo a subir al bote; cae pesadamente en el banco junto a Olivia. Uno de los tripulantes me entrega un par de odres de agua y se los paso a Wells.

—No perdáis tiempo —ordeno al comandante que está cerca—. Navegad tan rápido como podáis. Ahora mismo estamos lo suficientemente lejos como para que, cuando os vean, ya no tengan tiempo de alcanzaros.

Él acata la orden, nos desea buena suerte y nos despide con la mano mientras descienden el bote.

En cuanto tocamos el agua, Wells y yo soltamos las cuerdas y usamos los remos para separarnos del navío. Irina parece a punto de devolver lo poco que tenga en el estómago y le insto a mantener el espejismo sobre el barco todo lo que pueda. Compasiva, Olivia toma uno de los odres y la ayuda a beber unos sorbos, pero no sirve de nada. Las habilidades de Irina no pueden sostenerse con la distancia creciente respecto a su objetivo, especialmente estando en mar abierto.

Encogida sobre sí misma, su respiración sale a trompicones.

—Lo siento —dice—. Ya no puedo más.

Hundo el extremo del remo en el agua al ritmo de Wells, tiro del mango hacia el pecho con fuerza y empujo de nuevo.

—¿Nos tienes?

Ella asiente.

—Sí, sí. Estamos ocultos.

Este bote es casi del mismo tamaño que aquel en el que Jovie y yo navegamos desde Alaha. Vamos apretados, con las rodillas chocando entre sí, pero a Irina no tarda en volverle el color a la cara; la tensión de su magia disminuye ahora que solo tiene que crear la ilusión sobre un objetivo más pequeño.

—Creo que han avistado el barco —dice Olivia, concentrada en los navíos de Maile que aún están entre nosotros y la costa.

Le echo un vistazo por encima del hombro y veo que el barco más cercano leva anclas mientras su tripulación se prepara para zarpar. Wells y yo aceleramos el ritmo. Irina ya está al límite, así que tenemos que confiar en que el barco de Kenta que va en retirada sea lo bastante tentador como para mantener la atención del ejército.

El agua se aquieta una vez sobrepasada la línea de rocas que forma el rompeolas, aunque la estela del buque de guerra que se desliza junto a nosotros rumbo a mar abierto nos hace volver a bambolearnos. Es lo más cerca que hemos estado de uno de sus barcos, pero, aunque Irina parece nerviosa, está completamente concentrada en mantener la ilusión protectora.

El primer barco es solo el comienzo. Uno tras otro izan velas y se dirigen hacia aguas abiertas. Los gritos de los hombres resuenan sobre el agua y logramos entender que, en efecto, han detectado nuestro barco en retirada a lo lejos.

El muelle está flanqueado por soldados. Se sitúan aproximadamente cada cinco metros e inspeccionan el agua que está bajo sus pies. Con la espalda hacia allí, Wells y yo estamos indefensos y dependemos, por completo, de que Olivia vigile si alguno de ellos dirige su atención hacia nosotros mientras remamos. Por la gracia de los dioses y el duro trabajo de Irina, conseguimos pasar por debajo del muelle sin ser descubiertos.

Es la primera vez que tenemos una buena vista de la capital. La ciudad asciende hacia la base del monte Zallis. Las casas se apiñan unas junto a otras y las calles trazan un patrón sinuoso por la ladera. Se ven árboles dispersos aquí y allá. Resulta intimidante verla desde abajo. La playa es rocosa y está vigilada del mismo modo que el muelle, con soldados salpicando la línea de costa. Hay barcos amarrados a lo largo del muelle, más cerca de la orilla.

Wells suelta una maldición.

—O están muy preparados o muy paranoicos —reflexiona Olivia.

—Ambas cosas —digo.

—Si conseguimos llegar a tierra y superar la primera línea de guardias —dice Wells—, puedo llevar a Olivia al palacio mientras vosotros dos encontráis algún sitio donde pasar desapercibidos.

Empiezo a protestar, pero me corta con una mirada que no deja margen para negociar.

—Ya te estoy dejando usar a mi esposa embarazada como garantía para que no te maten en cuanto tu propio vínculo te vea. Al menos deja que sea yo quien la lleve allí sana y salva.

Cedo con una leve inclinación de cabeza.

—Además —dice Olivia—, aquí la princesa consorte va a necesitar una siesta.

Todos miramos con preocupación el pelo revuelto de Irina y su ropa empapada de sudor. Normalmente cuida mucho su aspecto, pero ni siquiera tiene energía para replicar la observación de Olivia. Si acaso, una siesta probablemente le suene a gloria.

Volvemos a remar y dejamos atrás la sombra que el muelle nos había proporcionado de forma temporal. Entrecierro los ojos ante el asalto repentino de la luz solar y mi vista tarda un segundo en adaptarse. Al momento siguiente, por fin puedo contemplar el muelle desde el lado de Maile. Un soldado se alza en el borde del puente de piedra, con el arco preparado.

—¿Puede vernos, Irina? —pregunto.

Ella niega con la cabeza, apretando los dientes.

—No lo sé.

—Solo un poco más —la anima Wells, instándola a luchar contra el agotamiento.

Pero ya es demasiado tarde.

Oigo el silbido de la flecha justo antes de que atraviese el casco del bote con un fuerte sonido de madera astillándose. El agua empieza a filtrarse de inmediato. A la flecha va atada una cuerda. Una línea, caigo en la cuenta, que están usando para atraernos hacia ellos.

Olivia se mueve para arrancar la flecha, pero Wells y yo nos adelantamos para detenerla.

—Nos hundiremos —dice él.

—Lo mejor será rendirnos —añado.

Ella alza las manos, como para demostrar que no va a hacer nada que no queramos.

—Es vuestro funeral.

Irina gime y su cuerpo parece derrumbarse al soltar la ilusión que ya no podía mantener del todo.

—Lo he intentado. Te lo prometo.

Le he pedido mucho. Demasiado, por lo que veo. No puedo culpar a nadie salvo a mí mismo.

El agua salada ya nos llega a los tobillos cuando nos arrastran de vuelta hacia el muelle. Bajo uno de los arcos hay algo parecido a un embarcadero de carga. Un grupo de soldados nos espera en la pequeña plataforma. Detrás de ellos hay una escalera que conduce a la parte superior del muelle y, sobre nuestras cabezas, se apiñan más soldados con flechas encajadas en sus arcos, listas para ser tensadas y disparadas en un instante. El mensaje está claro: no hacer nada que pueda provocarlos. Pero el soldado que disparó la primera flecha está en lo alto de la escalera con el arco tensado y la flecha de madera apuntándome a mí... específicamente.

Está claro que sabe quién soy, de lo contrario esa flecha tendría la punta de metal.

Nuestro pequeño bote ha perdido parte de su flotabilidad y se balancea de forma brusca cuando subo al muelle. Me giro para ayudar a Irina, pero un soldado alza su espada delante de mi pecho para detenerme. Apretando los dientes, clavo la vista en el acero y luego alzo la mirada hacia el arquero que está en lo alto de la

escalera antes de dar finalmente un paso atrás. Irina tropieza un poco, pero consigue subir al muelle. Luego Olivia, y Wells el último.

Olivia tarda en apartarse del bote, claramente luchando por adaptarse del vaivén de la embarcación al suelo firme, en su estado, y cuando un soldado cercano intenta empujarla hacia delante con la punta de la espada, Wells le grita:

—¡Está embarazada!

Pronuncio su nombre a modo de advertencia, pero no sirve de nada. Sabe lo importante que es no causar un altercado, pero no cede. En su lugar, salta con rapidez fuera del bote y va directo hacia Olivia para ayudarla a recuperar el equilibrio. En cuanto Olivia se mantiene en pie, los soldados se abalanzan para separarlos, algo que Wells no se toma nada bien.

Los pierdo de vista en medio del alboroto, pero el grito de dolor de Olivia es inconfundible.

Todo ocurre muy deprisa. Wells agarra por la nuca al que supongo que es el soldado culpable. No sé de dónde ha salido la daga que empuña mi amigo, pero en el espacio de dos latidos ya tiene la hoja apoyada en la garganta del hombre.

—¡No lo mates! —grito.

Permito que me hagan caer de rodillas, sin apartar la vista de mi amigo y su rehén.

El arquero grita desde arriba:

—Dile que suelte a nuestro hombre y nosotros no...

No pierdo el aliento en aclarar que no me estaba dirigiendo a él. Pero Wells lo sabe.

—No —repito mientras extiendo las manos en un gesto conciliador.

Siento que el momento se alarga eternamente antes de que mi amigo por fin ceda, con los dientes apretados, mientras empuja al soldado lejos de él. Wells mantiene la mirada fija en el hombre para asegurarse de que no haya intención de represalia y, solo entonces, baja la hoja. Me permito mirar a Olivia para comprobar que está bien. Otro soldado le sujeta el brazo con un férreo agarre, que suelta de inmediato cuando Wells lo fulmina con una mirada asesina, temeroso de la amenaza evidente.

Agradezco el instinto de ese hombre, porque sé que poco podría hacer yo para impedir que Wells redujera a cenizas a todos los soldados del muelle si así lo deseara.

Capítulo 21

Jo



Me tiemblan los brazos. Cada choque de mi hoja contra la de Messer hace que un latigazo de dolor me recorra la mano. El sonido de ambos metales chocando resuena en mis oídos con tanta fuerza que ni siquiera oigo sus protestas.

—... B, tranquila, tranquila, tranquila. ¡Joder!

Si cree que voy a aflojar ahora que lo tengo donde quiero, está muy equivocado. Los talones de sus botas rozan la línea de tiza trazada en el suelo. Estoy a tres golpes buenos de empujarlo fuera del círculo.

Giro, golpe. Esquivo, golpe. Un tajo de revés y..., no me jodas. Se lo espera y, en vez de que yo lo saque a empujones como pretendía, él gira en el momento justo y mi hoja solo corta el aire. He apretado demasiado, demasiado rápido y la inercia me hace perder el equilibrio. Me tambaleo hacia delante... y salgo del círculo.

En medio de jadeos, me alejo hasta el borde de la arena para descargar mi frustración, con el corazón retumbándome en los oídos mientras tiro del grillete que llevo al cuello. Me ha estado molestando. Quizá me he acostumbrado demasiado a usar el collar más pequeño, porque llevo todo el día luchando contra la sensación asfixiante que me provoca el grillete.

Intento centrarme en el paisaje que me rodea. Hay soldados entrenando en distintos puntos del suelo del templo. Construido en lo alto de la ciudad, el templo se reconvirtió en arena de entrenamiento, tallada en la piedra extraída de las profundidades del monte Zallis. Está abierto por todos los lados y las columnas arqueadas ofrecen una vista espectacular de las praderas en pendiente que se extienden más allá de la ciudad, hasta las tierras de cultivo.

No se me escapa la ironía de haber dejado atrás la arena de entrenamiento de Alaha, de espacio reducido y uso dual, solo para acabar entrenando junto a animales de granja. Los caballos pastan en los prados; los mozos preparan la comida de la tarde mientras entran y salen de los establos situados en el borde de la ciudad. Un guardia está apostado en la abertura del murete bajo de piedra y charla con uno de los granjeros que entra con un carro cargado de mercancías.

Messer aparece y me tiende un odre de agua.

—¿Te encuentras mejor?

Lo acepto, pero no respondo mientras me bebo de un trago lo que queda. Mi mirada se detiene en Fredrich, que está levantando peso: dos sacos de pienso para caballos le cuelgan de los hombros mientras avanza a zancadas por el suelo de la arena.

Messer agita una mano delante de mi cara para recuperar mi atención.

—¿Cuánto tiempo piensas castigarme, eh? —Baja la vista a su camisa destrozada, con cortes que le salpican el torso y otro en la parte exterior del muslo. Cuando sigo ignorándolo y doy otro sorbo, me arranca el odre de la boca—. Ya está bien de castigo de silencio. Te estás comportando como una cría.

Me limpio la boca con el dorso de la mano.

—¿Preferirías que te prohibiera ir al Catuxa?

Su expresión pasa del entusiasmo por haber conseguido que le hable al horror absoluto.

—No se te ocurriría.

Lo había pensado, pero no fui capaz de hacerlo. No después de lo que me confesó sobre Aurora y Kai. Si de verdad el Catuxa le ofrece un mínimo de alivio, odiaría arrebatárselo.

Vuelvo la vista hacia la ladera y me siento en el borde de la arena, dejando colgar los pies. Como el suelo de la pista se incrusta en la colina, hay una caída considerable hasta el terreno inferior. No lo bastante alta como para causar una herida grave si empujara a Messer, pero sí como para dejarlo aturdido, como mínimo.

Debe de intuir mis pensamientos, porque se sienta con la espalda apoyada en la columna, frente a mí. Tiene el pelo más rubio que nunca, incluso comparado con los años que pasó en Alaha. El sol se le refleja en los mechones, creando un efecto de halo alrededor de su cabeza.

Me recuesto hasta apoyarme sobre las manos y le hablo.

—No he estado enfadada contigo.

Hace una mueca.

—Claro que no. Eso sería ridículo, porque no he hecho nada malo.

Por mucho que intento evitarlo, se me escapa una sonrisa.

Estos últimos días he estado perdida en mi propia cabeza. Estoy tan acostumbrada a que Messer entienda mis estados de ánimo mejor que nadie que no previ que confundiría mi silencio con enfado hacia él.

Messer y yo compartimos un nivel de entendimiento al que ni Kai ni Aurora han llegado jamás con ninguno de nosotros. Junto con Beau, él sabe todo lo que yo sé: lo que se siente al estar verdaderamente solo. Lo que es acostarse por la noche con una tristeza tan profunda que amenaza con tragarte entero, sin saber si alguna vez se pasará.

Pero no dejo de darle vueltas a algo sobre lo que hablamos la otra noche en la taberna.

—Creo que tenemos que prepararnos para la posibilidad de que Kai se vuelva contra nosotros.

Su sonrisa se va apagando, a medida que mis palabras calan en él, hasta desaparecer por completo.

—No tenemos motivos para dudar de él. Nos ha seguido dando información sólida —dice, defendiendo a nuestro amigo de la infancia—. Nos ha dicho a los dos que ya no está enfadado con nosotros.

Lo miro de reojo.

—¿Desde cuándo Kai es un ejemplo de honestidad?

Se muerde el labio inferior un instante.

—Quizá deberíamos considerar... —Se interrumpe a mitad de frase, inclinándose hacia delante, con los ojos entrecerrados ante algo a lo lejos.

Sigo la dirección de su mirada y se me dispara la alarma al ver a tres robustos caballos subiendo a toda velocidad por el sendero desde la ciudad, directos hacia nosotros. Me pongo en pie de un salto y corro a lo largo de la arena hasta la escalera que baja al final del camino.

Messer me sigue.

—Vienen del muelle —dice, fijándose en los uniformes de los jinetes.

El corazón me late en la garganta y, de forma inconsciente, tiro de las piedras mangi que llevo al cuello.

Y entonces el corazón se me para por completo, porque... no.

Es imposible.

Pero la sensación de tirón bajo el esternón dice lo contrario; el vínculo vibra con un sí rotundo.

Fredrich aparece desde el nivel inferior de la arena y se une a nosotros mientras esperamos a que los tres jinetes frenen en seco a nuestro lado. El oficial al mando desmonta y se inclina en una reverencia, que yo corto bruscamente con una pregunta afilada cuya respuesta ya conozco.

—¿Qué ocurre?

El oficial se incorpora enseguida.

—Hemos detenido a cuatro individuos que intentaban cruzar la bahía. Dos hombres y dos mujeres. Una está encinta. Están retenidos en estos momentos...

No le dejo terminar. Rodeo al oficial y agarro las riendas de su caballo.

—Que avisen a Beau —le digo a Fredrich—. Dile que su hermano ha llegado.

Por si quiere verlo.

Asiente y ya lo veo corriendo hacia la entrada de la ciudad.

Messer agarra el arzón de mi silla y se impulsa para subirse detrás de mí. Tiro de las riendas, giro el caballo y le aprieto el lomo con las piernas para apremiarle a avanzar. El viento nos azota de cara mientras recorremos el sendero curvo de la ladera, con los otros dos soldados siguiéndonos de cerca. La bajada hacia la orilla rocosa tiene una inclinación uniforme y reduzco del galope al trote cuando el muelle entra en nuestro campo de visión. El sol de la tarde se refleja con fuerza en el agua, haciendo imposible distinguir ninguna figura individual entre la multitud. Debe de estar presente al menos la mitad del turno actual de soldados de la ciudad.

Obligo a mi corazón a calmarse mientras dirijo mi montura hacia el muelle de piedra. El vínculo da un tirón violento y me cuesta coger aire. Mi magia prácticamente se retuerce de anticipación a medida que me acerco. Su presencia me atrae como el calor de una hoguera rugiente en una noche gélida de invierno.

Messer, aún pegado a mi espalda, me pone una mano en el hombro.

—¿Estás bien, B?

Asiento, ignoro el frío que me cala los huesos, detengo al caballo y le entrego las riendas al soldado que nos espera. Messer desmonta primero, con una facilidad envidiable, pero lo conozco lo bastante como para notar la tensión que se le marca entre los hombros.

Lo miro fijamente a los ojos, concentrándome solo en él.

—No lo provoques.

Se lleva una mano al pecho, fingiendo sentirse ofendido.

—¿Tan mala opinión tienes de mí?

Me limito a devolverle una mirada inexpresiva; no hacen falta palabras.

Me giro hacia los soldados que esperan y me obligo a dar un paso al frente.

Los hombres se separan, con la mirada fija en mí mientras avanzo, y sus reverencias forman una onda que recorre la fila a mi paso. No es momento de intentar disuadirlos de este formalismo y, si me detengo a hablar con ellos, no creo que vuelva a moverme porque no estoy segura de que las piernas no me fallen.

«Acker ha venido a Maile».

Así que avanzo, un paso tras otro.

Una respiración tras otra.

Nuestra última interacción me cruza la mente. Cuando me besó con el ardor de mil soles, solo para abofetearme inmediatamente después. Me amenazó con matarnos a los dos si no me iba e, incluso después de todo este tiempo, el dolor del recuerdo no ha remitido. El escozor en la carne sigue siendo real.

Los soldados continúan apartándose, inclinándose uno tras otro a medida que me adentro cada vez más en el muelle. Sus cabezas y hombros desaparecen de mi visión periférica, pero mantengo la mirada al frente, clavada en Drake, que se encuentra al final del grupo, con el arco y una flecha de madera en la mano.

Los cuatro están alineados, de espaldas a mí. Olivia está en el extremo derecho y me mira por encima del hombro, con los labios curvados en una sonrisa pequeña y suave cuando nuestras miradas se cruzan. A su lado está Wells, como era de esperar. Pero es la persona que está junto a él la que me detiene el corazón. Irina se mueve ligeramente, pero ni siquiera se molesta en girarse ante mi llegada. Y es su presencia la que me hace darme cuenta de que...

Él no ha venido por mí.

Una ola de desolación me atraviesa y me cuesta seguir obligándome a poner un pie delante del otro. Cada respiración parece un esfuerzo inútil, como si el oxígeno no llegara nunca a mis pulmones. La vista se me nubla y me muerdo la lengua con fuerza suficiente para hacerme sangrar, intentando contener el ardor que me sube por la garganta, el nudo que amenaza con formarse ahí.

Cualquier resto de esperanza que albergara para nosotros se marchita y muere en ese mismo instante. Nunca la expresé en voz alta. Apenas permití que mi mente rozara ese deseo profundamente oculto de que Acker algún día se diera cuenta de... ¿de qué,

exactamente? ¿De que me quería más que a su orgullo? ¿Más que a su título? ¿Más que a la mujer que tiene a su lado?

He pasado años cargada de culpa y vergüenza por mis decisiones, odiándome por haberle roto el corazón, y es evidente que él no siente nada parecido.

Me niego a dejar que se me note cuánto me duele.

El último de la fila, pero desde luego no el menos importante, es Acker. Está erguido, con los hombros hacia atrás y la cabeza ligeramente ladeada, atento al sonido de mis pasos al acercarme. Un destello brilla en su aro dorado de la nariz cuando se gira, volviéndose lo justo para clavar los ojos en mí.

Ojos oscuros, exactamente como los recuerdo.

Pensé que la imaginación podría haberlos idealizado, que mis recuerdos los habrían embellecido más allá de la realidad, pero no. Son tan intensos como siempre. Atractivos. Poderosos. Embriagadores. Tan envolventes como entonces.

Quizá incluso más.

Deslizo la mirada con aparente indiferencia al pasar, lo rodeo y me coloco junto a Drake, y pienso...

Pienso que estoy en el mismo lío que me encontraba cuando él llegó a Alaha hace tantos años.

Capítulo 22

Acker



Me desprecia con la mirada, sin volver la vista atrás.

Completamente impasible, avanza hacia el arquero, con paso decidido, mientras los soldados siguen inclinándose a su paso, uno tras otro.

La adoran.

Ya no queda nada de la chica que me llevé de Alaha.

A simple vista, todo en su aspecto es igual que cuando la he contemplado durmiendo, pero despierta tiene algo más: los rasgos más afilados, el cuerpo esculpido a la perfección. Siempre me ha parecido hermosa, pero ahora es otra cosa. Algo que no acabo de identificar. ¿Seductora, quizá? ¿Divina? La palabra se me desliza por la lengua como un líquido, tan jodidamente cerca y aun así no lo suficiente. Se aparta la trenza por encima del hombro con un gesto imperioso y trago saliva ante la humedad que se me acumula en la boca.

No puedo evitar seguir observándola cuando se detiene frente al arquero que está ante nosotros. Hablan en voz tan baja que no logro entender nada, con las cabezas inclinadas mientras susurran, pero el arquero mira a Wells y luego señala hacia el golfo, hacia donde nuestra nave ha sido abordada por soldados de Maile. Jovie sigue su mirada y después se vuelve para continuar la conversación. Sea lo que sea lo que él le dice, la hace sonreír y él le devuelve la sonrisa.

Hasta ahora él había mostrado tanta personalidad como un pez muerto, pero de repente actúa como si estuviera hecho de sol y felicidad. Vete a la mierda...

Apartado a un lado, justo más allá del hombro del arquero, alcanzo a ver a Messer.

Había olvidado a su mascota.

Sonríe con suficiencia. Lleva todo este tiempo observándome.

Yo había estado demasiado absorto en mi vínculo como para darme cuenta. Sus ojos se deslizan hacia Irina, a mi lado, y luego vuelven a mí. A Irina. A mí otra vez.

Alza una ceja.

—Eso es... toda una elección —dice con sorna.

Una elección estúpida, quiere decir.

Y sí, ya lo sé.

La cabeza de Jovie se vuelve bruscamente hacia él y ladra:

—¿Qué te he dicho?

Su encogimiento de hombros no muestra ni el menor arrepentimiento.

Tras un suspiro, Jovie vuelve a centrarse en nosotros, como si acabara de recordar por qué está aquí. Mira brevemente a Irina, luego recorre con la vista a Wells y a Olivia, y a mí me evita por completo.

Nunca le he contado del todo a Jovie lo que soy capaz de percibir a través del vínculo. Siempre se le ha dado bien ocultar sus emociones, pero eso no me impedía sentirlas. Como ahora, mientras camina hacia Olivia: no se ve ni rastro de la inquietud que disimula tan bien. La sensación de su agitación interior no es fuerte, con las

piedras mangi amortiguando la conexión de nuestro vínculo, pero aun así me llega un eco de la opresión en su pecho.

Hay un matiz de afecto en su voz cuando dice:

—Liv.

Sus ojos se fijan en el vientre redondeado que Olivia se acaricia, sin prestar atención a cómo Wells se inclina de forma protectora hacia su propio vínculo.

—Temía que no vinieras, después de semanas sin tener noticias tuyas.

—Lo siento —dice Olivia—. No me dieron tiempo a enviar un mensaje antes de salir.

Jovie asiente, comprensiva.

—¿Cómo ha sido el viaje? —pregunta—. ¿Y el bebé?

Olivia se pasa una mano por el vientre.

—Él ha estado muy activo durante la travesía.

—¿Él?

—Bueno, Wells cree que es una niña, pero yo no estoy convencida.

Jovie alza la vista hacia la imponente figura de Wells, con una pizca de sonrisa en los labios, antes de volver a mirar a Olivia.

—Los hombres creen que lo saben todo.

Olivia se ríe.

—Escucha —continúa Jovie—. Estoy segura de que necesitas descansar, así que vayamos al grano: ¿por qué intentas colarte en Maile después de haber rechazado todas mis invitaciones?

Olivia mira a Wells y él asiente, animándola a responder.

—He venido a pedir refugio para mi marido y para mi hijo. Nada más.

Hay un instante de silencio mientras se sostienen la mirada y entonces caigo en la evidencia de lo mucho que se conocen ya. Olivia no va a hablar en mi contra, pero tampoco va a mentirle a su amiga.

Un rápido vistazo a los soldados que están a mi alrededor me dice que se hallan en un equilibrio expectante. Todas las miradas están puestas en su princesa, en su líder, esperando sus instrucciones. A Jovie el liderazgo le sienta bien. Hay en ella una seguridad que

antes no tenía. Una autoridad en la forma en que mantiene la cabeza erguida, en su postura firme pero relajada.

Está... magnífica.

La sugerencia de Wells de que debería hacer las paces con mi vínculo me viene a la mente mientras la observo. Cree que debería arrodillarme ante la mujer que me traicionó y suplicarle como un perro que me ayude. «Sedúcela si hace falta», es lo que había dicho. No estoy por encima de eso. Es, básicamente, lo que ella me hizo a mí: dejar que me enamorara cada vez más mientras tenía toda la intención de apuñalarme por la espalda.

Si creyera que iba a funcionar, que seducirla salvaría a mi gente, disfrutaría con creces arrodillándome junto a su cama. Me aseguraría de que ella me suplicara a mí que la hiciera correrse con mi boca entre sus piernas, pidiendo alivio. Casi puedo sentir sus talones clavándoseme en los omóplatos, sus manos aferradas a las sábanas mientras cede a sus impulsos más bajos. La dejaría completamente destrozada.

No se me ocurre una venganza más dulce.

Ella vuelve la cabeza hacia mí de golpe, con los ojos encendidos de ira antes de lograr ocultarla. El incendio que me atraviesa el pecho desde su lado del vínculo me arranca una sonrisa. No puede ocultar la conexión que nos ancla el uno al otro, lleve o no las piedras mangi. El tirón del lazo es demasiado fuerte, demasiado exigente como para ignorarlo. Un único hilo de magia se extiende en los pocos metros que nos separan y vibra desde el instante en que nos vimos.

Es más fuerte que nunca. Incluso entonces, nunca era capaz de distinguir cuándo se colaba en mis pensamientos y cuándo simplemente pensaba en ella por voluntad propia. Años de entrenamiento de niño, aprendiendo a proteger mi mente, no sirven de nada contra ella, igual que las piedras mangi cuando estamos tan cerca.

Avanza hacia mí y el aroma de flores silvestres me envuelve con la brisa marina, dejándome casi sin fuerzas.

—Ponte de rodillas —ordena.

Para subrayarlo, repite la orden con una calma inquietante:

—Arrodíllate.

No tengo ningún motivo para no obedecer.

Una rodilla golpea la piedra dura, luego la otra, y alzo la cabeza para mantenerle la mirada. Podría caer un alfiler y sonar tan fuerte como una explosión en el silencio. Es una demostración de poder, para dejar claro lo firme que lleva aquí las riendas y lo poco que controlo yo en comparación.

Y joder, me cuesta horrores contener una erección.

Hay un destello de satisfacción en sus ojos antes de volverse hacia la mujer que tengo al lado.

—Y vos, Irina —dice—. ¿Por qué habéis venido aquí?

—Hemos venido... —empiezo, pero Jovie me corta.

—No estaba hablando contigo.

Ni siquiera se molesta en mirarme al reprenderme.

Es un desaire casual, destinado a ponerme en mi sitio. Aprieto los dientes, cierro los puños. En parte para mantener la boca cerrada y en parte para evitar el impulso de partirle la cara a Messer de un puñetazo. Lo veo sonriéndome otra vez desde detrás del arquero.

—Acker me dijo que veníamos a hablar con la reina —dice Irina, con una altivez que me sorprende, dado su estado de debilidad—. En cuanto al motivo, tendréis que preguntárselo a él.

—¿Vuestro esposo no os ha informado de lo que debíais decir?

El término que usa para referirse a mí no me pasa desapercibido.

Irina se balancea ligeramente en su sitio.

—Mi esposo no me da órdenes.

Arriesgándome a la ira de Jovie, me atrevo a interrumpir:

—Ella no sabe nada de mis intenciones.

Jovie inclina la cabeza para mirarme, sus ojos brillan bajo el sol.

—Entonces, ¿qué es lo que buscas?

—Una alianza. —Debo darle crédito por no sorprenderse ante mi respuesta—. Estoy seguro de que ya habrás oído que las fuerzas conjuntas de Roison y Alaha se acercan a nuestra capital. He venido a solicitar ayuda de Maile.

—¿Ayuda? O sea... ¿Ayuda de mis hombres?

Mantengo su mirada.

—Sí.

Una sonrisa empieza a dibujársele en el rostro mientras suelta una pequeña risa incrédula. Mira por encima del hombro al arquero y a Messer, su sonrisa se expande completamente y yo no puedo evitar sentir envidia de que sean ellos quienes la reciban.

Cuando me vuelve a mirar, su sonrisa ha desaparecido.

—¿Y de dónde demonios sale la idea de que voy a enviar a mis hombres a luchar en una guerra en la que no quiero involucrarme? ¿De la idiotez o de la arrogancia?

—De ninguna —le respondo. La piedra del muelle empieza a clavárseme en las rodillas, pero no me atrevo a moverme, sabiendo que hacerlo revelaría mi incomodidad—. Es una guerra en la que ya estás envuelta...

—Por tus designios —aclara—. ¿No fuiste tú quien ordenó a los strou atacar mi territorio en la frontera norte?

Esta va a ser una negociación difícil.

—Han impedido que nuestros aliados crucen el golfo. —Tal vez la seducción no sea suficiente para convencerla, pero puede que mi miseria sí. Me ofrecería a arrodillarme por toda la eternidad si eso salvara a mi gente—. Elegir un bando es lo mismo que elegir el conflicto.

—Es imposible que tu padre apruebe tu presencia aquí.

Sacudo la cabeza lenta y comedidamente. Los soldados que nos flanquean reaccionan de manera visible, su incomodidad se evidencia en la forma en la que mueven pies y hombros mientras la noticia se propaga en susurros.

—Los alaha han cambiado de bando —le digo—. Wren y mi padre han alcanzado un acuerdo.

Ella alza una ceja.

—¿Has recibido información de primera mano sobre esta alianza?

—Sí.

Esto, más que nada de lo anterior, comienza a descongelar el hielo en sus ojos.

—¿Por qué Wren iba a cambiarse al bando perdedor de esta guerra?

Dudo y puedo ver cómo su escudo se levanta de nuevo.

—Me sentiría más cómodo compartiendo lo que sé en privado.

El arquero se acerca y le toca el brazo para llamar su atención, y ella se gira a hablar con él. Messer se inclina para escuchar y sus ojos oscilan entre los dos. Susurran demasiado bajo como para que pueda oírlos.

Cuando Jovie vuelve a mirarme, su expresión se ha cerrado de nuevo.

—Levántate.

Me pongo en pie mientras ella se acerca con paso seguro. Sus ojos me miran, calculadores, completamente faltos de la inocencia que tenía la chica de la que me enamoré. La tensión le frunce las cejas y sigo las líneas de su nariz recta hasta su boca apretada. Tan severa bajo la luz del día. Pero sé el aspecto que tiene Jovie cuando cree que nadie la observa, por la noche, cuando todo su hielo se derrite.

—Lo siento —dice, aunque su tono no suena para nada a disculpa —. No puedo ayudarte.

—¿Estás preparada para cuando Chryse o Wren vengan a por ti? Porque vendrán. Están tan sedientos de poder como mi padre.

No se altera.

—Si la situación se presenta, lidiaré con ella.

Doy un paso en su dirección, pero el crujido de un arco tensándose hasta su límite me detiene de inmediato. En un suspiro, el arquero tiene lista una flecha apuntando directamente a mi cara.

—Yo que tú no lo haría —me advierte ella.

Alzo una ceja.

—Tal vez tu reina tenga una opinión diferente a la tuya.

Una risa baja sale del arquero. Por el intercambio de sonrisas entre él y la mascota de Jovie, sé que no me va a gustar lo que diga a continuación.

—¿No lo sabías? —pregunta Jovie, con un tono condescendiente. El arquero sigue contemplando el lado de su rostro con reverencia mientras continúa—. Yo soy la reina.

Mi boca se abre de sorpresa. Comparto una mirada con Wells y él parece tan desconcertado como yo.

Olivia rompe el silencio primero.

—¿Eres la reina?

Jovie asiente.

—¿Y ese es tu atuendo real? —pregunta Irina.

Messer interviene, con un brillo burlón en los ojos.

—Le están ajustando la corona.

Me lleva un momento encontrar la voz y, cuando lo hago, sale áspera como la grava.

—¿Desde cuándo?

No hay ni un ápice de duda o titubeo en su expresión o postura y refleja la falta de emoción que irradia a través del vínculo.

—Mi madre me cedió el título hace un año.

—¿Por qué? —desafía Irina.

La mirada de Jovie recorre a mi esposa como un tigre mirando a un mosquito antes de ignorarlo.

Sus siguientes palabras se dirigen a Olivia.

—Tendrás una selección de sanadoras lista, una vez que te hayas instalado, para que puedas elegir una partera. Podrán controlar cómo está el bebé.

—Hablas como si ya supieras nuestra decisión —dice Wells.

Por primera vez desde que la vi, Jovie le ofrece una sonrisa honesta.

—Serías un tonto si hicieras otra cosa que quedarte.

Wells no puede ocultar su sorpresa.

—¿Vas a dejarnos entrar en tu ciudad sin un juramento previo?

—¿Me estás diciendo que tienes malas intenciones hacia mí o hacia mi pueblo?

—Eh..., no —dice, parpadeando con gesto de búho—. No las tengo.

Ni siquiera me mira mientras guarda silencio. Todos esperan el juicio final de su reina. Quizá Wells no tenga motivos ocultos, pero sigue siendo un riesgo potencial para Jovie si la seguridad de Olivia estuviera en juego.

—Necesitamos otro iluminador —dice—. Los elementales de fuego no son comunes aquí, pero también hay un par de herreros si prefieres seguir forjando.

Luego su mirada me encuentra y sus palabras se vuelven afiladas como cuchillos.

—Tendré tu barco amarrado y abastecido pasado mañana a mediodía. Te daré un par de noches para descansar antes de que vuelvas a tu lucha. Contra Roison, Alaha o tu padre. No me importa.

Su mirada abarca también a Irina, indicando que la directriz es para ambos. Irina está descontenta y me lo hace notar. Sus uñas se clavan en mi antebrazo. Aprieto los dientes, la sujeto por la muñeca y le llevo la mano de vuelta a su lado. Mi presión no es suficiente para dejar marca, pero sí para advertirle que mantenga las manos quietas.

Jovie no pasa por alto la silenciosa batalla de voluntades entre nosotros, pero desvía la mirada hacia Wells y Olivia.

—Ponedlos en una de las cabañas vacías de la hilera de los marineros —ordena a su lacayo, el arquero, quien da una indicación a un grupo de soldados.

Decidida a irse de la misma manera que llegó, sin mirar atrás, Jovie pasa junto a mí y el aroma de flores silvestres me envuelve otra vez.

No estoy dispuesto a dejar que se vaya sin más.

Suelto a Irina y salgo de la fila para hablarle a mi vínculo, que ya se retira dándome la espalda.

—¿Y mi hermana?

Jovie se detiene y me mira, como si me evaluara.

—Beau no estaba segura de que tuvieras interés en verla.

Me sorprende su respuesta. Supuse que la posición de mi hermana aquí sería un recurso, una herramienta para Jovie. Nunca se me ocurrió que ella pudiera tener reservas a la hora de enfrentarse a mí. El juramento que hice solo protegía a Jovie de mi ira y no incluía a Beau. Podría haber enviado centinelas tras ella, ponerle precio a su cabeza. Después de todo, conspiró a mis espaldas y me encadenó a una silla. Pero por más enfadado que esté con ella por su traición, sigue siendo mi hermana pequeña.

—Por favor, dile que me gustaría verla.

Tal vez esperaba validación o apoyo de Jovie de algún tipo, pero me decepciona profundamente cuando no responde. Simplemente se da la vuelta y se marcha, con Messer siguiéndola de cerca. Un cachorro tras su dueño.

Suena una voz muy cerca de mi espalda. Demasiado cerca.

—Sal de la fila otra vez y te mataré más rápido de lo que puedes parpadear. ¿Entiendes? —desafía el arquero.

Lo entiendo perfectamente, pero el sonido de cascos sobre los adoquines capta toda mi atención. Al final del muelle, la figura de Jovie a caballo se recorta sobre la calle de la ciudad, fuerte y confiada mientras gana velocidad, con su cabello azotado por el viento. Un eyun negro revolotea sobre su cabeza, siguiendo sus movimientos. Su envergadura es diez veces mayor que la última vez que lo vi.

El vínculo en mi pecho duele cuanto más se aleja.

La voz de Wells logra romper mi concentración.

—Me debes siete peniques, querida.

—¡Le ha obligado a arrodillarse! —protesta Olivia.

—La apuesta era si Jovie le haría daño —dice Wells, cruzando los brazos y asintiendo, satisfecho—. Y no se lo ha hecho. Por lo tanto, me debes siete peniques.

—Pero sí que le ha hecho daño. —Todos miramos a Irina y su voz suena hueca cuando continúa—. En el orgullo.

Olivia está casi eufórica al mirar a su esposo.

—Págame —ordena.

Wells abre la boca para seguir discutiendo, pero el arquero, el lacayo de Jovie, zanja el asunto diciendo:

—Págale a la mujer lo que se le debe y ya está.

No puedo evitar sonreír.

¿Quién necesita orgullo de todos modos?

Capítulo 23

Jo



«Creo que lo odio».

Mi madre lanza la bola de masa sobre su mesa de trabajo en el centro de la cocina del personal. Está horneando pan para aliviar el estrés.

—Necesitas comer —insiste mientras empieza a amasar.

Beau observa a mi madre y luego a mí, pero se guarda lo que está pensando. Probablemente haga bien, considerando que siento que quiero arrancarme la piel. O arrancársela a alguien. Eso parece más apetecible.

«Se ha traído a su mujer».

—¿A quién estamos esperando? —pregunta Messer, sentado al final de la mesa de la cocina, con los pies apoyados en el borde y la silla inclinada sobre sus patas traseras.

—A Sam —respondo.

—Por supuesto —murmura Drake.

Mi madre me observa mientras amasa furiosamente.

—¿Podrías, por favor, comer algo?

Respiro hondo para contenerme.

—No tengo hambre.

Ella se atreve a buscar confirmación en Beau, quien niega con la cabeza con cautela.

—No tiene hambre.

—¡Acabo de decirlo! —Doy un manotazo sobre la mesa.

Todos intercambian miradas de aprensión y un silencio incómodo se cierne sobre la habitación. Cierro los ojos con fuerza y, con la punta de los dedos, me masajeo la presión que se me acumula en las sienes.

El sonido de la silla de Messer golpeando el suelo me hace abrir los ojos. Lo observo salir por la puerta abierta de la cocina rumbo a la despensa. Ha pasado menos de un minuto cuando regresa con una manzana y la coloca frente a mí.

Le lanzo una mirada exasperada, pero me llevo la manzana a la boca de todos modos. El mordisco es fuerte y ruidoso. Cada crujido sucesivo enfatiza el silencio que se expande. No es tan terrible como pensaba poner comida en mi estómago. Supongo que no me daba cuenta de lo hambrienta que estaba después de haberme saltado la cena. El reloj en la pared indica que nos acercamos a la medianoche.

Sam aparece de repente al otro lado de la mesa, justo frente a la última silla vacía. Su uniforme está limpio, lo que indica que no ha habido más enfrentamientos con los strou desde la última vez que lo vi.

—Ponedme al tanto —dice mientras arrastra la silla y se sienta.

Nadie responde; todas las miradas se cruzan, a la espera de ver quién será el primero en lanzarse con el tema en cuestión.

Pongo los ojos en blanco y giro la manzana en la palma de la mano.

—Ha llegado el catalizador de metales.

Los ojos de Sam se abren ligeramente; ladea la cabeza ante la revelación antes de asumir la noticia.

—Déjame adivinar —dice—. Quiere reconciliarse.

Mi madre escupe el nombre de Sam reprendiéndole, al mismo tiempo que Beau hace algo bajo la mesa que le provoca un estremecimiento y un ladrido de dolor.

—¿Un poco de sensibilidad, por favor? —susurra Evelyn con los dientes apretados.

Me siento tonta por haber fantaseado con un tipo de reencuentro diferente con Acker. Él no vino por mí. Vino por mis hombres.

«Creo que lo odio».

Messer se mece en su silla en cuanto se sienta de nuevo.

—Lo creas o no, vino buscando una alianza.

Los ojos de Sam se fijan en los míos y me apresuro a tranquilizarlo.

—Obviamente, he rechazado su oferta.

—Traer a su esposa no ayudó en nada —murmura Drake, rascándose la barbilla.

No hay ni un gramo de tacto en esta sala.

—A pesar de eso, nos informó de que Wren ha decidido cambiar de bando en la guerra —digo, inspeccionando mi manzana y debatiéndome sobre si quiero dar otro mordisco—. Y dejó entrever que sabía de los abusos de su padre.

Esto llama la atención de Beau.

—¿Y le crees?

Me encojo de hombros. «¿Quién demonios lo sabe?». Y no importa; de todas formas, no voy a unirme a su causa.

—Drake los ha alojado en una de las cabañas abandonadas. Tengo un pequeño contingente de soldados vigilándolos.

—Espera, ¿no los has enviado de vuelta? —pregunta Sam.

—Estarán en un barco de regreso a Kenta pasado mañana, pero creo que Wells y Olivia elegirán quedarse —respondo.

Su expresión se torna incrédula.

—No puedes estar hablando en serio.

—Olivia está embarazada. Ahora mismo la están atendiendo algunas parteras.

La confirmación de que los dejaré permanecer en la ciudad y les he ofrecido recursos parece molestarlo aún más.

—Eso equivale a entregar un cuchillo al enemigo e invitarlo a apuñalarnos por la espalda. Lo sabes mejor que nadie —me acusa.

—Cuidado —advierte Beau.

Sam se levanta de su asiento y apela a mi madre:

—Evelyn, no puedes permitir esto.

Mi madre coloca una porción de masa en un bol antes de cubrirlo con un paño.

—Es su decisión.

Sam se sorprende por su calma y mira al resto de los presentes en busca de apoyo, indignado. Messer sigue balanceándose en su silla con una sonrisa, pero Drake mantiene la vista baja, reacio a hablar en contra de su reina o de su antiguo comandante.

—Me reuniré con ellos —dice Beau. Aunque su nerviosismo es audible en la forma en la que traga saliva, parece firme en su decisión—. Podré evaluar sus intenciones.

Inclino la cabeza al mirarla.

—Beau...

Pero ella me detiene rápidamente.

—Necesito hablar con mi hermano de todos modos —afirma—. Por mi propio bien.

Nunca lo ha dicho en voz alta, pero sé que todavía lidia con sus propios sentimientos de culpa por haber traicionado a su hermano.

Les había asegurado a ella y a su madre, Greta, que nunca usaría a Beau como herramienta para mi propio beneficio. Fue una condición que puse a cambio de que Beau me ayudara a derrocar al rey de Kenta. Y lo decía de verdad. Da igual lo tentador que sea poder usar su don para ver el aura de Acker, no quiero que se sienta nunca presionada por mí.

Era yo la que quería ofrecerle a Acker la opción de usurparle el trono a su padre, pero Beau sintió que la lealtad de él hacia su padre era demasiado fuerte como para incluirlo en nuestros planes con anticipación. Que si contaba con demasiado tiempo para pensar, podría revelarle nuestros planes a Edmond. Luego, después de la conversación que escuché donde su padre le insistía en que se casara con Irina, dudé lo suficiente de él como para seguir el consejo de Beau. Acordamos que lo mejor era plantearle la opción

en el último momento, pero él nunca vio la oportunidad de usurparle el trono a su padre como el acto de misericordia que yo pretendía que fuera, solo como otra capa de mi traición.

En retrospectiva, con toda probabilidad fue lo mejor, a pesar del dolor que Beau sufrió al ser la encargada de inmovilizar en la silla a su hermano. Era la única capaz de someter a Acker, aunque solo fuera por unos minutos, ya que él nunca se lo habría esperado. Esos últimos momentos que compartió con él en su hogar fueron muy difíciles, con la culpa mordiéndola tan dolorosamente como los pinchos de su cuerda metálica que cortaban la piel de su hermano.

Después de lanzarme una mirada que me da seguridad, asiento.

—Enviaré a Fredrich contigo.

El general Samasu está asombrado y niega con la cabeza.

—¿Y el príncipe? ¿Lo tienes, al menos, restringido con piedras mangi?

Le doy un mordisco a mi manzana, ignorando su pregunta.

El leve movimiento de su cabeza se convierte en asentimiento.

—Está bien. Si no te interesa mi consejo, ¿por qué me has pedido que viniera?

—Necesito que viajes a Roison y pongas a Chryse al corriente de la situación.

Hice el trato con Chryse cuando parecía que Kenta estaba perdiendo la guerra y aún no quiero arruinar la alianza por si las cosas van mal con Edmond y Wren. Lo cual es probable.

—¿No basta con enviar un pájaro? —pregunta.

Niego con la cabeza.

—No voy a arriesgarme a que lo intercepten. Y con el invierno acercándose, tu llegada es más rápida y está garantizada.

Aprieta la mandíbula.

—Si Chryse no se entera por nosotros de que el príncipe de Kenta está aquí, sacará conclusiones equivocadas. Cuanto antes le informemos de la verdad, mejor.

—Me alegra que estemos de acuerdo.

Ninguno de los dos menciona las posibles repercusiones que habrá si los strou se enteran de que su propia heredera al trono podría estar conspirando contra ellos, especialmente teniendo en cuenta

que su matrimonio estaba destinado a asegurar la alianza con Kenta. O peor aún, si creen que la estamos reteniendo aquí en Maile.

Le pido a Drake que saque un mapa de la biblioteca y, cuando regresa, desplazamos algunos de los cuencos de mi madre para que pueda extender el mapa sobre la superficie. Nos reunimos alrededor de él para repasar la última ubicación conocida del líder de Roison y sus posibles movimientos desde entonces. Lo más probable es que Sam tenga que moverse un poco para encontrarlo.

—No debería de llevarme más de un día. Dos, como mucho —dice.

Drake debe irse pronto, para regresar al muelle y dar instrucciones de mantener el barco de Kenta anclado alejado de la línea de costa. La tripulación será bien atendida y alimentada, pero confinada en el barco; no necesitamos que corran la voz sobre la llegada del príncipe. Tanto si la visita de Acker es un acto de traición hacia su propio padre como si es una agresión contra mí, es imprescindible mantener la situación en secreto por ahora.

Mi madre le entrega un surtido de productos horneados a Messer antes de retirarse a dormir y él hace una broma de mal gusto sobre ella que me hace lanzar mi manzana medio comida hacia su cabeza mientras se agacha para salir de la cocina. Sam desaparece poco después. Entonces, quedamos solo Beau y yo, que salimos de la cocina, nos dirigimos al salón principal y subimos la escalera hacia nuestras habitaciones.

Cuando llegamos por primera vez a Maile, Beau vivía en un piso cerca del de Messer, junto al golfo, pero no tardamos en darnos cuenta de que vivir en la ciudad no era viable para ella. Podía pasar días, a veces más de una semana, sin poner un pie afuera. Había demasiada gente. Aunque ha mejorado mucho en lo de no sentirse abrumada por las multitudes, decía que sus auras comenzaban a filtrarse por las paredes y la densidad de la población le negaba cualquier respiro. Necesitaba un lugar más aislado para recomponerse. Después de insistir para convencerla, Beau se mudó al palacio.

La lámpara de aceite se balancea en su mano y proyecta nuestras sombras danzando sobre las paredes con cada paso.

—¿Cómo te sientes? —pregunta, apenas en un susurro.

Suelto un suspiro de agotamiento.

—Odio que hagas esto.

—¿El qué?

—Preguntarme cómo me siento cuando ya lo sabes.

—Estoy tratando de ser cortés.

—No, quieres saber si lo que digo coincide con lo que ves en mi aura. Entonces haces tu hechicería emocional donde me guías astutamente hacia la verdad de mis propios sentimientos, porque no quieres que los reprima. Y, con franqueza, no tengo energía para eso esta noche.

Ella parpadea.

—Veo que estás frustrada.

—Beau —gruño mientras llegamos al vestíbulo que da a nuestras habitaciones.

—Está bien. —Abre su puerta con energía—. Pero por mucho que creas que odias a Acker, en realidad no lo odias.

Luego cierra la puerta, llevándose la lámpara consigo.

Sola en el pasillo oscuro, exhalo por fin un suspiro relajado; una respiración que no tengo que mantener firme para aparentar compostura, cuando todo dentro de mí quiere gritar.

«Él no vino por mí».

En mi habitación, no me molesto en encender la lámpara mientras me despojo de mis prendas hasta quedar en ropa interior. La taza de té en la mesilla está helada cuando doy un sorbo. Tomo otro, pero pequeño. Estoy demasiado nerviosa para beber toda la dosis somnífera, dadas las circunstancias. No con el tirón de la conexión que me recorre debajo de las costillas, alterada por la cercanía de Acker.

Incluso ahora se inclina en su dirección. Insistente y frustrante, y necesito algo que adormezca el dolor.

Antes de meterme en la cama, cojo otro collar de piedras del cajón de la mesilla y me lo coloco sobre el grillete alrededor del cuello. Inhalo temblorosamente ante su peso, la presión aumenta mientras sofoca aún más mi magia. El lazo es todavía más fuerte.

Estoy helada mientras me deslizo bajo las mantas. El té ya me tiene en un estado cercano al sueño. Normalmente me lo bebo todo

de un trago, lo que me ayuda a dormir de inmediato, pero la dosis menor prolonga mis pensamientos y recuerdos del día en largas secuencias de imágenes vívidas. Mi único consuelo es que no recordaré nada al despertar.

Aunque sé que no está aquí por mí, no puedo evitar que las imágenes de la fantasía que vi en la mente de Acker en el muelle aparezcan rápidamente: yo con el vestido de la noche que lo traicioné, una cama desordenada, faldas levantadas hasta mis muslos mientras yo tiemblo al borde del colchón. Pude sentir la piedra bajo sus rodillas cuando se arrodilló hoy bajo mi mandato, como si anticipara el ligero dolor. Pude notar que lo disfrutó, aunque su rostro no lo revelara.

Lucho contra el efecto narcótico del té, tratando de controlar mis propios pensamientos, pero el sueño continúa. Mis manos tirando de su cabello, mis piernas sobre sus hombros, los talones hundiéndose en su espalda. La visión es una dulce tortura y siento mi corazón acelerarse mientras busco una salida. No quiero ver la fuerza de su mano mientras sus dedos se clavan en mi muslo, o el giro de su antebrazo cuando pone su mano sobre mi estómago, o el...

Algo en las sábanas...

La perspectiva cambia a la vista de mis manos agarrando el material entre mis dedos. Luego un jirón de tela translúcida que cuelga del dosel filtra la visión y jadeo al darme cuenta de lo que está ocurriendo.

En el muelle, descarté la fantasía de Acker como un intento de provocarme. Y lo hice, como una imbécil, obligándolo a arrodillarse. Pero no había considerado nada más allá de eso. Estaba tan enfurecida por su audacia que pasé por alto lo obvio.

La cama. Las sábanas. El dosel.

Mi dormitorio.

¿Cómo iba a saber él cómo es el interior de mi dormitorio?

A menos que..., a menos que haya entrado a través de la conexión. Sin que yo lo supiera. Por ejemplo cuando estoy... dormida.

Horrorizada, intento coger la lámpara de la mesilla, pero el movimiento es lento. El té es demasiado fuerte para luchar contra él.

Considero llamar a Beau, pero ¿qué podría hacer ella? ¿Vigilarme en caso de que un Acker que no puede ver se aparezca en mi mente?

Me toco las piedras que llevo alrededor del cuello y al menos me siento segura por la capa extra añadida, así sé que Acker no puede hacerme daño. No a menos que haya descubierto cómo romper el juramento de sangre. Pero, por si acaso, llamo a mi daga y aprieto su mango en el puño mientras finalmente permito que el sueño me reclame.

Cuando despierto a la mañana siguiente, el arma descansa sobre la mesilla.

Su hoja...

Está afilada.

Capítulo 24

Acker



La figura del tejado de enfrente está sentada con la espalda apoyada en la chimenea y una pierna balanceándose con desgana sobre el borde donde cuelga, mientras afila la espada que descansa sobre su regazo. Largos y constantes golpes de la piedra contra el metal. Lleva ahí desde que nos dejaron ayer en la cabaña.

—¿No es un poco temprano para beber?

Dejo caer la cortina sobre la ventana y me giro para encontrarme a Irina en el umbral del dormitorio. Está algo despeinada, pero sorprendentemente animada teniendo en cuenta lo que pasó ayer. Tuvo suerte de que el dormitorio estuviera tan cerca de la puerta principal, porque tardó menos de un minuto en quedarse dormida tras dejarse caer de bruces sobre la cama.

Examino el vaso de licor que llevo horas sosteniendo desde que me desperté y me encojo de hombros.

—¿Qué otra cosa puedes hacer cuando estás prisionero?

Como si por fin cayera en la cuenta de dónde estamos, recorre con la mirada las estancias de la cabaña. Está limpia, pero hay pequeños objetos que parecen personales, como de alguien que haya vivido aquí antes. En el baño ha quedado una botella de colonia masculina a medio usar, junto a un peine para la barba. Y las ollas y sartenes de la cocina están muy gastadas. Unas botas usadas reposan junto a la puerta. Si tuviera que adivinar, diría que esta era la vivienda personal de un soldado. De alguien que ya no volverá.

Las paredes son de un blanco suave, los muebles están hechos de maderas de distintos tonos y hay alfombras cubriendo los suelos. No parece una prisión, es cierto, pero los soldados que patrullan el perímetro con regularidad han dejado muy claro que no somos simples invitados. Al menos, yo no lo soy. Wells y Olivia, en cambio, al parecer son huéspedes de honor.

—Es un poco decepcionante, ¿no? —dice Irina, volviendo a mirarme mientras se sienta en uno de los sillones frente a la chimenea.

Tiene ese tono que a veces adopta y que siempre consigue sacarme de quicio. Pretende sonar ligero y conversacional cuando, en realidad, resulta increíblemente condescendiente.

Dudo entre ignorarla o no, pero el alcohol me empuja a sentarme en la silla de enfrente. Quizá.

—¿El qué?

—Que tu vínculo te haga lo mismo que tú le hiciste a ella.

—Creo que estás confundiendo las acciones de mi padre con las mías —digo, haciendo girar el líquido en el vaso—. Aunque sí que conseguí convencerlo de que no le pusiera el collar que quería obligarla a llevar.

Me doy cuenta del error un segundo demasiado tarde.

La mirada de Irina cae sobre mi cuello..., sobre las piedras ausentes. Ahora que me ve sin ellas, no hay forma de ocultar mi evidente implicación. Sí visité a Jovie anoche, pero no es tan escandaloso como ella probablemente cree. Pensé que darle un amante a Irina aliviaría el dolor de vivir sin mi afecto, pero no estoy seguro de que haya sido así. Nunca.

Las emociones de Irina se reflejan en su rostro como páginas pasadas a toda velocidad, contándomelo todo sin pronunciar una sola palabra. Yo soy la causa de su desamor constante.

Olivia entra arrastrando los pies en la estancia.

—¿Ya estás bebiendo?

Jodidamente exasperantes, estas mujeres. Me termino el contenido del vaso y lo alzo para que lo vean vacío.

—No.

Poniendo los ojos en blanco, Olivia se deja caer en el sofá, con la cabeza ladeada sobre el reposabrazos mientras me mira.

—Te he oído pasearte por aquí durante horas. ¿Has llegado a dormir algo?

Me sorprende su preocupación, después de haberme acostumbrado tanto a su hostilidad últimamente, pero no voy a rechazar la gracia cuando se me ofrece.

—Sí —le digo—. Aunque no parece que tú lo hayas hecho.

Gime mientras se frota el vientre abultado.

—Creo que el viaje en barco lo inquietó. Como tú, no ha dejado de moverse.

Tras nuestra llegada a la cabaña, las parteras se presentaron en menos de una hora. Las cuatro mujeres desaparecieron en el segundo dormitorio con Wells y Olivia y fueron saliendo una a una. Al final eligieron a una mujer mayor, vestida con capas de lino práctico; sus años de experiencia y su actitud positiva se reflejaban en las arrugas causadas por la risa que le enmarcaban los ojos y la boca.

Parece que llegar a Maile ha calmado a Olivia de algún modo. A pesar de estar claramente agotada, se acaricia el vientre con suavidad y su rostro muestra una sonrisa serena. Sé que es porque cree que su hijo no nacido estará mejor protegido aquí. Y aunque me alegra que Jovie haya ofrecido refugio a mis amigos, no consigo quitarme de encima la sensación de que es una falsa seguridad, ahora que sé que mi padre puede robar magia a los Herederos. Ese tipo de poder parece ineludible, por muy lejos que uno huya.

De pronto, mi magia se agita. Hacía tiempo que no le daba rienda suelta a mi don, pero sentir metales acercándose provoca que la

sangre me zumbe y miro hacia la puerta principal un instante antes de que llamen.

Irina se pone en pie de un salto, en guardia al instante, y le indico que se calme con un gesto. Olivia se incorpora, algo tambaleante.

Wells aparece en el umbral del dormitorio, abrochándose los últimos botones de la camisa.

—¿Quién es?

Solo hay una forma de averiguarlo.

No me sorprende del todo encontrar a mi hermana al abrir la puerta de la cabaña. Lo que sí resulta impactante es lo... adulta que parece. Lleva un toque de maquillaje que le realza los marcados rasgos; los labios pintados de un rosa suave, las pestañas rizadas. Un vestido color lavanda le cae desde los hombros, con una mariposa dorada prendida en el escote.

Me mira del mismo modo en el que yo la miro a ella, como si intentara reconciliar el recuerdo del hermano junto al que creció con la versión que tiene delante ahora. Extraño, pero familiar. Familiar, pero extraño.

Su escrutinio va más allá de lo físico; sus ojos se mueven por el aire que me rodea, viendo colores y formas que siempre me han estado vedados. No me muevo, ni siquiera parpadeo, consciente de que este momento es crucial si quiero que confíe en mí.

Pero solo puedo soportar su juicio silencioso durante cierto tiempo.

—Bueno —digo, ladeando la cabeza—. ¿Cuál es el veredicto final?

Sus ojos oscuros, casi idénticos a los míos, se clavan en mi rostro.

—Vamos a dar un paseo.

Son las primeras palabras que me dirige desde su traición. Supongo que un simple saludo habría sido demasiado forzado.

—Claro.

Beau da un paso atrás y saluda con la mano a Olivia y a Wells al girarse.

—Hola a los dos —dice, luego se detiene y dirige la mirada hacia mi esposa—. Y a ti, Irina.

Aunque su tono es seco, no resulta cruel, e Irina responde con una sonrisa breve y tirante.

Mantengo un ojo en el hombre del tejado mientras salgo al exterior. La cabaña en la que nos han alojado está situada en una curva del camino cerca del golfo; el agua queda a poca distancia a pie y el muelle se ve desde aquí. Aparte de los tejados de las cabañas que se alinean cuesta arriba en la calle, no tengo ni idea de dónde estamos con respecto al palacio.

—¿A dónde vamos? —pregunto.

Beau se limita a mirarme desde el escalón. Sus ojos son letales mientras me recorren la piel. Como si me estuviera destripando y cortando hasta llegar a mi núcleo, como si intentara desmontarme desde dentro, y no hay nada, absolutamente nada, que pueda hacer al respecto.

Por fin, se apiada de mí y desvía la mirada hacia donde el camino desciende en dirección a la costa.

—Por aquí.

Me pongo a su lado. Ambos guardamos silencio y aprovecho para observar la ciudad una vez más. Cuando nos llevaron colina arriba, ayer, ya anochecía, y las lámparas que jalonaban el camino eran un espectáculo digno de contemplar. El calor que irradiaban se semejaba a una manta que estuviera extendida sobre la ciudad; su resplandor volvía aún más etéreas las cabañas de piedra blanca y tengo ganas de ver la ciudad a plena luz del día.

—¿Va a todos lados contigo? —pregunto, inclinando la cabeza hacia la figura que salta a otro tejado cercano mientras nos sigue.

—Va a donde la reina le dice que vaya.

Si Jovie cree que soy capaz de hacerle daño a mi hermana, es otra piedra más en mi contra. Beau es más que capaz de defenderse.

Y aunque no lo fuera, nunca he sentido la misma ira hacia ella que hacia Jovie. Su traición parecía nacer de la desesperación. Beau sufrió a manos de nuestro padre. Encerró a su madre, la obligó a competir por un lugar en la corte siguiendo sus órdenes, nos enfrentó constantemente entre nosotros, tal como hacía con sus esposas.

La traición de Jovie me pareció simplemente cruel. Como un castigo por algo que ni siquiera sabía que había hecho.

La gente empieza a salir a las calles conforme comienza el día. Todos saludan a Beau, familiarizados con su presencia, al parecer. Un carruaje tirado por caballos se dirige hacia nosotros y nos hacemos a un lado para dejarlo pasar, nos llega el dulce aroma que lo sigue.

—Reparto de pan —explica Beau—. Evelyn hace pan para regalárselo a la gente de la capital.

—¿Reparto... para todos? —pregunto.

Sonríe como si fuera un niño preguntando si algún día se caerá el cielo.

—Sí. Cada familia recibe un paquete al menos una vez al año. Evelyn dice que la mantiene ocupada. Lo disfruta.

El camino se curva alrededor de una cabaña con persianas rosas y, al doblar la esquina, parece que hubiéramos entrado en una parte completamente distinta de la ciudad. El camino se divide a izquierda y derecha ante un teatro hundido en el suelo, con escalones que llevan al escenario en la parte inferior.

A pesar del frío, los árboles que bordean la zona circular de asientos están verdes y frondosos. Las flores se abren en brillantes tonos púrpura. Y, a pesar de lo hermosas que son, lo que llama mi atención es el revoloteo dorado entre las ramas: el sol brilla sobre las alas de las mariposas, como pequeñas fisuras centelleantes, un diminuto destello de luz reflejada aquí y allá antes de desaparecer, oculto por el aleteo.

«Guau».

—Lo sé —dice Beau—. Es precioso.

No sé si he hablado en voz alta sin darme cuenta o si lo ha visto en mi aura. Ha sido así desde que éramos niños; siempre ha podido sentir mis pensamientos sin que yo tenga que decir nada.

Al acercarnos, el sonido de unas risas dirige mi atención hacia la zona de asientos, donde unos niños se congregan en los escalones de piedra.

En el escenario hay una pizarra junto a un escritorio. Me doy cuenta de que es el escritorio de un maestro.

Me cuesta asimilarlo todo: el teatro al aire libre lleno de niños de entre nueve y doce años, las mariposas sobrevolando y el dulce

aroma perfumado del néctar de las flores. Me detengo bajo la sombra de los árboles para contemplarlo todo, cuando veo que mi hermana baja los escalones de piedra hacia el escenario, mientras las voces de los niños se apagan al pasar.

—¡Buenos días! —Su voz es melodiosa y una sonrisa le ilumina el rostro.

La clase responde cantando:

—¡Buenos días!

Me siento rápidamente en la fila más alta al darme cuenta de que mi hermana es la maestra. Mi hermana, que probablemente ha quitado tantas vidas como yo, coge un trozo de tiza y juega con él entre los dedos mientras observa a los estudiantes.

—¿Quién ha hecho la tarea de lectura? —pregunta y todas las manos se levantan—. Bien. Entonces todos deberíais poder responder a una pregunta si os lo pido.

Abre un texto sobre su escritorio y pasa el dedo por la página antes de hacer la primera pregunta. Sus ojos recorren la fila de estudiantes hasta elegir a uno, al que llama por su nombre. Alec responde rápido y sonríe cuando Beau le devuelve una sonrisa satisfecha. Continúa con su interrogatorio, porque eso es lo que es, mientras camina frente a los niños, comprobando si alguien ha descuidado su tarea.

La he visto en acción lo suficiente como para saber cuándo está evaluando a alguien, y la mayoría de los niños está atento, a la espera de oír su nombre. Un chico, Mason, se encoge en su asiento cuando su mirada se clava en él y lo compadezco mientras tartamudea su respuesta. Está equivocado, por supuesto, y la expresión de decepción de Beau es castigo suficiente por su falta de esfuerzo.

Me paso la mañana observándola mientras imparte la clase. El sonido de la ciudad que rodea el anfiteatro se mezcla con el del viento en los árboles y el zumbido de las abejas. A medida que el sol asciende, la sombra de los árboles cubre el teatro. Es idílico y me entristece pensar en la gente de Kenta. Hay una paz aquí que no he sentido en años en la capital.

Beau siempre ha dicho que los niños tienen las mejores auras. Nunca había pensado mucho en eso, pero verla interactuar con ellos me recuerda demasiado a cómo nos trataba su madre cuando éramos pequeños. Por muy intimidante que resultara, también era alegre y abierta.

En Kenta, Beau existía.

Aquí, está floreciendo.

Jovie le ha dado mucho más en unos pocos años de lo que nuestro padre le ha dado en toda su vida.

Al finalizar sus clases, deja a los niños libres de deberes para ese día y ellos se apresuran a salir, corriendo hacia los padres y las madres que los esperan alrededor del teatro.

Espero a que Beau limpie la pizarra y ordene los materiales de su escritorio antes de que venga a reunirse conmigo en la parte superior de los escalones. Caminamos juntos por un camino diferente de regreso a la cabaña.

Maile es una ciudad como ninguna que haya imaginado, parece sacada de un cuento de hadas. La magia es tan común como respirar. La gente ejerce sus dones abiertamente, libre de usarlos como quiera. Casi puedo sentir esa magia en mis pulmones, en la brisa mientras me roza la piel. Es embriagador.

—¿Siempre es así? —pregunto.

La sonrisa de Beau es sincera al responder.

—Siempre —dice—. Tu aura se ha calmado desde esta mañana —añade, observándome de reojo—. Aunque todavía estás enfadado conmigo.

El soldado de esta mañana ha sido reemplazado por otro y mantengo la mirada sobre él mientras escala los tejados de la calle de al lado. No saco las manos de los bolsillos, dejando claro que no soy una amenaza, ni para mi hermana ni para nadie.

—Dime —pregunto, volviendo mi atención a la calle inclinada—. ¿Cuándo decidiste derrocar a nuestro padre? ¿Fue una decisión impulsiva influenciada por Jovie, o algo que habías planeado desde que éramos niños?

Beau nunca se ha amedrentado por mi actitud.

—Percibí el engaño en el aura de Jo en cuanto la vi —dice sonriendo, y me quita un pétalo de flor de mi camisa—. Igual que lo percibo en la tuya.

—Eso es nuevo para mí.

—Siempre has tenido un poco de engaño escondido —afirma, moviendo los dedos en el aire—. Ya sea que planees hacer algo o no.

—¿No lo tiene todo el mundo?

—Siempre he querido derrocar a nuestro padre —dice sin rastro de remordimiento—. Pero hasta que conocí a Jo no pensé que fuera realmente posible.

—¿Y yo qué era? ¿Un daño colateral?

—Sí. —Mira hacia otro lado, a la nada y a todo a la vez—. No fue una decisión fácil. Jo quería hacerte la oferta antes, pero yo la advertí de que no lo hiciera.

Mi corazón parece detenerse al absorber sus palabras.

—¿Por qué?

—Tú amas con todas tus fuerzas. Siempre lo has hecho. —Se encoge de hombros—. Pero hay una cosa que valoras más que el amor... y es la lealtad.

Exhalo con fuerza por la nariz mientras sacudo la cabeza.

—No tienes ni idea de lo equivocada que estás.

—Lo sé —responde y esboza una pequeña sonrisa sin humor—. Ahora puedo verlo.

Algo en su rostro me provoca un escalofrío de inquietud que me recorre la nuca.

—¿Ah, sí?

—Creo que nuestro padre ha estado sembrando falsedades en tu mente durante mucho tiempo. Probablemente desde antes de que te marcharas para unirte al ejército. Pero tu aura es muy distinta a la que tenías cuando me fui de casa —dice, con la falda bamboleándose mientras camina—. La lealtad sigue ahí, pero está dividida.

Contemplo unas mariposas que flotan con la brisa.

—No había vuelto a casa más que un puñado de veces desde que me uní al ejército, así que cuando regresé, mi perspectiva de

nuestro padre seguía siendo la de un niño. Solo era demasiado terco para verlo tal como era..., como es.

—Jo me dijo que había algo de lo que te negaste a hablar en el muelle. Algo relativo a la razón por la que Wren ha cambiado de bando.

Exhalo una risa sin humor.

—¿No está dispuesta a tener esta conversación conmigo ella misma?

Beau me mira como lo ha hecho durante la mayor parte de nuestras vidas, con reproche, arqueando la ceja con conocimiento de causa. No necesita decir lo obvio: que Jovie no quiere hablar conmigo en absoluto.

—Nuestro padre ha encontrado la manera de recuperar su magia.

Por la forma en que su expresión no cambia, es evidente que ya sospechaba lo que iba a salir de mi boca.

—¿Cómo es que ya lo sabes? —pregunto.

Me lanza una mirada que lo dice todo sin necesidad de palabras; no es tan tonta como para revelar sus fuentes.

Suspirando, asiento al entenderlo.

—Mira, me parece que eres sincero cuando dices que quieres quitarle el trono a nuestro padre, así que, por favor, considera que lo que estoy a punto de decirte es por tu propio bien. —Su boca se estrecha mientras me examina antes de desviar la mirada, como si no soportara verme mientras me habla—. Estás perdiendo el tiempo aquí. Jo nunca te ayudará.

Hay algo en la franqueza de su declaración que me hace comprender que está diciendo la verdad. Sea cual sea la razón de Jovie, es innegociable, lo que me lleva a pensar que mantiene una alianza con Roison.

Para qué, no lo sé. ¿Qué podría haberle ofrecido Chryse para que ni siquiera considere escucharme? Más allá de que mi matrimonio sea un punto obvio de conflicto.

—¿Sigue dibujando? —pregunto, con solemnidad.

Si Beau se sorprende por el brusco cambio de tema de mi pregunta, no lo muestra.

—No —responde suavemente.

Y esa es la peor noticia que Beau me ha dado hoy.

Capítulo 25

Jo



Había esperado estar equivocada, que no hubiera estado espiándome sin mi conocimiento. Pero aquí está. Apareciendo al pie de mi cama bien pasada la medianoche. Con el cuello de la camisa desabrochado, el pelo despeinado y los pies descalzos. Es casi la misma imagen que he estado recordando de nuestro tiempo juntos en el barco. Sin inhibiciones ni influencia del mundo exterior.

Su expresión es templada, pero su voz sostiene el peso de cada emoción que recorre mi propio cuerpo.

—Jovie.

Han pasado años desde que escuché ese apodo fuera de mis sueños y se me eriza la piel.

Nadie me llama así. Nunca.

Pero con él jamás ha sido solo un nombre. Parecía algo más. Como una reclamación.

Ni siquiera parpadeo, me niego a mostrar que el calor que amenaza con florecer en mi rostro se debe a algo distinto de la ira que he estado guardándome todo el día.

La luz de la lámpara de aceite cercana a mi cama titila. Dejo junto a ella el hilo extra de piedras mangi antes de levantar la taza de té y dar un sorbo con un desinterés forzado. Está a la temperatura perfecta. Me tomo un momento para saborear las especias mientras trago. Es muy distinto del sabor amargo del tónico para dormir al que me he acostumbrado.

Vuelvo a dejar la taza antes de prestarle toda mi atención.

—¿Cuánto tiempo llevas vigilándome?

Él inclina la cabeza pensativo, con la mirada grave mientras sostiene mi mirada.

—Creo que ya tienes una ligera idea.

El juramento me protege del daño físico, pero parece que la tortura emocional está permitida. Todos los sueños de los que deseaba escapar desesperadamente, aquellos de los que me despierto con el corazón latiéndome en la garganta. A veces por miedo, otras por placer, y todos demasiado reales. E igualmente dolorosos.

No hay forma de saber qué sueños fueron causados por su presencia y cuáles por el funcionamiento de mi propia mente, pero comenzaron poco después de haber llegado a Maile. Uno en particular, sin embargo, destaca entre los demás. El más reciente de la época que estuve en la frontera. Cuando pensé que me había despertado con un guerrero strou, solo para convencerme de lo contrario en mi estado somnoliento con la aparición de Acker. Y, con la asunción impactante de que... le supliqué que se quedara.

La humillación me quema, me abrasa las mejillas. Esperaba ira, pero no estas lágrimas que me pican en las comisuras de los ojos. Desvío la mirada de él mientras me alejo de la cama, tratando de ocultar la emoción en mi rostro mientras me ajusto el cinturón de la bata, deseando que la humedad acumulada se seque al enfrentar las puertas que conducen a la terraza.

Durante todo este tiempo, he aceptado sus acciones dolorosas como si fueran un pago justo por las mías. Casarse con Irina,

deleitarse con mi miseria en su noche de bodas, ordenar a los strou atacar nuestra frontera... Transgresiones que creí que finalmente igualarían las mías y con las que podríamos considerarnos en paz. Pero esto parece la gota que colma el vaso. El remordimiento que he llevado a cuestas por mis acciones en Kenta se disuelve hasta desaparecer y lo único que queda es un resentimiento feroz.

Se acabó el anhelar a alguien que solo me desprecia.

Me giro y lo encuentro apoyado al pie de mi cama, con las manos en los bolsillos mientras me observa.

—Ordenaré que Drake os acompañe a ti y a Irina de vuelta a vuestro barco por la mañana, pero ya no eres bienvenido aquí. —Me paso un dedo por el grillete que llevo al cuello y me doy cuenta de que necesitará más revisiones. Algo más fuerte para resistir la capacidad de Acker de superar de alguna manera el obstáculo y conectarse a través del vínculo—. Ni invitado ni de ninguna otra forma —aclaro.

Su mirada vacila donde juego con el hilo de mangi que desaparece bajo el corte de mi bata antes de volver a mis ojos.

—Te has convertido en reina, así que tu palabra es ley, ¿no?

Arqueo una ceja.

—Hasta donde yo sé, sí.

Emite un sonido ronco con la garganta y es como si la vibración me atravesara. Se incorpora de su apoyo al pie de la cama y se acerca, con pasos medidos y precisos. Mantengo mi posición, negándome a darle la satisfacción de obligarme a retroceder, con la cabeza inclinada para mantener contacto visual directo.

—Entonces, ¿por qué me has dejado entrar a tu ciudad? —pregunta, con una voz baja en la quietud de la noche—. Podrías haberme matado en el muelle o enviarme de vuelta a mi barco. Sabías que nunca pediría refugio para mí. A menos que pensaras que vine aquí por ti. —Su mirada baja a mi boca antes de volver a mis ojos—. ¿Es eso? ¿Esperabas que finalmente viniera por ti?

—Pensé... —Trago saliva para suavizar la aspereza de mi voz, dejando que mis ojos transmitan mi desagrado—. Debes de estar realmente desesperado.

No se inmuta por mi cambio de actitud. Si acaso, parece más motivado a demostrarme que estoy equivocada.

—Puedo sentirte, ¿sabes? —Se humedece los labios y sus ojos perezosos me recorren el cuerpo, como si pudiera ver a través del material de mi bata. Es una mirada descarada y lasciva, diseñada para desequilibrarme—. Sé cuándo mientes.

—Oh, ¿ahora resulta que lo sabes?

—Cuando se trata de tu deseo, Jovie... —Sonríe, tan oscuro y perverso que me pone nerviosa—. No hay forma de negar la verdad.

Maldita sea.

Por dentro estoy temblando. Estar tan cerca de él es casi eufórico. Sus ojos pesan como mil soles mientras se mantienen fijos en los míos. El vínculo nos empuja lentamente a acercarnos. Podría tocarlo si quisiera, rozarle con los dedos la mandíbula, la boca. Besarlo si quisiera.

Pero no quiero...

Su sonrisa crece, lo que me saca de mis pensamientos ardientes.

Cierro la pequeña distancia entre nosotros, apenas un dedo de separación.

—O —digo— sientes lo que quiero que sientas.

—¿En serio? —Extiende una mano; el movimiento es lento mientras me acomoda un mechón detrás de la oreja—. Como todas esas veces que absorbías mi lengua con tu boca —ronronea—. O cuando te aferrabas a mí mientras te penetraba. —No hay chispa de burla en sus ojos, solo su necesidad reflejada en mí mientras sus labios planean sobre los míos—. O esas veces que te corrías sobre mi polla...

—¿Crees que te follé porque quería? —Niego con la cabeza, forzando una pequeña sonrisa en mis labios—. Necesitaba aceptar el vínculo, o arriesgarme negándolo. No te deseo. Nunca te he deseado.

Se queda inmóvil, los ojos oscuros están fijos mientras me observa.

—¿Y qué tal te ha funcionado eso? —pregunta, con los ojos en las piedras de mi cuello.

Esbozo una mueca. Sobre todo porque odio que tenga razón. Pensaba que aceptar el vínculo significaría que tendría control sobre mi mente y mi cuerpo, pero aún debo luchar contra el tirón de ese lazo a cada momento de cada día. Y, por lo visto, también mientras duermo.

Aparentemente satisfecho de ver que su golpe ha acertado, su expresión cambia y, en un parpadeo, vuelve a parecer totalmente indiferente. Sus hombros se destensan mientras da un paso atrás.

—Lo que hayas negociado a cambio de ayudar al bando de Roison en esta guerra, lo pagaré diez veces.

Me sorprende el cambio repentino de conversación, pero consigo poner una expresión apacible.

—No puedes permitirte lo que quiero.

—Ponme a prueba —dice.

El desafío en su voz toca algo dentro de mí. Algo peligroso y complaciente y, viendo cómo lucha por no sonreír, probablemente era su intención.

Un golpe en mi puerta corta la tensión.

La expresión de Acker se cierra.

—¿Esperabas a alguien?

Una sensación de inquietud se me instala en el estómago mientras me muevo lentamente a su alrededor hacia la puerta. Acker escupe mi nombre mientras avanzo, pero lo ignoro. Recojo el collar extra que dejé sobre la mesa de noche y deslizo las piedras sobre el grillete. La voz de Acker queda ahogada por su peso y, cuando me giro, él ha desaparecido.

Dejo escapar un suspiro, pero no encuentro ningún alivio.

El golpe vuelve a sonar. Añado otra capa de mangi antes de acercarme a abrir la puerta de mi habitación, pero me sorprende ver quién está al otro lado.

—He mandado llamar a Drake —digo, confundida.

Fredrich asiente, con el rostro solemne.

—Lo sé.

Me asomo para revisar el pasillo, asegurándome de que esté vacío y que la puerta de Beau esté cerrada, antes de hacerle señas para que entre.

—¿Está todo bien? ¿Drake? ¿El ejército? —pregunto.

—Sí, todo está bien —dice Fredrich y sus ojos recorren la habitación una vez, eficiente como siempre, antes de volver a mí—. Solo que no podía dejar que un hombre caminara ciegamente hacia su muerte.

«¿Muerte?».

—¿Crees que he llamado a Drake a mis habitaciones para matarlo? —pregunto, atónita.

—Lo que buscabas en él firmaría inequívocamente su sentencia de muerte.

De pronto lo comprendo y las mejillas se me encienden mientras sostengo la mirada de Fredrich.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Los marineros hablan, Jovinnia.

Me cruzo de brazos y automáticamente me pongo a la defensiva.

—No es que mi vínculo fuera a enterarse de que me iba a llevar a otro a la cama, si eso es lo que te preocupa.

La boca de Fredrich se contrae y su expresión transmite exactamente lo tonta que cree que estoy siendo. La frustración me lleva a maldecir mientras me alejo de él, volviendo hacia mi cama. Las lágrimas regresan con fuerza. Solo quiero que estas..., estas... emociones abrumadoras terminen. Sigo esperando llegar al fondo del pozo, que mi dolor, ira y frustración se agoten, pero mi conversación con Acker ha solidificado la verdad: no terminará hasta que yo logre que termine.

Estoy harta de odiarme por algo que no puedo cambiar, por un hombre que no me ama.

Pasando por alto mi vergüenza, me desato la bata y dejo que la tela se me deslice por los hombros hasta el suelo mientras me giro para enfrentar a Fredrich. Sus ojos bajan a mi cuerpo solo un instante, pero la mirada es lo suficiente intensa como para calentarme a través de la fina combinación que llevo puesta.

Él alcanza la espada atada a su cintura.

—¿Estás segura? —pregunta, respondiendo a mis palabras no dichas.

«Para nada».

—Sí.

Sus ojos no se apartan de los míos mientras coloca su arma sobre mi escritorio.

—¿Como un servicio? —aclara mientras se desabrocha el primer botón de la camisa.

Me tomo un momento para reunir mis pensamientos.

—Como amigo, pero nada más.

Su expresión no cambia mientras comienza a subir la manga de una camisa por su antebrazo y luego la otra.

—Vale.

La sola palabra hace que el corazón se me acelere.

—¿En la cama? —pregunto, sorprendida por la firmeza de mi voz.

Mira la silla vacía de mi escritorio y se encoge de hombros.

—Aquí está bien.

No estoy preparada para su decisión y menos cuando me agarra de las caderas y me gira, empujándome sobre el asiento acolchado. Se arrodilla frente a mí y, cuando coloca sus manos sobre mis piernas, la piel se me calienta al instante.

—Dime que pare y lo haré —dice mientras sus palmas ásperas recorren la longitud de mis muslos y empujan el borde de mi ropa interior hacia arriba.

Cuando sus dedos alcanzan la hendidura donde mis piernas se separan, lo detengo con una mano sobre la suya.

—No estás obligado a hacer esto porque sea tu reina.

Una sonrisa que me es familiar alivia algunas de mis dudas.

—Confía en mí —dice, justo antes de agarrarme por la parte trasera de las rodillas y tirar de mí hacia el borde del asiento—. Esto no es en absoluto un sacrificio para mí.

Tira de mis bragas y levanto las caderas para ayudarlo a quitármelas.

Lo rápido que se desenvuelven los acontecimientos provoca que la cabeza me dé vueltas y me aferro al recordatorio de que esto es lo que quiero.

No. Esto es lo que necesito.

Alza la vista para mirarme mientras me separa las piernas, exponiéndome ante él. Siento el calor de su aliento contra el interior

de mi muslo mientras inclina el rostro para dejar un suave beso sobre la piel. Finalmente, su mirada se centra en la tarea que tiene delante y, aun así, lucho por disipar mis dudas. El impulso de retroceder me atormenta, de decirle que he cambiado de opinión, pero no lo hago. No lo voy a hacer.

Ahora me doy cuenta de lo patética que he sido y lo único que no he intentado para que el dolor se termine es hacer lo que Messer dijo: seguir adelante con otra persona.

Necesito que el dolor termine.

Suspiro de forma entrecortada mientras la anticipación hace que el cuerpo me tiemble. Funciona a mi favor, consigue que parezca ansiosa gracias a la forma en que la lengua y los dientes de Fredrich me recorren la piel. Algo que se supone que es tentador, provocativo, pero, de alguna manera, ya estoy impaciente por terminar con todo esto. Por que su boca esté sobre mí correctamente y pueda continuar con mi vida.

Me abre las piernas aún más y llega al vértice de los muslos donde no pierde ni un segundo en empezar a lamer mi centro con movimientos largos arriba y abajo, logrando que todos mis pensamientos se detengan. Los preámbulos se han terminado. Su boca se mueve sobre mí en un beso devorador. Esto es exactamente lo que necesitaba porque, de repente, no hay pensamientos, ni emociones ni deseos que me insten a escapar de mi propia piel. Simplemente no hay... nada.

Sigue subiendo y tengo que agarrarme al borde del cojín del sillón cuando succiona firmemente sobre mi ramillete de nervios. Un sonido de sorpresa escapa de mis labios entreabiertos ante la sacudida de intenso placer.

Claramente está complacido con mi reacción, pero disminuye un poco y su boca se curva en una sonrisa..., justo antes de que su lengua se introduzca en mí, y me sorprende cuánto me gusta.

Entonces sucede lo peor que podía pasar.

Acker aparece.

Me inclino hacia delante con un jadeo de sorpresa, que Fredrich interpreta como un gesto alentador, profundizando más, y lo agarro del pelo para detener sus movimientos. Pero lo único que consigo es

un gemido bajo de su garganta, que vibra contra mi parte más sensible.

Por un instante, Acker se queda congelado en el sitio.

Pronuncio el nombre de Fredrich como una advertencia, pero sale más jadeante de lo que pretendo y no consiguen detenerlo. La expresión de Acker se tambalea un momento antes de que una ola de indignación le inunde los rasgos. Su figura parpadea mientras avanza con fuerza y las piedras de mi cuello hacen lo posible por alejarlo, pero no son suficientes frente a su ira.

Esta vez, mi advertencia es firme.

—¡Fredrich!

Pero llego demasiado tarde. Acker se abalanza contra el escudo siempre presente de Fredrich y su furia es palpable mientras deja escapar su rabia con un grito. No hay palabras coherentes, solo un odio ardiente mientras golpea un puño contra la barrera, invisible nuevamente, con los dientes apretados. Estoy momentáneamente atónita ante la cruda emoción que le brilla en los ojos.

Al levantar la vista de entre mis piernas, las pupilas de Fredrich se estrechan mientras inclina la cabeza hacia el impacto invisible. Grito alarmada cuando la espada que Fredrich había dejado sobre el escritorio vuela hacia nosotros. Fredrich no pestañea mientras la espada se rompe y el sonido del metal resuena en el aire a nuestro alrededor.

Una sonrisa arrogante se dibuja en su boca húmeda mientras vuelve sus ojos hacia mí.

—No me has dicho que parara.

Antes de que pueda comprender el significado de sus palabras, coloca mis piernas sobre el pliegue de sus codos y se lanza de nuevo. Grito mientras mis dedos raspan el material del sillón. Mis ojos están fijos en Acker mientras la sensación de la boca y la lengua de Fredrich logra retorcerme y, oh, dioses...

Me arqueo mientras uno de los dedos de Fredrich se desliza dentro de mí.

El pecho de Acker sube y baja con la fuerza de su respiración, sus ojos se desbocan mientras observa cómo reprimo un gemido silencioso. Fredrich introduce un segundo dedo y es demasiado.

Todo esto es demasiado. No sé cómo he llegado hasta aquí ni cómo Acker es capaz de sobreponerse al poder de las piedras mangi, pero cuando Fredrich vuelve a succionar justo donde lo necesito al mismo tiempo que curva los dedos... gimo.

—¿Es esta la venganza por mi noche de bodas?

El labio superior de Acker se curva con desdén, pero no resulta muy convincente, no con la forma en que sus ojos están clavados en la escena que se desarrolla frente a él.

—¿Un intento de hacerme daño como yo te lo hice a ti?

Niego con la cabeza de un lado a otro.

Ni siquiera debería estar aquí.

Cierro los ojos y me muerdo el labio en un esfuerzo por contener los sonidos que amenazan con escapárseme debido a la acumulación de placer, pero cada vez me resulta más difícil ignorar lo decidido que está Fredrich por llevarme al límite.

—Mírame.

La voz de Acker suena más cerca de lo que espero y abro los ojos de golpe para encontrarme con una mirada tan oscura como la noche. Está inclinado sobre el respaldo de la silla y, a menos que mi mente nublada por el deseo me esté engañando, su expresión parece casi herida mientras me observa con más detenimiento. La forma en la que me mira provoca que el corazón se me contraiga dolorosamente en el pecho. No hay desprecio ni resentimiento, sino la misma mirada que tenía cuando estábamos en el barco, solo los dos: contenida y... quizá incluso con un atisbo de admiración. Como si no pudiera evitar apreciar la visión de mí abandonada al placer, sin importar de dónde provenga.

Su voz es áspera cuando dice:

—Dile que te haga correrte.

Abro los ojos de par en par, tanto por sus palabras como por la manera en que me rodea la garganta con la mano y me inclina la cabeza hacia atrás, obligándome a mirarlo.

—Díselo —gruñe, dominándome desde arriba.

Las palabras se me caen de los labios entre jadeos.

—Haz que me corra.

Fredrich emite un sonido grave mientras continúa succionando el manojo de nervios y bombeando los dedos dentro y fuera de mí. Un gemido se me escapa.

—Un lacayo obedeciendo a su reina —dice Acker arrastrando las palabras. Se humedece los labios y se inclina más cerca, tiene los ojos empañados mientras lucha contra las piedras mangi.

—Te gusta saber que lo tienes a tu disposición.

Su respiración casi se sincroniza con la mía cuando sus ojos se clavan en mi boca entreabierta.

—A tu servicio —dice, antes de pasarme su lengua por los labios entreabiertos.

Cierro los ojos al saborear su gusto.

Acker se aparta bruscamente de mi boca, apretando más la mano alrededor de mi cuello.

—Mírame —ordena de nuevo.

Obedezco y mi mirada cae en sus pupilas dilatadas, los ojos casi negros de necesidad. Abre la boca, diciéndome sin palabras lo que quiere, y abro la mía para que derrame su lengua sobre la mía. El recuerdo que conservaba de cómo era besarlo no le hacía justicia alguna a la realidad. Es poder, lucha y dominación en todas las formas posibles. Me rindo a ello, dejando que Acker me devore mientras mis caderas se mueven, persiguiendo el placer contra Fredrich. No hay nada que pueda hacer salvo someterme al momento.

Suelto el cabello de Fredrich y rodeo con la mano la nuca de Acker, tirando de su rostro hacia abajo. Él lo entiende y su boca desciende hasta mi cuello y mi hombro desnudos. Me hace daño con los dientes al raspar mi piel. Morder, probar, castigar. El juramento de sangre no le permite hacerme daño de verdad sin consecuencias graves, pero necesito que sepa que mi rendición es una elección mía y no suya, así que le clavo las uñas en la carne del cuello como advertencia.

Estoy desesperada mientras recorro a toda velocidad el último tramo del placer hasta la cima, apretando los ojos con fuerza. Hay un coro de vibraciones metálicas y tengo la vaga sensación de que

cada mota de metal en mis aposentos corre peligro por la pérdida de control de Acker.

—Mírame.

Las palabras son una exigencia. El eco poderoso de una orden, rozando lo invasivo. Y aun así, obedezco. Haría casi cualquier cosa ahora mismo si me lleva a este instante. Con la vista borrosa, los ojos oscuros de Acker me observan mientras me deshago y el aire me abandona en un estallido de éxtasis. Tiro de su boca hacia la mía, queriendo desaparecer dentro de él en este momento único y perfecto.

No quiero que termine nunca, pero el clímax acaba cediendo a un resplandor lento y persistente al que todavía no estoy preparada para enfrentarme. Y justo cuando creo que estoy del todo exhausta, emocional y físicamente, Acker aparta su boca de la mía... y no hay ni rastro de esa suave neblina de adoración en su mirada.

Me pasa el pulgar por el pómulo y sus ojos se endurecen con cada caricia.

—Así que, después de todo, todavía te ruborizas. —Satisfecho, me suelta—. Esta ha sido tu única concesión, Jovie. No dejes que otro hombre vuelva a tocarte.

Capítulo 26

Jo



El reloj de mi escritorio marca el paso de la noche hasta que el cielo empieza a aclararse y el sol naciente proyecta una neblina grisácea sobre el horizonte. Golpeo el extremo de mi lápiz de carbón contra el pergamino del escritorio.

Mi mente lleva dando vueltas toda la noche; dormir ha sido un empeño inútil.

Después de que Acker se marchara, Fredrich me dedicó una sonrisa lobuna y, tras comentar, burlón, que esperaba que mi vínculo se lo hubiera pasado tan bien como él, se fue antes de que la situación se volviera incómoda.

Todavía no puedo creer que Acker fuera capaz de soportar las tres capas de mangi que llevaba puestas. En las raras ocasiones en que me he quitado las piedras del cuerpo, era como si el extremo lejano del lazo quedara a la deriva. Como una línea de pesca que se rompe en mitad del océano. Nunca he intentado seguirlo, dando por hecho

que cualquier tentativa sería en vano, sabiendo lo asfixiante que puede resultar el mangi.

Pero Acker ha encontrado la forma. Se ha entrenado a sí mismo para resistir el poder de las piedras.

Sería impresionante si no fuera aterrador.

Mi mente es un caos mientras intento desenredar los recuerdos. Hubo demasiadas noches en las que desperté de un sueño que parecía demasiado real. O mañanas en las que descubría que algo no estaba donde lo había dejado la noche anterior. Cartas cambiadas de sitio en mi escritorio, textos abiertos por una página distinta, la manta colocada sobre mí sin que tuviera recuerdo alguno de haberme cubierto. Trucos mentales destinados a atormentarme, a averiguar mis planes.

Pero la expresión aterrorizada de su rostro cuando me vio con Fredrich ha contaminado mis pensamientos, llenándome de dudas. Ese instante en el que comprendió que no había nada que pudiera hacer para detener a Fredrich. Aun así, no me arrepiento de mi decisión. No con la forma en que la mirada de Acker se encendió y decidió dar en lugar de arrebatar, como si fueran su sabor y su voz y su tacto los que me empujaban hasta la cima, eclipsándolo todo.

Vuelvo a mirar el reloj que avanza sin descanso. Se supone que tengo que reunirme pronto con Messer para el entrenamiento, pero solo quedan un par de horas antes de que Drake deba escoltar a Acker y a Irina hasta el barco que los espera. He pasado toda la noche debatiéndome sobre si Acker merece conocer toda la depravación de los actos de su padre o si simplemente usará ese conocimiento para hacerme más daño.

Supongo que lo averiguaré.

Para cuando termino de vestirme y me dirijo a las caballerizas, el sol ya ha salido por completo. El mozo de cuadra no está preparado para verme a estas horas, pero se apresura a ensillar un caballo castrado y dejarlo listo para mí. Le deslizo un par de monedas como disculpa por interrumpir sus tareas matutinas.

El caballo responde bien cuando lo llevo a un galope pleno una vez fuera de la ciudad. El viento es gélido; el sol todavía no ha tenido ocasión de disipar el frío de la madrugada. Me dirijo hacia el este, en

dirección a las tierras de cultivo, donde el río fluye desde el monte Zallis y se curva hacia el interior, antes de volver a descender hacia el golfo. Las familias de agricultores prosperan cerca del agua dulce. Las casitas salpican el paisaje, pero hay una en particular que me interesa.

En cuanto la diviso a lo lejos, detengo al caballo, así le dejo un momento de descanso y que beba de un tramo poco profundo del río. Relleno mi odre y aprovecho para lavarme la fina capa de sudor que me enfría la piel. Me seco la frente con el dorso de uno de los guantes de montar antes de quitármelos y guardarlos en el bolsillo.

Cuando me llevo la mano hacia las capas de piedras alrededor del cuello... dudo. Elegí no quitármelas durante todo el camino por si cambiaba de opinión, pero ahora ha llegado el momento de la verdad. Decido que no debo permitir que la duda dicte mis decisiones. Me quito el collar y luego el grillete, y tengo que levantarme la camisa para sacarlo del lugar donde me rodea el abdomen.

Mi magia responde de inmediato, cobrando vida bajo el esternón y calentándome desde dentro. Un leve resplandor emana de mis manos mientras preparo mi mente para dividirse, para que el vínculo me lleve hasta Acker por voluntad propia. Pero cuando pasa un largo momento y no ocurre nada, busco el lazo. A diferencia de cómo lo había sentido durante años, flojo y sin anclaje, ahora está claramente sujeto al otro lado. Mantengo una mano en las riendas del caballo mientras lo sigo.

Su voz me alcanza antes de que lo vea, su mal humor es evidente en la forma en la que corta las palabras.

—... te dije que lo haría, ¿no?

Cuando abro los ojos, estoy de pie en el dormitorio de la cabaña. La mirada tensa de Acker se clava en mí al instante.

Me tranquiliza comprobar que al menos están vestidos.

Irina no percibe el cambio en su actitud.

—Si subo a ese barco, no volveré nunca a casa, Acker, y lo sabes.

Sus ojos no se apartan de mí, como si fuéramos los únicos en la habitación.

—Déjame hablar con Jovie. Creo que después de lo de anoche me debe un favor.

Qué arrogante por su parte asumir eso...

—¿Quiere volver a Strou? —le pregunto a Acker.

—Sí —responde con un leve asentimiento.

Al darse cuenta, los ojos de Irina se abren de par en par mientras su mirada recorre la habitación, pero, por supuesto, es incapaz de detectar mi presencia.

—Por favor —suplica, con los nudillos blancos al apretar con fuerza la barandilla al pie de la cama.

Valoro la posibilidad de que oculten intenciones que desconozco, pero no se me ocurre ningún motivo por el que el regreso de Irina a casa pudiera beneficiarlos a ninguno de los dos.

—Tengo algo que enseñarte —le digo a Acker.

Él mira a Irina.

—Déjanos un momento.

No le agrada nuestra falta de implicación en su situación, pero al menos sabe que no debe insistir. Acker cierra la puerta tras ella. Una nueva tensión se instala en el espacio entre nosotros. Cuando se marchó anoche, lo hizo con una expresión mezcla de ira y deseo, y parece que todavía lucha consigo mismo, sin tener claro cuál de las dos emociones prevalece.

—Hay alguien a quien necesito que veas —digo, antes de que pueda decidirse.

—No será el verdugo, ¿verdad?

Me sorprende su ligereza y niego con la cabeza, esbozando una pequeña sonrisa.

—No, pero podrías presenciar el final de mi propia vida, dependiendo del humor en el que esté ella.

—¿Ella? —pregunta, acercándose.

—Tendrá más sentido si lo ves en lugar de intentar explicarlo.

Él observa el morral abierto sobre la cama.

—Se supone que debo subir a un barco dentro de una hora. Por orden tuya —me recuerda.

—Sí, pero no puedo dejar que regreses sin saberlo todo. Deberíamos tener tiempo de sobra si me sigues a través del vínculo.

Por primera vez desde que aparecí ante él, sus defensas bajan un ápice y asiente en señal de aceptación. Se sienta en la cama con la espalda apoyada en el cabecero, los pies cruzados por los tobillos y las manos entrelazadas sobre el estómago. Verlo así, tendido en una cama, despierta algo primitivo en mí y tardo una fracción de segundo de más en apartar la mirada.

Él sonríe de lado.

—Después de ti —indica.

De vuelta en el campo, me concentro de nuevo en las riendas que sostengo y en el viento en el cabello. Acker aparece unos instantes después, parpadeando bajo el sol. Observa el entorno y la cabaña a lo lejos, antes de clavar en mí sus ojos oscuros.

—Ahí es adonde vamos —digo mientras señalo con la cabeza en dirección a la cabaña.

Guío al caballo por las riendas y el animal avanza con suavidad a nuestro lado mientras cruzamos el campo de hierba alta. Esperaba que las cosas fueran incómodas entre nosotros después de lo de anoche, pero caemos en un silencio confortable. Incluso durante aquellos primeros días en los que se ocultaba en mi cabaña en Alaha, después de sacarlo del calabozo, siempre ha sido fácil compartir la presencia del otro.

Sin embargo, eso no consigue que mirarlo sea fácil. Es más doloroso que nunca.

Mi curiosidad se impone.

—¿Por qué Irina quiere volver a Strou?

—Su vida en la capital no ha sido fácil —responde mientras camina con las manos en los bolsillos—. Siente nostalgia.

Interesante.

—¿Y la convenciste de huir del palacio contigo?

—Prometí que haría todo lo posible por llevarla a casa a cambio de su ayuda protegiéndonos de tu ejército mientras cruzábamos el golfo.

Estoy perpleja ante su respuesta. Lo examino buscando cualquier señal de deshonestidad, pero no encuentro ninguna en su expresión aparentemente abierta. Luego recuerdo la súplica de Irina cuando se

dio cuenta de que yo estaba presente en la habitación con ellos, y parecía emoción pura.

—No puedo ayudarla a que cruce la frontera de Strou —le digo—. Pero si quieres navegar por el golfo hasta sus costas, no te detendré. Pediré a mi ejército que se haga a un lado para dejarte pasar.

Inclina la cabeza para mirarme y, por un momento, me siento fuera de lugar.

—Eso es muy amable por tu parte —reconoce, como si le sorprendiera que yo fuera capaz de alguna amabilidad.

Una vez que llegamos a la cabaña, hablo como si le susurrara al caballo mientras lo ato a un poste anclado frente al corto sendero que lleva a la puerta principal.

—No puedo dejar que se note que estás aquí, así que no hagas nada estúpido.

Reviso las ventanas de la cabaña antes de arriesgarme a mirar por última vez a Acker.

—No importa lo que descubras, ¿de acuerdo?

Debe de percibir mi nerviosismo porque toma mi advertencia en serio y sus ojos buscan en mi rostro una explicación.

—De acuerdo.

Sus pasos suenan detrás de mí mientras subimos por el sendero de piedra. Aunque ninguna de las plantas y arbustos que bordean el camino está en plena floración en esta época del año, no se puede negar el cuidado y amor con el que se han cuidado. El jardín se curva alrededor de los escalones, a lo largo de la parte delantera de la cabaña, antes de desaparecer alrededor de la pequeña casa.

Respiro hondo y llamo a la puerta mientras los nervios me aceleran el corazón. Cuando finalmente se abre, la apariencia de Grenadine es exactamente como la recuerdo de nuestro tiempo en Alaha, cuando vivía en la cabaña al lado de la mía en la Fila de los Olvidados. El cabello gris, los rasgos marchitos y la postura encorvada. Su expresión es tan despectiva como siempre, con una sonrisa que deja ver sus dientes amarillentos.

—Brynn —saluda—. ¿O ahora respondes por Jovinnia?

Levanto una ceja.

—Me valen los dos. Aunque, «vuestra alteza real» suena muy bien, ¿no crees?

Su sonrisa se ensancha.

—¿Y a qué debo el placer de tu presencia, vuestra alteza real? —arrastra las palabras.

—Estoy segura de que a estas alturas la noticia de la llegada de tu hijo a la capital se habrá difundido hasta aquí.

Solo yo puedo escuchar la inhalación de aire de Acker detrás de mí.

Mantengo mi rostro impasible mientras inspecciono a Grenadine, perdón, a Cadence, en busca de alguna reacción, pero no hallo nada. Siento la presencia de Acker a mi espalda cada vez más cercana. Siento el calor de su cuerpo entre mis omóplatos, la insinuación de su aliento sobre mi cuello. Así de cerca está de mí.

—Ya sabes cuál es mi postura sobre el asunto —dice con dureza.

Asiento, porque sí que lo sé. Pero...

—Creo que deberías reconsiderarla.

Ella lo piensa un largo momento, durante el cual su mirada pasa por encima de mi hombro, antes de ceder y hacerse a un lado mientras abre más la puerta para permitirme entrar.

—Justo estaba preparando té.

Mi corazón late con fuerza mientras cruzo el umbral. Tengo cuidado de cerrar la puerta lo suficientemente despacio para darle tiempo a Acker de seguirme. Sostengo la respiración al sentir sus dedos presionando el centro de mi columna, señal de que me acompaña en todo el camino.

La cabaña de Cadence es pintoresca pero llena de lujo. Los muebles están hechos con la mejor artesanía, los textiles tejidos con las mejores sedas y de las paredes cuelgan cuadros tallados en oro. Después de que ella y un puñado de otros fugitivos de Alaha llegaron a Maile cogiendo uno de los barcos, mi madre le dio una considerable cantidad de riqueza para vivir. «Podría ser tu futura suegra algún día», se justificó mi madre.

La anciana se dirige a la pequeña cocina y saca una segunda taza y otro plato del armario.

—¿Azúcar? —pregunta de espaldas a mí.

—Sí, por favor.

—¿Siempre lo has sabido? —pregunta Acker, en voz baja, aunque Cadence no puede escucharlo.

Aprovecho para echarle un vistazo furtivo. No es más que un breve parpadeo, un gesto sin palabras negando con la cabeza antes de desviar la mirada, pero por la falta de color de su rostro, puedo ver que está conmocionado.

—¿Uno o dos terrones?

—Dos, gracias.

—Siéntate —indica, llevando un servicio en cada mano.

Me siento en una de las dos sillas de la pequeña mesa y acepto el té que me ofrece. Señala el plato de tostadas con mermelada sin tocar, ya servido. Niego con la cabeza y ella resopla molesta por mi rechazo a su hospitalidad.

Se ajusta la bata en una posición más cómoda alrededor de los tobillos mientras se sienta, con los ojos llenos de diversión al verme olfatear con cautela el líquido humeante antes de soplar sobre él.

—No está envenenado —me asegura—, pero podemos cambiarlo si quieres.

La observo por encima del borde de la taza, pero sigo los movimientos de Acker por el rabillo del ojo mientras se acerca, con pasos imperceptibles, hasta colocarse detrás de nosotras, donde puede verlo todo, frente a las ventanas que dan al pequeño jardín.

—Quieres demasiado a mi madre como para hacerme daño —le recuerdo, innecesariamente.

Una de sus cejas se eleva mientras se arriesga a quemarse la lengua con un sorbo, luego se lame los labios.

—Eso es cierto.

Apoya la taza y fija la mirada en mí.

Mi madre siempre dice que el primero en hablar en un enfrentamiento es el primero en perder. Cadence no es mi oponente, así como yo no soy la suya, pero la tensión en la habitación sugiere lo contrario.

Debo actuar con cuidado.

—Acker se va dentro de una hora.

—Ajá.

Juego con mi taza, haciendo círculos ociosos alrededor del borde con un dedo mientras inhalo el vapor.

—Creo que debería conocer la magnitud de lo que su padre es capaz de hacer antes de regresar a Kenta.

—¿Pudo convencerte tan fácilmente? —pregunta, con los ojos bailando sobre la mesa—. ¿Un par de días fue suficiente para debilitar tu determinación?

—Beau cree que está siendo honesto sobre su objetivo de tomar el trono de su padre.

Cuando ella no dice nada más, me inclino hacia delante.

—¿No quieres advertirle?

En un instante, la ira brilla en sus ojos.

—Díselo tú.

—Dada nuestra historia, no se me considera una fuente fiable. Además, no lo sé todo. En realidad, no.

Ella esboza una mueca antes de volver la cabeza hacia Acker. El corazón me deja de latir por un segundo antes de darme cuenta de que está mirando por la ventana y no a su hijo. Le ha vuelto un poco de color al rostro, pero hay cautela en sus rasgos, algo atento y reservado, mientras sus ojos permanecen fijos en el rostro, ahora envejecido, de su madre.

—¿Cómo le digo que hui para salvarme? —Su voz es delgada, como si exprimiera las palabras de una garganta cerrada—. ¿Que lo abandoné para que un monstruo lo criara, por mi propio bien?

Mi madre me había dicho que Cadence tenía reparos a la hora de enfrentar a su hijo, que no debía presionarla sobre el tema si surgía, pero nunca esperé este nivel de emoción por su parte. Sus ojos están nublados mientras sigue mirando a través de su hijo, hacia el cielo matutino más allá de él.

—Quizá antes de nada debas explicarle por qué tuviste que huir —sugiero.

Su rostro se contrae con disgusto.

—Edmond me estuvo drenando la magia durante años.

—¿Cómo? —pregunto.

—Con una piedra listón —dice, como si fuera obvio.

Pero estoy tan confundida como disgustada por el concepto.

—¿Qué es una piedra listón? —repito, con escepticismo.

Ella pone los ojos en blanco, como si mi incredulidad fuera molesta, antes de volver a fijar la mirada en mí.

—Es una piedra que se ha perdido en la historia. La mayoría de los estudiosos la consideran un mito, pero es capaz de extraer la magia de alguien.

Casi me da miedo preguntar, pero...

—¿Cómo funciona?

Y solo recibo otra mirada fulminante.

—Actúa como un imán. Si alguien sabe dónde reside la magia dentro de una persona, su esencia puede extraerse a través de una herida.

—¿Solo Edmond tiene la piedra?

—La tenía —dice con una sonrisa engreída y una ceja levantada—. Es decir, hasta que se la robé y la arrojé a la parte más profunda del océano. Si está robando magia, debe de haber encontrado otra.

La voz de Acker es grave en el pequeño espacio.

—Las minas —dice, sabiendo que solo yo puedo escucharlo—. Por eso mi padre lleva años desapareciendo para irse a ellas.

La piedra mangi se extrae del océano y la piedra ígnea, de lo profundo de la tierra. ¿Y ahora hay una piedra listón?

Me resisto a mirar a Acker, pero puedo ver cómo se mueve por el rabillo del ojo.

—Usó esa piedra contigo.

—Necesitaba probar el método. No quería darle mi magia, pero me ofrecí voluntaria para que lo intentara conmigo, con la esperanza de que eso lo apaciguara lo suficiente para dejar a Acker en paz. —Pone los ojos en blanco—. Como si Edmond alguna vez pudiera ser capaz de moderarse, incluso con su propio hijo.

Un nuevo miedo, sin restricciones, me pesa en el estómago. Me cuesta no mirar a Acker, que está a solo unos pasos, cuando pregunto:

—¿Cogió la magia de Acker?

Parpadeando, ella se mueve en su silla antes de dirigir la mirada a su té.

—No. Acker no había mostrado señales de despertar, pero Edmond empezó a inquietarse alrededor del décimo cumpleaños del niño. Pude ver cómo la idea echaba raíces en su mente: obligar a que la magia entrara en nuestro hijo antes de que estuviera listo. Antes de su despertar.

Niego con la cabeza, horrorizada.

—La mayoría no despierta hasta después de la pubertad.

—La mayoría. Pero otras familias poderosas del territorio han tenido niños que despiertan temprano. Pensé que si yo podía resistirme al poder de la piedra listón podría obstaculizar sus esfuerzos. Retrasarlo, de algún modo. Al menos hasta que encontrara la manera de sacarnos a ambos de allí.

—Mi madre nunca me ha explicado cómo logró hacerlo Edmond —digo, esquivando la verdad.

Ella traga y el sonido resuena en la pequeña estancia.

—Empezó a no importarle lo profundo que cortaba, desesperado por alcanzar mi magia, usando la piedra ígnea para impedir que sanara.

Por el rabillo del ojo, veo a Acker pasándose una mano temblorosa sobre la boca y solo puedo imaginar lo difícil que es para él escuchar esto.

—No sé si fue el deseo de poder o la euforia lo que lo impulsó a volverse tan obstinado, pero para cuando finalmente pudo obtener mi don, casi me desangré.

—¿Cómo lograste liberarte?

—Greta. —Una pequeña sonrisa casi imperceptible se le dibuja en la comisura de la boca—. Le dijo a Edmond que mi muerte era inevitable, que lo había visto en sus sueños, y que me llevara con los cuerpos que ya se estaban pudriendo por una gripe que había barrido la ciudad. Pagó a un comerciante para ponerme en un barco a Alaha.

—Donde no podías sanar.

Ella niega con la cabeza.

—Creo que Edmond, ese día, cogió cada gota de magia que tenía y eso hizo imposible que volviera a ser como era antes, ni siquiera aunque me hubiera quedado en tierra.

Mi voz sale débil.

—¿Puedo preguntar cuál era tu don?

Una ligera sonrisa apenas visible se le dibuja en los labios.

—Era elemental. Metal.

Igual que Acker.

Algo parecido a una tos ahogada sale de Acker, al darse cuenta de quién es su madre: la anciana con la que viví durante mi adolescencia. La misma mujer a la que sobornamos para que guardara silencio durante nuestra huida. No está muerta, como le hicieron creer.

—Si voy a contarle todo esto a mi hijo —dice Cadence, inclinándose hacia delante, y hay un brillo en sus ojos que no me gusta—, ¿le vas a contar la verdadera razón por la que tu madre te entregó la corona?

Hago lo posible por parecer indiferente, mientras mis dedos aprietan la taza para mantener la calma.

—No cambiará nada.

—¿No? —dice y su sonrisa se vuelve cada vez más serpenteante—. ¿No crees que a mi hijo le gustaría saber que el acuerdo que hiciste con Roison fue a cambio de salvar la vida de él?

Mi sangre se hiela en las venas. Ella lo sabe. Sabe que Acker está aquí.

Mira alrededor, como si realmente pudiera ver a su hijo.

—¿Crees que me casé con un hombre que estaba vinculado con otra sin aprender sus trucos?

Me levanto de mi asiento.

—No sabes de lo que hablas.

Ella hace lo mismo y planta las manos firmemente sobre la mesa mientras se inclina hacia mí.

—¿No?

Con una rapidez que no esperaba de ella, arranca el cuchillo del tarro abierto de mermelada y lo tiene apuntando a mi yugular en un abrir y cerrar de ojos. Intento alcanzarle la muñeca, pero le arrancan la hoja de la mano antes de que yo llegue a tocarla. Nuestras cabezas se vuelven hacia Acker. Mi corazón se rompe al ver su

expresión. Pétrea y con los ojos enrojecidos por el llanto. Desvía la mirada entre su madre y yo mientras aprieta el cuchillo con el puño.

Cadence sigue el movimiento del cuchillo en su mano, lo único que puede ver mientras sus ojos se inundan de lágrimas, como si no hubiera creído realmente que él estuviera aquí hasta ahora.

—Hijo —dice, con la voz quebrada—. Por favor, perdóname.

Él niega lentamente con la cabeza, ya sea en respuesta a su súplica o simplemente porque hay demasiadas emociones para expresarlas. Sus manos siguen temblando.

Las lágrimas de Cadence caen sin cesar y sus ojos recorren la habitación como si pudiera verlo solo con mirar en el lugar correcto.

—Tienes que entenderlo, nunca he querido que me vieras así.

Acker traga con dificultad antes de mirarme.

—Vete —ordena.

—Acker...

—Ahora.

Justamente reprendida, echo un último vistazo a Cadence antes de volverme hacia la puerta. El sonido de sus sollozos desconsolados me sigue hasta fuera.

Capítulo 27

Jo



Me preocupo de inmediato al ver a Beau esperándome cuando regreso al palacio.

—¿Por qué no estás con tus alumnos?

—Tengo a un padre cubriendo la clase por mí.

Los ojos de Beau se entrecierran cuando me acerco.

—¿Dónde has estado? —pregunta, casi acusatoria.

Me detengo en el marco de la puerta de la cocina y me doy cuenta de que Sam ha regresado. Por la expresión de su rostro y el de mi madre, sé que no viene con buenas noticias. He tenido suficientes revelaciones en los últimos tres días como para toda una vida y creo que sé cuál será la respuesta de Chryse al descubrir que mi vínculo está en Maile.

—A Chryse le preocupa la posibilidad de que dejes de cumplir tu parte del acuerdo si sospechas que la guerra ya no está a su favor —dice Sam.

Me apoyo contra el marco de la puerta y me aparto del rostro el cabello revuelto por el viento.

—¿Sabe que Wren ha hecho un trato con Edmond? —pregunto.

—No lo ha dicho, pero sí que sospecha que algo anda mal. Incluso habló de hacer un juramento de sangre para asegurarse de que no vas a traicionarlo.

Mi madre no necesita expresar su opinión. Puedo ver el desagrado en su rostro ante la idea de que haga un juramento de sangre. Cuando le pedí hacerme cargo de la corona, prometió darme espacio para tomar mis propias decisiones y cometer errores. Pero si alguna vez quiero consejo, solo necesito pedirlo.

—Gracias, Sam. Creo que es mejor dejar todo como está por el momento.

Él asiente.

—Estoy de acuerdo.

El cansancio le marca los rasgos, tiene la ropa arrugada por los repetidos saltos a través del terreno y resulta inquietante. He visto a este hombre acabar una batalla de un día con el aspecto de haber salido a dar un tranquilo paseo.

—¿Has visto las líneas del frente? —pregunto.

Su boca se estrecha y los ojos se tornan tristes al responder.

—Los roison han logrado avanzar hasta el interior del territorio de Kenta, dejando sus tierras y sus gentes marcadas a su paso.

Mi madre chasquea la lengua.

—La Madre Naturaleza no va a estar contenta.

—No, no va a estarlo —concuerda él—. Nos espera un invierno terrible.

Gimo.

—¿Alguien tiene buenas noticias?

—De hecho —dice Beau, haciendo una mueca—, esta mañana recibí noticias de mi madre. Ha encontrado algo... interesante.

Por la forma en la que vuelve la cabeza hacia la escalera, queda claro que esta es una conversación que quiere tener en privado, así que dejamos a Sam y a mi madre en la cocina. Él hará lo posible por aliviar sus preocupaciones, pero sabe que poco puede decir para tranquilizarla. Al final, las decisiones las tomo yo.

Beau y yo no hablamos hasta que estamos a solas en su habitación.

—Tu aura está por todas partes —dice, cerrando la puerta tras de mí.

La habitación de Beau está decorada en suaves tonos neutros. Todo, desde las cortinas hasta la ropa de cama y la alfombra en el suelo, carece de dibujos o colores marcados. Contrasta completamente con su hogar dentro de la ostentosa decoración del palacio de Kenta. El único toque de color proviene de la pila de novelas de misterio en su mesilla de noche.

Y al sentarme al borde de su cama hecha, quizá puedo entender la calma que un estilo tan minimalista le aporta.

—¿Qué ha encontrado Greta? —pregunto, evitando responder a su comentario.

Ella abre la boca, como si quisiera indagar más sobre mi estado emocional actual, pero parece pensárselo mejor. De pie junto a su escritorio, coge un montón de papeles y me los entrega. Parecen páginas arrancadas de un texto antiguo. Repaso las primeras líneas antes de darme cuenta de qué es lo que estoy leyendo. Parece una vieja nota manuscrita que especifica, exactamente, cuándo y cómo se puede utilizar un juramento.

—¿De dónde es esto?

Beau coge la última página del montón y me la pasa, señalando el emblema estampado bajo la firma del filósofo. El emblema de Strou. Rojo, con el dibujo de las astas.

—Mi madre lo encontró escondido en un texto en la habitación de Acker.

Vuelvo al punto donde me he quedado, pero la mayoría del texto parece relatar cosas que ya sé. Un juramento de sangre debe hacerse usando la sangre de la persona que lo realiza mezclada con tierra de la región. La repercusión de romper el juramento, sin importar su contenido, es la magia de la persona. Pero al crear un juramento de sangre con otra persona mientras se dice una mentira, el precio es mayor: la muerte. Y debido a este alto coste, es una herramienta que puede usarse para revelar verdades.

La siguiente línea tiene un asterisco dibujado a mano al lado.

> Si se realiza un juramento acompañado de una declaración de verdad, dicho juramento queda ligado a esa verdad concreta. Mientras la declaración sea verdadera, el vínculo del juramento se mantiene. Si la verdad deja de tener valor, el juramento queda nulo y sin efecto.

Siento como si una piedra me cayera en el fondo del estómago al mirar a Beau.

Ella asiente.

—Mi madre dijo que es anterior a la época en la que conoció a mi padre, probablemente incluso de antes de que Edmond ocupara el trono. —Se sienta junto a mí en la cama—. Lo encontró en un texto que no está en ninguno de los archivos de Kenta, y, tras examinar la técnica de encuadernación más simple usada en las páginas, supone que probablemente Acker lo trajera consigo tras una de sus muchas visitas a Strou.

Santo cielo. Él lo sabía.

Sabía que cuando hizo el juramento con nuestra sangre combinada, su promesa de protegerme solo tendría validez mientras su declaración de amor fuera verdadera.

«Y la amo».

—Pero ¿quién dice que esto es verdad?

Beau se encoge de hombros.

—Nadie. Los juramentos de sangre son notoriamente difíciles de manejar. La gente siempre ha buscado lagunas.

—¿Fuiste capaz de saber, por su aura, si todavía me ama? —Odio haberlo preguntado en cuanto las palabras salen de mi boca, sé que no es justo para ella, pero necesito saber si vino a Maile a probar los límites del juramento después de todo este tiempo.

Beau niega con tristeza.

—Necesitaría ver cómo interactúa su aura con la tuya para saberlo. ¿Cómo reaccionó ante la visita de Fredrich a tu habitación anoche? —pregunta, con astucia.

Mi boca se abre sorprendida.

—¿Cómo sabes eso?

—Me preocupé cuando todos mis pasadores del pelo salieron volando —dice, señalando la pared detrás de mí. Los metales

dorados y plateados están incrustados en la piedra—. Me preocupé, obviamente, pero justo cuando iba a correr a tu habitación para salvarte, oí... cosas.

Un rubor me sube por el cuello.

—Genial.

—Pensaba que era solo mi hermano, así que esperé afuera, sin querer entrometerme, pero queriendo asegurarme de que estabas bien. —Hace una mueca al recordarlo, algo que nunca había visto en ella antes; una mezcla de horror, vergüenza y náusea—. Imagina mi sorpresa cuando fue Fredrich quien salió de tu habitación.

—Fue una decisión terrible, lo sé —gimo.

Beau se encoge de hombros, con expresión pensativa.

—¿Logró lo que querías?

Reflexiono sobre su pregunta mientras recuerdo la noche anterior. Lo mucho que deseaba un respiro del dolor, tanto que estaba dispuesta a tomar la segunda opción que atravesó la puerta, solo para que todo el plan se frustrara por la presencia de Acker. Lo mucho que se enfureció. Luego, en su propia desesperación por apartarme de Fredrich, era casi como si... fuera incapaz de no participar. Como si no pudiera evitar involucrarse en algo, en lo que fuera, que me proporcionara placer.

—No lo sé —respondo, con honestidad.

—Bueno, solo una advertencia, Iona se lo ha dicho a tu madre.

La portera es una verdadera chismosa, pero, de alguna manera, que mi madre se entere de mis desmanes nocturnos es lo que menos me preocupa.

—¿Qué hora es?

—Ni idea —dice Beau, señalando los fragmentos de metal esparcidos—. Mi reloj de pulsera está aplastado contra la pared.

Enrollo los papeles y se los devuelvo.

—Messer y Drake deberían estar escoltando a Acker e Irina a su barco en cualquier momento. Si vino a comprobar el juramento, se le ha acabado el tiempo.

—Lo llevaste a ver a Cadence esta mañana, ¿verdad?

Asiento.

—Posiblemente otra mala decisión.

—A veces las decisiones no son buenas ni malas. A veces son solo decisiones.

Mientras dejo que sus palabras me calen, de repente todo parece pesado.

Todavía hay mucho por decir, especialmente considerando todo lo que Cadence me reveló. Miro a Beau y ella me ofrece una sonrisa triste, sabiendo, sin que tenga que decírselo, el peso que cargo. Lo ve tanto como yo lo siento.

Me levanto para irme y me detengo en el umbral de la puerta.

—¿Puedes organizar una reunión esta noche? —le pregunto.

—Claro —dice—. ¿Quieres que reserve la sala en la taberna?

Niego con la cabeza.

—No. Quiero que sea aquí, en el palacio.

No quiero arriesgarme a que alguien nos oiga, no cuando se trata de información capaz de alterar el mundo.

Las pruebas de la aventura de anoche han desaparecido de mi habitación. Mi bata, mi lencería, ya no están en el suelo, donde las dejé después de bañarme. La cama hecha me llama, considero tumbarme en ella para una siesta a media mañana, pero me doy cuenta de que he cometido un grave error. Mis dedos buscan la cadena en mi cuello, pero no está; debí de dejarla alrededor del pomo de la silla del caballo. Abro el cajón de mi mesita y encuentro el último collar de piedras mangi que tengo. No será suficiente para impedir que Acker atraviese mi lado del vínculo si lo desea, eso está claro, pero es mejor que nada. Al menos mientras estoy despierta.

Dudo antes de ponérmelo.

Aunque él necesita salir de Maile por múltiples razones, el vínculo ya protesta. Han pasado cuatro años desde que dejé Kenta y los tres días que ha estado en Maile han sido como beber agua por primera vez después de haber sido privada de ella por completo. Como si estar separada de él equivaliera a estar en esas tierras misteriosas de las que se habla, donde solo hay desierto y arena y ni una gota de agua a la vista. Mi magia odia estar privada de la presencia de mi vínculo.

Al salir a la terraza, me apoyo en la barandilla mientras observo las velas blancas a lo lejos. Desde aquí, el muelle es apenas una línea

curva que se adentra en el golfo. No puedo diferenciar qué barco es el de Acker entre el resto de los amarrados al muelle. Sin embargo, mis ojos se detienen en uno en particular. El lazo de debajo de mi pecho quiere guiarme directamente hacia él.

Estoy jugando con el collar entre mis dedos cuando siento su presencia detrás de mí. No me muevo mientras da un paso deliberadamente fuerte para señalar su acercamiento y sus manos aparecen a cada lado de la barandilla, aprisionándome entre sus brazos. Llamo a mi daga, la sujeto en una mano y el collar, en la otra. Este último no servirá de mucho si él ya no está atado por el juramento, pero su peso familiar me tranquiliza.

Su pecho presiona mi espalda y la calidez se extiende por cada centímetro de mi cuerpo.

—Siempre he ansiado tu aroma —dice, con la nariz rozando el costado de mi cuello mientras inhala profundamente—. El hierro en la sangre que corre por tus venas mezclado con el olor de las flores silvestres.

Mi corazón se acelera y sé que puede sentirlo.

—Pensaba que era solo porque deseaba verla derramarse...

Me recompongo y me giro en el círculo de sus brazos para encontrar su mirada. Oscura, cautelosa y tan increíblemente hermosa que parece injusto.

—¿Has venido hasta aquí solo para matarme?

—¿Matarte? —Una sonrisa confundida se le dibuja en la boca y me enamoro de ella—. ¿Por qué iba a matarte?

—Sé lo del juramento —digo, odiando lo entrecortada que suena mi voz—. Que está ligado a la declaración de una verdad.

Su sonrisa crece, mostrando los dientes al hablar.

—Me pareció ingenioso.

Aprieto mi daga, pero él no se inmuta y coloca más peso sobre la longitud de mi cuerpo. Me recoge los cabellos sueltos detrás de la oreja y tiene acceso completo a la parte expuesta y vulnerable de mi cuello donde fluye mi fuente de vida. Se inclina y me sorprendo cuando sus labios aterrizan en el borde de mi mandíbula. Contengo la respiración mientras sus labios se deslizan hacia mi boca. Intento

volver la cabeza, pero me detiene con sus dedos en mi barbilla, manteniéndome quieta.

Inclina la cabeza para mirarme a los ojos, buscando.

—Negociaste para salvarme la vida.

La negación se queda en la punta de mi lengua, pero hay un atisbo de suavidad en su mirada que me detiene.

Su mirada desciende a mi boca abierta de nuevo, permanece allí un momento antes de bajar más. Intento controlar mi respiración, pero viene en grandes bocanadas. Me suelta la barbilla y sus dedos se deslizan por mi mandíbula hasta mi garganta expuesta. Se me eriza la piel por la leve caricia.

Se lame los labios mientras sus ojos suben para encontrarse con los míos nuevamente.

—Nunca harías eso por alguien a quien no amas.

Trago saliva para aclararme la garganta.

—Al contrario, lo haría por casi cualquiera.

Ríe, grave y delicioso.

—Sigues siendo hermosa incluso cuando mientes.

No confirmo ni niego su acusación mientras sus labios regresan a mi pulso, con la lengua fuera para probarme, y aprieto los dientes para no revelar cuánto me afecta. Puedo sentir su sonrisa mientras besa la longitud de mi cuello con la boca abierta hasta llegar a la oreja.

Su voz me recorre la columna al decir:

—Siempre vendría a por ti.

Mi corazón se detiene, el collar de piedras se me cae de la mano mientras me inclino hacia él. A la defensiva o no, no lo sé, pero me quedo sin rumbo cuando desaparece. No es la partida repentina de Acker lo que me hace saltar, sino el hombre de pie en la puerta abierta de mi habitación.

—Fredrich —susurro y mis hombros se relajan aliviados—. ¿Qué haces aquí? ¿Todo bien?

No responde de inmediato y hay algo en sus ojos que me pone nerviosa otra vez.

Doy un paso cauteloso hacia atrás.

Luego parpadea, como despertando de un trance, y una pequeña sonrisa se le dibuja en la boca.

—Por supuesto. ¿Estás bien?

Su confusión es suficiente para hacerme dudar de mi cordura. Acker realmente ha jugado con mi mente.

—Sí —digo, con un suspiro de alivio.

Miro sobre la barandilla, a mi último collar de piedras mangi que yace en el patio, abajo. Un conejo lo está mordisqueando. Cuando le ordeno que pare, decide recogerlo y corretear con él. Por cien mil conejos rabiosos. Tendré que arriesgarme para recuperarlo.

La voz de Fredrich proviene justo de detrás de mí.

—Quiero que sepas que creo que eres la mejor líder a la que he tenido el honor de servir. Hablando estrictamente como soldado de la corona.

La declaración me eriza el cabello y, al girarme, está a la distancia de un brazo. Mi incomodidad regresa con fuerza mientras retrocedo un paso y mi espalda golpea la barandilla.

—Aunque los beneficios de servirte en la intimidad fueron definitivamente mejores —agrega, con un brillo juguetón en los ojos.

Estoy más que confundida al ver a mi amigo desabrocharse el botón superior de la camisa y sacar un pañuelo. Da un último paso hacia mí, quedando frente a frente. No hay hostilidad ni deseo en sus ojos; si acaso, parece... ¿arrepentido? Entonces mis ojos se fijan en la parte expuesta de su pecho, la piel moteada y la única letra tallada en ella. Mi sangre se hiela. La cicatriz en forma de V destaca contra su piel pálida.

Abro la boca para llamar a Beau, pero él coloca el pañuelo sobre mi boca y mi nariz, presionándome contra la barandilla con su cuerpo, y su otra mano sujeta la parte posterior de mi cabeza para mantenerme quieta. El aroma a hongos amargos que usamos para aliviar la muerte de los heridos después de la batalla me llena los pulmones.

El cielo sobre mí se oscurece.

Capítulo 28

Acker



El sonido de algo pesado golpeando el muelle me hace girar sobre mí mismo y veo a Wells frente a mí, con su bolsa a los pies.

Le lanzo una mirada impasible.

—¿Qué diablos haces aquí?

Él levanta la barbilla con una determinación desafiante.

—Bueno, si estás decidido a matar a tu padre, no quiero que tengas que vivir con la culpa de ser tú quien lo haga.

Ha sabido que algo andaba mal en cuanto salí de la habitación de la cabaña después de que Jovie me llevara con ella esta mañana. Le conté la horrible verdad sobre mi madre, sobre cómo mi padre ha logrado recuperar la magia y cuál es el precio. Me costó un mundo que la voz no me temblara mientras le decía lo que vi. Mi madre, marchita hasta el punto de estar irreconocible.

Recuerdo los días previos a la muerte de mi madre. Nadie me dijo explícitamente que había caído enferma con la misma enfermedad

que se extendía por el territorio, pero pude atar cabos por mí mismo.

Después, cuando mi padre me llamó a su sala para darme la noticia, me pareció algo irreal. Estaba entumecido. Recuerdo que no creí que pudiera estar muerta, porque... ¿no estaría yo abrumado por la tristeza si lo estuviera?

Pero la tristeza nunca llegó. Las lágrimas nunca cayeron. Aparte del leve pinchazo en el pecho, todo lo que recuerdo sentir fue pérdida. Confusión, mientras mi padre me servía una copa de vino. Mi primera vez. Me habló como a un igual, algo que nunca había experimentado antes con él, y me desconcertó. Su cambio de comportamiento no fue suficiente para saciar mi anhelo de atención, pero también me sentí extrañamente aliviado. Como si finalmente hubiera logrado lo que siempre había querido: hacer sentir orgulloso a mi padre.

Ahora me doy cuenta de que ninguno de mis sentimientos fue una reacción natural al enterarme de la muerte de mi madre, independientemente de lo mínima que había sido su participación en mi crianza. Nunca pensé que mi madre no me quisiera, pero los momentos en los que recibía su afecto eran pocos y distantes. Una vez que Greta llegó a nuestras vidas, mi madre se convirtió en una sombra de lo que había sido. Si fue por los actos de mi padre o por los suyos propios, tal vez nunca lo sepa.

Ser testigo del remordimiento de mi madre confunde la imagen que había tenido de ella durante la mayor parte de mi vida y no sé bien cómo manejarlo.

Cojo una bocanada de aire para salir de mis pensamientos y trato de enfrentar las emociones que me invaden mientras busco la mirada de mi amigo.

—Olivia —digo, dejando que el nombre de su esposa flote entre nosotros como una pregunta no dicha.

—Sabe que estoy aquí.

—¿Y está de acuerdo con esto?

Niega con la cabeza en un movimiento rápido.

—Para nada. Está asustada y últimamente no ha tenido mucha confianza en ti. Pero tampoco quiere que nuestro hijo crezca sin

nuestras familias. —Se encoge de hombros y alza las cejas—. Si tenemos la oportunidad, nos gustaría regresar a nuestras vidas en Kenta. Quiero intentar ayudar a que eso suceda.

Wells y Olivia llevan tiempo insinuando que debería ser yo quien ocupe el trono de Kenta. Han sido críticos con el liderazgo y las leyes de mi padre desde que éramos jóvenes. No puedo evitar sentirme indigno de su amistad, lo que provoca que el peso de las revelaciones de mi madre sea, de alguna manera, más pesado y más ligero al mismo tiempo.

—No estoy seguro de que vaya a hacerlo mejor como rey.

Observo a la tripulación cargando nuestro barco con provisiones, la cantidad exacta para el tiempo necesario de navegación a casa: ni más ni menos, bajo la supervisión de los soldados de Maile que se congregan en el muelle, y luego las banderas ondeando en los mástiles de los barcos de Maile amarrados cerca, mostrando el número de los hombres que han matado: hombres de Kenta.

—Ya he devastado el territorio de Kenta —le digo.

—Tu padre no te dejó otra opción. —Me pone la mano sobre el hombro para atraer mi mirada—. Has sido su marioneta.

Wells había querido huir de Kenta, estaba dispuesto a enfrentarse a mí con la espada para garantizar la seguridad de Olivia. Y ahora me ofrece algo más valioso que cualquier fortuna real: ser él quien acabe con la vida de mi padre para que no tenga que hacerlo yo mismo.

—Solo puedo aceptar lo que me ofreces si no te cuesta la vida.

Él sonríe, dejando entrever su arrogancia.

—No me costará la vida.

—Wells, tienes un bebé en camino.

—Y estará esperándome para conocerme cuando regrese.

Le lanzo una mirada escéptica y él se pone serio, las líneas de tensión le marcan la boca justo antes de abrazarme. Me coge por sorpresa. Wells no abraza. Nunca. La única persona con quien lo he visto ser afectuoso es Olivia. Doy una respiración profunda y prolongo el abrazo todo lo que puedo hasta que me veo obligado a dejarlo ir.

—Adorable —se burla el arquero mientras se acerca, haciendo un gesto para que subamos a bordo desde el final de la pasarela—. Vamos.

Cogemos nuestras bolsas y subimos al barco. Me vuelvo hacia Irina, que ya espera en cubierta. Está sombría y sé que no hay nada que pueda decir o hacer para mejorar su estado de ánimo. No le he dicho nada sobre la oferta de Jovie de permitirnos cruzar el golfo hacia Strou. No serviría de nada. Debo ordenar que el barco regrese en dirección a Kenta y si ella llegara a descubrir la razón por la que no la llevé a casa, la destrozaría.

Los barcos de Maile nos escoltan fuera del rompeolas mientras la tripulación de nuestro barco nos observa con nerviosismo, tan preocupada como aliviada al ver nuestro regreso.

—Al menos esta vez nadie me obligará a trabajar hasta morir —murmura Irina—. Me quedo con la cabina del primer oficial. —No espera a que nadie dispute su afirmación y baja por la escalera.

No perdemos tiempo en izar las velas y movernos mientras el viento está a nuestro favor y, al anochecer, hemos puesto suficiente distancia entre nosotros y la costa de Maile como para que el muelle y la ciudad más allá ya no sean visibles. En cuanto estoy seguro de que nos hallamos fuera de su campo de visión, doy la orden de soltar el ancla.

Le pregunto al timonel sobre nuestra posición respecto a la costa más cercana. Estamos orientados hacia Kenta, a no más de una milla de distancia. Ordeno a la tripulación que vigile de cerca el agua mientras esperamos.

Estoy ansioso.

El sol se acerca rápidamente al horizonte y será difícil avistar algo en el agua después del anochecer. El vínculo ha estado amortiguado la mayor parte del día, pero no puedo saber si es por Jovie o por el sedante que Fredrich planeó usar para someterla. No hay manera de saber si tuvo éxito, ya que la última vez que hablé con él fue ayer por la noche, pero la falta de tensión del cordón me está cabreando.

Uno de los marineros grita un aviso y sigo su dedo, que apunta a estribor. La lancha se balancea peligrosamente en el oleaje y la tripulación se apresura a lanzar cuerdas para izarla a salvo.

Es entonces cuando Wells elige el peor momento posible para aparecer proveniente del interior. No es que pretendiera ocultarle mis planes, pero habría sido mucho más fácil explicárselos después, en lugar de que esté aquí para presenciarlo en primera persona.

Hago girar la daga en mi palma, pues necesito algo para aliviar la anticipación inquieta de su llegada.

El sonido de las cadenas mangi al chocar mientras ella lucha contra sus ataduras me oprime el pecho. Estoy de espaldas a ellos mientras los suben a bordo. Me coloco entre Wells y lo que sucede, pero escucho a Fredrich gruñir durante el alboroto. Mantengo mi vista en el rostro de Wells mientras empieza a comprender exactamente lo que está pasando y su expresión se contrae de ira.

—Has secuestrado a la maldita reina de Maile.

—No —lo corrijo—. He secuestrado a mi vínculo.

Sus gritos están amortiguados, supongo que deben de haberla amordazado. Los ojos de Wells los siguen ávidamente por encima de mi hombro y me giro, justo cuando Fredrich, finalmente, sube a Jovie de la lancha a la cubierta.

Se escucha un fuerte golpe, seguido de un maldición de Fredrich que me arranca una sonrisa. Luego, una sensación punzante y aguda recorre el vínculo y detengo la daga que giraba en mi mano.

—Cuidado —gruño, con la cabeza vuelta lo suficiente para ver a mi amigo por el rabillo del ojo.

Él se agacha y carga sobre su hombro a la reina, que no deja de retorcerse.

—No le estoy haciendo daño —me asegura—. Cualquier dolor que sienta, se lo ha infligido ella misma.

De alguna manera, logra mantener bien sujeto su cuerpo mientras marcha hacia la cabina principal. Me arriesgo a echar un vistazo directo en el último momento antes de que desaparezcan detrás de la puerta de la cabina. El cabello de Jovie es una melena salvaje alrededor de su cabeza mientras se retuerce, con las manos entrelazadas en posición de oración con la cuerda, para impedir que llame a su daga, y los pies firmemente juntos para evitar que dé patadas. Una vez amenacé con atarla como a un animal, cuando ella creyó que podría irme de Alaha sin ella, y una parte perturbada de

mí se siente molesta por el hecho de que sea Fredrich quien realmente lo haya hecho. Ella vuelve la cabeza en mi dirección, pero desvío la mirada antes de que pueda establecer contacto visual.

La puerta se cierra detrás de ellos y, como si despertara de un trance, la tripulación vuelve a sus tareas normales.

—El juramento —dice Wells, con los ojos abiertos mientras su mirada se dirige hacia mí—. ¿Cómo lo has hecho?

Devuelvo mi daga a la correa que llevo al pecho y comienzo a remangarme la camisa.

—Está más segura conmigo —explico—. Al llevármela, la estoy protegiendo.

—Y una mierda —dice señalando la puerta cerrada de la cabina y los ruidos amortiguados que provienen de allí—. Él no estaba en Maile por casualidad.

La puerta de la cabina se abre de nuevo y Fredrich sale, con aspecto un poco desastrado. Cierra con un portazo y se pasa una mano por el pelo desordenado antes de enderezarse el cuello de la camisa y volverse para mirarme fijamente.

Ya sabe lo que viene, porque levanta una mano en señal de conciliación.

—Antes de que empieces, deberías saber que estaba salvándole la vida a un compañero. Si no hubiera sido yo, habría sido otro y, sin duda, lo habrías matado.

Wells está justamente confundido y pasa la mirada de uno a otro mientras nos vamos acercando.

Termino de remangarme la otra manga.

—Me importa una puta mierda —digo.

—Deberías darme las gracias. —La sonrisa arrogante de Fredrich aumenta mi enfado un grado más—. Podría habérmela follado.

Mi puño conecta con su mandíbula antes de que pueda dar el siguiente paso, y lo envía tambaleándose hacia atrás. Wells maldice mientras todo el trabajo se detiene a nuestro alrededor, con la tripulación nuevamente distraída.

—Cierra la puta boca —gruño.

Frotándose la zona dolorida de la mandíbula, tiene el descaro de levantar un dedo hacia mí.

—Ese ha sido el único golpe que te permito. Intenta darme otra vez y lo lamentarás.

Es doblemente irritante saber que solo está diciendo la verdad. Me ha dejado golpearlo. Si no hubiera bajado su escudo, con toda probabilidad me habría roto cada hueso de la mano y la muñeca. Sobre el agua, habría tardado una eternidad en sanar, tal vez incluso lo habría hecho de manera incorrecta.

—Podrías haberle dicho que no.

Él encoge los hombros con ligereza, como si el esfuerzo de hacerlo completamente no valiera la pena.

—¿Dónde estaría la diversión entonces?

Cojo una daga de mi arnés, el metal como extensión de mí mismo, y se la lanzo directamente a la garganta. Golpea la pared invisible que lo rodea, pero no se rompe ni rebota cuando continúo empujándola hacia delante, con la mano extendida, mientras doy un paso amenazante hacia mi amigo. La hoja vibra mientras se acerca a su objetivo.

Sus ojos ni siquiera se desvían hacia el arma y mantiene la mirada firme mientras me observa.

—He visto los sacrificios que ha hecho por su propia gente. La he visto pasar días sin dormir. Enfrentarse a la muerte sin una pizca de miedo.

Se escucha un crujido y mi mano tiembla mientras lucho por mantener la presión sobre la daga. El desdén en su expresión hace que mi estómago se retuerza.

—Y ojalá hubieras visto su rostro cuando le informaron de tu llegada. Estaba tan lleno de esperanza. Fue la primera vez que vi ese nivel de emoción en ella en todos los años que llevo vigilándola desde que tú me lo pediste. Solo para que lo destrozaras al aparecer con tu esposa, buscando a sus hombres en lugar de a ella.

El aviso en mi tono es suficiente firme mientras digo:

—Sabes mejor que nadie por qué vine exactamente y no tiene nada que ver con sus hombres.

Él resopla.

—Tal vez quieras matarme ahora mismo, Ace, pero creo que ambos sabemos que no soy yo con quien en realidad estás

enfadado.

Sus palabras están claramente elegidas con la intención de cabrearme y, joder, funcionan a la perfección. No hay manera de que me equivoque sobre con quién estoy en realidad enfadado y definitivamente es con el amigo a quien confié la seguridad de mi vínculo. No es que Fredrich pueda llegar a entenderlo. En el pasado, las pocas veces que logramos arrastrarlo a una taberna a tomar una copa o dos, rechazaba a cualquiera que se le acercara. Nunca habló de ningún romance, ni siquiera insinuó algún interés amoroso. Quiero decir, todos pensábamos que el hombre era jodidamente célibe, por Dios.

Fredrich le da una palmada en el hombro a Wells.

—Es bueno verte, amigo mío —dice, lanzándome una última mirada antes de dirigirse abajo a buscar una litera.

La mirada de Wells se desliza hacia mí y hay una expresión en su rostro que no puedo identificar.

—Eres un completo desastre —dice y luego me deja solo en la cubierta con mis pensamientos.

Capítulo 29

Acker



Para cuando llegamos al puerto de Kenta, estoy ansioso por poner los pies en tierra. Pensé que estar atrapado en un barco con la ira de Olivia era malo, pero no se compara con el infierno del viaje de regreso.

Mis días han transcurrido escuchando el sonido de cadenas entrechocar a través de las delgadas paredes de la cabina de Jovie. Está furiosa. Con el tipo de furia que se siente en los huesos. Conozco bien esa sensación, la he experimentado mucho tiempo, después de su traición.

Pero por la noche, cuando el agotamiento la vence y está demasiado cansada para avivar las llamas de su ira, el deseo de ir hacia ella se vuelve abrumador. Y está tan cerca. Demasiado cerca, la verdad. Se ha convertido en un verdadero testimonio de mi autocontrol, cuando lo único que quiero es escucharla decirme las

palabras. Que me amaba entonces, incluso cuando me traicionó, y que tal vez aún me ame después de todo este tiempo.

Intento aferrarme a los recordatorios de por qué estoy enfadado con ella, pero todos parecen débiles en comparación con lo que enfrentamos. Los planes que mi padre ha tramado y la oscuridad de esta guerra en el horizonte. Pero Jovie podía verlo. Lo vivió en Alaha y siempre supo que el cambio se acercaba.

Mientras yo lidiaba con mi frágil contención, Irina ha estado taciturna y solo sale de su habitación para las comidas. Fredrich y yo apenas hemos hablado, principalmente debido a mis propias y persistentes frustraciones respecto a él. Y Wells ha estado callado. En la práctica puedo sentir el enjuiciamiento que emana de él cada vez que me ve.

Está nevando sobre el puerto y los copos se derriten en cuanto tocan el suelo. Tuvimos que navegar río arriba. Más lejos de lo que me hubiera gustado, pero los puertos grandes cercanos a la desembocadura del río Yanka estaban abarrotados de soldados del palacio. Este puerto, por ejemplo, es pequeño y normalmente solo está vigilado por unos pocos hombres, pero hay un puñado de soldados en el muelle con un carro de la cárcel lleno de prisioneros aguardando a que los suban a un barco, con las ropas sucias y el pelo apelmazado por el tiempo que han pasado en la prisión de la ciudad. Sus cuellos están adornados con collares.

Herederos que serán transportados al palacio.

Ante mi padre.

No estamos lo suficiente cerca del palacio como para preocuparme por que me reconozcan, pero me subo la capucha y mantengo la cabeza baja mientras camino por las calles, solo para asegurarme.

Nadie parece perturbado por la visible presencia de los soldados. La gente deambula de un comercio a otro, congregándose en las aceras para charlar, como si todo fuera normal. El mercado de agricultores que busco está escondido en un callejón amplio entre dos edificios, no muy lejos del muelle. Estos son mercaderes que viajan de un lugar a otro por todo el territorio para vender e intercambiar sus bienes, los mismos que harían el viaje a la costa sur para el mercado anual con Alaha. Si hay rumores que escuchar,

vendrán de sus bocas. Busco a una vendedora en particular y encuentro su puesto al final de la fila. Al principio no me ve. Está de espaldas mientras yo me acerco a su mesa para mirar los pasteles que tiene expuestos.

—Esperaba encontrarte aquí —digo, llamando su atención.

Cuando se da la vuelta, su ceja perforada se arquea con sorpresa.

—El catalizador de metales de Kenta —dice, con una sonrisa amplia—. ¿A qué debo el honor? Han pasado..., ¿qué? ¿Cinco años? ¿Seis?

—El mercado final —respondo, recordando la última vez que nos vimos.

Miro la multitud a nuestro alrededor, ella lo entiende y me hace un gesto para que vayamos detrás de su mostrador, donde hay un poco más de privacidad. Coloca un letrero sobre la mesa antes de tirar de una cuerda que baja una tela sobre la parte frontal del puesto.

Una vez solos en las sombras, su sonrisa se vuelve coqueta.

—Se rumorea que has dejado el nido —dice.

—A los cotillas les encanta inventar historias —respondo a su vez.

Sus dedos bailan sobre el cuello de mi camisa.

—Hmm —musita—. ¿Esta visita inesperada es por placer, entonces?

La dejo disfrutar de su fantasía durante un momento mientras hablamos.

—¿Qué se rumorea en la calle sobre el motivo por el que el palacio ha enviado a tantos soldados a este lugar?

—Nos dijeron que están aquí para aliviar el problema de hacinamiento de la prisión de la ciudad, pero ha habido rumores de que solo están moviendo a Herederos, que hay otra represión contra cualquier Heredero que cometa la mínima infracción.

—¿Como qué?

—Cosas como vandalismo, ser sorprendido diciendo algo remotamente negativo sobre el rey, o solo por estar demasiado borracho o por montar escándalo en un bar. —Continúa jugueteando con mi camisa, me desabrocha un botón y sus dedos buscan la piel expuesta de mi pecho—. Pero he oído hablar de una ciudad cercana donde se los llevaron a todos. Incluso a los bebés.

Se me hiela la sangre.

—¿Dónde?

—Al este —dice mientras sus manos se deslizan hacia la cintura de mis pantalones—. Una ciudad donde nadie llevaba collares.

—¿Alguna vez has visto u oído hablar de una piedra llamada piedra listón?

Sus dedos se deslizan bajo mi camisa y me acarician la piel del estómago.

—Piedra listón —dice, casi ausente—. Creo recordar que mi abuela contaba historias sobre una piedra con un nombre parecido, pero yo nunca he visto una. ¿Por qué?

Habiendo obtenido lo que necesito, detengo sus atenciones con una mano suave sobre su muñeca.

—Gracias, Phoebe —digo mientras me inclino para besarla en la mejilla, donde dejo que mis labios se demoren—. Vete a casa, ¿de acuerdo?

Cuando me aparto, la coquetería en sus ojos desaparece, reemplazada por comprensión. Es tan buena para sacar información como yo. Si necesitaba confirmación de que las cosas se están torciendo en esta guerra, estoy más que feliz de dársela, sin necesidad de coqueteo.

—¿Quizá la próxima vez, entonces?

Sonrío ante la broma que denota el tono de su voz.

—Cuídate —respondo y me despido.

Hago una última parada en el palomar a las afueras del pueblo. El anciano que está tras el mostrador me mira lo suficiente como para estar seguro de que conoce mi identidad, pero estoy agradecido de que no indague. Escribo mi mensaje y lo sello en un cilindro de metal con cera. Cuando va a cogerlo, niego con la cabeza y deslizo algunas monedas extra sobre el mostrador.

—Quiero ver al pájaro liberado. —No hay lugar para discusión en mi tono.

Mira las monedas antes de cogerlas. Desaparece por la puerta que hay a su espalda y regresa con una paloma en las manos. Sin decir una palabra, me muestra la anilla identificadora que nombra la ciudad en la que estamos, en su pata izquierda, y el destino al que

está entrenada para volar, en la derecha. Ata el mensaje a su arnés y, cuando sale de detrás del mostrador, lo sigo hasta la puerta del palomar. Abre la puerta lo justo para permanecer en el umbral, lanza la paloma al aire y ambos observamos cómo el ave se orienta antes de girar hacia el oeste.

—¿Contento? —pregunta.

Asiento, sonriendo ante su evidente molestia.

—Mucho —respondo.

Le doy una moneda más para asegurarme de que mantenga la boca cerrada sobre mi identidad, pero algo me dice que ha leído y visto suficiente en su vida como para que no le importe quién soy o por qué estoy aquí. De hecho, quizá se haya sentido insultado por que haya desconfiado de su discreción.

Regreso al barco y busco a Fredrich. No está en la cubierta, ni abajo en las cabinas, así que me aventuro en la bodega para encontrarlo. Está vacía de provisiones. Los pocos suministros restantes de Maile se descargaron una vez que alcanzamos la desembocadura del río. Es aquí donde encuentro a Fredrich sentado sobre un barril vacío de vino.

Nuestras conversaciones fueron mínimas durante el viaje. Después de explicarle la alianza de mi padre con los alaha y los dones que ha adquirido, Fredrich afirmó que la mejor oportunidad que alguien tendría de matar a mi padre sería con su ayuda. Por mucho que me duela admitirlo, estoy de acuerdo; su escudo es demasiado valioso como para no utilizarlo.

Se sienta con una rodilla doblada y la espada equilibrada sobre el regazo mientras pasa una piedra a lo largo del filo de la hoja. Hay un vaso vacío apoyado en una viga, a su lado.

—Bueno —dice, alzando la vista hacia mí—. ¿Cuál es el plan?

—Al parecer hay un pueblo cercano que los soldados de palacio han vaciado en una redada. Con suerte podremos encontrar algún alojamiento abandonado que esté en condiciones aceptables.

Hay una breve pausa antes de que continúe afilando la espada.

—Creí que querías usurparle el trono a tu padre —dice.

—No voy a llevar a mi vínculo a ningún sitio cerca del hombre que está drenando la magia de los Herederos como una sanguijuela.

La expresión de Fredrich se vuelve pensativa.

—¿Cómo vamos a sacarla del puerto sin que nos descubran?

—Irina.

—Aunque pueda lanzar una ilusión sobre todos nosotros, no servirá de nada si la reina no coopera. Bastaría con un buen grito para que atravesaran el engaño de Irina.

Su insistencia en referirse a Jovie por su título me irrita.

—Yo me encargaré de Jovie —le digo antes de darme la vuelta para irme—. Prepárate para desembarcar en treinta minutos.

No son sus palabras, sino su bufido de fastidio lo que me hace detenerme en seco.

—Os he visto a Hallis y a ti pasar por un montón de burdeles cuando éramos jóvenes, ¿sabes? —dice, cortante—. Sé que es diferente porque Jo es tu vínculo, pero yo hice que el amor de tu vida se corriera, Ace. No la he matado, joder. ¿Cuándo vas a dejarlo pasar?

Apretando los dientes, me giro para mirarlo.

—¿Cuántas copas de vino llevas encima?

—Unas cuantas —admite.

—¿Todavía no has superado tu miedo al agua?

—No es miedo al agua —protesta—. Es estar atrapado en un barco lo que me vuelve loco. No hay nada que hacer salvo... —Agita una mano en el aire—... beber.

—¿No tendrá nada que ver con que no puedas acceder por completo a tu escudo?

Mis palabras le impactan; sus ojos se deslizan hacia la correa de dagas cruzada sobre mi pecho.

—¿Eso es una amenaza?

Me encojo de hombros, sin mucho entusiasmo.

—Solo una observación.

Tras evaluarme con cuidado, vuelve a afilar la espada.

—No te tengo miedo, Ace. Con escudo o sin él.

Me digo que debería marcharme, dejar el tema por ahora, pero simplemente no puedo. Aprieto la mandíbula antes de conseguir forzar las palabras fuera de mis labios.

—Gracias. Por protegerla.

Podría aprovechar este momento para burlarse de mí, para clavar un poco más el cuchillo metafórico, pero no lo hace. Se limita a inclinar la cabeza de la forma tradicional de Kenta mientras dice:

—De nada.

La verdad es que nunca he dudado de que lo haría, y de que lo haría bien. No tuve que pasarme las noches en vela preguntándome si ella estaría protegida, como había hecho durante tantos años de mi infancia, cuando no sabía si estaba viva o muerta. Sabía que estaba a salvo porque Fredrich estaba con ella.

—Pero seamos sinceros —digo, entrecerrando los ojos—. Puede que fuera tu boca la que estaba sobre ella, pero era a mí a quien se estaba sometiendo.

Su sonrisa ladeada regresa, pero es de buen humor.

—Lo que necesites decirte a ti mismo, amigo.

Me doy la vuelta antes de que pueda ver mi sonrisa.

—Ni siquiera sabes silbar.

—¡Eh! Juraste guardar ese secreto.

Capítulo 30

Jo



Me han secuestrado. Otra vez.

Me duele todo el cuerpo por llevar tanto tiempo en esta posición antinatural. Los grilletes mantienen mis muñecas unidas, al igual que en los tobillos. Pero son las manos lo que más me duele: una cuerda fina tejida alrededor de cada dedo y cruzada sobre las palmas las ata en posición de oración. Ha resultado algo útil para pedirles a los dioses que fulminen a Acker con un rayo gigantesco desde que estoy en esta cama. La cama a la que estoy encadenada, por si acaso consiguiera deshacer todas mis ataduras, lo cual, sinceramente, requeriría una intervención divina.

Llaman a la puerta, sigue una pausa silenciosa y pongo los ojos en blanco ante la idea de que alguien intente parecer educado dadas las circunstancias. Estoy encadenada a una cama, por los dioses. No hay nada hospitalario en todo esto.

Vuelven a llamar.

Joder.

—¡Adelante! —grito, de mala gana.

Cuando veo que la figura que se desliza por la puerta es la de Acker, me incorporo. Es imposible confundir su altura y su porte incluso en la penumbra de la cabina. Cabello oscuro, hombros fuertes, cada centímetro de él es puro músculo.

Ninguno de los dos habla mientras él cierra la puerta. Se apoya contra ella y deja caer la cabeza contra la madera. Unos finísimos rayos de luz se filtran por las rendijas entre las tablas de la cubierta del barco, la única iluminación en un espacio, por lo demás, lúgubre. Apenas sirve para verlo y las sombras ocultan la expresión de su rostro.

El veneno se me acumula en la punta de la lengua, listo para escupirlo, pero algo me detiene. Es extraño, después de no haber tenido nada mejor que hacer durante días que fantasear con todo lo que le diría en el momento en que por fin lo tuviera delante. Ahora está aquí, de pie frente a mí, y no consigo reunir la energía para decir absolutamente nada.

—Tenemos que atravesar el pueblo para llegar a las caballerizas y necesito que te comportes como una prisionera de verdad.

Durante un breve instante estoy confundida. Luego, divertida, se me escapa una risita, seguida de una carcajada abierta. El sonido rebota contra las paredes de la cabina. No puedo detenerlo; las lágrimas me resbalan por los ojos mientras el estómago se me contrae y lucho por recuperar el control.

Tras muchas respiraciones profundas y temblorosas, por fin consigo balbucear unas palabras.

—¿Prisionera de verdad? ¿Comparada..., comparada con qué? —Levanto las muñecas y todo el humor desaparece de mi voz, mi tono se vuelve acerado en un abrir y cerrar de ojos—. ¿Con esto?

Avanza a grandes zancadas, un rayo de luz le cruza el rostro, durante una fracción de segundo, mientras se acerca.

—Has estado demasiado tiempo en Maile. ¿Has olvidado la manera en la que a mi padre le gusta tratar a los traidores?

«No. Por desgracia, no».

He visto suficiente muerte en el campo de batalla como para saber que las jaulas colgadas de los muros del palacio de Kenta eran peores. Al menos, morir en combate suele ser rápido. El recuerdo de pasar corriendo junto al padre demacrado que lloraba por su familia en una de esas jaulas todavía me persigue.

—Y nunca llegaste a ver las mazmorras —dice Acker, que sabe exactamente en qué estoy pensando. Está al pie de la cama, lo bastante cerca como para distinguir la ligera inclinación de su cabeza y la dirección baja de su mirada.

—Bueno, supongo que voy a descubrirlo, ¿no?

—No vamos al palacio.

—Entonces, ¿adónde me llevas?

—A un lugar seguro.

Su respuesta me hace apretar los dientes.

—En Maile estaba a salvo —le espeto.

—No lo estabas. Tuve a un hombre siguiéndote durante años y nunca has sospechado nada.

Me burlo al recordar la traición de Fredrich.

—Entonces quizá debería decir: en Maile estaba a salvo de todos menos de ti.

Oigo cómo le rechinan los dientes cuando la mandíbula se le tensa, pero aun así mantiene el rostro oculto en las sombras.

Me inclino hacia delante todo lo que me permiten los grilletes.

—¿Por qué no me miras?

Traga saliva; el sonido es audible en el espacio reducido.

—No puedes, ¿verdad?

—No.

Esa única palabra me atraviesa, helándome la sangre durante un latido antes de arder con fuerza en mis venas.

—¿Por qué no? —pregunto, con la voz más plana de lo que pretendía—. ¿Te da vergüenza? Me has hecho exactamente lo mismo que me hicieron de pequeña. ¿O es que sigues enfadado conmigo después de todo este tiempo, a pesar de haber comprendido, por fin, que decía la verdad sobre tu padre desde el principio? Tan horrorizado como estabas hace cuatro años cuando te traicioné, no es que tú fueras tan jodidamente inocente...

—Basta —espeta, con la mano aferrada al marco de la cama—. Ya es bastante difícil oír cómo te aprietan las ataduras, como para tener que verlas. —Se aparta de la cama, dándome la espalda—. Y no tengo ninguna intención de poner a prueba los límites del juramento.

Aspiro el aire con brusquedad.

Un núcleo vergonzoso de esperanza amenaza con echar raíces dentro de mí. Pero sin confianza, no tiene nada que lo alimente. Podría estar mintiendo. Distrayéndome del hecho de que, ahora mismo, soy su prisionera.

—De todos modos no es al juramento a lo que deberías tenerle miedo —digo—. Porque mi madre va a matarte.

—Tu madre no mataría al vínculo de su hija.

Habla como si fuera una verdad indiscutible y me burlo de su arrogancia.

—Mató a su propio vínculo por ocultarme en Alaha. Desde luego no tendrá ningún reparo en matar al mío.

Su cabeza se alza bruscamente en mi dirección, pero consigue mantener la mirada apartada de mi cuerpo atado.

—¿De qué estás hablando?

—Mi padre empezó a temer la persecución implacable de Edmond sobre otros dones y, cuando yo mostré los primeros signos de despertar, me llevó a vivir con los alaha, sabiendo que Edmond jamás abandonaría tierra firme para buscarme. No fue hasta años después cuando mi madre descubrió que él era el responsable..., y entonces él se negó a revelarle mi paradero.

—Pero Osiris confesó haberte secuestrado durante el cónclave anual, afirmó que tu muerte había sido un accidente y ella lo mató en el acto. Hubo testigos. A menos que... —Vuelve la cabeza hacia un lado, sin mirarme nunca del todo—. Osiris sea tu padre.

—Sí.

—¿Y Leo, el guardia de tu madre? ¿El hombre con el que se casó y al que coronó rey?

—Esa es una historia para otro día. Pero si crees que ser mi vínculo te otorga algún tipo de protección, no podrías estar más

equivocado. Lo más probable es que ya haya todo un ejército dirigiéndose hacia ti.

Tras un momento, asiente.

—Bien —dice—. Vamos a necesitar a los hombres.

Al principio me sorprende su actitud despreocupada. Luego lo entiendo.

—Planeas usar el poder de influencia de Wren sobre mis hombres —digo, con una voz que me suena hueca incluso a mí.

La respuesta de Acker es inmediata, cortante.

—Conoces mi postura respecto a la lealtad forzada y aun así me crees capaz de controlar a un ejército robándoles el libre albedrío.

—No sé si alguna vez he llegado a saber realmente de qué eres capaz.

Sonríe. El gesto de sus labios es visible de perfil, pero no hay humor alguno en él.

—¿No te gusta el sabor de tu propia medicina?

Mis palabras salen afiladas.

—Vete a la mierda.

Su carcajada de respuesta al salir de la cabina me provoca un acceso de ira y no tengo nada mejor que hacer, en el silencio, que pensar en todas las formas en que podría arrancarle la lengua.

Odio no es una palabra lo bastante fuerte para describir lo que siento por él. Ni siquiera roza la superficie del océano de repulsión en el que estoy nadando.

Cada respiración y cada latido alimentan el fuego que arde dentro de mí.

Capítulo 31

Jo



Acker se sube la capucha sobre la cabeza, impidiendo que le vea el rostro, mientras, con Fredrich e Irina flanqueándome, lo seguimos a él y a Wells por las calles de la ciudad portuaria, manteniendo cierta distancia. Mis piernas están rígidas después de haberlas tenido encadenadas durante tanto tiempo. Los ojos de dos soldados que pasan se fijan en mí y Fredrich acelera el paso; el brazo de Irina roza el mío mientras nos apresuramos para no quedarnos atrás.

Una vez que abandonamos el barco, nos dividimos en dos grupos. Los cinco juntos llamamos demasiado la atención y he recibido instrucciones estrictas de parecer lo más discreta posible. Difícil, teniendo en cuenta que aún llevo las manos encadenadas y atadas bajo la capa que me cubre. Hace que mi paso resulte extrañamente torpe.

Mi mirada salta en todas las direcciones. Los edificios tienen dos o tres plantas y se alzan imponentes a ambos lados. El pueblo es

pequeño, pero está abarrotado de peatones. Cada callejón está lleno de vendedores que ofrecen distintos alimentos y mercancías. Deben de ser los mismos vendedores que acudían al mercado anual o... lo eran cuando todavía se celebraba en los acantilados de la costa sur de Kenta.

—Sea lo que sea que estés tramando —murmura Fredrich—, olvídalo.

Contengo una mueca. Como si quisiera cambiar un tipo de cautiverio por otro. No; si voy a escapar, lo haré cuando no haya un adversario aún peor cerca. Por difícil que sea admitirlo, incluso ante mí misma, la advertencia de Acker no es algo que deba tomarse a la ligera. Las últimas manos en las que querría caer son las de Edmond.

Es como si Fredrich hubiera vuelto a ser aquel soldado al que solía despreciar. Demasiado serio y frustrantemente maleducado. Me enfurece aún más no haberme dado cuenta de cómo era realmente la primera vez que lo vi, escondido en un callejón, cuando empecé a explorar Maile por mi cuenta. Lo volví a ver al día siguiente y al otro. Nunca se me acercó ni mostró hostilidad, así que asumí que mi madre lo había enviado para vigilarme, después de las muchas discusiones que habíamos tenido por mi insistencia en deambular sola. Más tarde, cuando le pregunté por un soldado que me seguía, admitió que había ordenado a Sam que sus hombres me vigilaran, lo que hizo que mi conclusión fuera fácil..., aunque estúpida.

—¿Cómo conseguiste infiltrarte en las fuerzas de mi madre sin levantar sospechas? —pregunto, manteniendo la voz baja.

—Fue un proceso —dice y casi puedo oír el peso de esas palabras en su voz—. Empezó en la taberna; encontré a algunos marineros de rango bajo con suficiente cerveza encima como para sacarles información. Aprendí la estructura militar, dónde estaban posicionados los hombres por todo el territorio y quién comandaba cada batallón. Cuando descubrí que, a veces, destinaban a la ciudad a los soldados de las granjas vecinas, fue fácil colarme en las filas como un soldado reacio con un uniforme robado, después de soltar un par de nombres bien escogidos.

Vaya, qué vergüenza.

—Seguro que es bastante humillante saber que hizo falta tan poco —dice, con los ojos arrugándosele en las comisuras por una diversión petulante cuando lo miro—. Si te sirve de consuelo, fue antes incluso de que Acker supiera que estabas viva. Tardé años en conseguirlo y aún más en ganarme el favor del general.

Mi sonrisa destila sarcasmo.

—Ya veremos hasta dónde te lleva eso cuando él te coja —digo.

Inclina la cabeza, pensativo, pero la planicie de su expresión revela que he tocado una fibra sensible.

—Ya veremos, sí.

La nieve aún no se ha acumulado en el suelo, pero a medida que el sol se pone, la temperatura también baja. La cuadra ocupa el último edificio de la calle y, cuando llegamos, encontramos a Wells cargando los caballos con provisiones. Trabaja con rapidez, atando los fardos para asegurarlos.

—Con eso debería bastar —declara un mozo de cuadra, entregándole las riendas del último caballo a Acker.

Hago un recuento rápido del número total de caballos y deduzco que vamos a compartir montura. El arreglo se hace sin discusión. Un simple gesto del mentón de Acker es toda la indicación que Irina necesita para montar el caballo que él sujeta. Fredrich ni siquiera espera mi consentimiento, me agarra por la cintura y me alza sobre otro caballo. Es difícil maniobrar con las manos atadas, pero consigo sentarme bien a horcajadas y meter los pies en los estribos, usando el arzón como apoyo. Fredrich se sube detrás de mí y agradezco la barrera que crea la silla entre los dos.

Nadie dice una palabra cuando tomamos la calle que conduce fuera del pueblo. La ligera nevada cesa, pero el frío es implacable y me estremezco cuando el viento me azota las mejillas. Me preocuparía más no haberme bañado en la última semana si no fuera porque le deseo lo peor al hombre que tengo a la espalda, aunque mi venganza sea tan patética como obligarlo a soportar el hedor de mi cuerpo sin lavar.

Tierra adentro, Kenta es en su mayor parte llana. No hay nada mínimamente interesante que me distraiga de la situación en la que me encuentro. Ni un pájaro en el cielo ni una criatura correteando a

lo lejos, solo el viento interminable deslizándose sobre las llanuras cubiertas de hierba y, bamboleándose sobre el caballo que tengo delante, la espalda del hombre que me insta a cometer un acto violento cada vez que lo miro.

Odio haber permitido que me colocaran en esta situación. Haber sido incapaz de ver a Acker como realmente es, justo la persona sobre la que Beau me advirtió. Dijo que con su hermano no se podía razonar, pero yo estaba convencida de que se equivocaba, de que yo sabía más. Resulta ridículo, teniendo en cuenta que ella podía ver su aura y yo solo veía al hombre del que me había enamorado.

Peor aún, odio que todavía no me haya mirado. Lo siento como un castigo. Y detesto lo relajada que está Irina apoyada contra el pecho de Acker. Cómo se me revuelve el estómago de repulsión. Cuatro años después de presenciar su noche de bodas, todavía me duele verlos juntos, sobre todo después de haberla visto en su cama hace apenas unas semanas. Es evidente que su matrimonio no ha estado exento de beneficios.

Pero su admisión de que el juramento sigue aferrado a él me carcome. Ya no es un pequeño brote de esperanza que espero que se haga realidad, sino otra razón más para que mi ira me pudra por dentro. Incluso si me ama, ¿es este el tipo de amor que quiero? Hemos sido rencorosos, mezquinos y vengativos, alimentados por nuestro propio dolor. Quiero decir, él ha elegido emparejarse con Irina, su esposa, por los dioses, y yo estoy aquí planteándome si el hombre me ama o no. Todo mientras me mantiene cautiva.

Esto es demasiado retorcido.

La temperatura sigue descendiendo a medida que la luz del sol se disipa. Acker decide que montemos el campamento para la noche, y él y Wells empiezan a levantar una tienda. Yo permanezco de pie, observándolos, inútil con mis grilletes. Acker usa su don para clavar las estacas en el suelo helado. Wells trabaja detrás de él, atando la lona a las estacas, y reconozco los nudos marineros al instante. Ahora que lo pienso, son los mismos nudos que usó para asegurar las alforjas a los caballos.

Cuando se da cuenta de que lo observo con atención, me guiña un ojo.

Aspiro con fuerza justo cuando Fredrich me conduce al interior de la tienda.

Es modesta, pensada más que nada para protegernos de las inclemencias del tiempo. Pero al entrar, me enfrento a la realidad de que voy a dormir en un espacio reducido con mi vínculo, su esposa y el hombre que me hizo llegar al orgasmo. Y Wells. Sí, Wells.

No me importa lo que diga Beau; he tenido que lidiar con las consecuencias de suficientes malas decisiones en mi vida como para aceptar esta situación ahora mismo.

Elijo el lugar más alejado de la tienda y me tumbo en el jergón que Fredrich extiende. El material fino apenas me protege del suelo duro y helado que hay debajo, y sé que esta noche va a ser muy muy larga.

—Yo haré la primera guardia —dice Acker en voz baja.

—Nada va a atravesar mi escudo —responde Fredrich—. Intentemos descansar.

Me giro de lado y encajo las manos atadas bajo la mejilla, usándolas como almohada. Los oigo moverse, luego susurrar demasiado bajo como para distinguir las palabras. Aun así, tengo la sensación de que es una discusión ligeramente acalorada antes de que, por fin, siento que alguien se acerca y se acomoda a mi lado. Aprieto los dientes, pero no sirve de nada para detener el castañeteo.

—Wells —dice Acker—. ¿Puedes encender una llama unos minutos para quitar el frío?

Escucho su respuesta conteniendo el aliento.

—¿Queremos arriesgarnos a que alguien la vea? —pregunta.

Hay un segundo de silencio antes de que Acker responda:

—No. Supongo que tienes razón.

Y suelto el aire con un suspiro audible.

A pesar del frío, no pasa mucho tiempo antes de que la respiración de todos se vuelva uniforme. Hago lo posible por relajarme y dejar que el viento me arrulle hasta algo parecido al sueño. Pero después de lo que parece una eternidad, me muevo hacia el otro lado intentando acomodarme y descubro que es Fredrich quien yace a mi lado. Está completamente oscuro, pero su postura lo delata: boca

arriba, con las manos cruzadas sobre el pecho. Tiene esa capacidad absurda de cerrar los ojos y, en la siguiente respiración, haberse quedado dormido.

Creo que lo detesto un poco más solo por eso.

El sueño lleva días esquivándome. Al menos, eso me ha parecido. No estoy segura del intervalo exacto que llevo sin dormir. El tiempo, desde mi secuestro, se ha difuminado, pero pese al agotamiento y al estrés, mis ataduras eran tan absurdamente incómodas en el barco que me hicieron imposible relajarme lo suficiente para descansar de verdad. Además, estoy segura de que me he vuelto demasiado dependiente de la ayuda del té de hierbas que Karla dejaba cada noche junto a mi cama.

Susurro el nombre de Fredrich, temiendo que ya esté demasiado hundido en el sueño para despertarlo, pero su gruñido de respuesta me indica que lo he pillado justo a tiempo.

—¿Cómo supiste lo del té?

Aspira hondo, como si estuviera reuniendo fuerzas para responder.

—Es una antigua costumbre de Maile darles ese té a los soldados cuando regresan de la guerra.

Lo oigo, más que veo, inclinar la cabeza hacia mí.

—¿Tienes frío?

—No.

Suelta un bufido.

—Es tu naturaleza mentir, ¿no?

No tiene sentido quejarme de algo que no puedo cambiar. A menos que...

—¿Puedes protegernos del frío con tu escudo? —pregunto con un atisbo de esperanza.

Puedo oír la sonrisa en su voz.

—Por desgracia, tengo dificultades para usar el escudo contra elementos naturales. El clima no supone una amenaza inminente por sí mismo.

Genial.

Hago lo posible por aceptar la larga noche que me espera y mi miserable existencia, y cierro los ojos. Solo para abrirlos de golpe cuando Fredrich me rodea la cintura con un brazo y me arrastra

hacia él. Estoy tan desconcertada que me quedo rígida. Pero entonces se gira sobre el otro costado, dándome la espalda y, aunque quiero rechazar su ofrecimiento, solo estaría haciéndome daño por pura terquedad. Me deslizo hacia su calor y me recuerdo, una vez más, que todo esto es temporal.

Todo sufrimiento termina, de una forma u otra.

El viento arrecia y, aunque se cuela a través de las rendijas de la tela de la tienda, agradezco el ruido. Lo ahoga todo, incluso mis pensamientos. Al cabo de un rato, el frío deja de sentirse como un castigo. Casi resulta revitalizante. Como lanzarse al océano a comienzos de la primavera, cuando el mordisco del agua ofrece un alivio frente al sol abrasador.

«Ven aquí».

Me seco el agua de los ojos y me giro hacia la voz de Kai. Está junto al único árbol que se alza en los márgenes del bosquecillo, al que nos gustaba trepar cuando éramos niños. Reconozco el recuerdo; es de menos de un año antes de que visitáramos el mercado.

Una sonrisa se extiende por su rostro antes de desaparecer bajo el agua. Nado hasta el árbol y me sumerjo para encontrar la abertura del tronco, que quedó hueco tras el impacto de un rayo. Cuando resurjo dentro, Kai me está esperando, con las manos apoyadas a ambos lados del pequeño espacio. Estamos lo bastante cerca como para que pueda sentir su calor a pesar del agua fría.

«¿Te lo imaginas? —dice, con la voz resonando por el hueco del árbol—. Un año más y nos largamos de aquí».

«No», le respondo con sinceridad, pero deseo desesperadamente que sea verdad.

Extiende la mano y desliza la yema de un dedo por mi clavícula.

«Lo conseguiremos —dice mientras con los ojos sigue el rastro de su caricia—. Solo prométeme una cosa: que, aunque el príncipe esté allí esperándote, encontrarás la forma de llevarme contigo».

Soy muy escéptica con esa idea de la «princesa perdida» que asegura que soy. No me parece que ese título pueda pertenecerme. «Olvidada», en cambio, sí que encaja bastante mejor, pero no me molesto en discutirlo. Independientemente de mi posible título, o de

su ausencia, tiene que haber una manera de llegar a tierra firme una vez estemos en el mercado.

«O vamos todos o no va ninguno», le recuerdo. No puedo imaginar un escenario en el que deje atrás a mi mejor amigo.

Messer grita desde arriba.

«¿Vais a subir o qué?».

Pongo los ojos en blanco. Mis dos mejores amigos.

«¡Un segundo!», le grita Kai en respuesta justo antes de besarme.

El corazón me retumba en los oídos mientras el calor se extiende por mis venas. Persigo la sensación, rodeándole el cuello con los brazos y usando sus hombros como apoyo para mantenerme a flote. Siempre busca reafirmación, siempre me hace prometerle que no lo dejaré atrás y no entiendo cómo puede creer que yo sería capaz de hacer algo así.

Cuando se aparta, con la sensación del beso aún ardiéndome en los labios, ya no es Kai a quien me aferro..., sino a Acker.

Tiene las cejas fruncidas por la agitación.

«Te está influyendo, Jovie».

Me aparto de él todo lo que puedo en el espacio reducido, alarmada por su aparición repentina.

«Siempre te utilizó», dice.

Me sumerjo y nado de vuelta por la abertura del árbol, hacia el océano abierto. Pero cuando saco la cabeza para coger aire, el agua ya no es azul, sino de un rojo oscuro. El bosquecillo ha desaparecido y estoy de pie en una corriente que me llega hasta la cintura. Al levantar las manos, me doy cuenta de que están atadas con grilletes; la cuerda entrelazada entre ellos está cubierta de gotas de sangre que brillan como joyas.

Cuando alzo la vista de mis manos atadas, Acker está a cierta distancia. Me deja atónita la intensidad de su mirada. Tanto, que doy un paso atrás de manera instintiva y levanto una estela roja a mi alrededor. Pero mientras sus ojos siguen aferrados a los míos, me doy cuenta de que lo que se refleja en ellos no es ira..., sino miedo. Empieza a avanzar a través de la sangre para llegar hasta mí.

Cuerpos.

Están por todas partes, emergen de las profundidades del líquido viscoso, todos con indumentaria militar. Cada insignia de cada territorio está presente en el cementerio que va apareciendo poco a poco. Surgen burbujas justo delante de mí y un cuerpo se vuelve visible lentamente, emergiendo con un sable curvo incrustado en la columna vertebral. Y cuando se gira boca arriba, aparece el rostro demacrado y familiar de un joven con uniforme de Maile.

Tropiezo hacia atrás, caigo, y lo último que veo es la mirada aterrorizada de Acker mientras lucha por abrirse paso entre los cuerpos, gritando algo que no consigo oír. Grito al hundirme, pero el sonido queda ahogado por la sangre espesa. El sabor metálico del cobre me llena la boca mientras lucho, indefensa, hundiéndome cada vez más profundo y me doy cuenta..., ya está.

Este es el final de mi sufrimiento.

Por un instante, todo queda en silencio salvo por el latido de mi corazón. Un ritmo constante dentro de mí. Hasta que unas voces amortiguadas atraviesan el líquido viscoso.

«¡Despiértala!».

—¡Despiértala! —Los gritos de Acker suenan apagados—. ¡Por todos los dioses, despiértala!

El grito atrapado en mi garganta finalmente se libera en el mismo instante en que despierto con Fredrich sacudiéndome por los hombros. Aspiro una bocanada desesperada de aire mientras me incorporo, temblorosa. La náusea me quema la garganta. Todos están despiertos, con el rostro hinchado de sueño, mirándome a la luz temprana de la mañana. Lo último que necesito es añadir arcadas secas a mi humillación.

—Está bien —dice Fredrich, con las manos suspendidas sobre mis hombros—. Estás bien. Solo ha sido un sueño.

Eso es una forma suave de decirlo.

No puedo evitar que mis ojos se deslicen hacia Acker. Está sentado con las rodillas flexionadas y su pecho sube y baja con fuerza mientras se cubre el rostro con las manos.

Y, aun así, no puede soportar mirarme.

Capítulo 32

Jo



Guiamos los caballos directamente a través de la entrada sin vigilancia del pequeño pueblo. Los caminos de tierra están vacíos y los comercios que bordean la calle principal están desiertos, con las puertas abiertas de par en par. No está el familiar olor a comida saliendo de la taberna local ni hay sonidos de vida en ninguna parte, salvo por una cabra errante que mastica un trozo de pergamino que el viento ha arrastrado por el lugar.

Fredrich es el primero en romper el silencio.

—¿La vendedora del puerto dijo si habían dejado a alguien?

—Solo dijo que unos soldados de la capital habían asolado un pueblo cercano —responde Acker.

—¿Qué estaban buscando? —pregunta Irina.

—No qué —dice Fredrich—. A quién.

Herederos, me doy cuenta con un estremecimiento repentino de terror.

—Pero ¿por qué llevarse a todo el pueblo? —insiste Irina.

Beau me contó que dentro de Kenta había comunidades contrarias al reinado de Edmond. Sin que la corona lo supiera, estos pueblos protegían a los Herederos acusados de crímenes falsos y habían desarrollado una forma de encontrar a otros que necesitaban esconderse. Ella los había descubierto durante sus viajes con el ejército, viendo a través de las auras de los aldeanos y también de las ilusiones que muchos poseían gracias a la magia. Fue el inicio de su camino para desentrañar todo lo que le habían hecho creer mientras vivía bajo el control de su padre y para formarse una idea de lo que él estaba tramando.

Nos detenemos frente a la taberna.

Acker desmonta de su caballo antes de ayudar a Irina a bajar.

—Arriba debería de haber habitaciones —dice—. Wells, revisa el pueblo. Mira si puedes encontrar algo de comida para los caballos.

Fredrich me baja del caballo y me planta en el suelo, y los sigo a los tres hacia el interior de la taberna desierta. El lugar evoca una imagen desoladora de lo que pudo haber ocurrido aquí. Las sillas y las mesas están volcadas. Las moscas zumban alrededor de la comida y la bebida que quedaron sin tocar. Acker desaparece por una puerta abierta detrás de la barra, probablemente para revisar la parte trasera del local. Rodeo la barra y siento alivio al encontrar varias botellas de vino de cristal debajo del mostrador; dadas las circunstancias, una copa de vino suena bastante bien ahora mismo, pero mis manos atadas me impiden servirme yo misma.

Viendo mi problema, Fredrich coge una botella del estante y la descorcha. Arquea una ceja, preguntando sin palabras si está bien que haga los honores. Echo la cabeza hacia atrás y él apoya el borde de la botella en mi boca, inclinándola con cuidado hasta asegurarse de que no voy a dejar que la mitad del vino se me derrame por la barbilla. El primer trago es pequeño, pero mis sorbos enseguida se convierten en un trago largo y me aparto para tragar. Fredrich no pierde el tiempo y bebe también.

—Perdonad —dice Irina, llamando nuestra atención.

Fredrich sonríe.

—Mis disculpas.

Recoge un vaso volcado de donde lo habían dejado secándose junto al fregadero y lo desliza sobre la barra, frente a ella. Luego coge otra botella y la descorcha; el cristal tintinea contra el vaso mientras le sirve una generosa copa.

—Invita la casa —bromea.

Acker vuelve a atravesar la puerta. Se baja la capucha y por fin tengo una vista despejada de su rostro, y es como si al fin pudiera respirar después de haber estado conteniendo el aliento desde que me desperté esta mañana. Me he sentido descentrada todo el día, con la pesadilla acechando mis pensamientos despiertos. Cada vez me resulta más difícil diferenciar dónde terminan mis recuerdos oníricos y dónde empieza mi propia mente a jugarme malas pasadas. Pero ver la expresión tranquila y firme en el rostro de Acker, en lugar del miedo absoluto, me reconforta de algún modo.

Acepta la botella de la mano extendida de Fredrich y echa la cabeza hacia atrás para beber. No puedo evitar observar cómo su garganta se mueve mientras engulle el vino.

La voz de Wells nos llama desde la puerta principal.

—Las cuadras están vacías. Voy a meter los caballos dentro. Por si acaso alguien viene.

Acker asiente en señal de aprobación y se limpia el exceso de líquido de la boca con la mano.

—Probablemente se llevaron los caballos y el forraje para usarlos en el frente.

—¿Tan bajos están los suministros? —pregunta Fredrich.

Los labios de Acker se afinan.

—La cosa no va bien.

Sigue evitando mirarme mientras explica los problemas de abastecimiento con los que Kenta ha estado lidiando en los últimos años y meses. Mira las puertas abiertas de la taberna, la barra sucia y cualquier cosa que no sea yo, antes de decir que va a ver si encuentra algo de comida en la cocina. Fredrich encuentra una botella de licor que le agrada y se la lleva consigo, siguiendo a su amigo hacia la parte trasera de la taberna.

Cuando nos quedamos solas, me encuentro con la mirada de Irina al otro lado de la barra. No puedo saber si su fachada pasiva es real

o fingida, pero tomo nota mental de no darle la espalda. A veces una amenaza puede parecer débil cuando en realidad es todo lo contrario.

Lo sé bien.

Mi mirada se desliza hacia la puerta abierta de la taberna detrás de ella, esperando que la figura de Wells regrese. El silencio parece expandirse hasta que la presión me provoca un zumbido en los oídos, pero me doy cuenta de que solo es Irina pasando el dedo por el borde de su copa.

—Tenemos mucho en común, ¿lo sabías? —dice.

Me sorprende su afirmación. Siento curiosidad, pero no la suficiente como para pedirle que continúe, así que no respondo. No quiero pensar en Irina bajo ningún concepto. He tenido más que suficiente de ella para toda una vida.

Una esposa de reemplazo para Acker, desposada para mantener contento a su padre. Un cuerpo cálido, supongo.

Ella no se desanima por mi silencio.

—Fue mi primer amor. Y también mi primer desengaño.

Si espera que sienta lástima por ella, está muy equivocada. Aunque no anda desencaminada al pensar que es algo que compartimos. Simplemente no quiero darle ninguna validación. Y no tengo energía para alimentar lo que sea que esté intentando provocar en mí. Debe de darse cuenta, porque abandona su taburete y sale del cuarto con paso decidido. Escucho sus pasos alejándose mientras sube la escalera al piso de arriba.

Y entonces, estoy verdaderamente sola.

La puerta abierta de la taberna ofrece una vista tentadora de la calle vacía que se extiende más allá. Dos ventanas a cada lado dejan ver parcialmente los edificios de la otra acera de la calle y me deslizo fuera de la barra y hacia la puerta. Al mirar en dirección a la cocina, escucho con atención los movimientos de Fredrich y Acker en la habitación contigua.

—Necesitamos sus habilidades —dice Fredrich.

Lo que Acker responde queda amortiguado, pero capto el final.

—... son seguras.

Camino con pasos ligeros hacia la entrada de la taberna. El viento me muerde las mejillas cuando me detengo en el umbral. El corazón se me acelera ante la libertad que está a solo unos centímetros de mis dedos. Pero entonces me miro las manos y me doy cuenta de que soy bastante inoperante con grilletes. Recorro con la mirada la calle desierta, los tejados de los edificios al otro lado y el cielo sobre mí. Parece que va a nevar.

—¿Qué estás buscando?

Un chillido sorprendido se me escapa por la cercanía de la voz a mi espalda. Giro sobre mí misma y me encuentro con Fredrich peligrosamente cerca. Tiene la mirada alzada, como si intentara ver algo que yo no puedo a través de la puerta. Cuando vuelve a mirarme, sonríe, pero la sonrisa no le llega a los ojos.

—Puede que mi escudo no funcione contra el frío, pero casi todo lo demás es fácil de bloquear. Cuando Irina nos cubrió con una ilusión en el puerto, es probable que tu amigo, el pájaro, nos perdiera de vista bastante rápido.

No dice su nombre, pero ambos sabemos a quién se refiere.

Se estira para cerrar la puerta de la taberna.

—Venga —dice, con un gesto de la barbilla—. Vamos a dejarte instalada.

Acker no está cerca cuando Fredrich me escolta escaleras arriba. Avanzamos por el pasillo hasta el último dormitorio, cuya puerta ya está abierta. El suelo cruje cuando entro. La habitación me recuerda al burdel en el que nos alojamos durante el viaje a Kenta, pero, por suerte, la cama parece limpia y sin usar.

Fredrich se vuelve hacia mí.

—Muéstrame las manos —dice.

Las levanto, tal como me indica, y lo observo cuando introduce una pequeña llave en la cerradura de las esposas. No me libera las manos por completo, los dedos siguen unidos con la cuerda, pero un gemido bajo se escapa de mi boca cuando las muñecas quedan expuestas al aire fresco por primera vez desde que salimos de Maile. Empiezo a darle las gracias, pero antes de que pueda formar la primera sílaba, me arrastra hacia la cama por el brazo. Intento zafarme, pero me inmoviliza y me empuja contra el colchón con

poco más que un empujón seco. Enhebra las esposas alrededor de una barra del cabecero metálico y me indica con un movimiento de sus dedos que vuelva a darle las manos.

—Puedes irte a la mierda si crees que voy a dejar que me encadenes a esta cama.

Él solo me mira con paciencia y la mano extendida..., esperando.

Sopeso la idea de luchar, pero la simple verdad es que perdería con total seguridad sin asestar ni un solo golpe, y solo serviría para humillarme aún más. Suspiro derrotada y, desviando la mirada hacia el espacio sobre su hombro, levanto los brazos hacia el cabecero. Siento cómo las esposas se cierran alrededor de mis muñecas, anclándome a la cama, y el clic de la cerradura consolida mi cautiverio.

—No es decisión mía —dice, con cierto arrepentimiento.

Oh, sé perfectamente de quién es la decisión.

—Dile que haga su propio trabajo sucio a partir de ahora —respondo, con sarcasmo.

Veo cómo se marcha Fredrich por el rabillo del ojo, y cierra la puerta en silencio tras él; vuelvo a fantasear con lo que haré en el momento en que me libere de estas ataduras.

Entonces convierto en mi misión de la noche lograr precisamente eso.

Espero hasta que ya no se escuchan pisadas en el pasillo y la luz del exterior que entra por la ventana se disipa por completo, antes de empezar a trabajar en liberarme de las ataduras. Sierro la cuerda visible entre mis dedos con los dientes y voy aflojando poco a poco el estrangulamiento sobre mis manos. Tengo que parar para respirar y dejo caer los brazos durante unos instantes mientras descanso. Hago esto durante lo que parecen horas, con la mandíbula y los hombros ardiéndome de dolor, pero la furia me impulsa a seguir.

Muevo los dientes apretados de un lado a otro. Una y otra vez, buscando aflojar con la lengua la cuerda hasta que por fin, ¡por fin!, la atadura cede.

Un estallido de alivio se me escapa de la garganta, pero enseguida cierro la boca de golpe y lo corto, por miedo a que me oigan. Las manos me tiemblan, tanto por el esfuerzo como por la emoción,

mientras las libero de la cuerda y mi ira se transforma en algo depredador a medida que la sensibilidad regresa, lentamente, a mis dedos. Reclamo mi daga y la empuñadura familiar aparece en la palma de mi mano, reconfortante.

Un último obstáculo.

Está demasiado oscuro para ver bien las esposas alrededor de las muñecas, pero tintinean cuando estiro las manos. Están doloridas y ligeramente entumecidas por haber estado atadas tanto tiempo, pero estoy demasiado ansiosa por recuperar el acceso a mi magia, por si acaso el vínculo me obliga a ir directa a la presencia de Acker. Cambio la daga de posición, busco el eslabón de la cadena que me sujeta las muñecas a la cama y coloco la punta de la hoja en el centro abierto del metal. Aprieto los dientes mientras encajo la punta en el bucle y empujo con toda la fuerza que puedo reunir pese al ángulo incómodo y a mis manos y muñecas debilitadas.

No se mueve. Ni la hoja ni la cadena. Ninguna cede.

Ajusto el agarre de la daga y lo intento de nuevo, conteniendo la respiración mientras hago todo lo posible por forzarla. Nada.

Me tomo un momento para replantearlo todo y, en lugar de empujar solo con fuerza bruta, intento girar la hoja mientras la presiono contra el bucle metálico. Y funciona. El metal cede lo justo para que la punta de la hoja se deslice por la pequeña abertura donde los extremos del eslabón, por fin, se han separado. Pero cuando giro la hoja un poco más, escucho un crujido terrible: la empuñadura de madera se astilla bajo la presión.

Me quedo inmóvil.

El corazón me martillea en la garganta cuando comprendo lo que he hecho. Esta daga es lo único que tengo de mi padre. La hicimos juntos durante uno de los veranos que pasamos en Kenta. Aunque no lo recuerdo. No recuerdo casi nada de aquella época; salvo unos pocos fragmentos que he reconstruido a partir de mis sueños. Y esos recuerdos están distorsionados y borrosos, así que nunca estoy segura de qué es real y qué ha inventado mi mente.

Palpo la grieta con la punta de los dedos y la tristeza que despierta solo consigue avivar aún más mi rabia. A estas alturas, el

daño ya está hecho, así que lo mínimo que puedo hacer es llevar a cabo mi represalia.

Después de librarme de estas esposas, claro.

Apretando los dientes, refuerzo el agarre y giro la hoja con la fuerza suficiente para separar la cadena. Atrapo los eslabones flojos con las manos para evitar que hagan demasiado ruido mientras los retiro del cabecero y libero por fin los brazos. Las esposas siguen cerradas alrededor de mis muñecas, pero ahora tengo total libertad de movimiento cuando me incorporo y examino la daga. Paso el pulgar por la fisura que recorre toda la empuñadura. Está completamente fracturada, lo que la convierte en un arma peligrosa de usar. Tengo tantas posibilidades de herirme a mí misma como a cualquier otro si la espiga se suelta durante un ataque.

Pero aún es lo bastante útil para encargarme de un último asunto pendiente.

Capítulo 33

Acker



Me despierto sobresaltado y me tenso al instante cuando siento la punta afilada de una hoja en la garganta.

Jovie se cierne sobre mí, con una expresión asesina a la luz de la lámpara de aceite parpadeante que dejé sobre la mesa frente a mí, en la taberna, por lo demás, a oscuras.

Es la primera vez que la miro directamente desde que estuvimos juntos en su balcón en Maile. Es hermosa, sin lugar a dudas, pero hay una pizca de cálculo frío detrás de sus ojos que no vi en el pasado. Astuta, retorcida y taimada como un zorro. Su cabello castaño rojizo, como una melena salvaje alrededor del rostro, nunca había parecido tan apropiado.

Intento levantar una mano para desarmarla, pero enseguida me doy cuenta de que no puedo porque tengo las manos atadas. Otro tirón de las muñecas revela el mordisco de la cuerda en la piel, los brazos atados a la espalda, sujetos a las patas traseras de la silla de

madera en la que estoy sentado. Aunque sabía que no debía subestimarla, me impresiona igualmente su sigilo, tanto al liberarse como al no haberme despertado.

—¿Qué se siente? —pregunta, tirándome del pelo para exponer aún más mi cuello a su hoja—, ¿al descubrir que te han dejado expuesto y vulnerable mientras dormías?

Está furiosa. Puedo sentir su ira ardiendo a través del vínculo. Palpita al ritmo de su corazón. Constante e implacable, y es exactamente lo que he estado esperando. Después de su pesadilla de hace unas noches, yo... Joder.

Fredrich cree que no me importan los sentimientos de Jovie, pero nada podría estar más lejos de la verdad. Cuando tuve que sofocar por primera vez el vínculo con los collares mangi, fue como si volviera a perderla. El corte de mi conexión con sus emociones fue como si hubiera perdido mi propio corazón junto con el suyo.

El pulso de su ira empieza a acelerarse.

La sensación me da ganas de sonreír, pero reprimo el impulso, tragando saliva mientras mi garganta roza la punta afilada de la hoja en su mano.

—Si tu intención es matarme, al menos ten la misericordia de hacerlo rápido.

No le hace ninguna gracia.

—¿Crees que no lo haré?

Definitivamente creo que lo alargaría solo para fastidiarme.

—Es una sensación agradable, ¿verdad? —susurro—. Tenerme a tu merced.

La hoja me perfora la piel, cortando justo donde se articula la mandíbula en la parte superior del cuello, y la visión de mi sangre la distrae lo suficiente como para que pueda agarrarle la muñeca encadenada.

Ella jadea.

—¿Creíste que una simple cuerda sería suficiente para retenerme? —pregunto, poniéndome en pie.

Da un paso atrás para compensar la diferencia de tamaño, pero no retira la daga de mi garganta. Alzo la cuerda cortada, con la daga en la misma mano en la que la invoqué mientras aún estaba atado,

antes de dejar caer ambas cosas a mis pies y que la hoja metálica resuene contra el suelo de la taberna.

La sujeto de la muñeca cuando intenta retroceder. El movimiento provoca que la hoja se hunda aún más y suelto un siseo de dolor entre los dientes.

Siento el calor resbalándome por el cuello.

Sus ojos se abren de par en par.

—Acker.

Dice mi nombre con lo que supongo que pretende ser un tono de advertencia, pero el ligero temblor de sus manos la delata.

—Mátame o no lo hagas —le digo—. Pero métete esto en la cabeza: si no acabas con mi vida aquí y ahora, entonces debes saber que nunca voy a dejarte ir.

Su ira estalla a través del vínculo.

—¿Me estás diciendo que mis únicas opciones son estar contigo o matarte?

—No. Estoy diciendo que no hay forma de escapar del vínculo, y si quieres tener alguna posibilidad de librarte de mí, más te vale matarme. Mi muerte tiene pocas consecuencias.

—Esto es una locura.

Intenta retirar la mano, pero me niego a soltarla.

—¿No estás cansada de luchar contra ello? —pregunto.

Su expresión se queda inmóvil.

—No te corresponde a ti decidir eso.

Me inclino un poco más y disfruto de cómo sus ojos titubean sobre la hoja que tiene en mi garganta.

—No es muy diferente de obligarme a elegir entre tú y mi padre.

Se vuelve inquietantemente calmada frente a mi rabia.

—Suéltame.

Me tomo un momento, considerando la posibilidad de que realmente pueda matarme, antes de soltarla por fin, deshaciendo las esposas de mangi de sus muñecas con un toque de mi magia, y dejando que también caigan al suelo con un fuerte golpe metálico. Sus manos empiezan a brillar de inmediato, su don se revela mientras le tiemblan.

Sus ojos van de la hoja en su mano a la sangre que gotea sobre el borde de la chimenea. Luego, muy despacio, da un paso cauteloso hacia atrás mientras baja la daga a su costado.

—Veo que estamos en un punto muerto, así que ¿por qué no negociamos mi liberación?

Contengo un bufido de risa.

—Aunque estuviera dispuesto a negociar, te aconsejaría que no lo hicieras.

—¿Y eso por qué? —pregunta, alzando una ceja desafiante.

—Tu trato con Chryse —explico, limpiándome los regueros de sangre del cuello y el pecho con la palma de la mano—. Es un acuerdo terrible. —Su resplandor se intensifica y ha pasado tanto tiempo desde la última vez que vi la belleza de su don que no puedo evitar admirarlo—. No tenía ningún incentivo para cumplir su parte del trato después de que tú ya hubieras cargado con la parte más pesada del acuerdo.

Su mirada se detiene en mí, titubea.

—Lo pensé —dice—. Pero Chryse sabía que habría consecuencias terribles si no lo hacía.

—Entonces, ¿cuál era tu plan si me mataba? ¿Empezar una nueva guerra cuando esta terminara?

—No —responde como si yo fuera el mayor idiota que ha existido jamás—. Iba a matarlo a él. —Se limpia la daga en la pernera del pantalón—. Obviamente.

—Obviamente —repito, con sarcasmo.

—De nada, por cierto —añade con un tono seco y burlón.

No puedo creerlo.

Doy un paso adelante y bajo la cabeza para que nuestros ojos queden a la misma altura, lo que hace que ella vuelva a preparar la daga de forma defensiva.

—Estás loca si crees que voy a darte las gracias por algo —gruño.

Hay un destello de vulnerabilidad en su mirada antes de desaparecer con un parpadeo. Un atisbo de sus verdaderas emociones debajo de todo.

—Estabas en el bando perdedor de una guerra...

—Que tú has empezado —la corrijo.

—Que tú has permitido —me grita, perdiendo cualquier atisbo de calma—. Si hubieras tomado el trono de tu padre y firmado un nuevo tratado de paz con los alaha, como te propuse, nada de esto habría pasado.

Siento el movimiento del metal en la sangre de Fredrich cuando se despierta arriba.

—¿Qué esperabas que hiciera? —le grito también—. Me tenías inmovilizado en una maldita silla y con un cuchillo en el cuello de mi padre.

Esto, sobre todo, parece quitarle el aire de los pulmones.

—Aun así, fue elección tuya.

El tono solemne y frío que usa me duele más de lo que debería.

Como el pinchazo agudo de un cuchillo metafórico que llevaba mucho tiempo enterrado en mi pecho y que ahora alguien arranca de golpe.

Doy un paso atrás, necesito distancia.

—¿Cómo te atreves a cargarme con todo esto?

Ella niega con la cabeza.

—Oh, me he culpado a mí misma más que suficiente.

Con los ojos llenos de arrepentimiento, levanta la vista hacia mí justo cuando los pasos de Fredrich suenan en la escalera y continúa. Su cabeza aparece por el hueco de la barandilla antes de entrar por completo en la sala principal de la taberna.

—¿Todo bien aquí abajo? —pregunta.

Me cuesta apartar la mirada de Jovie después de esa revelación, pero al final la dirijo hacia Fredrich. Tiene las cejas alzadas, mezclando preocupación y exasperación.

—Sí —le digo—. Danos unos minutos.

Él mira a Jovie en busca de confirmación y ella debe de responderle con un asentimiento. Aprieto los dientes, molesto porque mi palabra no haya sido suficiente por sí sola, pero me lo guardo mientras él dice que gritemos si necesitamos algo. Es una oferta apenas disimulada para los dos. Para el que grite primero, supongo.

De nuevo a solas, Jovie da un paso hacia mí cuando me giro para enfrentarla.

Observo la daga que aún sostiene en la mano.

—¿Por qué estoy aquí, Acker? —pregunta.

Aparte del hecho de que siempre tuve la intención de ir a buscarla, digo:

—Greta tuvo una visión.

Por mucho que intento que mi preocupación no se note, debo de hacerlo fatal porque sus ojos se entrecierran.

—¿Qué te dijo?

—Cree que mi padre va a ganar la guerra.

La confusión le frunce las cejas.

—Greta habría avisado a Beau si hubiera creído que era necesario —argumenta.

—¿Tú crees? —la desafío—. Piensa en todas las muertes que habrá visto en esa visión. La tuya, la mía. La de su propia hija. La de tu madre, la de la mía. ¿Quién crees que tiene prioridad?

—Greta...

—Cree que el futuro es inevitable, trazado por los dioses, así que ¿por qué iba a intentar alterarlo advirtiendo a nadie, sin importar cuánto los quiera?

Es esta información la que logra que la tensión se disuelva en Jovie, sus hombros caen mientras la verdad se asienta lentamente. Su resplandor empieza a apagarse a medida que el deseo de lucha la abandona.

—Entonces no hay nada que podamos hacer —dice.

—¿Cómo puedes decir eso?

Ella mira la sangre que se seca en mi camisa antes de que sus ojos pierdan el enfoque.

—No puedes detener el destino, Acker.

La agarro por el rostro para obligarla a que me mire.

—Me niego a aceptar eso. Lucharé contra el propio destino si eso significa que puedo corregir mis errores.

—Acker...

Estrello mi boca contra la suya en un intento de hacerla callar y me sorprende al aceptar el beso de inmediato. Su fácil sumisión arranca un gemido gutural de mi garganta. Ella se traga el sonido con la misma avidez. Saboreo el calor que persiste en su piel por su

luz menguante mientras su resplandor baila detrás de mis párpados. Con cada roce de mi lengua contra la suya, con cada aliento suyo que inhalo como propio, dejo que el vínculo le revele mis secretos más oscuros.

El amor que he estado ocultando. La obsesión que he luchado por mantener a raya. El sufrimiento que he soportado por su culpa.

Dejo que lo vea y lo sienta todo.

Ella jadea ante el aluvión de emociones y se separa del beso de golpe.

No dejo que se aleje demasiado y acuno la parte posterior de su cabeza con la mano para mantenerla dentro del círculo de mis brazos.

—Ayúdame a terminar con esto —insisto. Ni siquiera estoy seguro de qué le estoy pidiendo. Terminar esta guerra. Mi dolor y mi sufrimiento por ella—. Ponle fin a mi tormento.

Siento su vacilación a través del vínculo y me entran ganas de sacudirla, pero sé que sería contraproducente. Probablemente solo provocaría otra discusión. Así que, en su lugar, la beso otra vez. Esta vez está menos receptiva, su boca parece rígida contra mis movimientos y, cuando me separo, me descorazona ver las lágrimas que se le acumulan en los ojos. Con las manos apoyadas en mi pecho, me empuja hasta que la suelto.

—No puedo —dice, y su voz es apenas un susurro.

No sé si se refiere al beso o a mi súplica de que luche por mí, por su propia vida, pero la forma en que aprieta el agarre sobre su daga me obliga a dar un paso atrás. Luego otro. Hasta que ya no fuerzo a mis piernas a moverse y soy capaz de salir por la puerta de la taberna sin hacer ninguna estupidez.

Como dejar que realmente me mate.

Capítulo 34

Jo



El agua está helada, pero la ducha es justo lo que necesitaba. Me quedo bajo el grifo más tiempo del necesario, dejando que el agua me caiga sobre el rostro y me empape el pelo. Es como un ritual de purificación después de lo de anoche.

Podría haber salido corriendo en cuanto Acker abandonó la taberna. Probablemente debería haberlo hecho, al menos eso es lo que sigo diciéndome a mí misma.

Pero su beso...

Fue absorbente. Ya no éramos él o yo, sino nosotros, entregados al deseo. Durante unos segundos, fue pura necesidad. Solo para que, de repente, me golpeara la avalancha de sus emociones.

Nunca había sabido hasta qué punto el vínculo le permitía percibirme, pero está claro que mis emociones siempre han estado

más a su alcance que mis pensamientos. Él quería darme lo mismo a cambio.

El dolor, el amor, la desesperación...

Todo ello fue demasiado.

Abrumador, incluso ahora al recordarlo. Y aunque me resulta catártico darme cuenta de que estaba equivocada al pensar que Acker no me amaba, no resta mi enfado. Ha estado en mi contra durante tanto tiempo que no puedo evitar preguntarme qué motivos ocultos existen que yo no consigo ver. Qué es lo que no ha compartido.

Las marcas en mis manos y muñecas son un recordatorio físico de sus transgresiones. Casarse con Irina, espiarme, enviar a los strou a mis tierras para matar a mi gente. Acciones que ha demostrado ser plenamente capaz de hacer y, aun así, seguir amándome. Mostrarme sus cartas parece una distracción demasiado conveniente.

Me escurro el pelo y me lo trenzo antes de ponerme de nuevo la túnica. Lavo el resto de la ropa bajo el chorro de agua lo mejor que puedo y luego la cuelgo sobre la puerta para que se seque. Compruebo que no haya nadie en el pasillo antes de apresurarme a volver a mi habitación. Allí me sorprende encontrar ropa limpia doblada al pie de la cama. Tiritando, con la piel erizada por el frío, me apresuro a vestirme. Me alegra cómo me quedan los pantalones de montar y la camisa de lino.

Me meto la daga en la cintura del pantalón antes de bajar, siguiendo las voces hasta la cocina.

Reconozco primero la de Wells.

—¿Podemos confiar en ella?

La de Fredrich viene después.

—De ninguna manera.

—Entonces, ¿qué...?

Acker calla a Irina antes de que pueda terminar y todos se giran hacia mí cuando cruzo la puerta. La cocina es larga y estrecha, sin ventanas. Las velas se alinean en los estantes sobre la encimera, donde todavía siguen los cuencos y utensilios que usaban los cocineros desaparecidos, y hay ollas sobre la estufa de leña al fondo. Los cuatro están sentados alrededor de la mesa de despiece en el

centro de la sala y mis ojos se fijan inmediatamente en la comida que comparten. Mi estómago vacío se contrae, no recuerdo la última vez que ingerí una comida decente.

Fredrich es el primero en hablar.

—Buenas tardes —dice.

«¿Tardes?».

—¿Qué hora es? —pregunto.

—Un pelín pasada la una —responde, juntando el pulgar y el índice para enfatizar sus palabras.

Ya había amanecido cuando por fin mi mente se apagó, pero no suelo dormir más que unas pocas horas. Mis ojos se encuentran con los de Acker y el vínculo vibra por nuestra cercanía. Me preocupa que el beso que compartimos haya influido de alguna manera.

Lentamente, la mirada oscura de Acker me recorre el cuerpo. Presumo que evalúa mi nueva ropa. No hay nada escandaloso en las prendas sencillas, pero eso no impide que un rubor intente subirme por las mejillas.

«Ponle fin a mi tormento».

El hombre desesperado de anoche es solo un recuerdo lejano. Este es el Acker que conozco, seguro de sí mismo y atrevido, capaz de mirar con intensidad sin importarle los otros dos hombres que están en la habitación. Ni su esposa, para el caso. De algún modo, eso aligera la presión en mi pecho.

Sé cómo manejar a este Acker.

Los ojos de Irina se mueven de su marido a mí con insistencia.

Acker salió de la taberna poco después de intentar... ¿reclutarme? O tal vez realmente intentaba acabar con su propia vida. Quién sabe. Cualquiera que fuera su objetivo, fracasó y, hasta bien entrada la noche, no volvería a su cama. Intento sentir culpa por besar al marido de otra mujer, pero no me surge. De todas mis transgresiones, me temo que esta ni siquiera se acerca a las peores.

Mis ojos se fijan en el corte bajo la articulación de su mandíbula. Ya no sangra, pero tampoco está sanando como debería.

—Ven a comer —dice, inclinando el mentón.

La abundancia de carnes secas y quesos sobre la mesa me atrae. Fredrich mueve su taburete para hacerme sitio y le doy las gracias

mientras cojo un trozo de queso.

Una sonrisa de sorpresa se dibuja en el rostro de Wells.

—Le quitas a la chica sus ataduras y de repente se vuelve educada.

Pongo una loncha de carne sobre un trozo de queso y me la llevo a los labios, seguido de un bocado de pan. Está duro y se me seca la boca al instante, dificultándome la deglución. Fredrich me pasa un odre de agua; le doy las gracias, aunque apenas me sale un murmullo antes de beber.

—Bueno —dice Wells—. Quizá educación sea un término demasiado generoso.

Hago un gesto obsceno con la mano que no estoy usando para escoger los mejores trozos de queso.

—Ahora que estamos todos aquí —dice Acker, pasándose la mano por la mandíbula—, necesitamos hablar sobre nuestro próximo paso.

—Pensaba que todos estaban de acuerdo en que no soy de fiar —digo entre bocado y bocado.

Nadie refuta mi afirmación.

—No hay nadie en esta mesa en quien confíe —añade. Cuando todos vuelven hacia él sus miradas ofendidas, se recuesta y levanta las manos en señal de defensa—. Ni siquiera yo mismo.

Me quedo a mitad de trago, atónita por su confesión.

—Te hice creer que fui a Maile buscando una alianza y, aunque en parte es cierto, mi padre cree que fui a recuperar a mi hermana.

—Ace —dice Fredrich, con una voz entre la incredulidad y el enfado.

Acker lo ignora, continuando como si no le hubieran interrumpido.

—Mi padre posee actualmente la magia de tres dones: fuego, telequinesis e influencia. Al menos, esos son los que tuve que presenciar cuando intentaba manipularme para que persiguiera a Beau por su don.

Trago saliva.

—¿Cómo conseguiste resistirte?

—No estoy seguro de haberlo hecho —responde Acker y baja la mirada a la mesa un instante antes de volver a mirarme—. Quería matarlo apenas unos minutos antes. Él lo sabía y, aun así..., no lo

hice. Puede que fueran las piedras mangi que llevaba, que me protegieron de parte de su influencia, pero sospecho que o bien es más débil de lo que quiere que crea, o bien tiene cuidado de no excederse y delatarse.

—Joder —dice Fredrich, exhalando con fuerza.

—¿Ahí es donde cree que estás ahora? —pregunto—. ¿Recuperando a Beau? —Su mirada se desliza hacia Irina y hago un gesto circular con el dedo sobre la mesa—. Círculo de desconfianza, ¿recuerdas?

Los ojos de Acker se oscurecen con algo que no me gusta.

—Antes de compartir más secretos míos, ¿por qué no compartimos uno de los tuyos?

Hay un silencio cargado de tensión antes de que su mirada se desplace hacia el hombre a mi lado.

La sonrisa de Wells parece forzada, demasiado temeraria para él.

—¿Cómo lo has averiguado?

—Fueron varias cosas —dice Acker, apoyando un codo sobre la mesa—. La primera fue el hecho de que a Wells le costaría dejar a su vínculo, y mucho más ahora que está embarazada. Luego está tu olor. Wells huele a hierro quemado y bergamota. Tú, Messer, hueles a perro mojado.

Fredrich hace una mueca.

—¿Qué?

Acker saca una daga de la correa del pecho y la hace girar en la mano.

—Pero lo que más te delató fue que te negaras a encender una llama para mantenernos calientes. Si hay algo que caracteriza a Wells, es que odia el frío.

—Si lo has sabido todo este tiempo, ¿por qué no dijiste nada? —le pregunto a Acker.

—Porque ha tenido muchas oportunidades de rescatarte y no lo ha hecho —dice, fijando sus ojos en los míos—. Pensé que, en el peor de los casos, podría ofrecer un nivel extra de protección.

Para mí, quiere decir.

Los ojos de Wells se encuentran con los míos. O, mejor dicho, Messer me mira, porque claramente no es Wells detrás de esos iris

marrones.

—Era una apuesta arriesgada —dice, con la voz distorsionada, la entonación más parecida a la suya que a la del hombre que estaba imitando.

Se levanta, se quita las botas y estira los brazos hacia los lados, sacudiéndolos. Se transforma ante nuestros ojos. Dos, luego tres pulgadas más alto, el cabello rizado en las puntas. Los ojos marrones pasan a ser azules mientras sus rasgos faciales se reconfiguran en algo más familiar para mí. El crujido de huesos y cartílagos hace que todo el proceso suene doloroso.

Al menos logra permanecer vestido, dado que la estatura de Wells no es demasiado diferente de su tamaño normal.

—Creo que voy a vomitar —gime Irina, cubriéndose la boca.

Fredrich también se levanta y es la primera vez que lo veo realmente inquieto.

—Dios mío —murmura—. ¿Desde cuándo los cambiantes pueden replicar humanos?

—Según los textos antiguos, solo los más poderosos pueden hacerlo. Como, por ejemplo, uno capaz de mantener su forma cambiada sobre mar abierto. —Acker usa la daga para señalar a mi amigo—. Muy arrogante por tu parte pensar que podrías salirte con la tuya dos veces. Por parte de ambos —dice, desviando la mirada hacia mí.

«No lo sabía la primera vez».

—¿Cómo demonios...? —Fredrich se detiene y sacude la cabeza, completamente desconcertado por este giro de los acontecimientos —. ¿Cómo supiste que planeaba llevármela?

—Cuando B no se presentó en la sesión matutina, supuse que estaría ocupada y volé al muelle para comprobarlo con Drake. Hizo un comentario casual sobre que Jovie probablemente estaba demasiado cansada tras la noche anterior —cuenta Messer mientras vuelve a su taburete—. Dijo que un asistente del palacio había ido personalmente a la taberna para recogerte, Fredrich, y de inmediato supe que algo pasaba, porque B nunca enviaría una solicitud para un encuentro a altas horas de la noche.

Pero cuando las miradas de Fredrich y Acker se clavan en mí con la misma expresión de comprensión, Messer lo nota al instante y sus ojos se abren sorprendidos ante el calor que lentamente me tiñe las mejillas.

—No voy a hablar de ello —le digo con firmeza.

—¿De verdad? —dice, con una sonrisa astuta curvándole la boca —. Eso hace que toda esta dinámica sea mucho más interesante. — Su mirada va de Fredrich a Acker—. Eso explica la escaramuza en la cubierta.

Los ojos de Acker se oscurecen.

—Ella ha dicho que no va a hablar de esto.

Cuanto más me mira Messer, más incómoda me siento. Sus ojos se mueven entre los tres durante un largo momento de evaluación antes de que casi se levante del asiento por lo que entiende.

—¿Ambos al mismo tiempo? —pregunta, volviéndose hacia mí con los ojos muy abiertos.

Me apoyo el rostro en la mano.

Él golpea la mesa y se le escapa una carcajada seca.

—¡Estoy jodidamente orgulloso de ti, B!

Le clavo el codo con la fuerza suficiente para hacerlo callar. Su sonrisa se desvanece cuando gruñe de dolor.

El gesto de Irina poniendo los ojos en blanco es casi audible.

—Como si usar tu título para conseguir favores sexuales fuera motivo de orgullo.

Los ojos de Acker relampaguean de ira cuando se gira para espetar:

—¿Y cómo clasificas entonces tu relación con Wesley? ¿Solo tú puedes tener un consorte?

Ahora es Irina quien se siente avergonzada, con el rostro rojo como la grana. No dejo que la curiosidad me domine. No necesito saber quién es Wesley ni qué implica eso para su matrimonio. No es asunto mío.

—En fin —dice Messer, rebajando la tensión mientras retoma su explicación—. Volé hasta el balcón de B, pero encontré su habitación vacía. Estuve a punto de no darle importancia. Excepto que, justo

antes de despegar, vi a uno de los conejos del patio del palacio con algo extraño en la boca.

Se inclina hacia delante, apoyando las manos en la mesa; las mangas le quedan un poco más cortas de lo que le quedaban a Wells.

—Imagina mi sorpresa cuando me di cuenta de que era un cordón de piedras mangi.

Instintivamente me llevo la mano al cuello, aunque sé perfectamente que no están ahí.

—El olor tanto tuyo como de B seguía fresco en su habitación, pero fue el aroma de los hongos somníferos lo que confirmó mis sospechas —le dice a Fredrich—. Lo seguí hasta salir por la puerta principal del palacio, antes de perder el rastro, pero supuse que, si me mantenía cerca de Acker, acabarías viniendo a mí con B a cuestas.

—Podría haber estado actuando por su cuenta —dice Acker, sin comprometerse.

Messer le lanza una mirada que viene a decir «*¿te crees que soy idiota?*» y Acker se la devuelve con otra que deja claro que Messer no querría escuchar la respuesta.

—¿Y Wells? —pregunta Fredrich.

Messer se encoge de hombros mientras empieza a picar lo poco que queda de comida.

—Evelyn seguramente ya habrá atado cabos y sin duda estará furiosa. No sé qué significa eso para tu amigo, teniendo en cuenta que llegó acompañado del tipo que la secuestró, pero imagino que habrá un poquito de tortura de por medio.

La boca de Acker se tensa mientras considera la situación en la que está Wells. La situación en la que él mismo lo ha puesto.

—Beau no permitirá que le pase nada —aseguro, dirigiéndome tanto a Acker como a Fredrich—. Mi madre lo interrogará, sí, pero no de la manera que Messer quiere haceros creer.

—Podrías haberle dejado preocuparse un poco más, B —dice Messer con la boca llena—. Entonces, ¿cuál es el plan, Ace?

Acker se limita a dedicarle una mirada agria en respuesta.

—Por favor, dime que no me he sometido a tu maravillosa compañía durante días para descubrir que ni siquiera tienes un plan —insiste Messer.

Acker chasquea la lengua, ladea la cabeza y desvía la mirada hacia Irina. Entre ellos pasa algo que no alcanzo a entender y aparto los ojos, recordándome una vez más que la curiosidad será mi perdición si no la controlo.

Vuelve a mirar a Messer, y luego a mí, antes de decir:

—Quiero cortar la cabeza de la serpiente.

—Oh, hace tiempo que sabíamos que tu padre tenía que caer —responde Messer—. No te atribuyas ahora una idea que era nuestra.

Una sonrisa divertida tira de la boca de Acker, lo bastante como para hacerme inclinarme hacia delante.

—No solo la de mi padre. La de todos ellos.

—¿Quieres matar a todos los monarcas actuales? —pregunto.

Inclina la cabeza de un lado a otro.

—Más o menos.

—Eso no solucionará nada; solo permitirá que otros idiotas hambrientos de poder ocupen su lugar —dice Messer—. Mi padre lleva décadas como tercero al mando de los alaha y todo este tiempo ha estado deseando el título de Wren, y te garantizo que no queremos a ese cabrón sentado en ningún trono.

—Los sustituimos —interviene Fredrich.

Mientras miro alrededor de la mesa, las piezas del puzle empiezan a encajar. Irina, Acker y yo tenemos reclamaciones legítimas sobre un territorio. Tres de cinco ya presentes y contabilizados. Y una de nosotros con un título ya asegurado: yo.

Acker asiente, como si pudiera verme llegar a la conclusión correcta, y dice:

—Seremos nosotros quienes decidamos quién merece llevar una corona.

—¿Y si los consejos se oponen? —pregunta Messer.

Acker se encoge de hombros, como si la respuesta fuera tan sencilla como evidente.

—Entonces mueren.

Capítulo 35

Jo



Sentado al borde del tejado de la taberna, de espaldas al precipicio, Messer me observa mientras paseo de un lado a otro tratando de ordenar mis pensamientos.

—Tenemos que hablar con Kai —dice.

—Yo necesito hablar con mi madre —corrijo.

—No puedo volar a dos sitios a la vez. Vas a tener que elegir uno por encima del otro.

Vuelvo la cabeza hacia el oeste, poniendo mi espalda al viento helado.

—Estará enferma de preocupación.

Messer asiente.

—Lo sé. Y sé cuánto te está afectando, pero aunque esté preparando al ejército para invadir Kenta, a Drake le llevará una semana navegar hasta la desembocadura del río Yanka, y otra cerrar el acceso y establecer un campamento en tierra.

Aunque esperaba mantener a mi gente alejada de la guerra, sabía que eso nunca iba a estar garantizado. Ellos también lo saben. La gente de Maile no es ingenua. Impedir que los guerreros de Strou cruzaran el golfo era solo un preludio. Pero, a estas alturas, Kai ya debería de haber destrozado la fuerza militar de Kenta y tomado la ciudad.

«Elegir bando es lo mismo que elegir conflicto».

—¿De verdad estás considerando esto? —digo, con la voz plana.

Se me queda mirando boquiabierto.

—¿Tú no?

—¿Quieres decir gobernar en alianza con Acker y su esposa? ¿Por qué demonios iba a aceptar eso? ¡No puedo confiar en ninguno de los dos!

—No son peores que Chryse y, si conseguimos que Kai acepte el acuerdo, prácticamente sería un camino libre hasta el final de la guerra.

Cierro los ojos, temiendo su reacción ante lo que voy a revelar.

—Hay algo que no te he contado.

—Por el amor de la Madre —murmura—. ¿Qué es?

—Chryse es mi tío.

Su rostro se contrae de confusión.

—¿Qué?

—Es complicado, pero el hermano de Chryse, el anterior rey de Roison, Osiris, era mi verdadero padre. —Suspiro y me siento a su lado, en el borde del tejado—. Mi madre mató a Osiris cuando él admitió haberme raptado de niña. Esa es la razón por la que me cedió a mí la corona: porque Chryse se negó a negociar una alianza con ella.

La comprensión se refleja en su rostro.

—Pero sí lo haría contigo, su sobrina.

Asiento.

Su expresión se torna grave lentamente.

—No traicionaría a su propia sangre —dice, encajando las piezas.

—No es que tenga una conexión especial con Chryse. Nunca nos hemos visto. Ni siquiera sé si sigue considerando vigente la alianza después de que Sam fuera a informarle de la presencia de Acker en

Maile, pero, Messer... —Me observa mientras me esfuerzo por juntar las palabras—... la última vez que traicioné a alguien, la culpa me carcomió. —Niego con la cabeza—. Esta no es una decisión que pueda tomar a la ligera.

Messer me observa durante un largo momento antes de ponerse de pie. Es su turno de pasearse, con los brazos en jarras, mientras mira el tejado de la taberna y su cabello dorado ondea al viento. Solo está callado cuando sus emociones se desbordan. Una vez me dijo que era porque no le gusta decir cosas de las que no pueda retractarse. Yo había bromeado sobre todas las demás cosas que no tenía problema en decir, pero él se limitó a negar con la cabeza y dijo: «Cuando es importante, quiero ser cuidadoso».

—Déjame hablar con Kai y ver qué piensa antes de que te veas obligada a tomar una decisión.

Dudo un momento antes de expresar aquello que más temo.

—Si le contamos el plan a Kai y él se lo dice a su padre...

Messer asiente comprendiendo.

—Es un riesgo, pero creo que vale la pena.

No puedo creer que esté siquiera considerando esto, especialmente cuando no confío en ninguno de ellos: ni en Kai, ni en Irina, ni en Acker. Pero supongo que tampoco tengo mucha fe en Chryse.

Estoy agradecida de tener al menos a Messer. Me sentiría perdida sin su consejo.

—Debería irme antes del anochecer —dice.

—Vas a perder un ala si vuelas a esta temperatura, Messer. Al menos espera hasta la mañana.

—Una noche puede ser suficiente para que se corra la voz de que Acker te ha secuestrado —dice—. Entonces tendremos un problema mayor. Necesito hablar con Kai yo mismo y mostrar la historia a nuestro favor; decirle que dejaste Maile por tu propia voluntad.

Y no puedo evitar sentir que Acker planificó todo este esquema con ese problema en mente, sabiendo que me vería obligada a decidir con prisas.

—Odio darle a Acker la satisfacción de estar de acuerdo con algo que él sugiera —admito.

Messer sonríe y, en realidad, me alivia un poco verlo.

—No dejes que tu orgullo anule tu sentido común.

—¿Desde cuándo te has vuelto uno de sus partidarios?

Frunce el ceño.

—B, siempre he creído que él es el indicado para ti.

Mi rostro se queda rígido ante sus palabras, incrédula.

—¿Qué?

—Desde que dejamos Kenta has sido una sombra de ti misma, y tengo la sensación de que a él le ha pasado lo mismo.

Estoy demasiado sorprendida para formular una respuesta.

—Nadie llega tan lejos como él a menos que sea un tonto enamorado —dice—. Y Acker es el hombre más tonto que he visto.

—Messer...

—Lo de secuestrarte fue un poco excesivo —añade, interrumpiéndome—. Pero tengo que admitir..., realmente creo que ese hombre te ama.

Niego con la cabeza.

—Aunque así fuera, seguiría sin ser suficiente. Se casó con Irina...

Me agarra por los hombros y me gira para que tenga que mirarle a la cara.

—Nunca la ha tocado.

Mi asombro da paso al escepticismo.

—Lo vi con mis propios ojos, Messer.

Niega con la cabeza.

—No sé qué crees que has visto. Te digo lo que yo veo: ese hombre no ha puesto un solo dedo sobre la delicada princesa de hielo.

—Que seas un autoproclamado experto en escapadas sexuales no significa que puedas decir si dos personas han dormido juntas solo con mirarlas.

—Sí que puedo, cuando es tan obvio como el color del cielo. Podría haber un océano entero entre ellos. Ni siquiera le gusta respirar el mismo aire que ella, te lo prometo.

La convicción con la que lo dice me hace dudar de mí misma. O tal vez simplemente estoy desesperada por creer que es cierto. Ninguna de las dos opciones me gusta.

Me suelta.

—Ah, y se mantuvo apartado de ella todo el tiempo en el barco hasta aquí. Luego, anoche, durmió en el suelo de la habitación de Fredrich. Eso fue después de que discutierais lo bastante fuerte como para despertar a los muertos, claro, pero eso es lo de menos —dice con aire conspiratorio.

Entorno los ojos hacia él. Lo acusaría de espiarme, pero en realidad es su trabajo, especialmente teniendo en cuenta que estoy cautiva.

Bajamos por la salida de emergencia hasta mi ventana abierta y luego regresamos a la cocina de la taberna, donde Fredrich ha abierto otra botella de vino y se ha acomodado sobre la encimera. Acker se endereza de su apoyo en el fregadero e Irina levanta la vista mientras se inspecciona las uñas en la mesa.

—Kai tendría que estar en el trono de los alaha —les digo—. Le daríamos el territorio de Roison como compensación por agravios pasados.

Las cejas de Fredrich se arquean.

—No formaba parte del acuerdo.

—Lo tomáis o lo dejáis.

Su mirada se dirige a Acker, que se limita a observarme mientras el recuerdo de la promesa que hizo de acabar con la vida de Kai pende entre nosotros.

—Ha enviado a varios hombres para matarme.

Mis ojos buscan a Messer, que me devuelve la mirada con un gesto igual de desconcertado.

—¿Y estás seguro de que fue él quien los envió? —pregunta Messer.

—Cuando un hombre se enfrenta a la muerte, normalmente intenta negociar por su vida, y más de uno de los mercenarios mencionó a Kai —dice y el giro de la daga en su mano se ralentiza mientras considera la pregunta—. Pero eso no significa que los ataques no puedan haber venido de más cerca. Mi padre tiene el poder de la influencia. Y Wren. Cualquiera podría ser responsable.

—Solo hay una manera de saberlo —dice Messer—. Me iré esta noche y volaré directamente hacia Kai.

—¿Sabes dónde está? —pregunta Fredrich.

—No, pero estoy seguro de que él sí —dice Messer, señalando a Acker con la cabeza.

Acker se dirige a la mesa de despiece y empuja a un lado la poca comida que queda. Con la daga con la que ha estado jugueteando, empieza a tallar sobre la mesa y no tarda en dibujar un mapa rudimentario que ocupa toda la superficie. Marca las fronteras y luego clava la daga en el lugar donde se encuentra el palacio de Kenta, casi en el centro de la masa de tierra que conforma el territorio.

—Estamos al oeste de la capital, por aquí —dice, colocando un trozo de queso en nuestra ubicación—. Antes de que yo dejara Kenta, aquí estaban las líneas del frente. Eso fue hace unas semanas.

Esparce carne seca cerca de la frontera de Roison, pero dentro del territorio de Kenta. Luego apila quesos unos sobre otros, al norte del campo de batalla principal.

—¿Qué es eso? —pregunta Irina.

No la mira al responder.

—Troles.

—Buen diagrama, pero ya estamos al tanto de todo esto —dice Messer—. ¿Dónde está Kai?

Acker no se inmuta ante la actitud de Messer y señala un área no muy lejos de la ubicación de los troles.

—Los gigantes han estado caprichosos. Hemos recibido noticias de que pasa gran parte del tiempo intentando mantenerlos bajo control.

—Eso es un vuelo de unas dos jornadas. Menos, si el viento sopla a mi favor —dice.

—Una última cosa —digo, llamando la atención de Acker—. Hay un palomar en el extremo este de la ciudad. Voy a ver si han quedado aves allí. Si es así, quizá haya alguna que pueda llevar una carta a mi madre.

Mantengo la mirada de Acker, dejándole claro que no le estoy pidiendo permiso, solo informándole de mi decisión.

—Vale —acepta, sin discutir—. Iré contigo.

Fredrich se termina el vino con un gesto elegante y deja la botella sobre la encimera con un golpe seco.

—Mañana me dirigiré hacia el este a buscar algo de comida para los animales. Los caballos no sobrevivirán a este clima sin alimento adecuado.

Todos nos mostramos de acuerdo mientras vamos saliendo de la cocina.

Messer y yo nos reunimos en mi habitación provisional. Ya estamos demasiado acostumbrados a separarnos para hacer un gran drama, a pesar de saber que algo terrible podría sucederle al otro mientras estamos separados. Promete transformarse en leopardo si el clima empeora en su camino hacia Kai y yo prometo mantenerme alerta. La culpa y la preocupación que normalmente le cuesta ocultar durante nuestras despedidas no están presentes y eso me hace pensar que confía en que estoy a salvo con Acker.

Lo cual es cómico, porque el hombre literalmente me tuvo encadenada a una cama anoche.

Mantengo ese hecho presente mientras bajo la escalera unas horas más tarde. Acker está allí, esperando, con los pies apoyados en una mesa y una daga en la mano. Pero eso ya lo sabía, el vínculo me guiaba directamente hacia él. Sus ojos me siguen mientras avanzo hacia la entrada abierta de la taberna. El chirrido de la silla y el sonido de sus pies contra el suelo suenan detrás de mí antes de que sus pasos me sigan hasta la calle.

—¿Dónde está tu perrito faldero? —pregunta.

El aleteo que oigo me instan a alzar la vista hacia el pájaro que salta desde el tejado de la taberna. Sus alas negras se extienden, alcanzando ahora la longitud de un pequeño barco de pesca. Es realmente impresionante. Plumas negras como la noche bajo un cielo encapotado, aunque sé cómo cambian a tonos perlados y azules bajo el sol. El graznido de Messer se ha transformado en un bramido completo que conseguiría que los hombres más endurecidos en batalla se cagasen de miedo. Según Drake, es algo común.

Cuando el eyun desaparece detrás de los edificios y el batir de sus alas se atenúa hasta un leve golpe a lo lejos, miro a Acker.

—¿Decías?

Ni siquiera él puede negar la grandeza de Messer, un atisbo de sonrisa le curva una comisura de la boca.

—Después de ti —dice, inclinando la cabeza en dirección al palomar.

Capítulo 36

Jo



Messer siempre dice que las palomas no son más que ratas voladoras con el cerebro del tamaño de un guisante, y que son más tontas que una piedra. Me juró que, aquella vez que se obligó a transformarse en paloma, cuando volvió a su forma normal, era menos inteligente que antes. Pero me da igual lo que diga; siempre he tenido debilidad por las aves.

Desde el interior de la estructura de madera nos llega un susurro de alas y plumas agitándose, señal de que aún quedan pájaros vivos pese a haber sido abandonados sin cuidados. Varias ventanas cuadradas recorren en espiral el exterior del edificio cilíndrico y dejan ver a las aves dentro de sus jaulas. Atravesamos un arco de hierro y entramos en la pequeña sala de trabajo. Un mostrador divide el espacio, con una escalera cerrada escondida detrás. Las paredes están cubiertas de estanterías repletas de pergaminos enrollados y diminutos tubos metálicos para mensajes. Plumas y

tinteros abarrotan el mostrador, y una carta medio escrita está caída en el suelo, abandonada. En la esquina del fondo hay un barreño, manchado por dentro con salpicaduras de tinta negra.

Rodeo el mostrador y me acerco a la escalera, con Acker pisándome los talones. A intervalos regulares cuelgan carteles que indican el territorio para el que ha sido entrenada cada sección de aves. Las que ocupan los primeros veinte escalones están destinadas exclusivamente a Kenta. En la parte frontal de cada jaula hay placas grabadas con el nombre de la ciudad a la que lleva mensajes su ocupante. No es hasta el escalón cuarenta, casi arriba del todo, cuando el cartel colgante anuncia «Maile».

Solo hay unas pocas jaulas y todas están vacías.

—Un pueblo de este tamaño apenas se cartearía con territorios extranjeros, si es que lo hacía —dice Acker, con un tono casi de disculpa.

Valoro mis opciones.

—Los padres de Wells viven en una de las ciudades portuarias al norte de la capital, ¿no? Podría enviarles una carta con la esperanza de que se la hagan llegar a mi madre.

Cuando lo miro, veo su preocupación en la tensión de su boca.

—Tardaría semanas en llegar a Maile, si es que los padres de Wells pueden reenviarla —dice.

«Demasiado tiempo», es lo que realmente quiere decir.

—Es la única oportunidad que tengo —respondo.

Cuando empezamos a bajar, un suave aleteo nos detiene en seco. Nos acercamos a la jaula y miramos dentro. Encogido al fondo, escondido en las sombras, hay un pajarillo diminuto. Leo la placa: «Maile. Capital».

Acker abre la jaula y coge la paloma. Es tan pequeña que casi le cabe en la palma de la mano. Le extiende cada una de las alas, luego la gira y le examina las patas; el ave arrulla mientras la manosea. La anilla de la pata lleva el emblema del pueblo en el que estamos.

—Es pequeña, pero está sana. Voy a buscarle comida y agua, para que no se detenga a mitad del vuelo a cazar —dice.

La devuelve a la jaula y me mira, y juraría que hay un atisbo de sonrisa en sus ojos.

—Ve a escribir la carta.

La mayoría de los materiales son fáciles de encontrar; está claro que el pergamino y la tinta no debieron de parecer lo suficientemente importantes como para llevárselos durante el saqueo. Busco en las estanterías una botella nueva de tinta y una pluma limpia. Aplano un trozo de pergamino sobre el mostrador con un pisapapeles y desenrosco el tapón de la tinta nueva. Mojo la pluma, raspo el exceso de líquido negro del plumín y empiezo a escribir con cuidado. Soy breve y directa, y soplo el pergamino para asegurarme de que esté seco antes de enrollarlo.

En ese mismo momento aparece Acker desde la escalera.

—¿Lista?

Meto el pergamino en uno de los tubos cilíndricos y corto un trozo de cordel del rollo que había detrás del mostrador.

Llamo a mi daga y giro en la mano la empuñadura fracturada de la hoja de piedra ígnea, sujetándola por el lomo para no dañarla más. Apoyo la punta afilada contra el tubo y grabo una letra irregular en el lateral: «J». Una marca para que quien la reciba en Maile sepa que el mensaje es mío y va dirigido a mi madre.

Volvemos a lo alto de la escalera, donde Acker saca de nuevo a la paloma y la coloca boca arriba para que yo pueda atarle el mensaje a la pata que no lleva la anilla del emblema. Alargo el brazo a través de la jaula hasta el pestillo del otro lado y abro la puerta que da al cielo. Una vez asegurada de nuevo dentro de la jaula, tarda tanto en acercarse al hueco, avanzando torpemente con las plumas erizadas, que empiezo a temer que sea demasiado joven para servir. Pero una buena ráfaga de viento la anima a alzar el vuelo y, de pronto, ya no está.

Suelto una respiración contenida, aliviada.

Aunque existe la posibilidad de que el pajarillo no llegue a Maile, al menos puedo decir que lo he intentado. Acker me mira con una expresión suave que casi había olvidado que era capaz de mostrar, y me desconcierta.

—No me mires así —digo, con una voz cortante que resuena entre las jaulas y altera a las aves restantes.

Hace un esfuerzo bastante pobre por contener la sonrisa.

—¿Así, cómo?

—Estás casado, Acker —le espeto mientras paso por su lado y empiezo a bajar la escalera.

—No es que estar prometido a otra persona nos hubiera detenido antes —dice con tono provocador, siguiéndome.

No tengo una buena réplica, pero me detengo, me giro hacia él y le lanzo la siguiente pregunta como un desafío.

—¿Por qué Irina iba a aceptar derrocar a sus propios padres?

—Quiere salvarles la vida.

—¿Los matarías? —pregunto, intrigada—. ¿A los padres de tu esposa?

—Si no se arrodillan, sí.

La forma en que lo dice, con tanta despreocupación, no parece correcta.

—¿Y eso en qué te hace mejor que el resto de hombres terribles que ya están en el poder?

Una sonrisa de labios cerrados se dibuja en su rostro mientras baja otro escalón y acorta la distancia entre nosotros. Alarga la mano, con movimientos lentos y deliberados, y me roza la ceja con un dedo que desliza hasta el hueco de mi sien. Su mirada sigue el recorrido de su mano antes de volver a encontrar la mía.

—Porque no quiero que se inclinen ante mí —dice, en voz baja—. Quiero que se inclinen ante ti.

Sus palabras me sacuden de tal manera que tengo que apoyar una mano en la pared de la escalera para no perder el equilibrio.

—¿Qué...? ¿Por qué dices algo así? Yo no... —Niego con la cabeza —, no quiero que nadie se incline ante mí.

—Pero ya lo hacen. Tu gente te quiere —responde, con un orgullo que le hace brillar los ojos—. Has logrado poner a mi propio pueblo de tu parte, arrebatándoselo a mi padre, pese a que apenas podían soportar tu presencia cuando llegaste por primera vez a la capital.

Tardo un momento, pero entonces entiendo de qué me habla. Lo entiendo a él.

—Sabes que, si ganas esta guerra, el apoyo del pueblo será crucial para conservar el trono después. Quieres usarme para reforzar la opinión pública a tu favor.

Igual que quiso hacerlo la primera vez que me llevó a Kenta.

—No —dice con brusquedad mientras frunce el ceño y las cejas ensombrecen sus ojos oscuros—. Quiero gobernar con la esposa que siempre he deseado. Con la esposa por la que debería haber luchado. El favor del pueblo contigo es algo esperable, porque es jodidamente imposible no quererte. Yo lo sé mejor que nadie. Lo he intentado con todas mis fuerzas.

Aparto la cabeza de su contacto persistente.

—No te creo.

Inclina la cabeza y alza una ceja.

—Con razón. Acabo de secuestrarte.

Luego pasa por mi lado, encabezando el descenso por la escalera.

Atónita, giro sobre mí misma para verlo bajar mientras intento que mi mente asuma todo lo que acaba de decir. Me apresuro para no perderlo de vista en la curva de la escalera, pero justo cuando llego a su altura se detiene en seco y tengo que agitar los brazos para no estamparme contra él. Alarga la mano, descorre el pestillo de una jaula ocupada y se inclina para abrir la trampilla exterior. El ave no pierde ni un segundo: salta del posadero y se aleja volando.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto, todavía descolocada.

—Si los dejamos aquí, morirán —responde, moviéndose hacia la siguiente jaula—. Es mejor soltarlos.

Tiene razón. Llegarán a su destino sin mensaje, pero al menos...

Lo detengo apoyando una mano en su hombro antes de que abra la siguiente jaula.

—Espera —le digo—. Se me ha ocurrido algo.

Cuando se lo explico, no tarda en asentir, y empleamos la poca luz del día que queda en llevar a cabo el plan. Yo escribo los mensajes y los meto en los pequeños tubos; él los ata a cada ave antes de liberarla. Envía primero a las que tienen los trayectos más largos y, cuando llegamos a la última, ya ha caído la noche.

Reviso el pergamino del último mensaje para asegurarme de que la tinta ya no brille. «Salve al capitán Wren, nuevo rey de Kenta».

Edmond sabrá que los mensajes no proceden de Wren, pero el daño ya estará hecho. La gente se confundirá. Algunos huirán. Las historias sobre la depravación de Wren están muy extendidas y profundamente arraigadas en la memoria colectiva de Kenta. Si Edmond defiende su alianza con Wren, parecerá débil y muchos creerán que ha sido manipulado por el capitán. Y si lo abandona, perderá el ejército de Wren.

—De verdad que eres la reina del engaño —dice Acker, con una sonrisa torcida, mientras coge el tubo del mensaje de mis manos.

De todo lo que me ha dicho hoy, esto es lo único que sé que es en serio.

Mientras sube los escalones para enviar la última nota, me acerco al barreño para lavarme las manos. El jabón está hecho expresamente para eliminar la tinta, pero aun así tengo que frotar bastante para que el negro se atenúe. Lo de debajo de las uñas no tiene remedio.

Estoy secándome las manos con una toalla cuando Acker vuelve. Me aparto para dejarle sitio y que él también se lave, y reparo en el desastre que he dejado aquí. Aunque la gente de este pueblo se haya marchado hace tiempo, me incomoda la idea de dejarlo peor de lo que lo he encontrado. Me entretengo cerrando los tinteros y devolviendo el pergamino sin usar a su lugar en las estanterías. Oigo cómo el agua deja de manar un instante antes de sentir la presencia de Acker a mi espalda.

Apoya una mano en el borde del mostrador, a mi lado, y me encierra en ese espacio. Se inclina sobre mi hombro y examina los trozos de pergamino que descarté por errores aquí y allá.

—No me has dicho qué le escribiste a tu madre.

Llevaba tiempo preguntándome cuándo sacaría el tema.

—¿A que te gustaría saberlo?

—Con suerte pondría algo así como...: «Por favor, no mates a mi vínculo. Ha sido un caballero impecable».

Percibo el tono burlón en su respuesta y no puedo evitar sonreír.

—¿Quieres que mienta? ¿A mi propia madre?

Se inclina hacia mi cuello e inspira profundamente.

—A veces mentir tiene sus ventajas.

Cierro los ojos un instante antes de lograr recomponerme. Me giro sobre mí misma; mi cuerpo roza el suyo al quedar frente a él. Apoyo las manos en la mesa a mi espalda y sostengo su mirada oscura.

—Es decir, quieres que mienta cuando te beneficie a ti.

—Cuando resulte creíble —responde, en voz baja.

—Creo que los dos sabemos que puedo ser muy convincente.

Irónicamente, una mentira.

Sonríe, pero no le llega a los ojos.

—Entonces convénceme —dice.

Lo he deseado durante tanto tiempo que mi memoria había olvidado lo embriagador que es en persona. Su olor, el calor de su cuerpo, el peso de su mirada. Es vergonzoso lo mucho que me afecta. No debería desearlo así.

Sus ojos bajan a mis labios.

—Dime que no quieres que te bese —dice.

—No quiero que me beses.

No parece desanimado en absoluto.

—Dime que no quieres que te toque.

Las palabras no deberían hacerme desear justo lo contrario. Intento responder, pero acabo tragándome la voz, el sonido es audible entre nuestras respiraciones entremezcladas.

Se inclina más y me agarra por la cintura.

—Convénceme, Jovie —exige.

—No quiero que me toques.

Me sorprende incluso que las palabras salgan de mi boca, aunque no sean más que un susurro patético.

—Dime que no quieres que deslice la mano entre tus piernas y te haga correrte con los dedos.

—Yo..., yo no...

No hay ninguna posibilidad de que consiga obligarme a decirlo. El rubor me arde en la cara. Su agarre en mi cintura se tensa antes de soltarse por completo y el aliento que se me escapa mezcla decepción y alivio a partes iguales. Esa sensación se mantiene hasta que me levanta el bajo de la camisa, rozándome el vientre con el dorso de los dedos.

La voz me tiembla cuando digo:

—No quiero que hagas que me corra.

Una sonrisa auténtica le cruza los labios.

—Bien —me anima.

Sus dedos se deslizan bajo la cinturilla y tira de la tela para atraerme hacia él; su boca roza la mía mientras habla.

—Pero puedes hacerlo mejor. Dímelo otra vez y, esta, siéntelo de verdad.

Entonces mete la mano dentro de mis pantalones, y sí, quiero que haga que me corra. Pero sé que la única manera de asegurarme de que ocurra es seguir mintiendo y los dos sabemos perfectamente que no se me da bien. Nunca se me ha dado bien. Simplemente es más fácil conseguir lo que se quiere cuando nadie busca la verdad.

Odio que haya una parte de mí que quiera seguir con este juego solo para que no se detenga. He ansiado su contacto, su consuelo, durante tanto tiempo, que estoy desesperada por llegar hasta el final. Pero también sé que me odiaría a mí misma si ocurre de esta manera.

Levanto la vista y me encuentro con su mirada entornada.

—Quiero que me hagas correrme —digo, endureciendo la voz.

Su expresión cambia por completo; los ojos se oscurecen, se vuelven más sensuales, la sonrisa se le borra mientras la mirada se le enciende.

—Ahí está —ronronea.

No hay burlas ni una lenta preparación antes de que me agarre mi parte más íntima. Se me nubla la vista y el aliento se me queda atrapado en la garganta cuando sus dedos encuentran mi centro mientras el talón de su mano presiona con firmeza contra mi punto más sensible.

Emite un leve sonido contra mis labios.

—¿Así? —pregunta, arrastrando la boca por mi mejilla hasta la sien.

Asiento con ansia.

—Sí.

Aprieta y casi se me doblan las rodillas; cierro los ojos con un gemido. Me rodea la cintura con el otro brazo para mantenerme en pie mientras me empuja con su cuerpo contra el mostrador.

Introduce un solo dedo y odio que su boca no esté sobre la mía para ahogar el jadeo que se me escapa, la inspiración brusca que rompe el silencio de la pequeña estancia.

Sus labios me rozan el borde de la oreja y su voz me recorre la espalda como un escalofrío.

—No luches contra ello.

Como si necesitara su permiso, dejo la mente en blanco. Su respiración agitada refleja la mía, como si fuera él quien estuviera a punto de desmoronarse y no yo. No afloja; me muerde suavemente la piel sensible, bajo la oreja, y luego pasa la lengua para aliviar el escozor. Suelto el mostrador y me aferro a su antebrazo, buscando apoyo, con las caderas persiguiendo el placer con cada movimiento de sus dedos. Estoy tan tan cerca...

—Dímelo, Jovie —jadea y su brazo se tensa mientras me empuja al clímax—. ¿Me quieres?

Sus palabras son como un cubo de agua helada. Abro los ojos de golpe, la gravedad de la situación me golpea de lleno al mismo tiempo que el cuerpo me traiciona. Aprieto los dientes, cierro los ojos y me niego a emitir un solo sonido, sofocando cualquier signo de placer físico.

Y entonces, en cuanto la ola remite, abro los ojos y me lo encuentro mirándome con una jodida sonrisa satisfecha.

Lo empujo lejos de mí.

Tiene el descaro de llevarse los dedos húmedos a los labios para probarlos. No puedo responsabilizarme de lo que hago a continuación, porque actúo impulsada por una furia ciega.

Le doy un puñetazo en la cara.

Ni siquiera soy consciente de haberlo hecho hasta que se toca el labio partido, observando la sangre en sus dedos, y tengo que sacudir el latido doloroso de la mano.

Su expresión se cierra mientras se lame la herida, pero no me da la satisfacción que quiero de verdad.

—¿Qué ha sido esto, Acker? —pregunto, furiosa—. ¿Un castigo por lo de Fredrich?

Su respuesta es inmediata.

—No.

Luego pone los ojos en blanco.

—Aunque, si lo fuera, diría que ha sido un castigo más que indulgente.

Increíble.

Derrotada, las lágrimas amenazan con salir y me doy la vuelta antes de que pueda verlas. Me ajusto la cinturilla de las bragas y solo cuando consigo controlar mis emociones me atrevo a mirarlo de nuevo.

—Lo siento —digo, intentando en vano que la voz no se me quiebre—. ¿Es eso lo que necesitas oír? ¿Que me arrepiento de lo que hice y que, si tuviera la oportunidad de elegir diferente, quizá lo habría hecho?

Una expresión de dolor le cruza el rostro. O quizá sea enfado o sorpresa. No lo sé y ya no confío en mi criterio cuando se trata de él. Es demasiado, en todos los sentidos, y está claro que no soy capaz de resistirlo de ninguna forma.

Prosigo, con más firmeza:

—Pero lo hecho, hecho está, Acker. No puedo cambiar lo que pasó con Fredrich, igual que no puedo cambiar el hecho de que te traicioné en su momento. Si estás buscando maneras de que el juramento te permita vengarte, vas a tener que ser más creativo.

Echa la cabeza hacia atrás, desconcertado, antes de avanzar de nuevo hacia mí.

—Déjame aclararte algo, Jovie —dice, acorralándome otra vez contra el mostrador—. Con juramento o sin él, y haya pasado lo que haya pasado o lo que esté por pasar, nada va a negar jamás la verdad fundamental: que eres mía y siempre lo has sido.

Niego con la cabeza, atónita.

—No puedes reclamarme —protesto.

La combinación de sinceridad en su expresión e indiferencia en su tono resulta desconcertante.

—Aunque la propia naturaleza no me hubiera dado ya permiso cuando te convirtió en mi vínculo, no cambiaría nada.

Da un paso más; yo no retrocedo cuando se detiene a una distancia en la que podría tocarme. Sus ojos oscuros van de los míos a mis labios.

—No hay otro final para nosotros.

Capítulo 37

Acker



Percibo el regreso de Messer a la taberna mucho antes de que aparezca; la sangre que corre por sus venas está cargada de hierro. Ha entrado por la ventana que Jovie dejó entreabierta para él en la habitación de invitados y debió de ver la ropa que le dejé preparada. Mientras baja al salón principal, todavía está metiendo un brazo por la manga de la camisa al llegar al final de la escalera. Tiene un aspecto agotado, con ojeras marcadas, después de cruzar el territorio volando para hablar con Kai y regresar, en solo tres días. Más rápido que cualquier ave que se conozca.

Fredrich le aparta una silla con el pie y Messer la acepta de buen grado, dejándose caer en ella con un suspiro pesado.

—B está dormida —dice.

Eso ya lo sabía, pero es más fácil asentir que explicar que la siento a través del vínculo.

Me sostiene la mirada.

—Kai quiere reunirse en persona para hablar de una posible alianza antes de aceptar nada.

Era de esperar.

—No me parece buena idea.

Messer asiente, como si también sospechara que esa sería mi respuesta, pero es Fredrich quien interviene.

—Espera. Pensémoslo bien antes de descartarlo.

—Hay algo que necesito explicaros antes de que decidáis —añade Messer.

Siento cómo la mirada de Fredrich se desliza hacia mí, pero no aparto los ojos de Messer. Me meto las manos en los bolsillos, apoyo la espalda en la barra y me inclino ligeramente hacia atrás, concediéndole la palabra.

—Adelante.

Esboza una sonrisa ladeada.

—Puede que me caigas bien, Acker, pero eso no significa mucho, porque suele caerme bien todo el mundo.

—Es verdad —comenta Fredrich.

—Pero tengo mis límites y, seamos sinceros, tú los has llevado casi hasta el punto de no retorno.

Durante un instante pienso que está enfadado por lo que ocurrió entre Jovie y yo en el palomar, antes de darme cuenta de que, de ser así, probablemente ya me habría arrancado la cabeza.

—¿Por robarte a tu reina? —deduzco.

Su sonrisa se vuelve amarga.

—Por robarme a mi mejor amiga.

Cualquier cosa que diga ahora no sería ni productiva ni amable, así que me muerdo la lengua.

—Entiendo que sea tu vínculo...

—No creo que lo entiendas.

Chasquea la lengua, irritado.

—¿Has nacido así de arrogante o es un efecto secundario de ser un príncipe mimado?

Fredrich responde por mí.

—Es casi un requisito del cargo.

El cabrón se encoge de hombros cuando lo miro.

Messer suspira.

—B..., Jovie es importante para mí. Probablemente lo más importante. Si tuviera que hacer una lista, su nombre estaría primero. —Se detiene para aclararse la garganta antes de continuar —. Es mi familia y, aun así, soy cuidadoso a la hora de hablar de ella cuando trato con Kai.

No me gusta nada hacia dónde va esto.

—¿En qué sentido?

—Kai siempre ha creído que Jovie le pertenece.

El calor me atraviesa la sangre de inmediato.

Tengo que recordarme que Kai está muy lejos y que, ahora mismo, no hay manera de corregir las ideas profundamente equivocadas del amigo de la infancia de Jovie, el hombre con el que estuvo prometida.

El vínculo empieza a agitarse y la sensación de que hay hierro moviéndose con más rapidez sobre mi cabeza me indica que Jovie se está despertando.

—Cuando éramos pequeños, se volvía territorial si sentía que ella y yo nos acercábamos demasiado. —Se balancea ligeramente en la silla, con el rostro inexpresivo al recordar el pasado—. La acaparaba.

Recuerdo la choza en la que vivía, suspendida sobre el mar. Sola, en lo alto, y lejos de las zonas más concurridas del bosque de Alaha. Ya entonces supe que aquel aislamiento era deliberado, pero no lograba entender por qué Wren había cogido a la princesa de Maile solo para tratarla como una molestia.

Hay vacilación en la mirada de Messer cuando se cruza con la mía.

—Al final me dijo que su padre le había regalado a Jovie.

Y ahora mis venas se enfrían por completo.

—¿Con qué jodida autoridad?

No reacciona a mi rabia mientras sigue hablando.

—Verás, Kai odia a su padre. Su madre, Faline, lo malcrió y él se volvió rebelde al crecer. Cada vez que el capitán intentaba disciplinarlo, mantenerlo a raya, Kai respondía con más desafío. Cuando Wren le preguntó qué haría falta para que obedeciera, Kai pidió la mano de Jovie.

La furia me hace agarrar la daga que dejé sobre la barra, y la hago girar entre los dedos ante la necesidad de dar salida a la energía que me zumba por las venas.

—Pero entonces Wren empezó a... entrenar... a Kai en las artes de la tierra. Al principio, Jovie y yo creímos que era solo un cuento de viejas. Pensamos que Kai se lo estaba inventando. Dones mágicos concedidos a los humanos por la Madre Naturaleza. Queríamos que lo demostrara obligando a alguno de nosotros a dar saltos a la pata coja, pero su padre le obligó a hacer un juramento de sangre, para que prometiera no usarlo con nadie sin su permiso.

—La tierra que usaba era vieja —digo, tras haber experimentado yo mismo su escasa potencia.

Cuando estuve prisionero en Alaha, Wren me obligó a jurar con sangre que no revelaría a Jovie su verdadera identidad cuando pedí hablar con ella, pero logré romper ese juramento en el plazo de una semana.

Se encoge de hombros.

—Días después, Kai se coló por mi ventana con un poco de tierra que le había robado a su padre y me dio instrucciones para manipularla con las manos desnudas todos los días, pero escondiéndola bien. Dijo que, con el tiempo, mi don se manifestaría.

Fredrich parece especialmente interesado en la historia de Messer, su mirada está fija en el cambiante.

—¿Cuánto tardó? —pregunta.

—Casi un año. Me convertí en una sepia en el suelo de mi dormitorio. Pensé que me iba a morir por falta de oxígeno antes de poder volver a cambiar. —Sonríe para sí al recordarlo—. Me meé por todo el suelo.

Los tres nos reímos.

—Lo primero que hice fue buscar la imagen de un ave que había visto en un libro del estudio de mi padre. Siempre había sido mi favorita, desde que tengo memoria, y volé directo a la habitación de Jovie en cuanto cambié.

Impresionado, pregunto:

—¿Volaste a la primera?

—A la primera —confirma, sonriendo—. Pero como era muy malo, me estrellé contra casi todas las ramas del bosque y me lastimé un ala.

Su relato despierta el recuerdo de Jovie explicándome cómo había conseguido un ave como mascota.

—Estaba demasiado débil para volver a cambiar cuando Jovie me encontró en su refugio. No sabía que era yo, claro, pero me tuvo en su pila y me alimentó con sardinas mientras intentaba curarme. A pesar de que estaba prohibido tener mascotas.

Se oyen pasos suaves en la escalera y todos hacemos una pausa, esperando la llegada de Jovie. Algunos mechones se le escapan de la trenza descuidada, todavía revuelta por el sueño, y las pecas resaltan en los últimos rayos dorados del atardecer. Ha estado luchando contra las pesadillas por la noche, prefirió pasearse por la habitación antes que dormir y, hoy, finalmente, le ha pasado factura. La encontré profundamente dormida poco después del mediodía, pero parece que nuestras voces la han despertado.

Está radiante, como si estuviera hecha del propio sol, y podría quedarme ciego si la miro durante demasiado tiempo.

Se sienta en una silla en la misma mesa que Messer, pero no me mira. No lo ha hecho en tres días, desde que fuimos al palomar. La llevé demasiado lejos. Mis propios deseos se habían vuelto borrosos. Quería tocarla, pero necesitaba que admitiera que lo deseaba tanto como yo. Pedirle que mintiera solo era para que confesara la verdad: que mi hambre por ella no era unilateral. Y, si hay algo que sé de Jovie, es que su terquedad siempre gana. Una vez que me lo dio, con palabras saliendo de su hermosa boca y la resolución en su mirada, solo quise más. Alimentado por el deseo que fluía por el vínculo, quería que esas dos pequeñas palabras vinieran a continuación.

Pero tal vez tenía un poco de razón. Quería castigarla, sí, pero no por las razones que ella cree. Por mucho que su traición me doliera, ahora entiendo por qué lo hizo, aunque yo no habría hecho lo mismo en su lugar. Y aunque odio que mi amigo conozca su sabor, no la culpo por hacer lo mismo que yo intenté con Irina en nuestra noche de bodas.

No, mi frustración viene de otro lado.

Como ahora, mientras le ofrece a Messer una sonrisa al negarse a mirarme.

—Un día volví a casa después de entrenar y tú habías desaparecido —dice.

Él asiente.

—Por lo visto, todo el mundo había estado buscándome —continúa —. Y Jovie le había hablado a Kai sobre el ave que estaba escondiendo. Él unió las piezas y me advirtió que no revelara mi verdadera identidad ante ella. No pasó mucho tiempo antes de que notara un cambio en la amistad entre ellos.

Mi corazón se detiene por completo antes de volver a latir con fuerza.

Fredrich la mira sorprendido.

—¿Kai te influyó?

—No lo sé —dice ella, con la expresión cerrada—. Quiero pensar que no me haría eso, pero... —Se detiene, considerando la posibilidad de que su amigo de la infancia sí pudiera haberle hecho eso.

—¿Y tú...? —le pregunto a Messer—. ¿Qué opinas?

Su expresión también está dividida.

—Si lo hizo, me gustaría creer que fue por orden de Wren.

—Kai sabía cómo hacerte sentir que te estaba contando todos los secretos —dice ella y se muerde el labio antes de soltarlo—. Yo apenas creía en la magia, mucho menos que pudiera usarse conmigo.

—De cualquier manera —responde Messer, encogiéndose de hombros—, ella parecía más feliz. Y después de haberlo pasado tan mal durante tanto tiempo, ¿cómo iba a negarle eso? Así que la vigilé de cerca solo para asegurarme de que, si él influía en sus emociones a su favor, no lo llevara demasiado lejos.

Jovie le ofrece a Messer una sonrisa compasiva que lo dice todo sin necesidad de palabras. Claramente lo perdonó hace mucho por no revelar lo que Kai posiblemente le hacía. Si es que considera que sea algo que necesite ser perdonado.

—¿Por qué estamos hablando de esto? —pregunta.

—Kai quiere que nos reunamos con él —explica Messer.

Por la expresión de Jovie al mirar en mi dirección, me atrevo a decir que tampoco cree que sea buena idea. Es la primera vez que me mira desde el día en que prácticamente le declaré mi amor eterno y aún me queda algo de orgullo para fingir que su mirada no me afecta, a pesar de cómo me late el corazón en el pecho.

Vuelvo la atención a Messer.

—Pero conoces su principal demanda —sugiero.

—Quiere una alianza —dice Messer—, pero solo bajo la condición de que Acker no se siente en un trono.

No puedo evitar reír ante la simpleza de su exigencia.

—Me tomaré eso como la confirmación de que sí que envió hombres a matarme —digo entre risas.

La expresión de Messer lo confirma.

—No lo negó.

Miro a Jovie con curiosidad, deseando saber qué piensa, teniendo en cuenta la alianza que mantiene con Chryse bajo el pretexto de salvarme la vida. Pero su expresión es imperturbable. Ni un parpadeo a pesar de la ira que siento a través del vínculo. Es asombroso su control emocional; debería estudiarse.

Fredrich levanta las manos con exasperación.

—¿Por qué ibas a estar de acuerdo en trabajar con el hijo de Wren si es, perdóname, un pedazo de mierda? —pregunta.

Messer reflexiona.

—Odia a su padre porque sus acciones llevaron al exilio de Alaha y a todo lo que hemos sufrido durante estos años. En el fondo, Kai solo quiere hacer lo correcto.

—¿Qué probabilidad hay de que revele nuestros planes? —pregunto.

—Quiere las tierras de Chryse y ajustar cuentas con su padre —responde Messer—. No se arriesgará a que ninguno de los dos sobreviva a esta guerra. Creo que si eliminamos a Edmond y a Wren, Kai confiará mucho más en una nueva alianza. Incluso en una que te involucre a ti en el trono de Kenta, Acker.

Fredrich y yo intercambiamos miradas.

—¿Qué piensas? —le pregunto.

—Hay muchas ventajas en tenerlo de nuestro lado: los hombres, los troles, el conocimiento interno de los movimientos de su padre. Pero pedirte que renuncies al trono... —Se encoge de hombros y no dice nada más.

—Tampoco es que tengas que cumplir el acuerdo —dice Jovie, como si la conversación le aburriera—. Siempre puedes aceptar temporalmente y reevaluar la situación cuando la guerra termine y los cuerpos se retiren del campo de batalla.

—¿Ya planeas traicionar a uno de nuestros aliados antes de establecer un acuerdo? —Fredrich parece incrédulo.

Jovie se encoge de hombros, indiferente.

Pero es Messer quien mira a Fredrich como si fuera tonto.

—Es su costumbre.

Fredrich y yo compartimos una mirada significativa, evaluando los pensamientos del otro. Finalmente, levanta una ceja.

—Lo mínimo que podemos hacer es escucharlo —dice.

Una vez juré que mataría a Kai si volvía a verlo y, a diferencia de mi vínculo, planeo cumplir mis promesas. No necesito más razones para matar a ese cabrón, considerando todo lo que Messer y Jovie acaban de contar. Pero al mirar a Jovie y notar la mirada calculadora en sus ojos, debo considerar la posibilidad de que me esté tendiendo una trampa. Es la misma mirada tranquila tras la que se ocultó mientras lograba que me enamorara de ella. Si había pensado que llevármela de Maile la descolocaría y me daría ventaja, estaba completamente equivocado. Es lo suficientemente lista como para encontrar formas nuevas y creativas de apuñalarme por la espalda, sin dejar de mirarme a los ojos.

—Messer —digo, girando mi mirada hacia el exhausto cambiante —. ¿Puedes concertar una reunión?

Y, aunque está agotado, no duda en asentir.

—¿Hora y lugar?

—Dentro de una semana, en la cabaña del sur. Está casi directamente al sur desde aquí, en la costa. Puedo dibujarte un mapa.

Messer asiente.

—Si no voy demasiado retrasado, también podré encontrar tu rastro.

—¿No crees que es un poco arriesgado? —pregunta Fredrich.

Niego con la cabeza.

—Mi padre no va a abandonar la capital en mi ausencia. El lugar no está tan lejos y debemos salir cuanto antes de todas formas. Es solo cuestión de tiempo que alguien descubra de dónde salieron las palomas.

—¿Palomas? —pregunta Messer, confundido—. ¿Qué tienen que ver esos bichos voladores con esto?

Sonrío y, al girar la vista hacia Jovie, me sorprende gratamente ver un atisbo de complicidad en sus ojos.

Fredrich maldice por lo bajo, pero me conoce lo suficiente como para no pedir más explicaciones, antes de decir:

—Iré a preparar los caballos.

Capítulo 38

Jo



El olor a agua salada me provoca una nostalgia tan profunda que me duele el corazón.

Mantengo la vista en el horizonte, buscando un atisbo del mar o de la cabaña, lo que aparezca primero. La vista de la costa solo está bloqueada por suaves colinas ondulantes. Acker dijo que llegaríamos a nuestro destino a mediodía y, a pesar de que la temperatura es dolorosamente fría, al menos tenemos cielos despejados, aunque el calor del sol apenas me toque la piel.

Supongo que debería estar agradecida por que no esté nevando. Por eso y por el hecho de que se me haya concedido el privilegio de tener mi propio caballo para este trayecto, lo cual casi compensa tener que seguir detrás del caballo compartido por Acker y su esposa.

He intentado no pensar en las palabras de Irina desde el día que llegamos a la taberna, pero no dejan de rondar por mi mente. Su

insistencia en que, en cierto modo, somos iguales, como si lo que yo tengo con Acker estuviera al mismo nivel que el galanteo que hubo entre ellos y que la dejó con el corazón roto.

Lo que tuve con Acker, mejor dicho.

Me avergüenza lo infantiles y mezquinos que se han vuelto mis pensamientos. No es que tenga que demostrarle nada a ella, pero mentiría si dijera que no he pensado en agarrar a Acker por la parte frontal de su camisa para plantarle un beso y corroborar que ella y yo no estamos en el mismo barco. Que podría tenerlo si quisiera..., pero estoy bastante segura de que no quiero.

No cuando él solo quiere usarme como herramienta para llevar a cabo sus ambiciones.

Si me pareciera bien que me usaran, nunca habría dejado a Kai.

No sé si él me influyó, pero creo con firmeza que pensó que yo jugaría un papel fundamental para sacarlo de Alaha. Creo que esa es la única razón por la que ha revelado parte de la información que su padre compartió con él, especialmente respecto a la verdad de mi identidad. Escuchó a su padre hablar de un príncipe que había estado buscándome en el mercado el año antes de que yo fuera de visita con mi clase de cadetes. Mientras le seguía la corriente a Kai con eso de que yo era la princesa perdida de Maile, también estaba desesperada por pisar tierra, así que accedí a su absurdo plan de ir juntos al mercado.

Ninguno de los dos, sin embargo, consideró la posibilidad de que el príncipe, Acker, me acusara de robo y amenazara con cortarme la mano cuando me vio.

Justo cuando estoy segura de haber alcanzado los límites de mi cordura, diviso un destello a lo lejos. A medida que nos acercamos, puedo distinguir el sol reflejándose en el techo de cobre de la cabaña, aunque cabaña es un término demasiado suave para describir la vasta propiedad en lo alto de la colina. Las paredes de piedra son blancas, aclaradas por el agua salada y el sol a lo largo de décadas o siglos. Unas ventanas de cristal arqueadas se extienden desde la base hasta el tercer piso. Los jardines que rodean la estructura poseen una variedad de plantas coloridas que

estoy segura de que no son nativas, así que supongo que las debe de cuidar un elemental de tierra.

No pasa mucho tiempo antes de que logre distinguir el sonido de las olas rompiendo contra la orilla, justo al otro lado de la colina.

Aprieto las piernas contra mi caballo para instarlo a galopar hacia la cima. El viento me golpea la cara y las orejas y me enreda el pelo, pero estoy demasiado ansiosa como para que me importe. Cuando los cascos del caballo tocan la piedra en lugar del césped, tiro de las riendas para detenerlo frente a la entrada de la cabaña. La puerta de hierro forjado está abierta. Los senderos del jardín son de piedra caliza, la misma que la de los acantilados del mercado. Un lacayo sale apresuradamente por la puerta principal y baja los escalones de piedra, seguido por los sirvientes.

Saluda a Acker con una reverencia.

—Mis disculpas, su alteza. No os esperábamos.

Pero no es la grandiosa propiedad con toques de metal y vidrio lo que capta mi atención, sino el estruendo de las olas más allá de la colina.

Me bajo del caballo justo cuando Fredrich y Acker detienen sus monturas a mi lado. Pero no los espero; el corazón me late con fuerza mientras sigo el camino desgastado por el uso más allá de la cabaña.

—Déjala ir —oigo decir a Irina detrás de mí.

Paso por debajo de enredaderas de rosas trepadoras y rodeo la verja de hierro y el lateral de la propiedad. Al coronar la colina, el aire del océano me golpea en la cara y el olor a sal actúa como un bálsamo para mi alma cansada. El agua que rompe abajo, en la playa, es azul brillante y turbulenta. Muy diferente del agua del golfo frente a Maile, donde el océano se mezcla con el barro del río Yanka, creando un azul más turbio y un aroma más dulce.

Messer, que detesta estar atrapado en tierra firme, nunca ha entendido mi voluntad de vivir en el palacio, tan lejos de la costa, pero es porque nada puede compararse con el mar que nos rodeó en Alaha durante la mayor parte de nuestra vida.

Esto es exactamente lo que había estado echando en falta.

Hay una escalera tallada en el acantilado y desciendo con ansia. Es irregular y está quebrada en algunos lugares, lo que convierte el descenso aún más peligroso, pero mi emoción es demasiado grande para que eso me frene. Hacia el fondo, los escalones presentan marcas de erosión en una muestra de lo alto que puede llegar el agua con la marea; probablemente engulla la playa por completo con frecuencia.

Me siento en el penúltimo escalón para quitarme las botas y los calcetines, luego me remango los pantalones. Mis dedos se hunden en la arena fría mientras avanzo hacia las olas que rompen. El océano ha tallado y moldeado el acantilado en un semicírculo, lo que provoca que el viento silbe con fuerza contra las paredes de piedra caliza al soplar alrededor de la cala.

La ropa se me adhiere al cuerpo y mi pelo está aún más revuelto al llegar al punto donde el mar se encuentra con la arena. Estoy preparada para que el agua esté fría, pero, aun así, me sorprende y respiro profundamente a través de los dientes apretados.

Por más que el agua fría me muerda la piel desnuda, no me muevo mientras retrocede y luego vuelve con fuerza. Contemplo la inmensidad del océano frente a mí. Grande, imponente y tan parecido a la vista que solía despreciar mientras crecía. Ahora me ofrece un atisbo de hogar.

Alaha está allí.

Más allá del horizonte y más lejos de lo que muchos probablemente imaginan. Donde los árboles majestuosos, más grandes que cualquier otros en la tierra, emergen del agua y sus copas elevadas proporcionan refugio a un pueblo abandonado. No es la forma de vida de Alaha lo que extraño, la existencia desesperada tallada sobre el océano, sino un tiempo en el que todo parecía más simple. Kai no dejaba de hablar de la llegada a tierra y, a pesar de ello, también los expuso a una vida de violencia e incertidumbre. ¿Y si el coste es demasiado alto? ¿No es eso lo que Wren siempre le advertía a Kai?

Siento la presencia de Acker detrás de mí. Al mirar por encima del hombro, lo veo en la cima de la colina, con los brazos cruzados

sobre el pecho, como si estuviera listo para luchar contra el océano si intenta tragarme.

Si el agua estuviera más cálida, probablemente se lo permitiría.

Vuelvo la mirada al océano y odio que Acker pueda sentir el torrente de emociones turbulentas que me inunda. Es frustrante, teniendo en cuenta todo lo que he sacrificado para evitar que él interfiera en mi mente y en mi vida, la vergüenza que cargaba con el peso de las piedras alrededor del cuello como líder de Maile, para que mi gente conociera mi mayor debilidad, solo para descubrir que todo ha sido en vano.

Beau tenía razón cuando decía que a la magia no le gusta que la nieguen, pero más allá de eso, creo que Acker odia que lo nieguen aún más.

Recuerdo la noche en que Kai se coló en mi refugio, lleno de pánico, con el rostro inundado de terror mientras me hacía jurar que nunca dejaría que su padre me tocara. Me había explicado que no había forma de protegerse de la influencia si hay contacto directo. Sus divagaciones parecían no tener sentido, y no fue hasta el día en el mercado, cuando toqué un acantilado de piedra muy parecido al que ahora enmarca a Acker, cuando entendí por qué Kai insistía en enseñarme a proteger mi mente.

Y lo hice.

Durante tanto tiempo y tan bien que creo..., creo que incluso me oculté a mí misma la verdad sobre quién soy.

Mis pensamientos, mis sentimientos y mi magia. Todo confinado en los rincones más lejanos de mi alma, como si tuviera que sentir vergüenza de ser vulnerable en lugar de abrazar el poder que me otorga.

Cierro los ojos y busco el lugar donde reside mi magia. El lazo con el vínculo está ahí, pero lo ignoro mientras le imploro a mi don que responda a mi llamada. Como si se encendiera una mecha larga, el calor se extiende por el centro de mi pecho, hacia el cuello, antes de desplazarse hasta mi hombro derecho, bajarme por el brazo y llegar a mi mano abierta. Abro los ojos y veo el destello de luz construyéndose en mi palma. Más brillante que la luz invernal del sol, baila ante mí.

Creo que ya es hora de que mi don y yo nos conozcamos bien.

Capítulo 39

Acker



Dirige el haz de luz desde las manos hacia las olas que rompen sobre sus pies y transforma el agua turquesa en oro líquido. Las ondulaciones que se curvan y se quiebran en la superficie devuelven fragmentos refractados de luz hacia Jovie, iluminándola con el mismo resplandor giratorio.

Está impresionante mientras se adentra en el océano, dejando que su don caliente el agua lo suficiente como para poder nadar, algo que, está claro, echaba muchísimo de menos. Siento su alegría a través del vínculo, una felicidad que duele un poco. La misma que siento yo cada vez que la miro.

Cuando se zambulle bajo una ola que avanza y emerge al otro lado, es como un sol en miniatura surcando las aguas turbulentas. La preocupación me mantiene clavado en el sitio mientras la observo con atención, nadando entre las olas embravecidas hasta alcanzar corrientes más tranquilas, antes de darse la vuelta y quedarse

flotando boca arriba, con los brazos extendidos a los lados. Pero, mientras flota, no necesito el vínculo para saber que sus preocupaciones se alivian a medida que su cuerpo se relaja, mecido por el agua. Sigue brillando, como un espíritu.

El hierro en la sangre de Fredrich me anuncia su presencia antes de que oiga sus pasos por el sendero a mi espalda.

—He enviado al personal a casa con una paga extra —dice al colocarse a mi lado.

—¿Suficiente para que mantengan la boca cerrada? —pregunto—. Lo último que necesitamos es que algún sirviente intente ganarse el favor de mi padre revelando que estamos aquí.

—De sobra —responde—. Además, puede que haya dejado caer que sabemos dónde viven sus familias.

—Bien —le digo, con un tono que deja claro que doy por zanjada la conversación; quiero observar a mi vínculo en paz.

Pero no se va, así que vuelvo la cabeza para mirarlo, al ver que hay algo más que quiere decir. Tiene los ojos fijos en Jovie y tengo que reprimir el impulso de exigirle que aparte la mirada. No está haciendo nada escandaloso, pero es un momento tan íntimo para ella que no siento que él merezca presenciarlo. Demonios, ni siquiera creo que yo lo merezca.

—Esa expresión —dice con voz grave—. Cuando oyó el océano... Era la misma que tenía cuando se enteró de que habías llegado a Maile.

Si pretendía herirme, lo consigue. Un dolor agudo y retorcido me atraviesa el estómago mientras asimilo sus palabras. La idea de que acudiera a mí en el muelle buscando el mismo consuelo que le da el mar, solo para encontrar decepción y angustia.

—Ace, no sabemos qué nos depara el futuro —continúa. Su mirada se clava en mí, con una dureza que no le veía desde hacía muchos años, desde que fuimos los últimos de nuestro campamento en sobrevivir al ataque sorpresa de Roison—. Y estás perdiendo el tiempo.

¿Perdiendo el tiempo en qué? Pero incluso mientras me lo pregunto, ya lo sé. Aún no hemos vivido lo peor de esta guerra. Tengo que volver al palacio y ocuparme de mi padre. En lugar de

eso, estoy intentando cerrar una alianza con un hombre al que desprecio solo para complacer a Jovie, cuando lo que preferiría es eliminar a Kai de toda la ecuación. Sería una incógnita menos en una guerra que no deja de cambiar. Pero Jovie...

La quiero a mi lado.

Y si este es el compromiso que tengo que aceptar para asegurarme de que lucha conmigo y no contra mí, entonces lo haré.

Fredrich regresa a la cabaña y me deja con esa advertencia flotando sobre mi cabeza, mientras observo a Jovie reencontrarse con algo que antes detestaba. Es casi como si el agua la recibiera con los brazos abiertos tras tanto tiempo separados, como si también la hubiera echado de menos.

Entiendo bien lo que es despreciar algo, o a alguien, y reconocer después el error. El tiempo hace cosas extrañas con la perspectiva. Los cuatro años posteriores a la traición de Jovie han sido como una pesadilla interminable, pero el escozor de aquella traición empieza a parecer un recuerdo lejano, como si el simple hecho de volver a estar cerca de ella hubiera reducido su intensidad.

La observo durante horas y ya casi ha caído la noche cuando por fin su luz se atenúa, la magia agotada. Sale del agua casi arrastrándose y se tumba sobre la arena, con el oleaje lamiéndole los tobillos, durante un buen rato más. Sé que está helada y exhausta y también sé que cualquier intento de ayudarla a subir la escalera del acantilado acabaría en hostilidad. Así que, en cambio, regreso a la vivienda para preparar uno de los dormitorios de invitados y llenar la bañera de porcelana con vistas al océano, lista para cuando vuelva.

Pasa otra hora hasta que atraviesa la puerta que da a la parte trasera de la cabaña. Sigue el sendero de piedra caliza hasta la entrada posterior de la construcción, empapada y temblando. Apenas se fija en los muebles mullidos y las alfombras al entrar; sale del salón y se dirige hacia las dependencias del mayordomo, donde yo estoy sentado al pie de la escalera, observándola bajo los apliques parpadeantes que recorren la pared del hueco de la escalera.

Levanto el cuenco de sopa.

—Las criadas han dejado una olla al fuego antes de irse.

Mira el cuenco, cuyo vapor se eleva de forma tentadora, pero no se mueve.

—¿Envenenada?

Sonrío pese a que su intento de broma no cuaja; el tono apagado de su voz delata lo cansada que está.

—Puedes llevarte un cuenco a tu habitación, si quieres. —Indico con la cabeza hacia la escalera—. El baño se te va a enfriar.

Alza una sola ceja y me clava la mirada, como advirtiéndome que no haga ningún movimiento en falso mientras avanza pesadamente hacia mí. Su estómago ruge lo bastante alto como para que lo oiga y me muerdo el labio para ocultar la sonrisa. La ve de todos modos y, antes de que pueda parpadear, me arrebata el cuenco de las manos con más agilidad de la que creía posible, me rodea y sube la escalera sin decir una palabra.

Le grito a su espalda:

—Segunda puerta a la derecha.

Su bufido suena vagamente a asentimiento y el portazo que da al cerrar resuena por la escalera.

Apoyado en la barandilla, busco el hierro en la sangre de Irina y de Fredrich, cada uno en su habitación. Por la atracción más intensa del de Fredrich, diría que ya va por lo menos por la segunda botella de lo que sea que haya robado del bar de mi padre. El tirón del de Irina, en cambio, es lento y constante; está inmóvil, dormida desde hace horas. No habló mucho después de impedir que siguiera inmediatamente a Jovie cuando salió corriendo hacia el borde del acantilado. Pero, en cuanto estuvimos dentro, una sonrisa apareció en su rostro por primera vez en mucho tiempo mientras se dirigía al salón del fondo de la casa, desde donde observó a Jovie nadar a través de los ventanales de suelo a techo que dan a la playa.

El pulso en la sangre de Jovie tarda un rato en ralentizarse; el agotamiento da paso a la calma mientras se queda dormida. Se ha llevado al límite, pero por suerte no tiene sueños. Su inquietud me habría mantenido despierto toda la noche junto a ella.

Ahora puedo sentirla con más profundidad que nunca. Hace cuatro años, sus emociones no eran más que un hilo fino a través del

vínculo. Ahora son profundas y constantes como un río. Como si en algún momento de los años que pasamos separados se hubiera roto una presa y la corriente ya no pudiera contenerse. Pero eso, en lugar de debilitarla, parece haberla hecho más fuerte.

Los días siguientes transcurren exactamente igual.

Tras robar una de las espadas de mi padre de la repisa de la chimenea, Jovie pasa los días en la playa. Hace ejercicios y repeticiones antes de ponerse a trabajar su magia. La usa para calentar el agua que la rodea mientras nada; a veces lanza bolas de luz ardiente que se deslizan sobre la superficie del mar, se estrellan contra el acantilado o ascienden directamente al aire antes de estallar en una lluvia de luz. Otras veces, las dirige hacia la espada, logrando que el hierro se ponga rojo mientras encadena movimientos.

Me gusta servirme un vaso de licor oscuro y sentarme en el salón al atardecer para contemplar el espectáculo. El acero en su mano me canta desde la playa. Casi puedo sentir el calor de su luz a través del metal, como si su magia fluyera a través de la mía. Es increíble verlo.

Se lo digo cuando entra en la casa la cuarta noche e intenta cogerme el cuenco de estofado de la mano y pasar de largo por la escalera, como ha hecho cada noche desde que llegamos. Pero esta vez no la dejo, le retiro la comida fuera de su alcance. Su mirada es una amenaza en sí misma.

Coloco el cuenco en el escalón detrás de mí y llamo a la espada que sostiene para que venga a mi mano, arrancándosela de un tirón. Está caliente al tacto. Casi demasiado; la empuñadura me quema la palma al girarla.

—La última portadora de luz dominaba los cuatro elementos principales —digo mientras me apoyo la espada sobre la rodilla—. Parece que tú ya tienes predilección por el metal.

La mirada de Jovie pasa de mí a la espada en mi regazo y luego sube por la escalera hacia las habitaciones, sopesando claramente cuánto tiempo está dispuesta a concederme. No le doy opción: clavo la espada en ángulo en el peldaño junto a mí, bloqueándole el paso en la estrecha escalera.

Su expresión es una mezcla de irritación y agotamiento cuando por fin me presta toda su atención, aunque a regañadientes.

—¿Qué quieres, Acker?

Me pongo en pie, bajo un escalón y elimino el último espacio que nos separa. La nueva posición la obliga a inclinar la cabeza hacia atrás para mantenerme la mirada. El pelo se le pega al costado del cuello; los mechones oscuros que se le han soltado de la trenza contrastan con su piel helada. El agua gotea por ellos y se desliza sobre su pulso en la garganta, y de pronto tengo la boca muy seca.

—¿Recuerdas nuestro primer beso? —le pregunto.

Desconfía de mis intenciones, pero asiente.

—Sí.

Muy despacio, levanto la mano y le aparto los mechones rebeldes cogiéndolos uno a uno entre los dedos. La piel expuesta se le eriza. Su mirada se mueve entre mis ojos; en ella brillan la vacilación y la expectativa. Es comprensible, después del beso en la taberna, cuando me expuse por completo ante ella. Y del día en el palomar, cuando intenté obligarla a admitir que me quería.

Nunca he sabido pensar con claridad cuando se trata de ella.

Pero cuando extiende las manos y las apoya en mi pecho para sostenerse, pienso que... quizá ella tampoco piensa con claridad cuando se trata de mí.

Deslizo la yema de los dedos hasta el borde de su mandíbula y bajo hasta la punta de su barbilla.

—Fue como si pudiera sentir tu luz como si fuera mía.

Se humedece los labios.

—Yo podía sentir el metal bajo tierra a kilómetros —dice.

Atraigo su rostro hacia el mío, desesperado por probar sus labios. Pero esta vez no quiero presionarla. Quiero que sea ella quien venga. Y cuando su mirada se detiene en mi boca, se inclina hacia mí y se queda a apenas un centímetro antes de detenerse. Ninguno de los dos se mueve durante un largo instante, nuestros alientos se encuentran en una expectación que se rompe cuando acepto que no habrá beso. No hasta que esté preparada.

—Si Kai no acepta la alianza —aventuro mientras le paso el pulgar por el labio inferior—, ¿qué harás?

Mi pregunta parece sacarla de una niebla; sus ojos recuperan poco a poco la claridad.

—¿Te refieres a quién elegiré? —dice, endureciendo el tono—. Ni que te debiera una lealtad ciega después de haberme secuestrado y retenido contra mi voluntad.

Entonces, en un movimiento para el que no estoy preparado, me agarra la camisa por delante y tira de mí con todas sus fuerzas. Para evitar que acabemos rodando escalera abajo, me aferro a la barandilla. Funciona, pero tropiezo hacia atrás un paso y no hay manera de salvar el cuenco, que cae escalera abajo y esparce su contenido por el suelo.

Apenas me he recuperado cuando me doy cuenta de que Jovie ha sorteado la espada y ya está a mitad de la escalera. Me giro y me lanzo hacia delante para agarrarla del tobillo; cae hacia delante y se apoya en las manos. Da una patada con la otra pierna y yo tiro de ella hacia mí, de modo que su pie pasa silbando, a un palmo escaso de mi cabeza.

—Alto —le digo, arrastrándome sobre ella y cubriéndola con mi peso, de forma que la presiono firmemente contra los escalones.

No me hace caso y gruñe mientras intenta derribarme. Lo que resulta inútil, debido a su nivel de agotamiento. Y, tras un largo momento, parece llegar a la misma conclusión, y su cuerpo se relaja bajo el mío.

Me apoyo con las manos en los peldaños a ambos lados de su cabeza, con el pecho apretado por el esfuerzo.

—No puedes decirme en serio que ese desgraciado merece tu lealtad más que yo. —La incredulidad en mi voz es imposible de disimular, la ira burbujea dentro de mí ante tal idea.

—No lo entiendes —dice, con la voz quebrada.

La emoción cruda me deja atónito y me atraviesa el pecho como una flecha de madera desde el vínculo. Me apresuro a levantar mi peso de su cuerpo, pero ella no intenta escapar.

Se me corta la respiración.

—Jovie...

Después de un momento, se vuelve para quedar boca arriba y me alivia ver que en su mirada hay enfado y no lágrimas.

—Creo que supe que me enamoraría de ti antes siquiera de que dejáramos Alaha, Acker —dice y la frustración ha dado paso a la determinación—. Siempre te he elegido a ti.

Sus palabras me suponen tanto un dolor como un consuelo. Son dolorosas y sanadoras a la vez. Hay un alivio mezclado con la adrenalina de nuestro forcejeo. Mi ritmo cardiaco se acelera; la sangre en mis venas se calienta ante la mirada indómita en sus ojos, como si admitir finalmente la verdad hubiera permitido que el deseo que ha estado reprimiendo aflorara.

El calor de mis venas se convierte en un fuego abrasador. Lentamente, bajo mi cuerpo otra vez y, cuando mi peso cae por completo sobre ella, nuestras inhalaciones sincronizadas suenan agudas en la escalera vacía. Lo tomo como una invitación para colocar mi rodilla entre sus muslos y ella los abre voluntariamente, dejándome ocupar el espacio.

Hundo el rostro en la curva de su cuello y recorro con la boca su piel húmeda.

—Dioses, te he echado de menos.

Arrastro mi boca hacia arriba para cerrar la última distancia, cubriéndola con mis labios. Gimo cuando acepta mi contacto de inmediato, con la boca blanda y flexible, su lengua ansiosa por encontrarse con la mía. Todo, desde su forma de arquear la espalda sobre los escalones, con su pecho contra el mío, hasta el ángulo de sus caderas al sentir la dureza entre sus piernas, me dice que ella también ha extrañado esto tanto como yo.

Su calor se vuelve abrumador. Mientras nos besamos, sus manos recorren la piel expuesta por el cuello abierto de mi camisa y la sensación resuena a través del vínculo. Su don irradia desde dentro y cuando, de alguna manera, encuentro fuerzas para separarme de sus labios, estoy tan maravillado como ansioso por sentir el resplandor etéreo de su piel iluminada contra la mía.

Al instante, los dedos de Jovie buscan los botones de mi camisa para arrancar la tela con tirones apresurados y me doy cuenta de que debe de haber visto el pensamiento en mi mente a través del vínculo. Nuestro beso se vuelve urgente, nuestras manos trabajan al unísono para despojarnos de la ropa y solo separamos las bocas el

tiempo suficiente para quitarnos la camisa. Enredo un brazo alrededor de su cintura y un gemido de satisfacción se escapa de su boca cuando acerco su cuerpo al mío. La sensación de su cuerpo contra mi pecho desnudo parece ser su perdición final. La mía, cuando sus manos empujan insistentemente la cintura de mis pantalones. Me inclino hacia abajo para liberarme, deseando poner fin al sufrimiento prolongado y agonizante que hemos soportado, cuando una voz llega desde abajo.

—Bueno, ¿qué tenemos aquí?

Jovie y yo nos quedamos paralizados, con los ojos abiertos de par en par al darnos cuenta de que no estamos solos, que Messer está aquí, tras haber regresado de su segunda visita a Kai.

—Esto es un desarrollo interesante —dice, con un tono de arrogancia evidente.

Me siento sobre los talones y miro por encima del hombro al cambiante que está en el rellano.

—Has regresado temprano.

Messer se apoya con la cadera en la barandilla inferior; una sonrisa firme se le dibuja en el rostro.

—Puedo volver más tarde. ¿Cuánto necesitas, Ace? ¿Tres minutos? ¿Cuatro, como mucho?

Aprieto los dientes y vuelvo mi mirada hacia Jovie, que se cierra la camisa sobre el pecho mientras la luz desaparece de sus ojos..., literalmente.

—Messer —advierte ella, exasperada.

Su risa de respuesta me pone los nervios de punta; pienso en la multitud de formas en las que podría asesinar a su amigo. Ella niega con la cabeza ante mis pensamientos internos mientras comienza a abrocharse la camisa. O mejor dicho, los botones que aún quedan. Maldigo mi situación mientras me acomodo. Maldito Messer.

Pero es el repentino aumento de emoción a través del vínculo lo que hace que mis ojos se centren en Jovie mientras intento meterme la polla de nuevo en los pantalones. Su mirada se alza para encontrarse con la mía, con las mejillas enrojecidas por haber sido pillada mirándome mientras lo hacía. Intenta cubrirlo frunciendo el ceño, pero solo consigue sacarme una sonrisa.

—No hay necesidad de ocultarte de mí, Jovie. Puedo sentir el deseo, caliente en tus venas —le digo, colocándole de nuevo una mano junto a la cabeza—. Déjame mostrártelo.

No le había transmitido mis emociones antes, pues sé que la última vez que expuse mi yo interior fue demasiado abrumador. Pero, al inclinarle la barbilla con un dedo para volver a juntar nuestros labios, mantengo su mirada y silenciosamente le pido permiso. Al principio es escéptica, pero asiente y dejo que la avalancha de necesidad intensa fluya por el vínculo hacia ella. Su jadeo de respuesta solo aviva más el fuego y cierro los ojos ante la potente sensación de su lujuria mezclándose con la mía.

Se derrite debajo de mí. Es vulnerable, ya que nos reduce a nuestro nivel más básico, y es casi demasiado, sin que importe nada más que nosotros dos. Ineludiblemente honestos en nuestra forma más pura.

Inclino su rostro hacia un lado e intento devorar sus gemidos. El deseo de estar dentro de ella lo consume todo de forma peligrosa, mientras ella una vez más alcanza la parte frontal de mis pantalones y su mano se desliza sobre mi miembro guardado apresuradamente, y estoy a punto de sacármelo de nuevo cuando la voz de Messer nos interrumpe. Otra vez.

No comprendo completamente lo que dice y mi voz es más bien un gruñido cuando gruño:

—¿Qué?

—Escucha, puedes continuar con... todo esto... tan pronto como te transmita un mensaje. —Su tono es juguetón, pero hay una nota seria que me hace prestar atención—. He vuelto temprano para advertirte de que Kai también llegará antes.

—¿Cómo de pronto? —pregunto, mientras mis ojos absorben el bello rubor en las mejillas de Jovie al mezclarse con el suave resplandor de su magia.

—Mañana —dice.

«Hijo de puta».

Sus palabras me enfrían enseguida la sangre y apagan la luz de Jovie, su rostro se descompone al darse cuenta de que no tenemos días antes de la llegada de Kai, sino apenas unas horas. No quiero

leer demasiado en su aprensión, pero es inconfundible a través del vínculo.

La voz de Messer resuena mientras se aleja por el pasillo.

—¿Por qué hay estofado por todas partes?

Capítulo 40

Jo



Afuera está diluviando; la lluvia helada azota las ventanas del salón. El océano está en marea alta y el oleaje, furioso. Le doy la espalda a la vista y observo el ambiente sombrío de las estancias principales de la cabaña. El fuego crepita en el hogar, pero es como si el clima hubiera añadido una capa extra de gravedad a la habitación. Hace horas que nadie habla.

Messer está recostado en un sofá de cuero, con los ojos cerrados mientras entra y sale del sueño y se gira de vez en cuando. Apoyado en un taburete junto a la barra, Fredrich pasa una piedra por el filo de una espada. La quinta que afila hasta ahora, si no me he equivocado al contar. Y por mucho que intente evitarlo, mis ojos se deslizan hacia Acker, que hace girar una daga entre los dedos. Está de cara a la puerta, de espaldas a la barra, con los pies cruzados por los tobillos.

Desde mi posición junto a las ventanas, solo tengo una vista parcial de sus rasgos, pero no necesito verlos por completo para saber que su expresión es severa, intensa. Y no en la forma en la que la disfruté anoche en la escalera; es del tipo de intensidad que me inquieta.

No estoy segura de que haya dormido algo después de que Messer soltara la noticia de la inminente llegada de Kai. Él y Fredrich ya estaban aquí abajo cuando desperté. Llevan esquivos toda la mañana.

Me siento descentrada. Mi mente va de un lado a otro entre la ansiedad por la llegada de Kai y el recuerdo de lo que pasó en la escalera con Acker hace apenas unas horas. Cedí. La honestidad brotó de mi boca como un pacto roto. Pero, una vez que lo hizo, fue demasiado agradable como para retractarme. Sobre todo cuando vi la expresión atónita en el rostro de Acker, maravillado, antes de que se llenara del mismo anhelo que yo llevaba tiempo albergando. Y luego la forma en que me besó, cómo me sostuvo entre sus manos, como si lo hiciera con todo su ser.

El amago de un rubor empieza a subirme por el cuello y me atrevo a mirar en dirección a Acker, solo para encontrar su mirada ya fija en mí, un brillo cómplice en los ojos mientras hace girar la daga en su mano, una sonrisa que le tira de los labios.

El silencio se rompe con el sonido de los tacones de Irina bajando por la escalera principal, que atraen la atención de todos ante su llegada. Lleva un vestido formal; el cabello y el maquillaje impecables, y unas joyas relucientes le cuelgan de las orejas.

Messer silba, su mirada privada de sueño recorre la esbelta figura de Irina.

—¿Cuál es la ocasión especial?

Ella se detiene en el umbral y se alisa con las manos la seda de las faldas.

—En Strou es costumbre recibir a los dignatarios con nuestras mejores galas. Si voy a representar a mi pueblo, debo honrar las tradiciones de mi familia.

—¿De dónde has sacado el vestido? —pregunta Fredrich.

Pero es Acker quien responde.

—Era de mi madre. —Le dedica un gesto de aprobación.

El brote de celos en mi pecho no tiene sentido. Creo que es seguro decir que Acker no tiene ninguna conexión con ella. No como la que tiene conmigo.

Vuelvo a dirigir mi atención a las ventanas y a las olas turbulentas de allá abajo. Es extraño sentir que puedo identificarme con la locura incontrolable del océano.

Apenas logro poner en orden mis pensamientos cuando siento la presencia de Irina a mi lado. También puedo olerla; las notas florales de su perfume forman una nube dulce a su alrededor.

—El ambiente aquí es desastroso —dice, en tono casual. Tras un momento tenso en el que no respondo, continúa—: ¿Cuánto quieres apostar a que lo mata?

Vuelvo la cabeza para mirarla.

—¿Qué?

Se encoge de hombros, con una leve sonrisa jugando en sus labios pintados.

—Estaría dispuesta a hacer una pequeña apuesta.

—¿Sobre...?

—Acker —dice, como si la respuesta fuera obvia—. Sobre la probabilidad de que mate a tu examante.

El término *amante* en referencia a Kai me incomoda y una rápida mirada al resto de los presentes me dice que todos lo han oído. Fredrich sonríe para sí y Messer también. Acker, sin embargo, permanece tan estoico como siempre.

Niego con la cabeza y me guardo mi opinión.

Si Acker está empeñado en tomar el trono de su padre, diría que las probabilidades están a favor de Kai. Podría ser un activo valioso si vamos a enfrentarnos a los ejércitos de Edmond y Wren. Pero eso no significa que las posibilidades de que Acker lo hiera hoy sean nulas; diría que la actitud de Kai al llegar determinará la probabilidad de que salga de esta cabaña con vida.

—Estoy segura de que todo va a salir bien —digo, en su lugar.

Irina alza una ceja ante mi actitud despreocupada.

—Mientes muchísimo, ¿no?

Ay, por el amor de todos los dioses. Estoy harta de toda esta narrativa de mentiras.

—Besé a Acker anoche —digo, avergonzada y mezquina a partes iguales—. ¿Eso es lo bastante honesto para ti?

Si esperaba que Irina se mostrara sorprendida u horrorizada por mi confesión, estoy muy equivocada.

—Oh, lo sé —dice, con los labios curvados—. Toda la cabaña oyó vuestra discusión en la escalera.

—Creo que decirlo así es quedarse corto —interviene Messer desde donde descansa en el sofá.

Entrecierro los ojos en su dirección. Pero ¿este de qué lado está? No ve mi mirada fulminante con los ojos cerrados, pero su sonrisa no hace más que ensancharse, sin duda sintiendo el calor de mi ira.

Irina se inclina un poco más hacia mí, con voz conspiradora y apenas por encima de un susurro.

—La segunda noche después de nuestra boda, lo esperé con uno de mis conjuntos de lencería más atrevidos. —Su mirada permanece fija en el paisaje exterior, pero sonríe para sí con una expresión casi compasiva, como si hablara de otra persona—. Esperé en la cama con champán y bombones durante horas, y ya cerca de la medianoche entró en la alcoba un hombre al que nunca había visto. Cuando exigí saber quién era, se presentó como Wesley y dijo que estaba allí por órdenes del príncipe. —Sus ojos se deslizan hacia los míos—. Fue entonces cuando me di cuenta de que Acker me estaba ofreciendo algo que él no podía darme.

Mi corazón da un vuelco en el pecho al comprenderlo. Que Acker se negó a acostarse con ella, al menos después de la noche de bodas. No puedo imaginar cuánto debió dolerle. Su orgullo, su corazón.

—Al principio me negué, por supuesto —dice y una sonrisa genuina vuelve a su rostro—. Pero, después de que pasara un año infeliz, finalmente acepté el pequeño resquicio de felicidad que Wesley me ofrecía. Fue muy persistente.

—Lo siento —digo, sin saber qué más decir.

Arruga la nariz con desdén.

—Se lo hice pagar caro a Acker. Lo odié durante mucho tiempo. A ti también, y luego a mí misma, hasta que me di cuenta de que aquí no hay otro culpable que el hombre en el trono de Kenta que obligó a su hijo a casarse con una mujer por beneficio político.

Con esas últimas palabras, me aprieta el codo y se marcha para sentarse en el sofá frente a Messer.

Miro a Acker, cuyos ojos se cruzan brevemente con los míos. Parte de mí odia que la verdad sobre su relación con Irina no viniera de él, pero supongo que siempre supo que yo no le creería si era él quien intentaba desacreditar la validez de su propio matrimonio. Especialmente teniendo en cuenta lo que presencié la noche de su boda, cuando me vi obligada a observarlos. Ese recuerdo me ha perseguido durante años.

Acker se yergue por completo.

—Alguien viene —dice.

Fredrich y Messer reaccionan enseguida, poniéndose en pie mientras observan cómo Acker detiene la hoja en su mano, con los ojos cerrados mientras se concentra.

—¿Cómo de cerca está? —pregunta Fredrich.

—A unos minutos —responde, abriendo los ojos—. Se mueve rápido en carruaje.

Se dirige al hogar, donde coloca la daga en el borde de la repisa, con la punta apuntando hacia la puerta. Es entonces cuando empiezo a notar las otras armas. No están ocultas, sino colocadas con precisión por toda la habitación, y no estoy segura de que apostar contra Irina respecto a la seguridad de Kai sea una buena idea.

Acker se vuelve hacia mí y usa el vínculo para enviarme una petición silenciosa de que me una a él junto a la puerta abierta, un fuerte tirón emana de debajo de mi esternón. Quiero desafiarlo; una parte obstinada de mí me insta a mantenerme firme, pero hay otra parte más grande que quiere estar a su lado cuando Kai cruce la puerta principal.

La verdad es que... me pone nerviosa volver a estar cerca de Kai.

Si Kai me influyó, ¿es posible que vuelva a caer bajo el mismo hechizo en cuanto entre por la puerta? La última vez que lo vi fue en

el muelle de Alaha, cuando Acker y yo llevábamos a cabo nuestra huida. Fue una farsa destinada a encubrir la implicación de Kai en mi marcha, pero las palabras que escupió en ese momento dieron demasiado en el blanco, parecieron demasiado reales. Humillantes, incluso.

No necesito expresar en voz alta mi vergüenza o mi nerviosismo para que Acker los perciba; sus ojos se suavizan con el resplandor del fuego.

—Ven aquí —dice, con una leve inclinación de la barbilla.

Y esta vez no dudo, me abro paso entre los muebles ornamentados hacia él y deslizo mi mano en su palma abierta.

Entrelaza nuestros dedos y me atrae a su lado.

—Eres la reina de Maile —dice, sosteniendo mi mirada—. No te doblegas ante nadie, ¿recuerdas?

Asiento, recordando que me dijo algo parecido aquel primer día en el palacio de Kenta, cuando me vi obligada a arrodillarme ante su padre.

Inclina el rostro en el hueco de mi cuello e inhala antes de depositar allí un beso casto.

—Además —dice, dejando que sus labios me rocen la piel al apartarse, antes de hablarme directamente en el oído—, va a saber exactamente a quién perteneces y a quién no.

No hay forma de confundir el rubor que inunda mis mejillas y, en ese mismo instante, llaman a la puerta principal. Me doy cuenta de que quizá ese fue su plan desde el principio: distraerme lo justo para que la evidencia de mi sonrojo quedara estampada en mi rostro cuando Kai y su comitiva llegaran, sabiendo que Kai sacaría sus propias conclusiones. Como si mi mano entrelazada con la de Acker no fuera ya suficiente.

Messer mira alrededor y va cruzando la mirada con cada uno de nosotros, para comprobar que estamos listos, antes de atravesar el vestíbulo y dirigirse a abrir la puerta. El corazón me retumba en el pecho, mi mano sigue aferrada a la de Acker con fuerza. Oigo la voz de Kai un instante antes de que entre. Se aparta los mechones rubios y mojados del rostro y sus botas chirrían sobre el suelo de piedra cuando se hace a un lado para dejar pasar a la persona que

viene detrás. No estoy preparada para la visión de Aurora cuando cruza la puerta principal. Mis ojos se dirigen a Messer, preguntándome por qué no me advirtió al respecto, mientras él los saluda a ambos con una sonrisa relajada.

—Debéis de estar helados —dice, extendiendo una mano hacia ellos y señalando la habitación donde el resto de nosotros aguarda —. Dejadme los abrigos y los colgaré junto al fuego para que se sequen.

La mirada de Aurora es penetrante mientras hace inventario de la estancia. La chica con la que entrené y combatí en Alaha ya era intimidante; su sola presencia bastaba para hacer temblar a los chicos de nuestra clase. Pero ¿ahora? Sus ojos marrones son directamente letales. Pero cuando mira a Kai, su esposo, se hace evidente que le tiene cariño, por la forma en que su mirada se suaviza un poco, solo para él.

No quiero parecer desconfiada, pero siento como si algo me recorriera la espalda como una araña e intento convencerme de que es fruto de mi imaginación. Que nunca haya visto este tipo de reacción de Aurora durante nuestro época en Alaha no significa que ahora sea incapaz de sentirla. Es normal que alguien busque seguridad en su cónyuge en situaciones difíciles.

Los ojos de Kai recorren la habitación, evaluando, antes de detenerse en mí. Me sostiene la mirada. El chico con el que crecí es, sin lugar a dudas, un hombre ahora. Tiene barba incipiente en la barbilla, que está más marcada y menos redondeada. Es el mismo, pero diferente. Familiar, pero no. Han pasado años desde que volvió a tierra y todo ese tiempo lo ha pasado en las líneas del frente de una guerra.

—Brynn —dice, inclinando la cabeza en el saludo típico de Kenta.

Estoy preparada para que Acker lo corrija, pero me sorprende que sea Messer quien lo haga.

—Ahora es Jo —interviene, ofreciéndole una sonrisa cordial mientras termina de colgar los abrigos en la repisa.

—Mis disculpas —responde Kai—. Jo. —Mi nombre suena extraño en su boca.

Le devuelvo una pequeña sonrisa.

—No pasa nada.

El silencio se prolonga mientras la mirada de Kai baja a mi mano entrelazada con la de Acker, antes de apartarla. No me doy cuenta de que estaba conteniendo la respiración hasta que esta se escapa por mis dientes apretados.

Hay demasiadas emociones en mi interior como para identificar si alguna está fuera de lugar, es extraña, pero me alivia saber que, al menos, no me siento instantáneamente fascinada por él.

Messer, actuando como nuestro enlace no oficial, hace un gesto hacia los asientos vacíos.

—Por favor, sentaos —dice.

Kai y Aurora se mueven a la vez hacia el sofá que Messer había abandonado. Aurora tiembla y no me pasa desapercibido cómo Kai le coloca una mano tranquilizadora sobre el muslo. Es una demostración de afecto gratuita viniendo de alguien acostumbrado a las costumbres conservadoras de Alaha, y estoy convencida de que intenta provocar una reacción en alguno de nosotros. Aún queda por determinar en quién.

Pero Messer no reacciona, su sonrisa permanece fija.

—¿Queréis algo de beber? Tenemos vino, licores...

—Sin ánimo de ofender, pero me gustaría saltarme las formalidades —lo interrumpe Kai, con tono serio—. Debido a la gran cantidad de mensajes anónimos que declaran a mi padre como el legítimo rey de Kenta, actualmente difundidos por el territorio y más allá, él se encuentra reunido con Edmond y su consejo, donde decidirán su destino. Si lo destierran de Kenta, se verá obligado a regresar al campamento de Alaha, donde descubrirá mi ausencia.

En otras palabras, tenemos que ser rápidos.

Todos en el grupo se vuelven hacia Acker y hacia mí. Fredrich desde su lugar en la barra, Irina mientras sigue descansando en el otro sofá y Messer, de pie a nuestro lado.

No. No hacia Acker, sino hacia mí. Acker me mira con la misma expectación que los demás.

—Eres la única persona aquí que realmente porta una corona —explica.

No parpadeo durante un largo momento mientras me doy cuenta de que esto está planeado. Dejo que mis ojos transmitan mi irritación, mirando a Messer y Fredrich, pero concluyo que no hay nada que pueda hacer ahora. No cuando todos esperan que yo lidere.

Suelto la mano de Acker y me siento en una de las sillas de respaldo alto junto al hogar, de espaldas al fuego y mirando hacia la habitación. Acker ocupa el asiento que está junto al mío, con una postura relajada mientras se hunde en su mullida superficie. Cruza un tobillo sobre la rodilla y recoge una daga de la otra punta de la habitación, haciendo girar la empuñadura en su mano como muestra evidente de su don. Le lanzo una mirada fija y él me guiña un ojo. De alguna manera eso calma mis nervios.

No entiendo por qué pensaron que yo tendría alguna posibilidad de convencer a Kai de una alianza, especialmente cuando fui yo quien no pudo cumplir el primer acuerdo que hicimos.

—Supongo que, dado que estás aquí a pesar de las circunstancias con tu padre —digo, enfrentando la mirada de Kai, antes gris y ahora azul tras su regreso a tierra—, eso significa que tienes algún interés en esta alianza.

Se inclina hacia delante, entrelazando los dedos sobre sus rodillas dobladas.

—Estoy interesado en una alianza contigo y con la princesa de Strou —aclara.

Alzo una ceja ante el chico con el que pensé que me casaría.

—Messer dijo que quieres el trono de Acker.

—Así es —responde.

—Tu condición es un poco contradictoria, ¿no crees?

—¿Ah, sí? —pregunta, entrecerrando ligeramente los ojos—. ¿Cómo es eso?

Me encojo de hombros, como si la respuesta fuera obvia.

—Acker es mi vínculo. Si te alías conmigo, te alías con él. O tal vez desconoces cómo funciona un verdadero vínculo.

No hay un cambio visible en su expresión, pero lo conozco lo suficiente como para notar lo poco que le gusta que cuestionen su inteligencia.

—Lo último que supe es que vosotros dos no estabais en buenos términos. ¿Puedo preguntar qué ha cambiado?

—¿O eso es solo lo que les hemos hecho creer a todos? —Casi puedo escuchar las palabras de Irina sobre lo mucho que miento—. Tal vez deberías cuestionar quién te ha estado dando esa información.

Sus ojos se desplazan hacia Acker, a mi lado, intentando evaluarlo.

—Quiero el trono de Kenta. Que Acker sea tu vínculo tiene poca relevancia para mí.

—¿Y si cediera mi lugar? —pregunta Acker, negándose a mirarme mientras vuelvo la cabeza hacia él—. ¿Qué harías con él?

La atención de Kai se mueve hacia Acker por primera vez.

—Suponiendo que mi padre esté resuelto, gobernaría Kenta y Roison como un todo.

Acker se burla.

—¿No es suficiente el territorio de Chryse para ti? Roison posee la mayor parte de esta masa de tierra.

—Mi pueblo ha vivido décadas en los confines de un bosque. No los he sacado de ahí para ir a meterlos en los restos de un territorio ya establecido.

—Será difícil integrar toda una población con los kenta —intervengo—. Tendrías más éxito negociando nuevas fronteras.

La mirada de Kai se endurece.

—¿Para que tengamos menos viviendas y recursos que los de las ciudades?

Casi puedo escuchar los molares de Acker rechinando frente al fuego crepitante. Incluso Messer pierde algo de su entusiasmo cuidadosamente construido. Se quita la chaqueta.

—Si no os importa, voy a servirme un trago.

Detrás del lugar de Kai y Aurora en el sofá, Fredrich se inclina para alcanzar la parte trasera de la barra y coge una botella de vino y una copa. Vierte una cantidad abundante, pero Messer no deja que se desperdicie y se traga la mitad de un solo sorbo.

Suspira mientras inspecciona la copa.

—¿Estáis seguros de que no queréis beber algo? Me parece que podría ser realmente beneficioso para todos nosotros.

Aurora echa un vistazo por encima del hombro a Messer antes de intercambiar una mirada con Kai. Hay un tic en la comisura de su boca, una sonrisa que amenaza con asomarse. Es la prueba que necesitaba de que no hay una extraña frente a mí, sino alguien que una vez fue mi amiga. Alguien con quien compartí risas ante el comportamiento extravagante de Messer.

—¿Y si acordamos integrar a tu gente en todos los territorios? —digo, atrayendo de nuevo la atención de Kai hacia la tarea en cuestión—. Unos cuantos ya han llegado a Maile.

Cualquier rastro de humor en su rostro desaparece.

—Entonces, ¿qué me queda a mí?

—Bueno, ¿cuál es tu objetivo? —pregunta Acker, jugando con la daga—. ¿Es poder lo que buscas o una vida mejor para tu gente?

Kai no se intimida ante las palabras de Acker. Si acaso, se siente reforzado.

—Como alguien que se niega a ceder su propio trono, podría preguntarte lo mismo —desafía—. ¿O no es suficiente servir al lado de tu esposa? —Para añadir insulto a la herida, la mirada de Kai va de mí a Irina—. La que sea que prefieras.

Sus palabras son cortantes y estoy bastante segura de sentirlas en el fondo del estómago.

Una serie de imágenes me cruza por la mente. La mano de Acker mientras prepara la daga en su agarre. El lanzamiento. La hoja volando hacia Kai. Impacta en uno de sus ojos. La sangre salpica a su esposa mientras ella grita aterrorizada antes de que él se recueste en el sofá. Muerto.

Con el corazón martilleando, parpadeo y no hay nada fuera de lugar. Kai permanece sentado e ileso frente a mí, con los ojos intactos, ni una gota de sangre a la vista. Vuelvo la cabeza hacia Acker, quien encuentra mi mirada con un leve gesto preocupado en el ceño. Como si yo fuera la que estuviera a punto de matar a alguien y no él.

Para cualquier otra persona en la habitación, parece tan calmado y compuesto como ha estado desde que Kai entró, pero es una farsa. Ha pasado tiempo desde que tuve la oportunidad de entrar en la mente de Acker, y acabo de ver un panorama completo de sus

pensamientos internos; estamos caminando sobre un terreno muy resbaladizo.

Me repongo y vuelvo a centrar la atención de Kai en mí.

—El puesto de Acker en el trono de Kenta no es negociable.

Kai no titubea.

—Esa es mi condición. Lo tomas o lo dejas.

Messer rodea el sofá mientras su sonrisa despreocupada se desvanece.

—Esta alianza garantiza un trono. ¿Por qué arriesgarse a no obtener ninguno si esta guerra no se desarrolla a tu favor?

—Eso solo sería posible si encontramos una forma de eliminar a mi padre —dice Kai—. Algo que no estoy seguro de que sea viable.

—Pero ¿tendrías tu propio trono? —interviene Irina y su voz suave corta la tensión y atrae toda la atención hacia ella—. ¿O estás contento viviendo bajo el yugo de tu padre?

Sus palabras dan en el blanco. La cara de Kai enrojece de ira.

Me impresiona la capacidad de Irina para leer a Kai con tanta facilidad, sin haberlo visto nunca antes de esta noche.

—Podemos encargarnos de tu padre —le digo a Kai.

Él niega con la cabeza.

—No tenéis ni idea de lo que es capaz.

—A mí no me pueden influenciar —dice Fredrich mientras se apoya la espada sobre el regazo.

Kai se mueve y evalúa a mi amigo mientras se recuesta casualmente contra la barra, sin aparente preocupación por su bienestar.

—¿Estás seguro de eso? —lo desafía.

La sonrisa de Fredrich es pura insolencia.

—¿Quieres comprobarlo, principito?

Llamar a Kai por un título incorrecto lo irrita aún más.

—Levántate —ordena.

Hay un largo instante en el que Fredrich no se mueve, arqueando las cejas mientras sonríe a Kai.

—¿Eso es todo lo que tienes?

El escepticismo de Kai se transforma en determinación al levantarse del sofá.

—Deja de respirar —dice y su voz resuena poderosa gracias al uso completo de su don.

Me alarma la rapidez con la que ha aumentado la severidad de su mandato, como si lo hubiera ejecutado muchas veces antes. Probablemente más de las que quisiera saber.

Y, sin embargo, Fredrich permanece inmutable, su pecho sube y baja de manera uniforme, sin mostrar el más mínimo esfuerzo.

—¿Cómo? —pregunta Kai, con los ojos abiertos, ya sea por miedo o asombro. Tal vez ambos.

—Solo necesitas saber que es plenamente capaz de resistir la influencia de tu padre —respondo, sin querer revelar demasiado sobre la habilidad protectora de mi amigo.

Es evidente que Kai está perturbado por Fredrich, aunque intente ocultarlo. Observa la habitación y luego a nosotros, dándole vueltas a la revelación de que alguien podría resistir realmente ante su padre.

Su mirada se detiene en Acker, como si pudiera ver a través de su fachada construida con sumo cuidado y percibir los pensamientos oscuros que esconde.

—Aun así —dice—, mi condición para la alianza sigue siendo la misma.

Todos se quedan atónitos ante su decisión, Aurora más que nadie. Se levanta del sofá, con el rostro fruncido en un ceño feroz dirigido a Kai. Cuando él se niega a reconocer su evidente disgusto, ella dirige su atención a Messer. Suplicar es algo de lo que nunca habría creído capaz a Aurora; exigir es más su estilo. Sin embargo, a pesar de su postura firme, percibo que intenta transmitir un mensaje a Messer, instándolo a actuar. Él permanece impotente, su enfado es visible, y cuando sus ojos se desplazan a su antiguo mejor amigo, temo lo que podría decir o hacer si no intervengo.

Me levanto de la silla.

—La oferta sigue en pie por si cambias de opinión.

El enfado impotente de Messer ahora se dirige hacia mí, pero sacudo sutilmente la cabeza a modo de advertencia. No está en nuestras manos hacer que Kai cambie de idea.

A regañadientes, Messer se dirige al hogar y coge los abrigos de su lugar sobre la chimenea para entregárselos a Aurora, que es la más cercana, pero antes de que pueda cogerlos, Kai se los saca de la mano.

Me deslizo lentamente entre ellos y conduzco a nuestros invitados hacia el vestíbulo de entrada en un acto de diplomacia. El rugido de la lluvia entra junto con una ráfaga de viento helado al abrir la puerta. Kai se detiene en el umbral. Al principio creo que es para armarse de valor antes de salir al clima, pero luego me mira.

—Chryse sabe que planeas incumplir tu acuerdo. Está planeando buscar una alianza con Edmond si destierran a mi padre del tribunal —dice, con aparente apatía—. Creí que sería justo avisarte.

Aunque sospechaba que Chryse probablemente rompería nuestro trato, me duele escucharlo.

Asiento en agradecimiento.

—Espero que tengáis un buen viaje de vuelta.

Cierro la puerta tras ellos, bloqueando el viento y la lluvia. Aunque esperaba debilitar la alianza de Edmond y Wren con los mensajes de las palomas, nunca pensé que Chryse se uniría a Edmond. Llevan décadas en conflicto intermitente. Y cuando mi madre mató a Osiris, Chryse culpó a Edmond por no intervenir, pero supongo que todo es posible en esta guerra en constante cambio.

El silencio se hace pesado mientras todos asimilamos nuestra situación.

Hasta que un risita de Irina corta la tensión. Cuando la miro, veo un brillo de humedad en sus ojos y su risita se transforma en carcajada.

—¿Qué puede resultar gracioso ahora? —pregunta Messer, tan exasperado como intrigado por su diversión.

—Es que... —Sacude la cabeza mientras trata de recuperar el aliento—. La expresión de Kai cuando Fredrich no dejó de respirar... —Inhala otra bocanada de aire y continúa—: Estaba tan ofendido.

Nos lleva un segundo, pero luego todos comenzamos a reír, liberando la tensión. Es efectivo para sacarnos de la melancolía. Pero al ver cómo la sonrisa de Acker se desvanece lentamente, siento un escalofrío inquietante en el estómago.

Capítulo 41

Jo



Me despierto con un sonido de pasos en mi habitación. Tardo un rato en despejar la mente de sueños sobre un barco pesquero y una sed infinita. Cuando abro los ojos, veo a Acker rebuscando en la cómoda que está al lado de mi cama. La luz de la mañana se filtra a través de la escarcha de la ventana y baña la habitación con un resplandor cálido y suave.

—¿Qué pasa? —pregunto, incorporándome y frotándome los ojos.

Acker saca un puñado de prendas y las mete en el morral abierto que ha dejado sobre la cómoda.

—Tenemos que movernos mientras el clima lo permita —dice.

Estoy confusa.

Después de la partida de Kai y Aurora la noche anterior, todos acordamos descansar y discutir los planes por la mañana. Pero, a medida que mi mente se despeja del sueño, observo a Acker mientras sigue metiendo calcetines y ropa interior en el morral que

crece rápidamente, y deduzco que ya ha decidido un plan de acción. Lleva la misma ropa de anoche; el cabello despeinado por haber pasado las manos por él.

Me siento en el borde de la cama.

—¿Y a dónde nos vamos?

—A unas dos jornadas a caballo hasta el puerto más cercano. Desde allí, cogeremos un ferri hacia el norte, a un puerto llamado Claudine.

Cojo los pantalones que dejé al pie de la cama y me los pongo, me levanto y me los abrocho a la cintura.

—¿Qué hay en Claudine? —pregunto, dándome cuenta de que todavía no me ha mirado.

—Los padres de Wells —responde mientras cierra el morral—. Les envié un mensaje cuando regresamos, así que esperan nuestra llegada. Son buena gente. Cuidarán de ti y de Irina.

«Cuidarán de ti y de Irina».

—Planeas volver al palacio solo —digo, juntando las piezas.

Deja el morral sobre la cama, detrás de mí. Supuestamente es mi equipaje. Sus ojos al fin se encuentran con los míos mientras se me planta enfrente. Estamos tan cerca que tengo que inclinar la cabeza hacia atrás para mantener su mirada y no puedo evitar pensar que intenta distraerme con su proximidad, haciéndome sentir pequeña a propósito.

—Fredrich me acompañará —dice.

—Aunque fueras capaz de matar a tu padre tú solo, aún hay un ejército avanzando hacia la capital de Kenta —añado—. Y no sabemos si será el de Wren o el de Chryse.

Asiente levemente.

—Y eso sin contar con el ejército que tu madre, sin duda, estará movilizando desde el oeste.

No puedo creer su actitud tan despreocupada.

—¿Por qué me pediste que eligiera entre Kai y tú si nunca has tenido la intención de que luchara a tu lado? —pregunto, con la rabia empezándome a hervir en el pecho—. ¿Por qué me sacaste de Maile?

Su atención se dirige a los mechones de pelo que todavía no he peinado y me los aparta tras la oreja.

—Te saqué de allí porque estabas decidida a matarte —responde.

Vuelvo la cabeza para alejarme de su alcance.

—¿De qué estás hablando?

—Te vi ese día, cuando Fredrich y tú emboscasteis a los strou en la cueva —dice, perdiendo la compostura que siempre mantiene, con el ceño fruncido por la frustración—. Habías entrado en batalla, no porque quisieras la victoria, sino porque te daba igual vivir o morir.

—¡Yo luchaba por mi gente mientras tú tenías a otra mujer en tu cama! —Me avergüenzo de inmediato por la explosión de mi confesión—. No tienes derecho a juzgarme.

Se pasa la mano por la boca, me da la espalda y empieza a pasear antes de detenerse en medio de la habitación.

—¿Cuál era el puto objetivo, Jovie? —pregunta, girándose hacia mí de nuevo.

—¿El objetivo de qué?

—De destrozarme —casi grita—. ¿Cuál era el objetivo de destrozarme solo para, al momento siguiente, destrozarte a ti misma también? —Luego, tan rápido como apareció su ira, desaparece—. A veces me parece que no creías merecer el amor que teníamos. Lo de Kai fue solo una excusa fácil para irte.

Lo miro durante un largo rato mientras dejo que el dolor de sus palabras se asiente.

—Creía que estaba haciendo lo correcto —le digo, con la voz quebrada.

En tres pasos está frente a mí y sus manos me enmarcan el rostro.

—Lo estabas haciendo —dice, con arrepentimiento en la mirada—. Siento que me haya llevado tanto tiempo darme cuenta.

Cuando presiona sus labios contra los míos, duele. No físicamente, sino en un lugar que había decidido mantener enterrado, una herida que me había negado a reconocer hasta ahora. Y al presionar la nuca de Acker para acercarlo más a mí mientras las lágrimas me recorren las mejillas, siento que empieza a sanar.

Se separa y entrelaza mis manos con las suyas contra su pecho.

—Necesito que hagas algo muy importante, Jovie: que sobrevivas.

Sabiendo lo que viene, suspiro.

—Acker...

—Necesito que estés viva porque ayer por la noche, ya tarde, envié a Messer a decirle a Kai que acepto su condición.

Se me para el corazón.

—¿Por qué ibas a aceptar eso? ¿Tu trono, Acker?

—No tenemos ninguna posibilidad sin él y es lo único que puedo ofrecerle que no seas tú.

—No puedes renunciar a tu título.

Frunce el ceño.

—¿Por qué no? Tampoco es que me lo haya ganado —dice sin vergüenza—. He hecho un trabajo terrible manejando esta guerra. Parece que estoy mejor en el campo de batalla, matando hombres. Demonios, le estoy pidiendo que ataque a mis propios soldados.

—Para protegerme —intervengo.

—Exacto, Jovie. Mi prioridad está en otro lugar. —Sonríe, medio derrotado, pero con aceptación en la mirada—. Siempre ha estado contigo. —El beso que me da es tierno antes de decir—: Ayúdame a terminar esta guerra y serviré felizmente a tus pies.

No entiendo por qué su oferta me enfurece aún más, pero lo hace. Aparto las manos, airada.

—No quiero eso de ti.

—¿Prefieres a algún otro? —bromea.

Estoy asombrada de su capacidad para tomarse la situación a la ligera. Solo repito:

—No lo quiero.

Da un paso más cerca.

—No hay otro lugar donde quiera estar —dice—. En Maile, contigo, como tu mano derecha.

—¿Y si me niego? —reto.

—Si te niegas, la única misericordia que podrías ofrecerme sería la muerte.

Hay demasiadas emociones para articularlas, así que lo beso de nuevo, sé que puede sentirlo todo sin palabras. Pero no tarda en imponerse la rabia y rompo el beso, empujándole.

—Eres un idiota.

Capítulo 42

Acker



—Lo sé —le digo, incapaz de contener la sonrisa.

Ya tendrá tiempo de enfadarse conmigo de verdad cuando termine la guerra y siga viva.

Sus manos se aferran a mi camisa y me preparo para otra ronda de forcejeo, pero me pilla desprevenido cuando vuelve a besarme. El beso es casi tan castigador como hambriento. Cuando me succiona la lengua, casi me deshago.

Me aparto de su boca lo suficiente para poder decir unas palabras.

—Esto no va a hacer que cambie de opinión —le advierto.

Ella mueve las manos hacia los botones de mi camisa.

—Deja de hablar —ordena y me desliza las manos sobre la piel en cuanto encuentra un hueco suficiente en la tela.

Su caricia provoca calor en mi pecho y debe de notar cuánto me gusta porque mueve la boca hasta la base de mi cuello.

—Jovie —digo, con un esfuerzo de voluntad—. Hablo en serio. No lo hagas si...

Me empuja lejos de ella y creo que por fin ha recuperado la cordura, pero lo que hace es darme una bofetada.

La impresión dura poco; el fuego se me extiende por la mejilla, entra en mi sangre y llega directamente a mi polla. Cuando la miro, su expresión es salvaje, como si no tuviera control total sobre sí misma. Debajo de todo eso, un deseo como nada que haya sentido antes se filtra a través del vínculo. Ira y deseo, pero, sobre todo... necesidad.

—No sé por qué he hecho eso —resopla, con las mejillas teñidas de rosa—. Pero estoy segura de que te lo mereces.

Ahogo una breve risa y la agarro por la cara para besarla. Se funde instantáneamente en mí, dócil bajo mis labios. Pero no dura más que un momento antes de que intente romper el beso de nuevo, con las palabras ya formándosele en la punta de la lengua.

Le cubro la boca con la mano y la dirijo de nuevo hacia la cama.

—Cierra la boca y déjame darte lo que necesitas. —Mis palabras provocan un torrente de deseo a través del vínculo y gimo mientras la coloco debajo de mí—. Me has estado deseando —digo, frotando mi erección cubierta de ropa contra ella.

Retrocedo para alcanzar la cintura de sus pantalones, los desabrocho y se los quito. También me quito la camisa y levanto el dobladillo de su camisón de lino para tener una vista mejor mientras se abre para mí. Luego agarro sus bragas y se las bajo por las piernas, sintiendo el infierno de deseo recorriendo el lazo entre nosotros.

—Desde el momento en que llegué a Maile. ¿No es así? Esa es la verdadera razón por la que dejaste que Fredrich te probara, porque no podías admitir que era mi lengua lo que querías.

Le abro más las piernas y la devoro.

Por mucho que ella necesitara esto, yo lo necesitaba más. Desde que me ordenó que me arrodillara frente a ella en el muelle, ante todos esos soldados leales, sabía que tendría mi boca en su coño otra vez. Para saborearla, para asegurarme de que sepa exactamente a quién da órdenes frente al mundo, pero a quién

obedece aquí. A mí, y solo a mí, mientras borro cualquier recuerdo de la boca de otro hombre con cada movimiento de mi lengua. Lamo y saboreo cada parte de ella hasta que empieza a moverse en círculos contra mi cara.

Sus ojos se abren de golpe cuando me aparto y el fuego empieza a encenderse detrás de su expresión aturdida. No le doy tiempo a reprenderme mientras tiro de mis pantalones hasta bajármelos más allá de las caderas. Ella intenta agarrarme, tirar de mí sobre ella, pero la pongo boca abajo. Mi nombre sale de su boca como advertencia, pero la ignoro mientras me quito los pantalones por completo y luego levanto sus caderas lo justo para poder penetrarla.

Cualquier protesta muere mientras deja escapar un bajo y delicioso gemido, su placer se mezcla con el mío a través del vínculo de manera tan potente que casi me corro de inmediato. Soy deliberadamente lento mientras me retiro y vuelvo a deslizarme, recorriendo con mis palmas su trasero, tan perfecto en mis manos, y subiendo por su columna hasta volver a bajar. Su mejilla está plana contra la cama mientras me mira de reojo.

Esta vez, cuando dice mi nombre, es una súplica.

Mis dedos siguen la curva de sus caderas hasta la cintura.

—Lo necesito —le explico, asombrado y un poco sin aliento—. Después de todo este tiempo..., déjame admirarte.

Entonces ella prácticamente se pavonea bajo mi atención, volviéndose suave bajo mis manos. Quizá me merecía la bofetada porque no hay forma de que me merezca esto.

Le paso la camiseta por encima de la cabeza y la retuerzo alrededor de sus muñecas para mantenerla estirada bajo mi cuerpo mientras vuelvo a hundirme en ella por completo. Cubro su cuerpo con el mío al embestir hasta el fondo con un golpe de caderas. No tiene ningún apoyo debajo de mí, y saboreo la confianza que debe tener para concederme este privilegio, para entregarse de forma tan absoluta. Mantengo un ritmo constante hasta que empieza a retorcerse debajo de mí, con un matiz desesperado en sus gemidos, en la forma en que sus manos se aferran a la tela de la camisa.

Luego finalmente cedo el control. Al retirarme, la giro de nuevo boca arriba antes de sentarla sobre mis piernas. Apenas me he

acomodado cuando ella se coloca directamente sobre mi polla. Lo necesita y, joder, la pulsación a través del lazo magnifica todo diez veces. Es casi demasiado y a la vez no lo suficiente mientras mueve las caderas y sus pechos se balancean con cada desplazamiento.

Solo puede aguantar así un tiempo antes de envolverme con sus brazos y atraerme hacia ella mientras sus gemidos se convierten en sollozos. Entierro mi rostro en su cuello e inhalo su aroma y su sabor mientras arrastro los dientes por su piel.

—Así, Jovie —le digo—. Joder, qué bien.

Estoy tan cerca. Demasiado cerca. Solo hacen falta unos cuantos movimientos más antes de que su expresión se transforme de una dulce mezcla de placer y dolor, a un éxtasis total, y su cuerpo se aferre con fuerza a mi polla, con un gemido de puro alivio, mientras su cabeza cae hacia atrás. Y yo doy gracias a los malditos dioses cuando caigo sobre la cama y el placer me recorre el estómago hasta la entrepierna mientras me corro con más fuerza de lo que jamás lo había hecho en toda mi vida.

Capítulo 43

Acker



El estómago se me hace un nudo mientras observo a Jovie vistiéndose. No me arrepiento de nada de lo que acaba de pasar, en absoluto, pero va a hacer que nuestra separación sea aún más complicada y es como si el vínculo ya lo supiera, el lazo se tensa entre nosotros.

Jovie se pone la camisa por la cabeza y se aparta el pelo de la cara, su piel todavía está sonrojada, con un brillo rosado.

—Me estás mirando —dice, dirigiendo la vista hacia mí antes de alcanzar los pantalones que había dejado a un lado.

Sonrío, pero dura poco.

—Eres impresionante —le digo y las palabras me salen en medio de un suspiro.

Su sonrisa de respuesta solo consigue acentuarle más el rubor y hace que la sensación dolorosa de mi estómago se apriete hasta provocarme náuseas.

Se oyen pasos al otro lado de la puerta cerrada de su habitación y, como si la realidad de la situación la golpeara, la mirada de Jovie se abre de par en par y se dirige hacia mí.

—No nos habrán oído, ¿verdad?

Meto la cabeza por mi propia camisa, me muerdo la mejilla y la suelto mientras me planteo mentirle.

—A estas alturas, Fredrich lo ha oído todo —digo, riéndome del tono rojizo que están adquiriendo sus mejillas—. Y he tenido que buscar cama alternativa en muchas ocasiones cuando Irina se traía a su amante a la nuestra, así que piensa en esto como un poquito de justicia poética.

Hace una mueca, pero no dice nada. Rápidamente, un gesto de determinación pinta su rostro y sé que viene otra discusión.

—En el momento en el que pongas un pie en el palacio sin Beau y sin Irina, tu padre sabrá que no has hecho aquello para lo que intentó influenciarte. Os matará a ti y a Fredrich en el acto.

Suspiro y me siento junto a ella en la cama desordenada, le paso un brazo por la cintura atrayéndola a mi pecho mientras me recuesto.

—Me subestimas.

Se apoya en un codo y me mira desde arriba.

—Creo que tu arrogancia será tu mayor perjuicio.

Le aparto el pelo hacia la espalda para dejar a la vista su hombro descubierto a través de la apertura de la camisa, y paso los dedos por las marcas de un mordisco en su piel sensible.

—Te advertí que no cambiaría de opinión.

Me lanza una mirada desafiante.

—Si hay algo que tu padre entiende, es que nunca irías a Maile y volverías sin tu vínculo.

Eso... es una afirmación cierta.

Me encanta la idea de mantenerla a mi lado. Por eso fui a por ella en primer lugar, aparte del intento de buscar una alianza. Aunque sabía que Fredrich la cuidaba, protegiéndola cuando podía, eso no calmaba mi ansiedad de no poder verla con mis propios ojos.

Es tentador, pero no podría llevarla al palacio, ahora que sé la depravación que mi padre oculta tras sus muros.

Niego con la cabeza.

—Es demasiado arriesgado.

Antes de que su temperamento se dispare de nuevo, la beso y mis labios rozan los suyos mientras suplico:

—Por favor, no lo hagas más difícil de lo que ya es.

Tras un largo instante, siento lentamente cómo la tensión se derrite en su cuerpo mientras su peso se asienta sobre mí.

—El mensaje que le envié a mi madre —dice, apoyando la barbilla en mi pecho—. Después de asegurarle que estaba viva y bien, le di órdenes de enviar al ejército por el río Yanka para establecer un campamento en el valle al oeste de la capital.

Chasqueo la lengua mientras busco una respuesta apropiada, pero solo sale:

—Lo sé.

—¿Lo sabes? —pregunta, dudosa.

—La pluma tenía un plumín metálico en su interior —explico.

Su boca se abre asombrada.

—¿Fuiste capaz de descifrar lo que escribí solo por la pequeña lámina de metal dentro del eje de la pluma?

—Tuve que concentrarme mucho, pero logré captar la esencia.

Su asombro no dura demasiado.

—Entonces creo que estarás de acuerdo en que es mejor que yo me encuentre con las fuerzas de Maile en el valle, para asegurarme de que no invadan y compliquen aún más tu golpe de estado.

Abro la boca, pero no puedo formular un argumento sólido en contra. Probablemente estará más segura con su propia milicia y puede comandarla lejos del palacio y de mi padre. Toma mi vacilación como una confirmación, se levanta y se dirige a la puerta antes de que pueda detenerla.

—Espera —grito y cojo el morral que se había caído al suelo antes de seguirla. Ella ya está en la escalera de servicio cuando salgo—. No he dicho que sí.

Ni siquiera mira por encima del hombro mientras descendemos la estrecha escalera.

—La palabra que buscas, Acker, es compromiso.

Fredrich es el primero en hablar al entrar al salón.

—Nunca ha oído ese concepto —comenta, sentado de espaldas a la barra.

Le señalo.

—Ocúpate de tus cosas.

—Reducirá nuestro tiempo de viaje a la mitad —dice, ignorando mi advertencia—. Y tiene más sentido que Jovie lidere la ofensiva desde el oeste en lugar de arriesgarnos a la ira de Evelyn. —Levanta una ceja en mi dirección—. Eso tenlo muy claro.

Jovie vuelve a coger la espada de mi padre de la repisa de la chimenea mientras me lanza una mirada orgullosa.

—¿No confías en mí?

Niego con la cabeza.

—Ni lo más mínimo.

Su sonrisa desafiante es de pura arrogancia y no puedo evitar que una mueca se dibuje en mis labios mientras cruzo el salón para cogerla por el cuello y besarla. He aprendido la lección de no subestimarla nunca más y rezo a los dioses para que siga de mi lado a partir de ahora, o que la Madre me ayude.

Si Jovie me tiende una trampa en el futuro, estoy dispuesto a caer en ella como un tonto.

Un ruido de esfuerzo llama nuestra atención hacia la entrada, donde Irina arrastra lo que parece ser un montón de pieles sobre el respaldo de un sofá. Se aparta los mechones de pelo de la cara y se endereza.

—Las he encontrado en el armario de los abrigos. Deberían ser suficientes para todos, siempre y cuando Messer no necesite una.

Jovie se separa de mí, mis manos resbalan de ella mientras se acerca a la mujer que he llamado mi esposa los últimos cuatro años; la chica que una vez cortejé esperando una unión exitosa. Algo ha cambiado en Irina desde que dejamos Kenta. Está menos volátil. Más feliz, casi. Y al mirar a mi pareja con una pequeña sonrisa de aceptación, me pregunto si he subestimado lo miserable que fue como esposa forzada, a pesar de que traté de complacerla.

Recorre las diferentes pieles antes de detenerse en un abrigo blanco moteado, y lo levanta para que Jovie lo vea.

—Creo que este te puede servir —dice.

Jovie coge el abrigo, pasa la mano por la suave piel y su mirada muestra agradecimiento cuando la alza hacia Irina.

—Mi ejército probablemente está anclado en la desembocadura del río Yanka. Cuando lleguemos al campamento del valle, puedo organizar un barco que te lleve por el golfo hasta Strou —le dice con voz suave—. Si aún quieres regresar a casa, claro.

La sonrisa de Irina es pequeña cuando asiente.

—Me encantaría.

El momento emotivo se interrumpe cuando la puerta principal se abre de golpe y entra un Messer desnudo y azotado por el viento, que trae consigo un ráfaga de frío helado. Se detiene en la entrada del salón, con la mirada oscilando entre los cuatro. El hombre se siente demasiado cómodo con su polla al aire en cualquier momento. Irina se toma la libertad de lanzarle una de las pieles y él, agradecido, se envuelve con ella.

Su mirada se detiene en Jovie con un saludable grado de aprensión. Con razón, considerando que fue a escondidas para asegurar la alianza con Kai porque yo se lo ordené. No puedo verle el rostro, ya que está de espaldas a mí, pero lo que sea que Messer vea lo hace desplegar todo el efecto de sus ojos de cachorro.

—¿Supondría alguna diferencia si dijera que tu pareja me amenazó con arrancarme las plumas si no cumplía?

Lo fulmino con la mirada.

—Maldito soplón.

Jovie levanta la mano para detener lo que Messer iba a soltar.

—¿Te pareció que Kai se quedaba satisfecho con los términos del acuerdo?

Inclina la cabeza en señal de asentimiento.

—Sí.

La mirada de Jovie se dirige hacia Fredrich, que intenta sin éxito escabullirse de la conversación, sabiendo que él también estaba al tanto de la decisión tomada a sus espaldas.

—Preparad los caballos —dice, dejándolo pasar.

Asiente.

—De acuerdo.

Irina, incómoda con el giro de la conversación, se disculpa, se pone un abrigo de piel y sigue a Fredrich fuera de la puerta.

La atención de Jovie vuelve a Messer y tengo la sensación de que su traición le duele tanto como la de Fredrich y la mía juntas.

—Solo di que lo sientes para que podamos seguir adelante —dice, cortante.

Si el pobre desgraciado no me hubiera delatado, quizá hasta sentiría algo de lástima por él cuando suelta la disculpa rápidamente.

—Lo siento, B.

Aunque exigió la disculpa, no la acepta de inmediato. Hay una tensión entre sus omóplatos que no ha desaparecido. La emoción en su extremo del vínculo es intensa. Me acerco, le coloco una mano en la espalda y masajeo esa tensión.

El gesto desvía su atención de Messer y una sonrisa va apoderándose lentamente de su rostro.

—Esto —dice él mientras nos señala—, esto es adorable.

Jovie lo fulmina con la mirada.

—Esto es una conversación seria, Messer.

—Claro —responde con un encogimiento de hombros a medias—. Después de ceder por fin a la tensión sexual que llevabais semanas acumulando, en realidad es bastante adorable.

Entrecierro los ojos al mirarlo.

—¿Y cómo puedes discernir eso?

—La verdad es que he estado pensándolo —dice mientras su expresión se vuelve pensativa, como si mi pregunta mereciera de verdad una respuesta meditada—. Creo que es un instinto animal. Como un sentido adicional que tengo más afinado por mi capacidad de cambiar de forma.

Las divagaciones de Messer son suficientes para provocar un bufido en Jovie.

—¿Qué voy a hacer contigo?

La sonrisa que le devuelve Messer es amplia, feliz de que Jovie haya dejado atrás, claramente, el enfado surgido a raíz de su decisión.

A mí no me importaría lo más mínimo apagársela un poco.

—Podrías asarlo en una hoguera —propongo.

Capítulo 44

Jo



Estamos en una carrera contra la tormenta que avanza desde el oeste. Unos cuantos centímetros de lluvia helada cubren ya el suelo y los cascos de los caballos crujen a cada paso mientras el hielo se aferra a sus hocicos. Llevamos días cabalgando, pero el valle al oeste de la capital no debería estar a más de medio día de distancia.

Miro a Irina, que cabalga cerca, con la cabeza baja. Va tan abrigada que la capucha le oculta casi todo el rostro y el cabello; solo se le ven los ojos. Por mucho que me cueste admitirlo, he sido injusta con ella. Me ha dado más comprensión y amabilidad de las que merezco. Ojalá ayudarla a regresar a casa sirva para expiar mis errores.

Agradezco el calor de Acker a mi espalda. Mantiene una mano plana contra mi vientre, bajo la piel, y apoya el rostro en el hueco de mi cuello para cederme todo el calor corporal que puede. Los besos

que deja sobre mi piel son completamente egoístas, pero aun así consiguen hacerme entrar en calor.

La voz de Irina se eleva por encima del viento.

—Mirad —dice, señalando al cielo.

Como una mancha negra contra la manta gris que tenemos sobre nuestras cabezas, la criatura alada lucha contra el viento feroz mientras vuela hacia nosotros. Reducimos el paso preparándonos para su aterrizaje. En pleno aire, Messer cambia de forma y aterriza sobre pies humanos mientras algunas plumas sueltas caen al suelo. Su cuerpo tiembla violentamente mientras se enfrenta al viento helado. Lo enviamos a explorar al amanecer y debería haber regresado hace horas.

—Gracias a los dioses —murmuro, desmontando.

Pero al acercarme, la expresión de Messer me revuelve el estómago.

—Han rodeado el valle por todos los flancos —dice, tiritando.

Acker aparece con unas pieles y se las echa sobre los hombros.

—¿Quiénes? —pregunta—. ¿Los soldados de mi padre?

Messer asiente.

—Están desplegados a lo largo de varios kilómetros. Hasta el río Yanka, las murallas de la ciudad y el golfo, al norte. No lo bastante cerca como para provocar un conflicto, pero sí como para marcar un límite sólido en caso de que Evelyn decida invadirlos.

Acker suelta una maldición y se pasa una mano por la boca.

—No creía que nos quedaran hombres suficientes para ocupar esa extensión.

—¿Pudiste acercarte lo suficiente como para ver a Drake? —pregunto.

Niega con la cabeza.

—No quise arriesgarme. Hay demasiados arqueros. Será mejor esperar a que caiga la noche.

Fredrich se acerca con fuertes zancadas, sujetando las riendas de los caballos.

—Si nos quedamos aquí, estamos regalados —dice—. Nos encontramos demasiado cerca de la capital.

Messer vuelve a estremecerse.

—Aunque no fuera así, no podemos adelantar a esta tormenta. Es brutal.

Acker lleva un rato mirando a lo lejos, pero cuando por fin cruza la mirada conmigo ya está negando con la cabeza.

—No —dice, tajante—. Daremos media vuelta y buscaremos refugio en alguna de las granjas cercanas.

—Sabes que eso solo es una solución temporal —replico, luchando por hablar entre el castañeteo de mis dientes—. Cuando pase la tormenta, seguiremos atrapados en el mismo sitio.

—Retrocederemos hasta el puerto más cercano y, desde allí, iremos a casa de los padres de Wells.

—No hay tiempo, Acker, y lo sabes.

Su expresión se cierra; su mandíbula se tensa mientras me sostiene la mirada.

—No voy a llevarte dentro de las murallas del palacio con ese... —Se interrumpe a mitad de frase, cerrando la boca de golpe mientras trata de controlar la rabia—. Aunque el juramento lo permitiera, no puedo controlar a mi padre, y tu don es demasiado valioso. Es imposible saber lo que podrían llegar a hacer por conseguirlo.

—Tendrían que saber dónde reside mi magia y tu padre no me tocará sabiendo que estás ligado a protegerme por el juramento.

No hace falta añadir nada más. Él sabe perfectamente que el precio sería su vida... y la mía. Me acerco y lo agarro por la parte delantera del abrigo.

—No me va a pasar nada —le digo mientras enfrento la preocupación de sus ojos con la seguridad de los míos—. Tu padre no es infalible. Ya lo hemos visto. Y si algo se tuerce, lo afrontaremos. Juntos.

Todos se remueven inquietos, aguardando la decisión final de Acker.

Él me observa durante largos segundos y su mirada me recorre el rostro y el cuello antes de volver a mis ojos. Entonces coge aire, como si lo hubiera estado conteniendo todo ese tiempo, y lo suelta despacio.

—Messer —llama, apartando la vista por encima de mi hombro—. ¿Puedes adoptar la forma de cualquiera?

Me vuelvo justo cuando Messer intenta entender por qué Acker le hace esa pregunta.

—Depende. ¿Quién necesitas que sea?

—Mi padre quería que recuperara a mi hermana —dice Acker, pero Messer ya está negando con la cabeza.

—No. Beau no. Puedo ser casi cualquiera, pero Beau no.

Su negativa me desconcierta un poco, hasta que lo pienso mejor. Beau es amiga suya y además, mujer. Que Messer adopte su forma resulta... invasivo.

Acker asiente, comprensivo.

Pero es la voz de Irina la que capta nuestra atención.

—Creo que yo podría —dice, apartándose las pieles de la boca para que la oigamos mejor desde lo alto del caballo—. Proyectar una ilusión suficiente para parecer Beau, quiero decir.

Acker niega con la cabeza.

—Aunque sospecho que mi padre planea utilizar a Beau y su don para fines que desconozco, no sé qué haría si descubriera el engaño. No puedo pedirte algo así, Irina.

Ella acerca su caballo al grupo, desmonta y le entrega las riendas a Fredrich. Se quita la capucha y todos contenemos el aliento al ver a Beau mirándonos de vuelta. Cabello oscuro, ojos oscuros, la estructura del rostro; todo lo contrario de los delicados rasgos de Irina. Es más baja que Beau, pero podría pasar.

Esboza una sonrisa ladeada y el parecido es sobrecogedor.

—Bueno —dice, inclinando la cabeza—. ¿Resulto convincente?

Messer es el primero en hablar.

—Eso es una locura.

Fredrich hace una mueca y mira a Messer de reojo.

—No tanto como tu grotesca mascarada de mi querido amigo.

Intervengo antes de que empiecen a discutir.

—¿Acker?

—No puedo negar que es buena —admite, ladeando la cabeza mientras la observa—. Casi demasiado.

—¿Y cómo explicarías la ausencia de tu esposa? —pregunta Fredrich.

—Que me dio un ataque al descubrir que Acker pensaba traer de vuelta a su vínculo y me marché —responde Irina. Cuando Acker la mira con expresión plana, ella le devuelve la misma mirada; resulta extraño verla en el rostro habitualmente expresivo de Beau—. ¿No es creíble?

Él no rebate la pregunta.

Tras un largo silencio, se vuelve hacia Fredrich.

—Trae la cuerda.

Fredrich no pierde tiempo y se inclina sobre las alforjas de su caballo, mientras Acker se baja la capucha y revisa su propio equipaje. Me siento tan aliviada como nerviosa. A Irina le ocurre lo mismo; se le escapa un aliento tembloroso.

Extiendo la mano con cautela y le toco el hombro.

—Finge que todo hombre que veas está por debajo de ti.

Messer tirita, obviamente lo está pasando mal envuelto solo en pieles, pero aun así le dedica a Irina una sonrisa alentadora.

—Y que, en general, son bastante estúpidos —añade.

Pongo los ojos en blanco cuando Acker se acerca a mí.

—Quítate la capa.

—¿Qué? ¿Por qué? —pregunto, aferrándome a la piel con los puños tensos.

—No me preocuparía por la comodidad de una prisionera, ni siquiera por la tuya —explica.

Me mira con expectación y entonces reparo en los grilletes que sostiene. No son para Irina. Son para mí. Cuando cruzo su mirada, solo arquea una ceja, impaciente. Valoro discutirlo, pero pienso en cómo vería la situación su padre: yo, entrando en el palacio sin medidas de seguridad. Rechinando los dientes, me quito la capa de mala gana y la lanzo sobre la silla del caballo. Extiendo las manos para que vuelva a colocarme los grilletes; los cierres encajan de nuevo con un seco tintineo de metal.

—¿No vas a atarme las manos esta vez? —pregunto.

No le hace ninguna gracia.

—Si surge una situación en la que necesites defenderte, quiero que puedas llamar a tu arma.

Fredrich se acerca a Irina con un tramo de cuerda.

—Aún puedes echarte atrás —le dice.

Ella le dedica una sonrisa temblorosa.

—Ahora mismo, mi única preocupación es lograr imitar la seguridad de Beau.

—Déjame hablar a mí —dice Acker, acercándose mientras Fredrich le ata las muñecas con firmeza—. Pero lo más probable es que te meta en los calabozos.

Irina asiente, tragando saliva.

—Puedo con ello —dice, aunque la voz le tiembla un poco.

Su falta de convicción no augura nada bueno, pero nadie lo señala. Fredrich la conduce hasta una de las yeguas, inclina la cabeza hacia ella y le susurra algo. Irina escucha con gesto estoico, asimila lo que sea que le esté diciendo y finalmente asiente. Entonces él la alza hasta la silla y le entrega las riendas.

Acker vuelve con él.

—Ve deprisa. Entra en la ciudad por la puerta norte. Es por donde entra y sale la mayor parte del tráfico. Si te preguntan, di que vas a reunirte con la parte de tu familia que ya ha buscado refugio tras las murallas. Hasselback es un apellido común entre los granjeros de la zona. Luego resguárdate en la herrería de Wells hasta que mande a alguien a buscarte.

Fredrich asiente y atrae a Acker a un abrazo.

—No hagas nada temerario sin mí.

—Lo mismo digo —responde Acker, dándole una palmada en la espalda.

Luego, para mi sorpresa, y no desagradable, Fredrich se acerca y me abraza. No decimos nada; sabemos que no hay palabras que encajen. Dudo que exista un tópico capaz de abarcar la complejidad de nuestra amistad. Me dedica una sonrisa antes de montar a caballo, mientras el peso de la mirada de Acker se clava en un lado de mi rostro.

La voz de Messer rompe el momento.

—Tengo que cambiar de forma o me voy a quedar sin dedos de los pies —dice, con los dientes castañeteando.

Acker asiente.

—Guía a Fredrich desde el aire y luego ven a buscarme.

Messer no necesita que se lo repitan. Se quita las pieles y me las entrega guiñándome un ojo.

—Nos vemos pronto.

Al instante siguiente salta al aire; su cuerpo se pliega sobre sí mismo y se encoge hasta adoptar la forma de un búho nival. Ulula, batiendo las alas contra el viento hasta encontrar el equilibrio. Y entonces solo quedamos Acker, Irina y yo, observándolo desaparecer en el cielo nocturno.

Capítulo 45

Acker



Muevo los dedos hacia Jovie, en un gesto para que se acerque, y no puedo evitar sonreír ante su disgusto por estar esposada y otra vez bajo mis órdenes. La agarro por las caderas y hundo la cabeza en el hueco de su cuello, aspirando su olor.

—Esto lo has elegido tú —le recuerdo.

Sonrío aún más al ver el matiz rosado que no logra ocultar cuando se le sube a las mejillas.

—Eres un cabrón —murmura.

La alzo y la coloco sobre mi caballo antes de subirme detrás de ella. Tiro de los bordes de mi capa de piel todo lo que puedo para cubrirle los hombros, y eso logra calmar un poco su temblor. Echo un vistazo a Irina para asegurarme de que puede guiar bien a su caballo y ella asiente. Es buena montando a caballo. Es la única actividad extraescolar proporcionada por sus padres que no fue

inútil, y que ahora juega a nuestro favor para que resulte creíble como Beau.

Me preocupa su fortaleza mental si acaba enfrentándose a los calabozos, pero Jovie tenía razón. Estamos atrapados aquí. No podemos ir hacia el oeste, con los soldados de mi padre bloqueando el valle, ni avanzar hacia el este por las líneas del frente de la guerra. Solo nos quedan dos opciones: avanzar o retroceder, y dar marcha atrás nos llevaría demasiado tiempo. Avanzar hacia el palacio es, de algún modo, nuestra única salida.

El cielo encapotado limita la visibilidad. Llevo una brújula en la mano y voy palpando la aguja para ayudarnos a mantener el rumbo hacia el norte. Jovie se estremece entre mis brazos y entierro el rostro en su cuello, con la esperanza de que mi aliento le proporcione al menos algo de calor. Además, sé que le gusta cuando la rozo con la barba incipiente.

Su pulso me canta, su fuerza vital marca un ritmo constante en el costado de su cuello. El deseo de sentirlo bajo mis labios y mi lengua me ha perseguido durante años. Incluso ahora, mientras saboreo el aleteo bajo mis labios, se me hace la boca agua.

La voz de Jovie vibra contra mi boca.

—Ni se te ocurra.

—¿Ocurrírseme el qué?

—Puedo oír prácticamente lo que estás pensando y no tengo ningún interés en convertirme en tu comida antes de morir congelada.

Emito un ruido satisfecho y sonrío ante el estremecimiento que le recorre el cuerpo, sé que no tiene nada que ver con el frío.

Un poco más adelante, aparece una figura, como una sombra espectral emergiendo de la noche. Luego, a medida que el camino que conduce a las puertas de la ciudad se define con más claridad, aparece otra, a caballo.

Apoyo la mano en el lateral del cuello de Jovie y le inclino la cabeza hacia atrás, contra mi hombro, alzándole el rostro hacia el mío.

—Pase lo que pase, diga lo que diga o haga lo que haga, ten presente que es para mantenerte a salvo.

Ella asiente.

—Lo entiendo.

Cubro su boca con la mía y vuelco en ese beso toda la calma que puedo transmitirle, dejando que perciba, a través del vínculo, el amor que siento por ella mientras la saboreo, fundiéndome durante largos instantes en su calor, antes de soltarla.

Un pinchazo agudo me atraviesa el pecho y no sé distinguir si es miedo o la advertencia del juramento conforme la ciudad empieza a perfilarse ante nosotros.

Hay soldados apostados en la puerta de la ciudad y muchos más en las almenas. Las carreteras se congestionan cuanto más nos acercamos a las murallas y me veo obligado a abrirnos paso entre la multitud, con Irina justo detrás. No tarda en resultar evidente que pretendemos entrar. El más corpulento de los hombres da un paso al frente y nos grita antes de que alcancemos la estructura de hierro.

—Al final de la fila —ordena.

Cuando queda claro que no pensamos obedecer, vuelve a avanzar, con la mano en la empuñadura de la espada.

—He dicho que os detengáis.

—Bajad la espada, soldado. —Me echo la capucha hacia atrás y dejo mi rostro al descubierto. Aunque no me reconozcan, el aro de la nariz es un distintivo suficiente, una joya poco común entre la realeza, para que todos se queden inmóviles—. Regreso a casa tras un largo viaje —les digo.

El soldado parece escéptico.

—No hemos recibido aviso de vuestra llegada inminente —responde—. El palacio habría enviado un carruaje.

—¿Os parece que necesito un carruaje? —replico.

Un murmullo bajo, procedente de uno de los soldados que se mueven tras el guardia principal, nos llega a los oídos.

—El rey dijo que el príncipe debería de llegar de un momento a otro.

Inclino la cabeza.

—¿Hay algún problema?

El primer soldado retrocede.

—No, alteza. Perdonadme. Daré orden de que alcen la puerta.

Hace un gesto hacia uno de los soldados de las almenas y el estruendo de hierro rozando contra hierro resuena cuando la puerta comienza a elevarse. Me vuelvo y veo cómo la tensión de los hombros de Irina se relaja al pasar bajo las murallas.

—Espero que Fredrich haya logrado entrar —susurra Jovie.

Yo también.

La ciudad está abarrotada de familias provenientes de las granjas cercanas que se han refugiado tras las murallas, vestidas con ropa sencilla y abrigos raídos. Cruzamos la plaza central, donde la estatua de la Madre que se alza en la fuente permanece seca, privada de agua, como si hubiera retirado el sustento de la vida en castigo por nuestras transgresiones en esta guerra.

Poco saben estas gentes que el verdadero peligro se encuentra dentro de estas mismas murallas, con ellos.

Los soldados de las puertas del palacio están más relajados que sus compañeros de la muralla, dan por hecho que el primer control ha hecho su trabajo. Sea como sea, reconozco algunos rostros y uno de ellos me saluda con una inclinación de cabeza, casi a regañadientes, y me pregunto si intuye realmente a quién sirve.

—Por favor, manteneos en el extremo izquierdo al entrar en el patio —dice—. Ha visto... tiempos mejores.

Al pasar bajo la puerta, siento a Irina casi suspirar de alivio.

—Lo estás haciendo muy bien —le dice Jovie en voz baja.

—Apenas hemos pisado el recinto —responde ella.

Mantengo la vista al frente, pero añado:

—Lo cual demuestra lo bien que estás manteniendo el personaje. Nadie nos ha detenido todavía.

El zumbido de las moscas nos alcanza antes que el olor. La sangre en descomposición es un hedor que no se olvida una vez se ha olido y me impresiona la capacidad de Irina para mantenerse imperturbable cuando por fin entramos en el patio principal. El suelo está cubierto de una mezcla de sangre vieja y hielo que forma una masa lodosa y grumosa. Algunas criadas transportan cubos de agua para intentar limpiarlo. Los soldados permanecen alrededor, observando cómo las mujeres frotan las piedras con cepillos.

Me hierve la sangre al verlos ahí plantados.

—¿Qué coño estáis haciendo? —les grito y se sobresaltan al notar mi presencia—. ¡Ayudadlas a limpiar esta mierda!

Salen disparados como hormigas.

Hace demasiado frío para que haya espectadores en la galería, pero una figura conocida aguarda en lo alto de la escalera, frente a las puertas del palacio.

Mi propia voz me suena lejana.

—Hallis.

—Ace —responde, recorriéndonos con la mirada a Jovie y a mí, y luego a la mujer a caballo a nuestro lado—. ¿Beau?

Hay determinación en cada paso que da al bajar la escalera hacia ella y detesto no poder decirle la verdad, no mientras estamos a la vista de otros. Su preocupación por la llegada de mi hermana es evidente. Está a punto de pisar el último escalón cuando abre la boca para decir algo, pero se detiene a mitad de movimiento, escrutando los rasgos de Beau.

Desmonto y me apresuro a alcanzarlo, y le pongo una mano en el pecho.

—Luego te lo explico —murmuro, sonriendo como si estuviera encantado de ver a mi amigo de vuelta del frente sano y salvo. Algo que es verdad. Le doy una palmada en la mejilla, en parte para atraer su atención hacia mí, pero también para que pueda ver la honestidad en mis ojos—. Me alegra verte.

Poco a poco, su tensión se disipa, aunque no del todo. Me sostiene la mirada.

—Estoy deseando intercambiar historias con unas copas —dice.

—¿Zion? —pregunto.

—Vivo —responde, desviando los ojos hacia el otro lado del patio. No necesito mirar para saber a qué se refiere: los calabozos—. Por ahora.

Me muerdo la lengua. Quiero saber por qué lo tienen encerrado, pero no es ni el momento ni el lugar, así que me limito a asentir.

—¿Dónde está mi padre?

Aprieta los dientes ante la mera mención.

—Si no está ya en el comedor, llegará pronto. Se pasa la mayoría de las noches agasajando a sus invitados. —El desprecio en su voz

al pronunciar la última palabra es evidente.

Percibo a un soldado que sale a la galería.

—Entremos —digo.

Hago una seña a Irina y voy a ayudar a Jovie a bajar del caballo. El pecho se me oprime más con cada paso que damos hacia el palacio. El recuerdo del cuerpo encogido y ajado de mi madre en Maile es un recordatorio constante de lo que mi padre es capaz de hacer.

La mirada de Hallis se posa en las muñecas esposadas de Jovie; alza las cejas, pero no comenta nada. Luego vuelve a observar a Beau mientras nos guía a través de las puertas del palacio. Avanzamos a buen ritmo por la inmensidad del gran vestíbulo mientras el techo dorado refleja nuestros movimientos. Todos los que han venido a reclamar algo se agrupan a lo largo del corredor; nos siguen con la mirada al pasar. Hallis primero, Irina después y, luego, Jovie y yo. Sus grilletes tintinean a cada paso. Giramos a la derecha, hacia un pasillo que está bajo la escalera, y Hallis empuja una puerta panelada. Le debo todas mis alabanzas a la Madre por el hecho de que la sala de almacenamiento esté completamente vacía.

Nada más cruzar el umbral y quedarnos a solas, Hallis se vuelve hacia nosotros.

—¿Quién coño es esta? —exige saber, señalando la figura de Beau.

Le hago un gesto para que baje la voz. Con todo lo que ha pasado, ya no se sabe de qué es capaz cualquiera en este palacio, ni quién puede estar escuchando en cualquier momento. Asiento hacia Irina y esta deja que la ilusión parpadee lo justo para que Hallis vea a través de ella, antes de recomponerla de inmediato.

Se pasa la lengua por el interior de la mejilla y cierra los ojos.

—Se va a dar cuenta.

—Tú no lo hiciste —replica Irina.

No hay tiempo para esto. Enseguida se correrá la voz de nuestra llegada y lo último que quiero es que nos pillen escondidos en un cuarto de escobas.

—¿Qué ha pasado con Zion?

Hallis niega con la cabeza, con la boca cerrada a cal y canto, casi como si tuviera miedo de hablar.

—Hallis —ladro.

Suspira.

—Cuando regresamos, tu padre había reorganizado a los hombres de su consejo.

El corazón se me hunde. No.

—Amenazó con matar a cualquiera que se opusiera a la nueva alianza con Roison y ya conoces a Tyreek. —Baja la mirada al suelo, incapaz de sostenerme la vista mientras continúa—. Exhibió sus muertes públicamente en el patio, como un espectáculo, y Zion perdió el control cuando se enteró. Mató a varios soldados.

Joder. Joder. Joder.

Cierro los ojos, luchando por asimilar sus palabras, y me froto la nuca con la mano. Zion no tiene don. No hay motivo para mantenerlo con vida.

—¿Por qué iba mi padre a perdonarle la vida a Zion? —pregunto, abriendo los ojos.

Niega con la cabeza, tan desconcertado como yo.

—Ni idea. Cuando por fin los guardias lograron reducirlo, tu padre ordenó que lo llevaran a los calabozos.

Supongo que no importa. Sean cuales sean sus motivos, agradezco que al menos siga con vida, aunque sea en ese infierno conocido como calabozos.

—Pero, Ace... —Hallis se acerca un paso mientras su mirada salta entre Jovie y yo—. No deberías haber vuelto.

No hay tiempo para entrar en detalles sobre por qué lo he hecho.

—Escucha —digo, armándome de determinación—. Busca a mi padre y hazle saber que he regresado con Beau. Consigue que se reúna conmigo en su sala privada. Te lo explicaré todo después.

Me mira con preocupación y no estoy seguro de que crea que vaya a haber un «después», pero asiento con firmeza para que cumpla mis instrucciones.

—Confía en mí.

Capítulo 46

Jo



Edmond es tal y como lo recuerdo. Menos imponente que en mis pesadillas, sin embargo, y de algún modo, eso me tranquiliza. Es una contradicción, porque sé que ahora es más poderoso que nunca. Sospecho que le gusta que sea así: parecer menos amenazante de lo que en realidad es.

—Vaya, vaya, vaya —canturrea, recorriéndonos con la mirada—. Esto es interesante. —Mira a Hallis, que lo ha escoltado hasta aquí —. ¿Nos disculpas?

Hallis inclina la cabeza al modo habitual de Kenta antes de marcharse y entonces reparo en los dos hombres que han entrado en la sala tras el rey. El que está vestido con atuendo de cortesano sonríe de lado mientras se acerca al carrito de bebidas; el soldado que lo acompaña lo sigue de cerca.

—¿Os apetece un trago, Edmond? —pregunta, sirviéndose una copa.

El rey declina la oferta y se dirige a los sillones acolchados frente al hogar. Hace un gesto con la mano hacia los troncos medio carbonizados, que prenden con un rugido de fuego.

—¿Ace? —pregunta el hombre, volviendo su atención hacia Acker, aún con la botella destapada en la mano.

—No, gracias —responde Acker.

El hombre le pasa entonces la copa al soldado y, cuando el muchacho da un sorbo, me invade un placer inmenso al darme cuenta de que debe de ser un catador de la corte. Me muerdo la mejilla para no sonreír.

—Hijo —dice el rey, entrelazando las manos en el regazo al sentarse—. Empezaba a preguntarme si te habías marchado para siempre.

Acker saca una daga de la correa cruzada sobre su pecho.

—¿Qué te causó esa impresión? —pregunta, haciendo girar el arma entre los dedos—. Fue idea tuya que fuera a por mi hermana, ¿no?

Edmond arquea una ceja con curiosidad.

—¿Y cuándo llegaste a esa conclusión?

—Más o menos cuando zarpé hacia Maile.

Acker toma asiento en uno de los sillones.

—Como puedes ver —dice, señalando a Irina con la punta de la daga—, he cumplido.

Con el cortesano y el soldado a nuestra espalda, hago todo lo posible por transmitirle apoyo a Irina cuando la miro.

Ella se mantiene imperturbable.

—Hola, padre.

No es lo mejor, pero podría ser peor.

El rey la despacha sin siquiera comprobar si su forma es una ilusión y su atención se desliza hacia mí.

—Y te has traído contigo a la zorra traidora.

—Cuidado —escupe Acker, mirando a su padre antes de volver la vista hacia mí—. Es una zorra traidora, sí, pero no es diferente de Greta. ¿Cuántas veces intentó matarte tu vínculo? ¿Dos o tres antes de que la encerraras en la biblioteca?

¿Qué demonios está haciendo? Entrecierro los ojos, todavía plantada con rigidez en mitad de la sala.

Edmond muestra la primera emoción real desde que entró: una sonrisa se le dibuja en la boca.

—Tres —responde.

Acker me hace un gesto con el dedo para que me acerque; la arrogancia le baila en el rostro mientras doy pasos cautelosos hacia él. Se da unas palmadas sobre el muslo, una orden silenciosa para que me siente en su regazo. No hay forma de disimular el asco que se me refleja en la cara y eso solo consigue ensanchar su sonrisa.

—Siéntate.

Me muerdo el labio para no decir lo que realmente quiero y me siento en su muslo, con la postura rígida mientras intento recolocar los grilletes para que no se me claven dolorosamente en la piel.

A Edmond le complace, los ojos se le arrugan ante mi incomodidad evidente.

—Así que ahora coopera —dice, mirando a su hijo—. ¿Cómo lo has conseguido?

—Cooperar es mucho decir —responde Acker, apretándome la cadera—. Pero llegará.

—¿Y tu esposa? —inquiere Edmond—. ¿Dónde está?

Acker chasquea la lengua y deja que el silencio se alargue antes de atraerme por completo a su regazo. Es totalmente inapropiado sentarse así en presencia del rey, pero me recuerda a otra ocasión muy parecida, cuando yo ocupaba una posición similar, invisible para todos salvo para mi vínculo.

—Si quieres una conversación honesta, padre, necesito garantías de que me darás el mismo trato —dice Acker. Me quedo muy quieta cuando hace girar la daga y desliza el lado plano del arma a lo largo de mi brazo—. Necesito saber que no vas a intentar manipularme con tu don de influencia.

Edmond se mueve en su asiento y cruza una pierna sobre la otra.

—Entonces no estaba seguro de poder confiar en ti. Ordenar que me siguieran no fue precisamente la mejor forma de generar confianza, ¿no crees?

Acker detiene la hoja y la aparta de mi piel mientras la hace girar entre los dedos, y yo suelto el aire despacio.

—Sabía que me ocultabas cosas.

Veo el movimiento de su muñeca un segundo antes de que clave la daga en la mesa de madera a nuestro lado.

—Cosas como la forma de drenar la magia de otro Heredero con una piedra listón.

Edmond se inclina hacia delante; hay un destello de codicia en sus ojos que me indica que debo mantenerme alerta.

—¿Cómo lo has descubierto?

El aliento de Acker me roza la piel.

—Beau.

Al oír su nombre, todos miran a Irina, que sigue de pie donde la dejamos. Durante un segundo parece asustada, antes de recomponer la máscara. Sin saber quién es en realidad, probablemente sea imposible notar nada.

—Ups —dice, como si estuviera aburrida.

Las cejas de Edmond se fruncen mientras la observa.

—¿Cómo lo supiste?

—No creerías de verdad que intenté matarte a ti y a todo tu consejo solo porque no era tu hija favorita, ¿verdad? —replica con mordacidad.

Su cadencia falla. La interpretación no es perfecta. Pero las palabras... impecables.

Dudo que Edmond prestara suficiente atención a su hija como para notar los matices que fallan.

—Siempre has sido demasiado entrometida para tu propio bien —dice y su mirada se mueve para dirigirse al cortesano que está a su espalda—. Envía a buscar más hombres y que la escolten a los calabozos. Asegúrate de que haya al menos cinco vigilándola en todo momento. Es escurridiza.

El hombre abre la puerta, da órdenes a un soldado apostado fuera y la cierra de nuevo.

—¿No vais a ponerle un collar? —pregunta el cortesano sin nombre.

Acker le lanza una mirada afilada.

—Si supierais lo que le hace su don cuando tiene demasiadas emociones intensas alrededor, entenderíais que estar en los calabozos bastará para mantenerla a raya.

El rey medita la respuesta de su hijo antes de asentir.

—Su amenaza es principalmente física, no mágica. Aseguraos de que esté en una celda.

—Y de que esté sola —añade Acker—. Puede manipular a cualquiera para que haga su voluntad.

El cortesano observa a Irina de arriba abajo.

—¿Pensáis utilizarla?

Edmond sonríe de medio lado.

—Tiene razón en que siempre fue mi hija menos querida, pero ha demostrado ser útil de vez en cuando.

—¿Para qué? —pregunta Acker.

Su padre lo mira largo rato antes de responder:

—Te lo explicaré más adelante.

Su mirada se desliza hacia mí.

El soldado regresa con más guardias de los cinco que Edmond había pedido en un principio. Se abalanzan sobre Irina, pero ella se aparta con rapidez, la barbilla en alto, y se dirige hacia la puerta por su propio pie.

—Sé dónde están los calabozos. He metido a suficientes hombres allí como para llenarlos diez veces —declara y encabeza la marcha en lugar de ser arrastrada.

—¿Qué probabilidades hay de que lleguen vivos? —murmura Acker.

—Diría que la mitad —responde Edmond con una sonrisa satisfecha. Su mirada se detiene en mí, desciende hasta el espacio bajo mi barbilla y pierde el enfoque un instante. Reprimo un estremecimiento de repulsión—. Debería haber esperado que no pudieras resistirte a la tentación que te supone tu vínculo, si ibas a Maile.

Acker me pasa el pulgar por la cadera.

—Como dijiste, soy tu hijo.

—Sí que lo eres. Pero ¿no has pensado ni una sola vez en las consecuencias de traer de vuelta contigo a la princesa de Maile?

Acker inspira hondo; su pecho se expande contra mi espalda.

—Lo hice. Y aunque un ejército de Maile se dirige hacia aquí ahora mismo —dice, deslizando un dedo por el lateral de mi rostro en un gesto que resulta tan afectuoso como intimidante—, confío en que, con la creciente cooperación de mi vínculo, pueda ordenar su retirada a Maile cuando llegue el momento. ¿Has oído que Jovie ocupa ahora el trono?

—¿Es reina? —pregunta su padre, sorprendido—. ¿Desde cuándo?

Cuando el dedo de Acker llega a la base de mi cuello, abre la mano sobre mi garganta y entiendo que espera que responda yo.

—Desde hace un año y algunos meses —digo, tragando saliva.

No parece convencido, a juzgar por cómo vuelve a mirar a Acker, desestimándome.

—¿Y qué van a pensar los padres de Irina, Joss y Urich, cuando se enteren de que tu esposa está... exactamente dónde?

—No puedo asegurarlo, pero existe la posibilidad de que siga con vida —responde Acker, haciendo girar la daga—. Dependerá de su capacidad para nadar.

Edmond suspira, como si el asesinato de la esposa de su hijo fuera una molestia y no un asunto grave.

—Supongo que no hay forma de demostrar que su muerte no fue un accidente. En el peor de los casos, señalarán con el dedo, pero tampoco es que vayan a unir fuerzas con Evelyn.

—No después de haber asediado las fronteras de Maile durante meses —dice Acker—. Estoy bastante satisfecho con esa jugada.

Su padre asiente.

—Hay mucho más que discutir —dice, mirándome—. Hablaremos en privado. Mientras tanto, pediré que Stassia prepare una habitación de invitados para tu futura esposa...

—En absoluto —lo interrumpe Acker—. Se quedará conmigo.

—Resultará sospechoso que traslades a tu vínculo a tus aposentos justo cuando informemos de la desaparición de tu esposa.

Acker se inclina hacia delante, obligándome a apoyarme en su rodilla.

—Me da igual lo que parezca. Hallis me ha hablado de los invitados que has reunido en mi ausencia, y no confío en ninguno

como para dejarlo a solas cerca de mi vínculo y de la rareza de su don.

La expresión de Edmond se endurece.

—Pondremos soldados ante su puerta.

—Entonces ponlos ante la mía —replica Acker—. Ella es demasiado valiosa y demasiado tentadora.

El rey se pone en pie y, por su postura, es evidente que va a intentar imponerse tanto física como metafóricamente. Acker se levanta de golpe y casi me lanza al suelo, pero logro mantener el equilibrio.

—Soy tu hijo, sí —dice Acker, con un tono pasivo y a la vez inamovible—. Pero esto no es negociable. Si la pones en una habitación de invitados, sabes que acabaré allí de todos modos.

Edmond observa a su hijo. Es unos centímetros más bajo y ver la presencia dominante de Acker enfrentada a la menor estatura de su padre crea una dicotomía interesante. Pero por su título y la magia que ha acumulado, Edmond es quien ostenta todo el poder en esta sala.

Tras un largo momento, finalmente cede.

—La historia tiende a repetirse, hijo.

Sonríe mientras agarra a Acker por el cuello con firmeza.

—Ponle un collar, asegúrate de que esté bien sujeta y no permitas que vuelva a ganarte. No habrá indulgencia. Para ninguno de los dos.

—Entendido.

La sonrisa insolente de Acker reaparece con toda su fuerza.

—Y no hay nada de qué preocuparse. No podrá tramar nada cuando esté encadenada a mi cama.

Capítulo 47

Jo



Las armas que antes adornaban la pared que está sobre su cama han desaparecido. Todas las superficies están marcadas. Desde el armazón de la cama hasta el techo, no queda ni un centímetro intacto. No me cuesta imaginar qué causó los destrozos. O, más bien, quién.

Acker regresa tras hablar con los soldados asignados a vigilar la puerta. Lleva en las manos un collar de mangi... y unas cadenas.

Alzo una ceja, interrogante, cuando deja el metal y el collar sobre la mesa junto a la cama.

—He pensado que querrías darte un baño como los dioses mandan antes de tener que ponértelo.

Durante un instante nos limitamos a mirarnos, casi sin dar crédito al hecho de que Edmond se haya tragado las mentiras de Acker con tanta facilidad. Hemos superado el primer obstáculo para entrar en el palacio.

—¿Estás bien? —pregunta Acker.

Me había advertido, pero había olvidado lo fácil que le resulta colocarse esa máscara de dureza. Es la misma fanfarronería que exhibió cuando nos rodearon los soldados en los bosques de Roison: arrogante, teatral. Solo puedo confiar en que su padre se lo haya tragado y que no me haya metido yo solita en la boca del lobo.

Acker inclina la cabeza hasta quedar a mi altura.

—¿Jovie?

—Eh..., sí —balbuceo, extendiendo las muñecas aún encadenadas —. ¿Puedes...?

Avanza con cautela, como si temiera asustarme. Sus manos envuelven mis muñecas y sus dedos abarcan por completo las esposas de metal. Los cierres se abren con un leve tintineo y suelto el aire despacio.

Mientras me froto las muñecas, vuelvo a examinar la estancia: el escritorio arrinconado y las pilas de libros desbordándose por el suelo, el hogar apagado, las velas medio consumidas alineadas sobre la repisa. Lo último que miro es la cama en la que vi a Irina.

Alzo una ceja al encontrarme con la mirada de Acker.

—Habría preferido mis propios aposentos —comento.

La tensión alrededor de su boca se disipa al ver que vuelvo en mí.

—Si tenías preferencias sobre dónde dormir, tendrías que haber aceptado quedarte con los padres de Wells.

Aparto la mirada y paso junto a él de camino al baño. Dentro, me maravillo ante una opulencia que yo también había olvidado. Lavabos de piedra con herrajes dorados, espejos ornamentados y una lámpara de araña de latón suspendida sobre la bañera de cobre. Cada metal es distinto, pulido hasta el extremo, y aun así todo encaja con armonía. Paso la mano por el borde de la bañera y abro el grifo para llenarla. Sobre un pedestal hay distintos jabones, y me imagino a Irina sumergida en el agua, rebuscando entre los aceites. La imagen me encoge el estómago y, por mucho que desee bañarme, hay algo que necesito saber antes.

Regreso al dormitorio.

Acker está sentado, desnudo de cintura para arriba, al borde de la cama, desatándose las botas. Alza la cabeza de golpe al verme

volver.

Casi detesto las palabras que estoy a punto de pronunciar, pero tengo que hacerlo.

—Necesito saber... —Me detengo, aparto la vista de él y la llevo al suelo y luego a las puertas del balcón, que debió de abrir mientras yo estaba en el baño—. Para quedarme tranquila —empiezo de nuevo, buscando valor—. Irina dijo que tú... que no... después, pero la noche de vuestra boda...

Al comprender mi torpe pregunta, se incorpora y me presta toda su atención. El corazón me retumba en el pecho; la imagen de ella sentada a horcajadas sobre su regazo, en una de las sillas frente al hogar, acude con fuerza a mi mente. Ella, en la misma cama en la que él está ahora.

Acker se pone en pie y se acerca a grandes zancadas. Sus ojos son suaves al escrutar mi rostro.

—No, Jovie —responde con sinceridad evidente—. Lo intenté, pero no fui capaz de seguir adelante.

Alza la mano con cuidado y me sostiene la mejilla.

—Porque podía sentir cada latido de tu dolor a través del vínculo.

Yo había pasado la noche ahogando las penas en vino. Luego en otra botella, hasta que el dolor punzante del pecho se volvió un latido sordo. A la mañana siguiente, mi madre me sujetó el pelo mientras devolvía hasta la última gota.

—¿Lo que hice con Fredrich fue más que...? —Ni siquiera consigo terminar la pregunta.

—Mucho más —responde, sonriendo con los ojos—. ¿Te sientes mejor ahora? ¿Sabiendo que nunca toqué a mi esposa?

Hay algo en la forma en que lo dice que despierta un pulso bajo en mi vientre.

Me aparta unos mechones de la cara y sonríe de verdad.

—Ve a darte un baño, Jovie.

Por una vez, obedezco.

En el baño me despojo de la ropa sucia y me sumerjo en la bañera ya llena. El calor me eriza la piel y me permito un baño largo, relajándome al fin... hasta que recuerdo que Irina está en los

calabozos. La culpa es suficiente para hacerme salir del agua. Me pongo la bata que cuelga junto a la bañera.

Cuando vuelvo al dormitorio, Acker está encendiendo las velas de la repisa. Una lámpara de aceite ya ilumina el escritorio y, cuando se vuelve hacia mí, el aro dorado de su nariz reluce al recorrerme con la mirada. La bata es tan fina que se me pega a la piel húmeda.

—Stassia enviará ropa limpia y algo de cena —dice, apartando la vista mientras apaga la cerilla con un gesto—. Voy a asearme. Si vuelve mientras tanto, no abras la puerta.

Y desaparece en el baño.

Suspirando, me acerco a la cama, pero decido que me interesa más el trabajo inconcluso del escritorio. Los libros abarcan desde registros históricos hasta puro folclore y todo tipo de temas intermedios. El que está abierto, sin embargo, trata de alquimia y tiene notas garabateadas en los márgenes.

Me aburro y acabo metiéndome en la cama; el cansancio me vence más de lo que esperaba. Aunque Acker llevaba semanas fuera, las sábanas huelen exactamente a él. Me recuerdan a los bosques de Roison: aire cargado de vida, masculino, embriagador.

Debo de haberme quedado dormida, porque, al despertar, Acker está inclinado sobre mí. Me lleva un instante espabilarme, pero, cuando lo hago, noto el peso de su mirada. Está desnudo de cintura para arriba, con solo una toalla baja en las caderas. Unas gotas de agua le recorren los hombros. En sus manos hay unas cadenas.

Llaman a la puerta y, por la insistencia, deduzco que no es la primera vez.

—Sin duda el servicio tendrá órdenes de vigilarnos para asegurarse de que cumplo lo que dije —explica.

Me incorporo y extiendo las manos. Acker desenrolla los finos eslabones de hierro hasta mostrar un único grillete. Introduzco la muñeca y él lo cierra; el mecanismo encaja al instante. Sigo la cadena hasta donde está entrelazada en la filigrana de hierro del cabecero. Luego alza el collar y detesto, de nuevo, el peso de las piedras rodeándome el cuello.

Acker me pellizca el labio inferior.

—No hagas pucheros.

Lo fulmino con la mirada mientras va hacia la puerta, ajustándose la toalla. Pruebo la longitud de la cadena: alcanza justo el ancho de la cama.

Acker vuelve con un plato cubierto por una campana de plata y una jarra de agua. Deja la jarra en la mesilla y destapa el plato.

—No estoy seguro de que debamos comer nada de lo que venga de la cocina —dice, examinando la comida—. Hallis vendrá en breve y le pediré que nos traiga algo.

Sería muy propio de Edmond envenenarme por venganza. Recuerdo la última vez que comí: la noche anterior, antes de abandonar el campamento improvisado, apenas unas tiras de carne seca y unos dados de queso. Nada que ver con lo que parece ser gallina asada con zanahorias. Mi estómago me traiciona al rugir ante el olor.

La mirada de Acker sube hasta mí y se detiene, pensativa, en mi vientre. Entonces coge una zanahoria y se la mete en la boca, seguida de un trozo de carne, antes de que pueda reaccionar.

—¿Qué estás haciendo? —exclamo, incrédula.

Mastica, traga y coge la jarra por el asa. Me lanzo sobre la cama a tiempo de arrebatársela con ambas manos. El agua se derrama y me empapa la pechera de la bata. Lo miro de rodillas, atónita.

—Acabas de decir que no deberíamos comer nada.

—Tienes hambre —responde, como si fuera evidente—. Y ahora yo tengo sed. Dame el agua.

Al no moverme, alza una ceja.

—Por favor.

—¿Y si te desplomas y te mueres?

—Lo dije por exceso de prudencia, pero estoy seguro de que no pasa nada. Mi padre no se arriesgaría a envenenarnos a los dos.

Le paso la jarra despacio y observo cómo bebe; el agua le corre por la barbilla y el pecho desnudo. Sonríe al darse cuenta de que lo estoy mirando y deja la jarra.

—Supongo —añade.

Le empujo el pecho.

—Qué asco. Eres lo peor. Si te mueres y me dejas encadenada a esta cama, me comeré el resto solo para encontrarte en el más allá

y matarte dos veces.

Sonríe y me coge la muñeca.

—Yo solo he oído que no puedes vivir sin mí.

—No te crezcas. He sobrevivido perfectamente los últimos cuatro años.

Inclina la cabeza; su expresión se vuelve menos burlona, más sincera.

—¿Ah, sí? —Se acerca, imponente, sin soltarme la mano. Con la otra roza el tejido húmedo de mi bata—. Cuéntame cómo es eso de que estabas tan bien.

Me distraigo cuando su dedo se desliza por la abertura de la bata, recorre la curva de mi pecho y pasa sobre la cicatriz entre ellos, recuerdo del día en que me cargó con una flecha clavada en el pecho.

—Mentí —admito, con la respiración agitada.

Alza la vista; las pestañas le proyectan sombras sobre las mejillas.

—Lo sé —dice, sonriendo.

Me rodea la cintura y me deja caer de espaldas sobre la cama. La bata se me abre aún más y su mirada ardiente me recorre antes de que sus labios busquen los míos. El beso es pausado, fácil. Le rodeo el cuello con los brazos y disfruto de su peso, de su piel contra la mía. Es el recordatorio que necesitaba de que es el hombre en quien confío. Con mi cuerpo, con mi bienestar, con mi...

Como un jarro de agua fría, recuerdo la situación de Irina, el sacrificio que hizo para darnos tiempo, y apoyo las manos en el pecho de Acker para romper el beso.

—Irina —digo, dejando su nombre entre nosotros.

Él llega a la misma conclusión; el momento se desmorona cuando la realidad vuelve. Se sienta sobre los talones y me mira. Mi bata está arrugada; su toalla cuelga peligrosamente baja. Se pasa una mano por la cara y el pelo, exhalando con fuerza.

Llaman a la puerta y vuelve la cabeza.

—Debe de ser Hallis.

Se inclina y me da un beso rápido.

—Come. Creo que estamos a salvo.

Lo veo levantándose de la cama y una sensación de pérdida me golpea como una ola, aunque esté a solo unos pasos. Sí, he sobrevivido los últimos cuatro años sin él, pero no fue fácil. Y estoy bastante segura de que sería aún peor si tuviera que hacerlo otra vez.

Por primera vez en mucho tiempo, el miedo echa raíces en mí.

Capítulo 48

Acker



Un tintineo resuena en la puerta de cristal que da al balcón. Me pongo una camisa y me asomo a través del vidrio esmerilado: un pájaro está posado en la barandilla. Me aseguro de que Jovie esté bien cubierta bajo las sábanas antes de abrir. Cierro de inmediato cuando el halcón se cuela por el hueco.

Al soltar el bulto que llevaba en las garras, Messer cambia de forma.

—Buenos días —canta.

Jovie se despierta de golpe, desorientada y recorre la habitación con la mirada hasta que sus ojos se posan en el trasero desnudo de Messer. Se apresura a cerrarse bien la bata justo cuando él vuelve la cabeza en su dirección.

—Buenos días a vos también, alteza real.

Ella pone los ojos en blanco.

—Sabes cuánto odio eso.

Recojo lo que ha dejado caer: unos pantalones que se despliegan entre mis manos.

—¿De dónde has sacado estos? —pregunto, lanzándoselos.

Los atrapa contra el pecho.

—Estaban tendidos en una cuerda —responde, rascándose la nuca —. Una señora me ha dado unos cuantos escobazos.

—Eso sí que me habría gustado verlo —le digo.

—Ya me imagino.

—¿Te importaría vestirte de una vez?

Frunce los labios, pero accede.

—Estás empezando a crearme un complejo —dice, metiendo una pierna y luego la otra.

—Quizá te haga falta.

Se incorpora, se abrocha el pantalón y se vuelve hacia Jovie.

—Parece que has dormido bien. Yo estaba... —se interrumpe, entornando los ojos—. ¿Eso es...? ¿Estás encadenada a la cama?

Su mirada vuelve a mí.

—Creía que ya habíamos superado esto.

—Yo también —murmura Jovie.

—Era una garantía que tenía que darle a mi padre. No me gusta más que a vosotros.

Messer parpadea.

—¿Por qué tengo la sensación de que estás mintiendo?

—Porque en el fondo le encanta —asegura Jovie.

Y no puedo negarlo. Hay una parte de mí a la que le gusta saber que no puede irse a ninguna parte. Ni por voluntad propia ni por cualquier otra razón. No es algo de lo que me sienta orgulloso, pero apacigua algo dentro de mí que aún no estoy preparado para analizar.

Las cejas de Messer se arquean.

—Interesante.

Me toca a mí poner los ojos en blanco mientras hago venir una daga desde la correa que colgué del extremo del armazón de la cama.

—¿Fredrich llegó a la herrería de Wells?

Su expresión se vuelve grave al asentir.

—Sí, pero estaba ocupada por unos vagabundos. No fueron precisamente... hospitalarios con los recién llegados. Nos ocupamos de ellos y ahora mismo sus cuerpos están en un contenedor de basura cerca del centro. Con este tiempo, tardarán días en empezar a oler.

Hago girar la daga entre los dedos.

—Si no semanas.

—Ojalá —conviene.

—Tengo que dejarme ver en la corte —les digo—. Y necesito comprobar cómo está Irina en los calabozos.

—¿Quieres que me quede con B?

—Por ahora, sí. No sé cuánto tardaré.

—No tendría problema en colarme esta noche si quieres.

Niego con la cabeza.

—También hay un amigo al que debo ver.

—¿Zion? —pregunta Jovie.

—Sí —respondo, rodeando la cama—. Y por mucho que prefiera verte vestido, será mejor que pases más desapercibido por si a alguien se le ocurre entrar mientras no estoy. Mi padre probablemente enviará doncellas para espiar y darle parte.

—Sin problema —dice, desabrochándose los pantalones con una sonrisa torcida—. Sé ser discreto.

Se los quita con un ademán exagerado y yo suspiro, esperando a que el crujido de huesos y cartílagos termine antes de volver a mirar. O, mejor dicho, antes de mirar al suelo, donde ahora hay una criatura de cuatro patas ocupando su lugar.

—Un gato doméstico —constato, sin emoción.

—Oooh —arrulla Jovie.

Da unas palmadas sobre la cama para que el pequeño atigrado naranja salte. Se estira mientras ella le pasa la mano por el lomo y no puedo creer que tenga celos de ese cabrón. Tras pasearse por la manta, se acomoda sobre su regazo.

—¿Eres consciente de que es un hombre adulto? —pregunto, acercándome.

—Pero es monísimo —dice ella, rascándole detrás de las orejas.

Juro que ronronea más fuerte solo para fastidiarme.

—¿Y qué hago si necesito ir al baño? —pregunta.

Alzo la mano y desenrosco más filigrana del cabecero, retorciendo el metal plateado para alargar la cadena.

Sus ojos se abren de par en par.

—¿Durante todo este tiempo podías haberme dado esa libertad?

Sonrío cuando comprende que podía haberlo hecho..., pero no quise. Me gustó tener su cuerpo pegado al mío toda la noche y no puedo evitar sonreír mientras me ajusto la correa de las dagas sobre el pecho.

—Eres un cabrón —dice, pero no es un insulto.

Saco del cajón de la mesilla un cordón de piedras mangi. Jovie me observa mientras me lo pongo, con los labios fruncidos, y le devuelvo la mirada como diciendo: «Mira, yo también tengo que llevarlas».

Apoyo una mano en la cama y me inclino para besarla. Pretendía que fuera rápido, pero el hecho de dejarla atrás me lleva a profundizar. Un pequeño maullido desde su regazo me obliga a separarme.

Por mal que me haya sentido al pensar que tenía que separarme de ella cuando planeaba dejarla con los padres de Wells, no hay comparación con el nudo que se me forma en el estómago al dejarla en el peor lugar posible: encadenada, con un collar y sin forma de defenderse.

Solo esos pensamientos me llevan a rascar con brusquedad la cabeza felina de Messer.

—Protégela —le digo.

Me lanza un zarpazo, pero retiro la mano justo a tiempo.

Los soldados apostados frente a mi puerta son los mismos que estaban ayer por la noche. No reconozco a ninguno como guardias habituales de mis estancias, sin duda una decisión consciente de mi padre, pero aun así les hago un gesto respetuoso con la cabeza.

—¿Cuándo es el relevo? —pregunto.

—Al mediodía —responde el de la derecha.

Es bueno saberlo.

—Que tengáis buen día, chicos.

A medida que abandono mi ala del palacio, los pasillos se vuelven cada vez más concurridos. Gente a la que nunca había visto deambula por ellos, vestida con sus mejores galas, agrupándose, algunos ya con copas en la mano cuando apenas es la hora de desayunar. Hay más soldados de lo habitual y, aunque eso debería tranquilizarme, solo aumenta mi inquietud.

En el comedor por fin reconozco algunas caras. Miembros del consejo de mi padre y sus familias, además de señores vecinos que solían frecuentar la corte antes de la invasión de Roison. Algunos, sin embargo, no parecen nada contentos con mi regreso. Paul y Draken son los que más lo evidencian: se giran de espaldas al ver que me acerco a su mesa.

—Caballeros —saludo, sentándome en un hueco del banco—. Debo disculparme por mi prolongada ausencia. Mi padre me encomendó una misión especial.

—Lo hemos oído —dice lord Furlough—. Traer de vuelta a vuestra hermana, ¿no?

—Así es.

Paul casi me escupe la respuesta.

—Y a vuestra zorra traicionera también. No os olvidéis de mencionarla.

Cojo una manzana del frutero, la froto contra la camisa y le doy un mordisco.

—Consideradla mencionada —le digo, señalándolo con el dedo—. Pero vigilad esa puta bocaza.

Su rostro enrojece bajo la mirada de los demás.

—No podéis hablarme así, muchacho.

—Diría que acaba de hacerlo.

Todos volvemos la cabeza hacia mi padre. Su sola presencia basta para callar a Paul.

—Hijo —dice—. Hay alguien a quien quiero presentarte.

Doy otro mordisco a la manzana y dejo lo que queda en el plato de Paul antes de ponerme en pie.

—Lord Draken. Furlough —me despido con una inclinación de cabeza.

Mi padre me agarra por la nuca al apartarnos y hago un esfuerzo por no estremecerme.

—Creí que ibas a clavarle un tenedor en la garganta —dice, divertido, cuando nadie nos ve.

—No quería incomodar a las damas —respondo, saludando con la mano a la esposa de uno de los consejeros.

—Aprecio tu contención —afirma y me sonríe—. Estás de muy buen humor esta mañana.

—Qué le voy a hacer. Me alegra estar en casa.

—Y con tu vínculo —añade, radiante—. ¿Supongo que has pasado una buena noche?

Mi sonrisa no resulta forzada.

—La mejor en mucho tiempo.

—Me alegro.

Y me recuerda al hombre al que admiraba de niño. Al padre que parecía preocuparse por mí. Es la primera vez en mucho tiempo que siento que no me mira con segundas intenciones, lo que me inquieta aún más. Busco cualquier agitación en mi magia, algún rastro de su influencia, pero si intenta manipularme es demasiado sutil para notarlo... o quizá el pequeño cordón de mangi alrededor de mi cuello esté entorpeciendo sus habilidades cuando me toca. No sé hasta qué punto cada uno de sus dones es más poderoso que los demás.

Me conduce hasta un hombre al que nunca había visto, pero el emblema amarillo en su solapa delata su identidad antes de que mi padre diga nada. Supongo que, después de todo, Kai es digno de cierta confianza.

—Chryse, este es mi hijo, Acker —dice mi padre—. Hijo, este es el rey de Roison.

El hombre que hizo un trato con mi vínculo para intercambiar su vida por la mía. El peso de todas las miradas del comedor recae sobre nosotros.

Le tiendo la mano.

—Es un placer conoceros.

Me devuelve el gesto, pero a diferencia de mí, no hay ni rastro de sonrisa en su rostro.

—Igualmente —responde con desgana—. Está bien ponerle cara al hombre que lleva años colándose en mi territorio y matando a mis hombres.

Le suelto la mano y me meto la mía en el bolsillo con calma. Podría enumerar todas las razones por las que fue en defensa propia, pero no serviría de nada. No cuando no me arrepiento de ninguna de esas muertes.

—Chryse —interviene mi padre con tono reprobatorio—. He asegurado el activo que solicitasteis expresamente. ¿Estáis o no comprometido con el funcionamiento de esta alianza?

El rey de Roison es imponente: hombros anchos y al menos una cabeza más alto que yo. No duda en usar su presencia física como herramienta de intimidación.

—Un activo al que aún no he visto —dice, bebiendo del cáliz.

—Pronto —le asegura mi padre—. Está a buen recaudo en los calabozos.

Tras unos minutos más de charla trivial sobre el estancamiento del frente oriental, Chryse abandona el salón lanzándome una mirada indiferente, seguido de los hombres de Roison.

Me vuelvo hacia mi padre.

—¿Por qué demonios íbamos a aliarnos con Chryse?

—Ha accedido a unirse bajo una tregua. El frente se ha quedado paralizado bajo bandera blanca hace apenas unas horas. Quiere acabar con esta guerra tanto como nosotros.

—¿Wren ha aceptado esto? —murmuro—. Después de todo el discurso sobre apoderarse del territorio de Roison... —Recorro el comedor con la mirada—. ¿Dónde está el capitán de los alaha?

Mi padre me hace callar con una mirada severa mientras me conduce fuera de la estancia y por el estrecho pasadizo de servicio que sube desde las cocinas.

—He convocado una reunión para esta noche. Han pasado muchas cosas en tu ausencia, pero ahora no es el momento de hablar de ellas.

Aprieto los dientes. Hay una línea muy fina entre no parecer demasiado complaciente y señalar que acaba de presentarme, ante toda la corte de Kenta, al gobernante contra el que llevamos años

luchando abiertamente. Chryse es el mismo hombre que ha empujado el frente hasta las murallas de nuestra ciudad. Lo único que le impide invadirnos de verdad es algún acuerdo que le permite robar la magia de alguien. Incluso sin mi intención secreta de hacer caer el castillo de naipes que mi padre ha levantado, no hace falta ser un genio para ver lo endeble que es todo esto.

—Tengo noticias lamentables —dice mi padre, con una expresión de compasión estudiada—. Tyreek se ha negado a aceptar el nuevo orden y estaba incitando a algunos consejeros contra mí.

Inclino la cabeza para ocultar la rabia que amenaza con aflorar.

—Hallis me lo ha dicho —respondo cuando logro controlar mis emociones—. Dijo que Zion está en los calabozos. Quiero ir a hablar con él.

Una vez más me agarra por la nuca y vuelvo a concentrarme en no estremecerme.

—Por supuesto. Sé cuánto valoras tu amistad con el muchacho, por eso le he perdonado la vida. —Las siguientes palabras me hielan la sangre—. Pero no se te ocurra tener ideas imprudentes.

Capítulo 49

Acker



El calabozo es una puta atrocidad. No hay luz. El único sonido es el de los prisioneros deambulando de un lado a otro dentro de los límites diminutos de sus celdas mientras sacuden las cadenas ancladas a los muros. Solo se oyen lamentos cuando la locura del cautiverio se vuelve demasiado difícil de soportar. En verano, aquí abajo suele hacer un calor asfixiante, como dentro de un horno. En invierno, el frío cala hasta los huesos. Da igual la estación, siempre está húmedo. La lluvia y el hielo derretido se filtran por el suelo bajo las losas del patio y resbalan en hilos constantes por las paredes del calabozo.

Y, joder, el olor.

La luz de la lámpara de aceite que llevo en la mano apenas me permite ver más allá de un par de metros. Las celdas se disponen en filas; algunas albergan a cuatro o cinco hombres por jaula. Sus

insultos rebotan contra los muros de piedra y forman una cacofonía de odio que resuena a mi alrededor.

—... vi a tu padre aquí antes... —se burla uno de los hombres.

Otro continúa la mofa desde la celda contigua.

—Tan poca cosa..., sería facilísimo matarlo.

«Sí, claro. Me encantaría verlo».

Pero no son las voces airadas lo que más me perturba, sino las miradas afiladas de los silenciosos, clavándose en un lateral de mi cabeza, lo que me obliga a apartar la vista. Las mujeres y, por los dioses, los niños. Ninguno menor que un adolescente, pero, aun así, demasiado jóvenes para verse sometidos a esta pesadilla.

El estómago se me revuelve mientras mantengo el paso firme, concentrado en mi propósito. Por fin localizo a la mujer que busco: Irina está sentada sola en un rincón de la celda, con los brazos rodeando las rodillas encogidas y la cabeza hundida entre ellas.

—Beau —la llamo, agachándome hasta quedar a su altura.

Asoma la mirada por encima de las rodillas y entrecierra los ojos ante la escasa luz de la lámpara hasta que consigue adaptarse. Dejo la lámpara en el suelo, saco la manzana del bolsillo y estiro el brazo a través de los barrotes. Ella se inclina hacia delante y coge la fruta mientras procura seguir con la cabeza vuelta para evitar las miradas de las celdas vecinas. Querría decirle algo alentador, pero algunos de los prisioneros están aquí por obra de mi hermana y venderían una mentira encantados si eso les diera una pizca de libertad. Da un mordisco a la manzana y sé, sin lugar a dudas, que no aguantará mucho si no encuentro la forma de sacarla de aquí.

Recojo la lámpara y continúo por la fila de celdas hasta el final, luego giro hacia el siguiente pasillo. Mi padre sabrá que he venido a hablar con Zion pese a su advertencia, así que cuando paso junto a uno de los guardias que hace la ronda, inclino la cabeza en señal de respeto.

Encuentro a Zion en una celda del rincón, encadenado a la pared por las cuatro extremidades. Me reconoce al instante, está sentado todo lo cerca de la reja que le permiten las cadenas. La sangre seca le apelmaza el cabello alrededor de la sien y el tajo que luce sobre el ojo tiene pinta de ser de los que dejan cicatriz.

—Ace —dice, con una frialdad en la voz más que justificada.

La culpa me obstruye la garganta mientras busco palabras que no existen. Igual que con Irina, lo he arruinado todo con él. No hay nada que pueda decir que sea suficiente. No después de haber suplicado que su padre ocupara un asiento en el consejo. Tyreek era un buen hombre y, precisamente por eso, insistí tanto. Por la misma razón, ahora, está muerto.

—Estaba fuera —me limito a decir, incapaz de añadir lo demás: que habría evitado la muerte de su padre de haber podido. Sospecho que el mío esperó a que me marchara a propósito.

No responde. Sus ojos ocultos en la sombra, sin embargo, arden de rabia. Giro el regulador de la lámpara para bajar la mecha y con ella la llama. Saco la daga de la correa inferior del arnés del pecho, la deslizo bajo los barrotes y la lanzo por el suelo hacia él. Consigue ocultarla bajo la suela del zapato.

Le doy la misma advertencia que a Irina.

—Pronto.

Se muestra cauteloso, pero asiente una sola vez para hacerme saber que lo entiende. No confía en mí. Aún no.

Al salir, entrego la manzana que había destinado a Zion a una niña de una de las primeras celdas que vi al entrar. Él no la habría aceptado, con lo poco que confía en mí, por miedo a que estuviera envenenada. La niña duda igual, pero la mujer que supongo que es su madre la agarra con rapidez y la esconde. Me da las gracias con una breve inclinación de cabeza, consciente de que el intercambio debe ser rápido.

Cuando subo la escalera, el cielo empieza a oscurecer y me topo con Hallis.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta.

—No te preocupes —respondo al salir al patio. Está limpio, pero el hedor persiste. A mi padre siempre le han gustado las ejecuciones públicas, pero hacerlas en masa me deja la bilis pegada al fondo de la garganta—. Mi padre ya sabía que pensaba hablar con Zion.

Suelta el aire despacio.

—¿Y?

Niego con la cabeza.

—No confía en mí.

—¿Tu padre o Zion?

—Ninguno de los dos. —Camina a mi lado—. ¿Me buscabas?

—Sí —dice—. Tu padre solicita tu presencia en la sala privada.

Genial.

Lo detengo antes de llegar a las puertas del palacio. Anoche no pudimos hablar, para no dar demasiada munición a los soldados apostados frente a mi habitación cuando informaran a mi padre, pero necesito preguntarlo.

—¿Estás bien?

La pregunta lo pilla desprevenido, pero enseguida recupera la compostura.

—Estoy bien, Ace. Lo resolveremos, como siempre.

Asiento y le doy una palmada en la espalda cuando nos separamos al cruzar las puertas del palacio. Paso por debajo de la escalera y cojo el pasillo serpenteante que conduce a la sala privada de mi padre. Me preparo para lo que me espera, me detengo ante la puerta cuando llego a ella. Nada bueno va a salir de esta reunión. Paso los dedos por el cordón de piedras mangi que me rodean el cuello.

Mi padre me llama en cuanto entro.

—Ace.

Está de pie frente al fuego, rodeado por los miembros del consejo. La mayoría, al menos; faltan algunos. La ausencia de Tyreek era de esperar, pero hay más. El último hombre de origen común que queda en el consejo es Johannes, que se sirve una copa del carrito de bebidas de mi padre. Cuando cruzamos miradas, aparta los ojos de inmediato.

Mi padre me hace un gesto para que me acerque a la zona de asientos junto al hogar.

—Ven, tómate algo con nosotros.

Acepto la copa de licor oscuro de la sirvienta y doy un sorbo cauteloso mientras me hundo en una de las sillas vacías. Estoy de espaldas a la sala y no puedo evitar pensar que es deliberado. Chryse está sentado a mi izquierda y apenas me dedica una mirada fugaz.

Hay, sin embargo, una ausencia notable.

—¿Estamos todos? —pregunto.

—Si te refieres a Wren —responde mi padre, con la copa ya vacía —, se le ha pedido que se aparte temporalmente de los asuntos de la corte.

Lord Draken continúa:

—Se estaban difundiendo mensajes falsos por los territorios, que hacían su presencia aquí un tanto... incómoda.

Cruzo un tobillo sobre la rodilla y apoyo la copa en el brazo del sillón.

—¿Qué tipo de mensajes?

—Del tipo que no me tomo a la ligera —dice mi padre—. Y el consejo coincidió en que lo mejor era que se tomara un descanso. Al menos hasta que los rumores se disipen.

—¿Sigue formando parte de la alianza? —pregunto.

—Por supuesto —declara mi padre, como si la duda fuera absurda —. Ahora mismo está preparando los batallones estacionados más cerca de la ciudad, tras recibir informes de que Evelyn y sus hombres están adentrándose en nuestro territorio por el oeste.

Mierda.

—No es lo ideal —comento, sin comprometerme.

Mi padre sonríe de lado y cruza miradas con algunos de los otros hombres, como si compartiera una broma privada de la que no formo parte.

—En realidad tengo un regalo para ti —anuncia, captando la atención de todos.

—¿Y cuál es? —pregunto, impasible—. ¿Una nueva corona para tu hijo favorito?

Mi padre asiente hacia lord Draken, que se pone en pie.

—Has ido más allá de lo esperado para ayudarnos a asegurar a Beau. Es un activo importante y, gracias a ese sacrificio, la mayoría de los territorios volverán a unirse bajo una sola ley.

Esto es interesante.

—Pero... —Alargo la palabra, incitando a mi padre a continuar.

Él sonríe ampliamente.

—Pero tu regreso con tu vínculo ha encendido un conflicto adicional en una guerra que estábamos a punto de terminar y eso pone nervioso a este consejo.

—Y también al mío —interviene Chryse.

—Ajá —murmuro, observando cómo lord Draken cruza la sala hacia la puerta—. Has dicho «regalo», pero esto suena más a reprimenda.

Golpea la puerta: una señal.

—Oh, no —dice mi padre, con un brillo en los ojos que no me gusta—. Este regalo te va a gustar, te lo prometo.

Dos soldados introducen a un hombre por la puerta. O más bien lo arrastran, porque no consigue sostenerse lo suficiente como para caminar. Lleva un saco de arpillera sobre la cabeza, ropa corriente y raída, y las manos atadas delante. Cuando lo obligan a arrodillarse frente a mí, gime de dolor.

Pongo los pies en el suelo y me incorporo, mirando a mi padre en busca de indicaciones.

—Adelante —dice, animándome con un gesto.

Cojo el saco y lo arranco de la cabeza del hombre. Me encuentro cara a cara con alguien a quien deseo muerto desde que tenía trece años.

Vad.

El miembro de mi batallón de entrenamiento que vendió nuestra ubicación al campamento de Roison. El motivo por el que caímos en una emboscada. Todos menos seis murieron: yo y otros cinco soldados en formación, sin contar al propio Vad. También es el hombre que atravesó el corazón de mi vínculo con una flecha de madera y estuvo a punto de matarla.

—¿Y bien? —apremia mi padre.

Me recuesto en el sillón y apuro la copa de un trago.

—¿Dónde lo encontrasteis? —pregunto—. Llevo más de una década tras él.

Su mirada se desliza hacia el hombre sentado a mi derecha y Chryse se remueve en el asiento.

—Es mi aportación.

Mi padre capta la pregunta en mis ojos.

—Cada líder debe entregar a una persona de interés como símbolo de lealtad a la nueva alianza. Chryse quería un obsequio concreto, y yo quería a Vad. Para ti.

No me gusta nada. Ni el silencio antinatural de la sala mientras me observan, ni la forma en que Vad se encoge ante mí. He tenido suficientes encontronazos con él para saber que siempre fue arrogante. Pero ahora, de rodillas, sus ojos están vacíos cuando alza la vista, como si ya hubiera aceptado su destino.

—Qué generoso —digo, despidiéndolo con un gesto—. Lleváoslo a los calabozos.

Se oyen algunas risas y mi padre sonríe con condescendencia al inclinarse hacia delante.

—No funciona así.

Hace un gesto con el dedo y los soldados tiran de Vad y lo estampan contra la mesa baja que tenemos delante, haciendo tintinear las copas. Solo entonces el miedo aflora en su rostro, con la cabeza colgando por un lado de la mesa y los ojos desorbitados al mirarme. Lanza su don contra mi mente y doy un respingo ante la presión inesperada cuando intenta colarse en ella.

Es débil. Antes me costaba mantenerlo fuera cuando lo intentaba, pero esto no es más que un susurro patético en comparación.

Mi padre se pone en pie.

—Hace milenios, los Herederos eran venerados como dioses —dice, avanzando hacia el hogar—. Las líneas de sangre eran puras y el mestizaje con los desprovistos de don se consideraba un crimen contra la Madre Naturaleza. —Coge una daga de piedra ígnea de la repisa. Un arma larga, con un mango ornamentado tallado en forma de cuernos de alce—. Y cuanto más se diluía la sangre, más débiles eran los dones cuando despertaban. A medida que la magia se volvió cada vez más común, los Herederos dejaron de ser tratados con la reverencia que se otorgaba a los gobernantes del pasado. —Se vuelve hacia mí—. Nos hemos obsesionado tanto con luchar entre nosotros que nos hemos olvidado quiénes somos.

El don de Vad sigue embistiendo contra la barrera de mi mente.

—Los Herederos —preciso.

—Los reyes —corrige mi padre.

Arqueo una ceja.

—¿Las reinas no cuentan?

—Por supuesto que sí —responde, como si mi pregunta fuera absurda—. Las que nosotros elijamos, claro.

Rodea la mesa y se acerca a Vad, sentándose sobre ella mientras un soldado mantiene una mano firme en la nuca del prisionero.

—Verás, cuando los Herederos gobernaban, su magia era la moneda suprema.

Alguien le entrega un cuenco, que coloca bajo el cuerpo encorvado de Vad. Su magia araña el exterior de mi mente, cava con desesperación para entrar.

—Un intercambio de dones —digo.

—Sí —responde mi padre, satisfecho con mi deducción—. Pero según nuestras reglas.

Saca una piedra del bolsillo, del tamaño de la palma de su mano, un mineral que no reconozco. No hay rastro de metal identificable. Entonces la luz incide en el ángulo justo y los remolinos verdes se iluminan dentro del objeto gris. Solo he visto antes esos colores y esos patrones en un único lugar.

Es la misma mezcla de verde que había en la losa sobre la que la sanadora de Roison me obligó a sujetar a Jovie cuando se desangraba en pleno despertar. En algún punto profundo del bosque de Roison, bajo la ilusión del marido de la sanadora.

—Esto es una piedra listón —dice mi padre, haciéndola girar entre los dedos—. La más valiosa y rara que existe en este mundo.

Me esfuerzo por mantener el gesto impasible.

—No parece gran cosa.

La sonrisa de mi padre es torva.

—Puede extraer la magia de una persona, si sabes dónde se encuentra.

Nadie entregaría esa información a menos que...

—¿Tortura? —pregunto.

Asiente.

—Por lo general.

—No habría cedido algo así con facilidad —digo, señalando a Vad con un leve gesto de la barbilla.

—No —conviene mi padre y apoya la punta de la hoja oscura contra el costado del cuello de Vad—. Pero gracias a tu hermana, supimos exactamente dónde buscar.

El horror se me asienta en los huesos al comprender por qué mi padre quería a Beau. Solo ella puede identificar la ubicación del don de una persona, como demostró cuando le indicó a Jovie dónde clavar su propia daga de piedra ígnea durante la traición.

Pero yo no he entregado a Beau. Entregué a Irina y ella no posee esa capacidad.

El corazón me da un vuelco cuando mi padre perfora la piel del cuello de Vad. El filo corta la yugular y la sangre brota a presión, salpicándome las espinillas antes de que el chorro se reduzca a un flujo constante que cae al suelo y se acumula en el cuenco.

Con un horror nauseabundo, Vad sigue luchando por entrar en mi mente, aun sabiendo que va a morir. El terror es suficiente para que le abra una rendija. No del todo; solo lo justo para entender qué intenta decirme con tanto empeño mientras consume sus últimos alientos.

Y es una imagen.

No. Un recuerdo.

El suyo, mientras mira a Beau. Está encadenada en los calabozos. Pero él también sabe que no es mi hermana, sino Irina; su don de oráculo le permite ver la verdad alojada en su mente. El guardia le grita que se dé prisa mientras mi padre observa a un lado. Ella se estremece, pero no aparta la mirada de Vad. En rápida sucesión, sus pensamientos le revelan nuestros planes. Nuestra intención de matarlos a todos. Que, al parecer, era el plan de Vad desde el principio.

Había visto la depravación en la mente de uno de los comandantes cuando éramos niños. Cuando huyó a Roison, no pretendía delatar nuestra ubicación. Fue un accidente.

Mientras proyecta la verdad en mi mente, lo veo luchar por respirar, la sangre gorgotea en su garganta y sé que no hay nada que pueda hacer para detener esto. Trago el nudo que se me forma en la garganta, el ardor de la emoción que me obligo a contener, mientras observo cómo se consume en sus últimos alientos.

«¿Cómo hemos llegado hasta aquí? ¿Por qué no me lo mostraste entonces? ¿Por qué ahora?», le pregunto desde mis pensamientos.

Responde a mis preguntas mudas y doloridas con una imagen mía en el campamento. De pie junto a mi padre, al que miraba con adoración. Luego otra, ya adulto, en el bosque con Jovie, cuando no le permití entrar en mi mente. Después volvemos a los calabozos y fue allí, sobre el suelo empapado, donde tomó la decisión de decirle la verdad, sabiendo lo que le ocurriría si mentía...

... y con la esperanza de que nosotros logremos lo que él no pudo: matar a todos los desgraciados de esta sala.

Le prometo que lo haré. Lo juro por mi vida, de mente a mente.

Y es como si por fin se entregara a su destino; los hombros se le desploman contra la superficie de la mesa. Pero aún me envía un último recuerdo.

Esta vez es mío. El recuerdo que arrancó de mi mente años atrás, cuando nos encontramos en el bosque y me pidió acceso a mis pensamientos a cambio de indicarme el camino hasta una sanadora cercana para salvar a Jovie. Eligió uno posterior a la muerte de mi madre... o, mejor dicho, a lo que yo creía que había sido su muerte. Cuando mi padre me llamó a esta misma sala privada, sin haberlo hecho nunca antes, y me ofreció mi primera copa.

Ese recuerdo parpadea en mi mente hasta que el corazón de Vad empieza a ralentizarse y ya no puede permitirse el gasto de energía que requiere su don.

Mi padre avanza y me hace un gesto pidiendo el vaso que tengo en la mano. Se lo entrego y él lo coloca bajo el hilo de sangre. Los ojos de Vad se cierran, cada respiración más lenta, más espaciada que la anterior, y jamás pensé que me revolvería el estómago presenciar la muerte de un hombre al que he querido matar durante casi media vida.

No es hasta que mi padre sostiene la piedra sobre la herida, mientras las últimas gotas de sangre caen en el vaso, cuando percibo el brillo bajo la luz. Se me corta el aliento al ver el hermoso filamento de esencia fluyendo desde la herida hacia la piedra, como si tuviera vida propia. La envuelve, girando y palpitando.

Los rasgos de Vad empiezan a marchitarse. La piel y el músculo se degradan, se tornan grises mientras la magia es arrancada de su cuerpo, hasta que no queda nada. Solo entonces su pecho se queda inmóvil para siempre y las últimas gotas de sangre caen en el vaso.

Mi padre alza la piedra, cubierta por la magia retorcida.

—Esto, hijo mío, es lo que separa a quienes toman las decisiones de quienes las acatan.

Deja caer la piedra, aún resplandeciente, dentro del vaso. Remueve la sangre antes de extraer la piedra, ahora privada de magia. Luego me tiende el vaso.

—No tengo ningún deseo de portar el don de un oráculo —digo, presa del pánico y, aun así, extrañamente vacío—. Prefiero sacarme los ojos antes que leer la mente de la gente.

—Como todo en este mundo, es cuestión de práctica —responde, manteniendo el vaso suspendido entre nosotros—. Lo dominarás enseguida.

No me muevo. Busco cualquier excusa, cualquier salida, pero esto es claramente una iniciación. Todos los hombres de la sala esperan mi decisión. Si no bebo, las consecuencias serán devastadoras. Lo más leve serían los calabozos. Lo peor... está encadenada a la cama de mi habitación.

Me inclino hacia delante y cojo el vaso. Mi padre libera la tensión de su cuerpo con un suspiro de alivio. Examino el contenido, apenas medio dedo de sangre.

—¿El vino no bastaba?

Algunas risas recorren la sala. Mi padre sonríe al explicarme que la magia no abandona la piedra sin un huésped; la sangre la engaña para que se desprenda. Lo huelo y hago una mueca ante el hedor. Más risas. El ambiente se distiende a medida que acepto lo inevitable.

«A la mierda».

Apoyo el borde del vaso en los labios, echo el contenido al fondo de la garganta y trago, apretando los dientes para no devolverlo de inmediato. Tras unas cuantas respiraciones, el mismo calor que acompaña a mi propia magia me hace girar la cabeza.

Aplauden.

Los malditos aplauden mientras se turnan para darme palmadas en la espalda y felicitarme por mi nuevo poder. El cuerpo de Vad queda olvidado, vencido sobre la mesa. Estoy desorientado y mi padre me dice que es el efecto de la magia entrando en el torrente sanguíneo.

No pasa mucho tiempo antes de que traigan a otro hombre. El origen del regalo solicitado por Chryse, comprendo. Los observo mientras lo sujetan contra la misma mesa, junto al cadáver de Vad. Veo cómo Chryse hunde la daga de piedra ígnea en el pecho del hombre y utiliza la piedra para extraer su magia. Es el punto correcto; deduzco que la información fue obtenida bajo coacción.

Creo que pido permiso para retirarme y, de algún modo, consigo sostenerme lo suficiente como para salir tambaleándome de la sala.

Lo siguiente que sé es que estoy vomitando detrás de un busto.

Capítulo 50

Jo



Despierto con el sonido de la puerta del dormitorio cerrándose. Messer se estira a mi lado en la cama, sus ojos felinos reflejan un brillo verde con la escasa luz que emana de la lámpara de aceite sobre la mesa.

Acker se desabrocha la correa de cuchillos del pecho y la deja en el extremo de la cama. Me lanza una mirada distraída y nota que estoy despierta.

—Vuelve a dormir —dice, desabrochándose los botones de la camisa uno a uno.

Entonces reparo en las salpicaduras de sangre en su cintura y en sus piernas, y me incorporo de golpe.

—Acker...

—No es mía —se apresura a decir—. Voy a lavarme.

Se quita la camisa, la hace un ovillo y se dirige al baño. Messer me mira y ya conozco lo suficiente todas sus expresiones, incluso en

forma animal, como para saber que me está preguntando si quiero que se quede.

Niego con la cabeza.

—Ve a comprobar cómo está Fredrich —le digo.

Salta de la cama con elegancia antes de volver a su forma humana.

—Volveré a primera hora de la mañana —dice mientras abre la puerta del balcón de la terraza y me mira por encima del hombro.

Espera hasta que asiento, para asegurarse de que estoy bien. Luego vuelve a cambiar de forma, esta vez a la de un búho, y se lanza al exterior. Ajusto la correa de filigrana retorcida y me bajo de la cama para cerrar la puerta tras él. Apenas ha estado abierta un minuto, pero la corriente de aire invernal ha hecho descender la temperatura de la habitación. Oigo el agua corriendo en el baño y me acerco a la puerta, pero la correa me detiene en seco. Bajo la vista al metal que me rodea la muñeca y sigo su longitud hasta la cama. He tenido holgura de sobra todo el día, pero cuando vuelvo a tirar no cede, y me doy cuenta de que Acker me está impidiendo entrar en el baño a propósito.

La preocupación me deja paralizada mientras escucho cómo se lava la sangre del cuerpo, el chapoteo violento del agua. Ha dicho que no era suya, pero entonces... ¿de quién era? Se me cae el alma a los pies cuando lo oigo escupir en el lavabo.

Me arrastro de vuelta hasta la cama y pasa una eternidad hasta que por fin sale. No hablamos cuando se desliza bajo las mantas. Su piel está fría al tacto y solo lleva ropa interior, pero no me quejo cuando me atrae hacia él. Dejo que me rodee la cintura con los brazos y esconda el rostro en mi cuello. Ahí inhala. Una respiración profunda que suelta lentamente. No necesito entrar en su mente para sentir lo sombrío que es su estado de ánimo. Sea lo que sea que haya ocurrido esta noche, lo ha sacudido, y eso es lo que más me asusta.

Duermo a ratos y, cada vez que me despierto, noto que Acker sigue sin haber conciliado el sueño.

No es hasta la mañana cuando me atrevo a sacar el tema de lo ocurrido la noche anterior y me cuenta cómo su padre mató a Vad y

todo lo que vino después. Dice que era algo que llevaba mucho tiempo gestándose, pero que fue más difícil de lo que esperaba, dadas las circunstancias. No hubo dignidad alguna, dice. Y cuando explica cómo Vad se introdujo en su mente y luego lo de la sangre que su padre lo obligó a beber, se me revuelve el estómago.

Con la mano apoyada en su pecho, encuentro consuelo en el latido constante de su corazón bajo su piel cálida.

—¿Crees que podrías robar la piedra? —pregunto.

Sus dedos me recorren el pelo y bajan por mi espalda.

—Tal vez.

Nos quedamos así un buen rato y no le pregunto si ahora puede leer mi mente.

Creo que no quiero saberlo.

Me besa despacio antes de vestirse y marcharse, y ese se convierte en el patrón de los días siguientes. Yo, atrapada en la alcoba de Acker, pasando el tiempo con la lectura de uno de los muchos libros que ha acumulado, mientras Messer me hace compañía. A veces como gato, otras como ratón o como un pequeño pinzón. Supongo que depende del tipo de caricias que quiera ese día, pero siempre lo bastante pequeño como para escabullirse bajo las mantas o detrás de una almohada cuando entra una criada.

Me recuerda mucho a nuestro tiempo en Alaha. Hallis me trae comida, pero cada vez que intento sacarle información, se queda mudo y pone cualquier excusa para marcharse.

Tengo demasiado tiempo para pensar en todo y en nada. Las criadas entran y salen, espiando para el rey y asegurándose de que sigo en mi lugar, encadenada a la cama. Me preocupo, doy vueltas, espero el regreso de Acker. A veces llega temprano, incluso antes de la cena, pero la mayoría de las veces ya me he dormido cuando se desliza en la cama.

Acker me sujeta con fuerza, los brazos como un torno alrededor de mí. El deseo que inunda el vínculo resulta casi insoportable. Pero aparte de los besos castos que deposita en mi hombro y mi cuello, no me toca. No de la manera que deseo en secreto. Mi determinación se debilita con cada noche que pasa, el miedo me obliga a preguntarme si estoy desperdiciando el poco tiempo que

nos queda. El peso del poder siempre cambiante de su padre es aplastante. Cada día que sale de esta habitación, temo lo que pueda enfrentar entre los muros del palacio.

Una noche me despiertan voces apagadas procedentes del balcón de la terraza; las sombras de Messer y Acker se proyectan en el cristal. Cuando me levanto para preguntar qué ocurre, Acker bloquea mi vista del patio, acortando la correa para que no pueda acercarme más.

—Están trasladando prisioneros a las minas —dice, cerrando las puertas tras él—. No te preocupes. Vuelve a dormir.

Y lo hago. Duermo mucho, en realidad. Es como si mi mente y mi cuerpo estuvieran recuperándose de los años que he pasado huyendo de mis sueños y me permitieran, por fin, un descanso pacífico en presencia de mi vínculo.

Dos días después, despierto y lo encuentro sentado en uno de los sillones frente a la cama, y sé que algo ha cambiado. Normalmente ya se ha ido cuando sale el sol y es evidente que lleva un rato observándome. Probablemente desde que despertó. Sus ojos son suaves y tiene un codo apoyado en el brazo del sillón. Me recuerda a la vez que lo encontré esperando junto a mi cama en la casa de la sanadora, después de mi despertar. Cuando él sabía que estábamos vinculados y yo no.

Entonces reparo en Messer, apoyado contra la puerta cerrada de la terraza.

—¿Qué ocurre? —pregunto, incorporándome y ajustando la tensión del metal retorcido que aún me ata a la maldita cama.

—Messer ha encontrado un punto débil en el muro oeste de la ciudad —dice Acker mientras se pasa distraídamente los nudillos por la línea de la mandíbula—. Fredrich y tú vais a cruzar el muro para que puedas llegar al valle donde tus hombres están esperándote.

—Eso suena mucho a una orden —respondo. El humor me cambia rápidamente—. No quieres que me quede a luchar contigo.

Niega con la cabeza.

—No —dice, inclinándose hacia delante—. Te necesito liderando el ataque desde el oeste.

—¿Cuándo? —pregunto sorprendida.

—Mi padre ha pedido que todos los líderes de la alianza estén presentes en una cena mañana por la noche. Ahí es cuando haremos nuestro movimiento.

—Porque la última cena en la que Jovie estuvo en el palacio salió de maravilla —comenta Messer con sorna—. Pensé que habría aprendido la lección la primera vez.

Acker y yo le lanzamos una mirada fulminante a la vez y él se encoge de hombros como diciendo: «¿Qué?».

—¿Kai ha conseguido colocar a sus hombres? —pregunto.

Messer se deja caer en uno de los sillones frente al hogar.

—Wren lo está poniendo difícil, pero ha conseguido colar en la ciudad a unos pocos cada noche.

Asiento.

—De acuerdo, pero no me llevo a Fredrich —digo, imponiendo mi única condición.

Acker me clava una mirada que haría temblar a cualquiera de sus hombres curtidos en batalla, pero me niego a ceder.

—Sí que te lo llevas.

Me encojo de hombros, despreocupada.

—Entonces no voy.

—Tendré que llevar las piedras mangi en la corte, Jovie. No podré sentir si me necesitas.

—Puedes comprobar cómo estoy cuando puedas —replico—. Lo has hecho durante años.

Un músculo le palpita en la mandíbula.

—¿Por qué tienes que hacer que todo sea tan difícil?

—No lo sé. ¿Por qué tienes que ser tan imbécil?

Messer se atreve a intervenir.

—Estoy de acuerdo con ella. —Levanta las manos en rendición ante la mirada cortante de Acker—. Solo digo que no siempre piensas con lógica cuando se trata de B.

—Ya sabes, ¿como cuando me drogaste y me secuestraste? —añado, arqueando una ceja.

A juzgar por su expresión, no le hace ninguna gracia. Messer se queda inmóvil, y una sonrisa enorme se le extiende por el rostro al observar nuestras posturas defensivas reflejadas.

Tras un largo silencio, Acker suelta el aire por la nariz. Ya sé que he ganado.

—Messer, ¿puedes guiarla a través de la ciudad hasta la puerta oeste? —pide.

Mi amigo abandona cualquier atisbo de broma al encontrarse con su mirada.

—Sin problema. Puedo llevarla justo antes de la cena programada y regresar.

Acker asiente, aunque a regañadientes.

—Informa a Fredrich del cambio de planes.

Messer se levanta.

—Hecho.

Entonces, como si se le ocurriera algo, Acker se pone en pie y lo detiene antes de que empiece a quitarse los pantalones, apoyándole una mano en el hombro.

—Es probable que Wells tenga un alijo de armas de piedra ígnea escondido. Dile a Fredrich que mire bajo las tablas del suelo.

Tras ver cómo se marcha Messer, me entran ganas de hacer un último intento desesperado por convencer a Acker de que me deje quedarme y luchar a su lado, pero ya está negando con la cabeza mientras se acerca a mí y me coge el rostro entre las manos.

—Lo mejor que puedes hacer por mí es darme la tranquilidad de saber que no estarás dentro de los muros de este palacio cuando llegue el momento.

Le agarro las muñecas.

—Me sentiré mejor sabiendo que Fredrich está contigo.

Veo el titubeo en su mirada antes de ceder y besarme la frente.

—Está bien.

El alivio me inunda.

—Gracias.

Su respuesta es cubrir mi boca con la suya, dejándome claro que no piensa discutir más conmigo en las horas que nos quedan, sino disfrutarme todo lo posible, mientras me tumba en la cama. Saboreo su cuerpo sobre el mío y me obligo a creer que no será la última vez.

No hay prisa en sus movimientos mientras me desnuda. Cada vez que intento acelerar, se niega, ralentizando hasta el punto de llevarme casi a la locura. Y aprendo a rendirme al ritmo lánguido de sus besos y de sus caricias, y al empuje constante de sus caderas. Para cuando me permite finalmente llegar al clímax, el placer se prolonga tanto que me deja exhausta cuando termina.

Después permanecemos durante un largo rato en la cama. Sin hablar, pensando en cómo serán los próximos días para nosotros. Separados, pero trabajando juntos hacia un mismo objetivo. El plan es decente. Lo bastante bueno como para funcionar si todo sale bien.

Pero si hay algo que he aprendido, es que nada sale nunca según lo planeado.

Capítulo 51

Jo



—Jovie.

Abro los ojos y me encuentro a Acker inclinado sobre mí. Debo de haberme quedado dormida.

Me aparta el pelo de la cara.

—Es hora.

Al incorporarme, veo a Messer junto a las puertas del balcón y reparo en el sol que se apaga tras la ventana. Su expresión resulta apenas más tranquilizadora que la de Acker, aunque la tensión que le recorre el cuerpo es evidente. Se gira para darme algo de intimidad mientras salgo de la cama.

—Te veré en un rato —dice.

Después lo oigo cambiar de forma y el batir de alas que anuncia su partida.

Acker me libera de la correa metálica y me apresuro a vestirme. Cuando me paso la camisa por la cabeza, aparece con uno de sus

abrigos y me ayuda a ponérmelo. Es grueso, de lana. Estoy abrochándomelo cuando noto que Acker sostiene algo que no había visto en muchos años. La cuerda metálica de Beau.

—La has conservado —digo, observando su expresión hermética—. ¿Por qué?

—No estoy seguro —responde, acomodando el peso sobre uno de mis hombros—. Pero creo que le gustaría recuperarla.

Creo que ambos sabemos que Beau está esperando en el valle con los soldados de Maile. Jamás se quedaría de brazos cruzados sabiendo que probablemente los dos estemos metidos en esta lucha, aunque no puedo evitar preguntarme si cree que lo estamos haciendo juntos.

—Tendrás que moverte rápido —dice, subiéndome la capucha del abrigo—. Busca a Messer sobre la muralla del palacio. El pasaje está oculto tras unas enredaderas venenosas. Mantente cubierta hasta estar justo debajo.

—Cuando esté fuera de las murallas, te esperaré —digo, repitiendo el plan.

Asiente.

—¿Y si no voy a buscarte?

Expreso la posibilidad que menos me gusta mientras le paso la mano por el atuendo impecable; la solapa de su camisa es de seda prensada.

—Me repliego.

Me besa con rapidez y, al salir de la alcoba, se cuelga al cuello el cordón de piedras mangi. Los soldados apostados frente a su habitación han desaparecido y descubro exactamente dónde están cuando nos deslizamos por el pasadizo oculto tras el muro, sus cuerpos apenas son visibles antes de que nos encerremos de nuevo. Acker ha estado ocupado mientras yo dormía.

Creo una pequeña luz en la mano para guiarnos, mientras pasamos sobre los soldados muertos y Acker me adentra en el laberinto secreto de pasadizos, más lejos de lo que había llegado en mi visita de años atrás. Se detiene ante una puerta y tantea la presencia de metales en movimiento que delatarían gente al otro

lado. Empuja un panel de la pared hasta que cede y entramos en la estrecha escalera que baja a las cocinas; apago mi resplandor.

Los trabajadores preparan la cena, los sirvientes se mueven con prisa. Sus miradas se fijan en nosotros; sin duda correrá el rumor de que el príncipe se escabulle por el castillo con su vínculo, pero supongo que para cuando el rey se entere yo ya estaré lejos y no necesito el vínculo para saber que esa es la única preocupación de Acker ahora mismo. Seguimos más allá de la despensa del mayordomo y entramos en otro pasillo.

Al llegar al final, Acker me gira hacia él y me enmarca el rostro con las manos.

—Te quiero —susurra, sin apresurar las palabras pese a la situación.

No encuentro nada que decir sin sentir la amenaza de las lágrimas que quieren salir.

Lo agarro por la correa de los cuchillos y tiro de su boca hacia la mía. Me besa con la fuerza justa para que no parezca una despedida. Sonríe contra mis labios.

—¿Cuál será tu primera orden cuando sirva bajo tu corona? —pregunta.

No me hace ninguna gracia, pero sigo el juego para contener el llanto.

—Probablemente algo que te obligue a estar de rodillas.

Sus ojos brillan entre los míos.

—Lo espero con ganas.

Retiro la cuerda de mi hombro y retuerzo los hilos metálicos en las manos para tensarlos y evitar cualquier tintineo. Me besa una vez más antes de abrir la puerta y hacerme señas para que salga al frío. No debería sorprenderme la temperatura, pero me corta el aliento; llevaba casi una semana dentro, desde que llegamos, solo expuesta al aire cortante cuando se abrían las puertas del balcón para dejar entrar a Messer. Un halcón se posa sobre la muralla del palacio y compruebo la reja en busca de soldados. Hay dos en el parapeto más cercano y espero a que se den la vuelta antes de echar a correr.

Uno de ellos ríe y le da una palmada en la espalda al otro. La cabeza de Messer gira al pasar la mirada de los hombres a mí y de

vuelta. Las enredaderas cubren el pasadizo, pero no distingo exactamente dónde está y mis ojos vuelan hacia los soldados, presa del pánico, justo cuando una mano surge desde debajo del velo. Antes de que pueda tocarla, una espada aparta las plantas y me deslizo bajo el follaje.

—¿Fredrich? —susurro.

—Sí —responde en voz baja—. Coge esto.

No veo qué me pasa, pero lo reconozco en cuanto lo toco: un cinturón con una espada envainada. Me enrollo la cuerda de Beau alrededor de la cintura y la sujeto bajo el cinturón antes de abrochármelo con firmeza a las caderas.

Un trino agudo de Messer, una advertencia, y Fredrich me aprieta el brazo a modo de despedida antes de escabullirse bajo las enredaderas y regresar hacia la entrada de servicio. Escucho con atención por si hay cualquier señal de problemas mientras pasa bajo los soldados del parapeto y no suelto el aliento hasta que solo me responde el silencio.

Al otro lado del muro hay una puerta, a la que le han dejado una abertura apenas suficiente para que yo pase, lo que me hace preguntarme cómo logró atravesarla Fredrich. Ya fuera, mantengo la espalda pegada a la piedra y sigo a Messer mientras vuela en círculos sobre mi cabeza.

El sol empieza a ponerse cuando alcanzamos el punto medio entre dos parapetos, donde las lámparas están más separadas y la luz lucha por imponerse a las sombras. Allí, Messer se posa en el tejado de un edificio cercano para señalar el lugar de un atajo que conduce a una calle principal. No veo a un solo soldado desde mi posición, así que corro a ciegas y no miro atrás.

El callejón es estrecho; me deslizo entre los edificios y freno en seco unos metros más adelante para escuchar si me están siguiendo. Alzo la vista hacia Messer, que vigila desde arriba, asegurándose de que nadie haya visto nada antes de volver a alzar el vuelo. Una vez fuera de la vista del palacio, respiro con mayor facilidad.

Hay muy poca gente en las calles; la temperatura desciende al ritmo del sol. Mantengo un ojo en Messer mientras se desliza sobre

los tejados, comprobando distintas rutas en busca de peligros. Va por un callejón, vuelve por otro, una y otra vez. Divido la atención entre el entorno y el ave en el cielo. A veces tenemos que retroceder para esquivar patrullas, pero cuando ocurre dos veces seguidas empiezo a inquietarme.

Messer desciende en picado hacia un callejón y me quedo paralizada.

Algo no va bien.

Giro sobre mí misma, escuchando el silencio inquietante de la ciudad. La luz apagada de la luna se refleja en el suelo helado y, por un instante, incluso contemplo la posibilidad de estar soñando. Sacudo la cabeza para despejar esa sensación extraña y casi irreal, y continúo doblando una esquina.

Oigo el silbido de la flecha un instante antes del grito de dolor de Messer.

El alarido rasga el aire cuando la flecha lo derriba. Cae pesadamente sobre el empedrado del callejón, la sangre de la herida salpica el hielo. Una flecha de punta negra sobresale de su cuerpo. Piedra ígnea.

—¡No! —grito, abalanzándome hacia su cuerpo convulso, solo para que unas manos desconocidas me detengan.

Las lágrimas me inundan los ojos mientras lanzo un gemido, me resbalan los pies, pero no llego a caer de rodillas cuando quedo cara a cara con Wren. Y es entonces cuando comprendo lo precaria que es la situación. Hay hombres rodeándome por todos lados. Estoy superada en número, doce contra una.

Busco el vínculo, pero solo encuentro la ligereza familiar que indica que las mangi están sofocándolo del lado de Acker.

Convoco mi magia; el calor de mi luz empieza a brillar en mis manos.

—Ya basta —ordena Wren y mi cuerpo se vuelve pesado, mi magia se apaga—. No hace falta violencia.

—¿Por qué?

Me observa durante tanto tiempo que empiezo a pensar que no va a responder, pero finalmente suspira.

—Edmond intenta echarme de la alianza. —Pone los ojos en blanco—. Como si alguna vez hubiera querido formar parte de su blasfema panda de chupamagias.

Estoy tan conmocionada por la revelación como confundida.

—No lo entiendo.

—Es la misma razón por la que intenté tomar el control de todos los territorios en el pasado: detener la agenda corrupta de Edmond antes de que fuera más lejos. Y él lo retorció todo para hacer creer que yo era el hambriento de poder, manipuló sus mentes con el don de la influencia —dice, negando con la cabeza como si la sola idea fuera absurda—. Pero esta vez voy a impedir que siga propagando su enfermedad de una vez por todas.

La visión se me nubla por las lágrimas prendidas de las pestañas.

—¿Qué quieres de mí?

Supongo que ya no importa, porque las últimas palabras de Wren ponen fin a la conversación con brusquedad.

—Duerme.

Capítulo 52

Acker



Stassia abre la puerta de su habitación privada y sus ojos se agrandan hasta duplicar su tamaño al vernos a mí y al hombre que me acompaña.

—Por favor —digo y desvío la mirada hacia el pasillo que conduce a las cocinas.

Nos hace señas para que entremos y Fredrich y yo nos apresuramos a hacerlo. El espacio apenas alcanza para una cama y un pequeño escritorio, mucho menos para que tres adultos se apiñen dentro, pero Stassia se pega a la pared para hacernos sitio.

—Gracias —le digo.

Sospecho que mi padre me otorgó el don del oráculo únicamente porque sabía cuánto lo detestaría. Mi madre me volvió paranoico con la gente que lee mentes y me obligó a entrenar cómo protegerme de esa habilidad. Ahora lo entiendo, teniendo en cuenta lo que mi padre le hacía, pero cometió un grave error al forzarme a asumir ese don.

En los días siguientes, luché por controlar la avalancha de ruido mental procedente de quienes me rodeaban, sobre todo de aquellos que nunca habían aprendido a blindar su mente en presencia de Herederos. Proyectaban sus pensamientos más íntimos como una baliza, casi como si me los gritaran directamente. Y fue durante uno de esos horribles momentos cuando percibí el asco que Stassia sentía hacia mi padre.

La sirvienta de mayor confianza de mi padre lo detesta en todos los sentidos posibles, hasta en la forma en que respira, y él no tiene ni puta idea.

Fredrich se baja la capucha y se sacude el hielo de los hombros antes de dejar caer sobre la cama, perfectamente hecha, el alijo de espadas y dagas.

—Estaban justo donde dijiste —dice.

Observo la cantidad de armas talladas en piedra ígnea.

—Sabía que Wells se quedaba con una parte, pero, joder...

—Y esto ni siquiera es todo —añade Fredrich, levantando un arma que le gusta—. Solo lo que pude cargar.

Pasa el pulgar por el plano de la hoja de doble filo.

Stassia observa el intercambio con atención y yo señalo las armas con la cabeza.

—Coge una.

Vive únicamente del salario de una sirvienta, que es prácticamente nada, y sé que su familia jamás podría permitirse armas básicas de hierro y mucho menos de piedra ígnea. Elige la daga más pequeña y se la esconde con cuidado bajo la manga del uniforme.

Fredrich mira a Stassia, luego a mí y a las piedras que llevo alrededor del cuello.

—¿Cómo has convencido a Jo para que se fuera? —pregunta.

Lo miro como si fuera idiota.

—Estás aquí, ¿no?

Al menos tiene la decencia de disimular la sonrisa, sabiendo que el único motivo por el que Jovie aceptaría marcharse sería la seguridad de que yo esté a salvo, y tener a su escudo aquí es lo mejor para garantizarla.

—Entonces, ¿cómo va a ser esto?

—Esperamos a Kai. Está organizando a sus hombres para tender la emboscada durante la cena.

—¿Y Zion? —pregunta, informado ya de su encarcelamiento por Messer.

—No he conseguido hacerme con una llave en toda la semana. La paranoia de mi padre ha hecho que las esconda. Ni siquiera los guardias saben dónde están.

—Yo tengo una llave.

Los dos volvemos la cabeza hacia Stassia al mismo tiempo.

—La cocina envía gachas a las mazmorras cada noche para la cena. Puedo asegurarme de que le llegue una llave a... ¿Zion, verdad?

Asiento.

—Eso es.

—No debería de haber problema —dice.

—Bien. —Miro a Fredrich—. Quédate aquí.

—¿Cuál es la señal? —pregunta él.

Encuentro un par de dagas con empuñaduras metálicas entre las armas de piedra ígnea, me las meto en la cintura del pantalón y me ajusto la camisa.

—Enviaré a Hallis a por ti. Si no aparece, entra cuando oigas los gritos.

—De acuerdo —responde con un suspiro—. Pero si no oigo nada en una hora, iré igualmente.

Nos abrazamos y luego sigo a Stassia fuera de su habitación, hacia el pasillo.

Me detiene con una mano en el codo.

—Vuestro padre ha dicho que la cena de esta noche es para declarar oficialmente el fin de la guerra y la creación formal de la nueva alianza, pero... —Mira a ambos lados antes de inclinarse—. Igual que hicisteis con Jovie, ha sacado del palacio a Greta.

La sorpresa me obliga a dar un paso atrás. No había logrado encontrarla y había llegado a la conclusión de que la mantenía en sus aposentos, al no hallarla en la biblioteca. Nunca se me ocurrió que se desprendería de ella.

—¿Dijo adónde la mandaba?

Niega con la cabeza.

—No. Fue poco antes de que llegarais. —Traga saliva antes de continuar—. Pero creo que tiene miedo.

—¿De qué?

—No lo sé, pero me pareció que debía advertiros.

—Gracias, Stassia.

Inclina la cabeza y se excusa.

Sigo hacia el salón de banquetes mientras intento procesar lo que acaba de decirme.

Mi padre jamás había alejado a Greta del palacio. Aunque la ha ignorado durante años, la acapara como si fuera una posesión valiosa. No la enviaría lejos a menos que estuviera realmente preocupado por que le ocurriera algo. ¿Quién querría hacerle daño a Greta? Es prácticamente una santa.

Para cuando llego al salón, tengo el estómago revuelto. Todo parece normal. Hileras de soldados con casco custodian los bordes de la sala, vigilando las celebraciones. Cada gobernante territorial tiene su asiento en la mesa del estrado: mi padre, Chryse, los asientos de los padres de Irina, Joss y Ulrich, aunque solo uno está ocupado, por Bru, su regente designado al no estar presentes, y Wren. Esta noche, mi lugar está entre el resto del consejo, fuera del estrado, sobre el suelo del salón.

Hasta que se sirve la cena, todos se mezclan en pequeños grupos entre las mesas. Cruzo miradas con Hallis y rodeamos a la mayoría de la gente para encontrarnos en un rincón discreto.

—¿Dónde coño te habías metido? —pregunta.

—Estaba sacándola a ella y metiendo a Fredrich —respondo, deliberadamente vago.

Lo entiende y es suficiente para apaciguar su enfado.

—¿Y Z? —pregunta, abreviando el nombre de Zion.

—Está controlado.

Suelta un suspiro de alivio. Deslizo una de las dagas de la cintura y se la paso con el mayor sigilo posible, manteniendo la vista en la sala abarrotada.

—Eres mi mejor amigo, Hallis, pero no te culparía si... —Dejo la frase en el aire.

—Cállate —me corta.

No respondo; solo le doy una palmada en el hombro y lo dejo para cumplir con mis compromisos sociales.

Las familias de los miembros del consejo ya no están en la corte; se marcharon cuando supieron que el frente de batalla se dirigía directamente a las murallas de la ciudad, así que la sala está llena, sobre todo, de dignatarios. Hombres acostumbrados a hablar a subordinados y convencidos de que todo lo que dicen es ley.

Tras cumplir con lo imprescindible, me acerco a mi padre, que charla con lord Draken.

—¿Dónde está Wren? —pregunto, interrumpiendo.

Se disculpa y se vuelve hacia mí, visiblemente molesto.

—Probablemente aparecerá cuando le convenga.

—¿Y vas a permitirlo?

Da un sorbo a su vino y traga con brusquedad.

—Mientras yo tenga la piedra listón, obedecerá —dice, aunque a sus palabras les falta la arrogancia habitual.

Nunca lo había visto tan... inestable. Los dedos tamborilean en la copa, el pulso se le acelera en el cuello mientras escruta la sala.

Un sirviente pasa y cojo una copa de bebida espumosa de la bandeja.

—Sabes cuánto detesto estas cenas —digo, forzando conversación.

No me mira al responder.

—Es importante dejarse ver, hijo.

—Tu fachada se resquebraja —señalo, clavándole la mirada.

Mi franqueza parece sacarlo de sus pensamientos; el rostro se le endurece.

—Tu insolencia es la menor de mis preocupaciones esta noche.

Un sirviente informa a mi padre de que la cena está lista y él me deja para subir al estrado, donde indica a la sala que tome asiento. Todos se dispersan hacia sus mesas asignadas y el vacío de la silla de Wren provoca que su ausencia resulte aún más notoria. El aroma de la comida invade el salón mientras llega un plato tras otro en una sucesión interminable de excesos. Me obligo a llenar el mío, sin dejar de observar a mi padre, que apenas prueba bocado.

De pronto, el olor a flores silvestres me cosquillea en la nariz y desaparece al siguiente aliento. Durante unos segundos estoy convencido de que Jovie está detrás de mí. Busco las piedras de mi cuello, tentado de quitármelas pese a lo visibles que son. Justo cuando estoy a punto de levantarme para encontrar un lugar privado donde hacerlo sin ser visto, el protagonista de la noche hace por fin su aparición.

Wren cruza el salón con pasos firmes y medidos, tan tranquilo como si fuera el dueño del lugar. Vuelvo la cabeza para observar a mi padre mientras Wren se acerca al estrado y toda la sala enmudece.

—Edmond —lo saluda Wren—. Veo que has empezado sin mí.

Mi padre se pone en pie.

—No te has perdido nada, amigo mío —dice, señalando la silla vacía a su lado—. Te hemos guardado sitio.

La sonrisa de Wren es hueca.

—Sé que es descortés apresurar las cosas, pero estoy seguro de que un hombre tan importante como tú comprende el valor de saltarse las cortesías y pasar directamente a lo esencial cuando es necesario.

El vello de la nuca se me eriza. Kai utilizó casi las mismas palabras en nuestra reunión.

Se produce un silencio incómodo mientras mi padre sostiene la sonrisa de Wren con otra igual de vacía antes de ceder.

—Por supuesto.

Hace un gesto a un soldado cercano y le habla al oído. El hombre asiente y se retira por la puerta lateral del estrado, por la escalera que da a la cocina. Un murmullo contenido recorre la sala.

La mirada de Wren se alza hacia el techo dorado, con sus lámparas de araña cargadas de cristales y los tapices entre las vidrieras.

—No has escatimado en gastos al construir tu imperio, Edmond.

Vuelve la vista a mi padre.

—Un auténtico prodigio —dice, para que lo oiga toda la sala.

Mi padre pasa por alto la condescendencia, o decide ignorarla. Inclina la cabeza con orgullo.

—Me gusta un hombre que sabe apreciar los detalles más refinados de la vida —responde desde el estrado.

Desde su perspectiva puede parecer que tiene la ventaja, pero desde aquí abajo resulta evidente quién tiene las cartas buenas y no me gusta nada esa diferencia. Me pongo en pie y miro a Hallis, dándole la señal, mientras avanzo hacia el estrado. Los ojos de mi padre se clavan en mí y no logra ocultar el alivio que le produce mi acercamiento.

Veamos cuánto dura.

Capítulo 53

Acker



Los grilletes alrededor de sus tobillos obligan a Irina a avanzar arrastrando los pies hasta el estrado. Lleva la capucha echada sobre la cabeza, de modo que le oculta el rostro a la congregación. No levanta la vista mientras la conducen hacia la escalera. Está cubierta de suciedad y puedo imaginar lo humillante que debe de ser esto para la princesa de Strou. Hay incluso una parte de mí que se avergüenza de haber puesto a mi propia esposa en esta situación. Volvería a hacerlo para proteger a mi vínculo, pero jamás habría imaginado someter a ninguna mujer con la que me casara a semejante abandono.

—Con su don, puedes obtener cualquier don que desees —dice mi padre, extendiendo la mano con un gesto ampuloso cuando Irina alcanza el suelo del estrado. Como si fuera engalanada con sedas y no cubierta de inmundicia.

Wren recorre su cuerpo desnutrido con una mirada indiferente.

—Empezaba a pensar que no la tenías —dice, acercándose a Irina —. Sobre todo después de que tú y el consejo me expulsarais de la corte.

—Wren —interviene mi padre, conciliador—. Sabes que no fue una decisión tomada a la ligera, pero eso ya quedó atrás. Solicitaste esta cena para culminar el último paso de nuestra alianza. Por favor, pasemos a mi salón privado.

Wren sonríe y no me gusta nada.

—Solo una cosa más —dice mientras le retira la capucha a Irina.

Sigo impresionado por la imagen de mi hermana. Los ojos de Irina no titubean cuando alza la mirada hacia Wren. Cabello oscuro, ojos oscuros y unos labios carnosos que reflejan tantos de mis propios rasgos.

—La infame y aterradora Beau —declara con tono burlón y la primera sonrisa auténtica que cruza sus labios—. Tenía muchas ganas de conoceros después de que las historias sobre vuestra capacidad para hacer llorar a los hombres más despiadados llegaran hasta mí, al otro lado del mar.

Irina no responde a su admiración y es evidente que a Wren le decepciona su silencio. Se desabrocha la espada que lleva al cinto y toda la congregación se inquieta. Aflojo una daga de mi correa. Los ojos de mi padre se deslizan hacia mí; una severa y furiosa sacudida de cabeza me ordena no intervenir.

Wren se inclina hacia el oído de Irina, susurrando lo bastante bajo como para que solo ella, y quienes estamos en el estrado, lo oigamos.

—¿Podéis señalar a todos los hombres y mujeres de esta sala que han cogido la magia de otros?

Mi padre da un paso al frente.

—¿Qué estás haciendo?

Wren le lanza una mirada de advertencia.

—Me aseguro de que hayas sido sincero al afirmar que no has compartido ese conocimiento con nadie fuera de la alianza.

Eso parece tranquilizar a mi padre y Wren vuelve a centrar su atención en la figura de mi hermana.

—¿Beau?

Irina sostiene su mirada durante un largo instante antes de negar con la cabeza.

—No puedo —dice.

—¿Por los grilletes? Son molestos, lo sé.

Chasquea los dedos hacia los soldados de mi padre, que avanzan para retirarle las cadenas de los tobillos. Miro a mi padre, preguntándole en silencio si va a permitir que otro hombre dé órdenes a sus soldados, pero él se limita a negar con la cabeza.

Irina casi se desploma de alivio cuando queda libre. No dura mucho: Wren la agarra por los hombros y la coloca frente a él, encarando a la mayor parte de la sala, de espaldas al estrado. Un gesto valiente, mientras hago girar la daga entre los dedos.

—Bien —dice—. Solo tenéis que señalar a quienes han participado en el robo del don ajeno.

Veo la parte superior de la cabeza de Irina volverse de un lado a otro.

—¿Es más fácil señalar a quienes no lo han hecho? —pregunta Wren.

Aun así, ella sigue negándose.

Wren se aparta de detrás de Irina y la examina.

—¿Es que... no podéis?

Entrecierra los ojos y no hay forma de detener lo que viene cuando alza la mano para tocarle el rostro. No es evidente a la vista lo que provoca el estallido de voces indignadas de la congregación, pero yo ya sé lo que sucedió cuando la mirada acusadora de Wren se clava en mi padre.

—Creí que sabíais que no debíais engañarme —dice, con la voz velada de amenaza.

Mi padre está confundido. Wren agarra a Irina por la cara y la gira hacia el estrado y la confusión de mi padre se transforma rápidamente en furia cuando la ilusión de Irina se desvanece y revela su verdadera identidad. Toda la congregación jadea. Bru, el regente de Strou, grita su indignación a la espalda de mi padre.

Pero mi padre solo me mira a mí, fuera de sí.

—Desgraciado —escupe.

Mantengo una postura relajada, los movimientos tranquilos mientras sigo manipulando la daga entre las manos.

—Al fin y al cabo, soy tu hijo —digo, devolviéndole sus propias palabras una vez más.

No ve venir la espada.

Fredrich le hunde la hoja directamente en la espalda; la punta de la oscura piedra ígnea emerge por su pecho. La sangre burbujea en su boca abierta, el asombro grabado en su rostro mientras cae de rodillas. Fredrich apoya una bota en su espalda, empujándolo hacia delante hasta estrellarlo contra el suelo boca abajo, antes de arrancar la hoja.

No se oye ni una palabra, ni siquiera un susurro, cuando descarga el golpe final en la nuca de mi padre, separándole la cabeza del cuerpo.

Y por primera vez desde la premonición de Greta, respiro aliviado.

Los soldados con casco que bordean la sala no saben cómo reaccionar, con las manos en las empuñaduras de sus espadas. Les hago un gesto para que bajen las armas con una sacudida de cabeza. Están tensos, pero acatan la orden.

Wren es el primero en hablar.

—Edmond siempre tuvo su casa algo desorganizada —dice, sin emoción alguna.

Fredrich limpia la sangre de su espada en el muslo del pantalón.

—Consideradla ordenada —responde.

Wren hace una mueca.

—No del todo.

Sube el primer escalón del estrado y alza la vista hacia mí.

—Veréis, pedí a Beau con el propósito de hacer limpieza. Sin su pericia, no me queda otra opción que asumir que todos los presentes son culpables.

—¿Culpables? —pregunta Chryse, levantándose de su asiento—. ¿De qué? ¿De acabar con la guerra?

Irina aprovecha la distracción para correr hacia Bru, el regente de Strou, que la cubre con su cuerpo, protegiéndola del resto de la sala, de Wren. Juntos intentan huir hacia la escalera, pero Wren los detiene señalándolos con un dedo.

—Sentaos —ordena y el poder de su don resuena en esa única palabra.

Obedecen sin resistencia. Da la misma orden a Chryse, aunque al rey de Roison no le hace falta la presión del influjo para acatarla.

—Afirmar que habéis solucionado el problema que vos mismo creasteis es una falacia, Chryse.

—Empezasteis esta guerra conmigo —protesta, golpeando la mesa con el puño.

—No me dejasteis elección —dice Wren, subiendo otro escalón—. Vivía conforme entre mi gente, al otro lado del océano, pero después de que se nos prohibiera el acceso al mercado, habríamos muerto de hambre si no me hubiera unido a ti en tu empeño por desplazar el control de Edmond.

—Se estaba volviendo demasiado poderoso —replica Chryse.

El labio superior de Wren se curva, delatando la ira que hierve bajo la superficie.

—Y aun así, aquí seguís, sentado en su estrado como la sanguijuela que sois.

—¡Por vuestra culpa! —grita, poniéndose en pie de nuevo. El aire empieza a crujir a su alrededor, la electricidad brota de su cuerpo—. Fuisteis a cerrar un trato con él a mis espaldas y eso después de que vuestro vínculo incumpliera nuestro acuerdo —concluye, señalándome con un dedo.

No me inmuto ante las acusaciones y me limito a encogerme de hombros con indiferencia.

Wren tampoco parece preocupado.

—Solo buscaba la raíz del veneno —responde, llegando al último escalón—. No os lo dije porque sabía lo falible que erais. En cuanto Edmond me echó del palacio, vinisteis corriendo como el maldito perro que sois.

Un rayo surge de la mano de Chryse hacia Wren, pero es como si el capitán lo esperara, y se mueve justo a tiempo para que la electricidad pase por su lado sin tocarlo.

En el instante siguiente, emite una orden, su don de influencia retumba por todo el estrado.

—Sacad la daga de su vaina y claváosla en la sien.

Los ojos de Chryse se abren de par en par, aterrorizados. Sus manos tiemblan mientras extrae la daga de la funda que lleva a la cintura. El metal brilla bajo la luz de los candelabros mientras le vibra en la mano. Sus músculos se tensan en un esfuerzo inútil por detener lo que ya está ocurriendo, pero la orden de Wren está por encima de todo.

Y el capitán permanece con un pie sobre el estrado, el codo apoyado en la rodilla doblada, completamente relajado mientras observa al rey de Roison colocando la punta en el punto blando detrás de su ojo.

—Hacedlo —dice.

Irina se cubre los ojos justo en el momento en que Chryse se clava su propia daga en el lateral de la cabeza, con los ojos abiertos, y se desploma hacia delante, golpeando la mesa con un crujido nauseabundo.

Fredrich y yo nos miramos, atónitos, pero no menos complacidos por el giro de los acontecimientos. No podríamos haber planeado nada mejor.

El resto de la congregación, en cambio, reacciona de manera completamente opuesta y comienza a correr hacia la salida más cercana.

Wren no aparta la vista de mí mientras dice:

—De aquí no se va nadie.

Santo cielo.

Su don es jodidamente inigualable.

Cualquier duda sobre la veracidad de las historias acerca de su capacidad para manipular ejércitos enteros se desvanece cuando la multitud se detiene en seco. La mayoría de los soldados abandona sus puestos, se quita los cascos y se queda entre el consejo. Los pocos leales tiemblan en su puesto.

Siento cómo se acerca Fredrich y nunca he estado más agradecido de que Jovie insistiera tanto para que se quedara conmigo, porque de otro modo no tendría ninguna oportunidad contra el hombre que tengo frente a mí.

Un grito ahogado se escucha a lo lejos, en algún lugar fuera de las puertas del comedor. Zion liberando a los prisioneros. ¿Dónde

diablos están los hombres de Kai?

Wren emite su siguiente orden con demasiada confianza.

—Tomad asiento.

Hay un instante en que mantengo su mirada y una lenta sonrisa asoma en mi rostro ante su evidente confusión al ver que no obedezco. Observa las piedras alrededor de mi cuello, y aunque es lo suficiente fuerte como para dominarlas, Fredrich también lo es. Preparo la hoja en mi mano, listo para acabar con esto con un movimiento preciso de muñeca.

Un destello de miedo cruza el rostro de Wren.

—Tengo a vuestro vínculo.

Dejo de respirar. Todo el aire en mis pulmones se niega a moverse mientras me detengo en seco.

Es lo único que podría decir para hacerme vacilar. Inmediatamente me quito las piedras del cuello y busco el anclaje. Se engancha en su lugar, atándome al otro extremo del vínculo. No en el oeste, donde debería estar, sino aquí, en el palacio. No necesito saltar a través del vínculo para encontrarla, porque dos guardias alaha la llevan a rastras por las puertas del comedor.

—Ace —advierte Fredrich cuando empiezo a moverme hacia ella.

—Es mi seguridad —dice Wren, metiéndose las manos en los bolsillos.

La congregación se aparta mientras los dos guardias la conducen al estrado. Tan pronto como la dejan en la mesa, tengo dos dagas levantadas, apuntando a sus gargantas. Retroceden con las manos en alto, prácticamente de puntillas para evitar la presión de las hojas sobre sus yugulares. Coloco una tercera daga dirigida a la nuca de Wren, lista para cortar su columna en cualquier momento.

Él lo percibe al inclinar la cabeza hacia la hoja.

—Si me matáis a mí o a cualquiera de mis hombres, ella nunca despertará —dice.

Miro a Fredrich, quien asiente, dejándome saber que se quedará conmigo mientras nos acercamos juntos a la mesa. El pecho de Jovie sube y baja con respiraciones uniformes, como si realmente durmiera.

—¿Dónde diablos está Messer? —pregunto.

—Muerto, probablemente —responde Wren, como si hablara del clima.

«No».

Un odio que nunca había sentido en mi vida me nubla la visión. Escucho a Fredrich, pero no distingo sus palabras mientras llamo a dos de las tres dagas a mis manos. Están cubiertas de sangre y carne, los dos guardias caen como sacos de patatas. Pero sus muertes no me parecen suficientes. Quiero la vida del hombre que dio la orden.

Me giro hacia Wren.

—Despertadla ahora mismo —digo, sorprendentemente calmado.

—No.

Avanzo hacia él, con dagas ensangrentadas en cada puño.

—Os mataré a vos, luego a vuestra esposa y a vuestro patético hijo, si no la despertáis ahora mismo.

No se inmuta ante mi furia.

—De todas formas me mataréis.

Cada una de sus respiraciones es un testimonio de mi contención, porque tiene razón y lo sabe. Giro sobre mí mismo, con los ojos clavados en Irina, que tiembla en su asiento, con Bru a su lado, protegiendo a la princesa de la vista de Wren.

Apunto hacia ellos con una daga.

—Dejadlos ir.

Cuando vuelvo a mirarlo, busco sus ojos. Quiero que vea mi seriedad cuando digo:

—Dejadlos ir u os partiré la columna. No han hecho nada malo.

Su mirada se clava en ellos y, con un renuente movimiento de cabeza, los libera.

—Podéis ir —dice.

Huyen de sus asientos hacia la escalera que conduce a la cocina. La mirada preocupada de Irina se detiene en Jovie y luego en mí, y asiento para darle permiso para marcharse.

Hallis aparece en lo alto de la escalera, justo cuando los otros pasan, y evalúa la sala a gran velocidad.

—Evelyn está invadiendo la ciudad. ¿Qué ordenas?

Aunque quería que Evelyn actuara exactamente así, lo daba por hecho suponiendo que Jovie lideraría la carga. Ahora, mi padre está muerto y Evelyn, sin duda, viene a por sangre. La de mis hombres. La mía.

Fredrich observa el cuerpo inmóvil de Jovie.

—Si la encuentra así, estaremos todos muertos en cuestión de segundos.

Niego con la cabeza, sabiendo que la única esperanza que tengo es rendirme.

—Decid a los hombres que se retiren...

—No podéis dar esa orden —interrumpe Wren.

Lo inmovilizo con la mirada.

—¿Perdonad?

El arrogante hijo de puta se encoge de hombros.

—Según el acuerdo que hicisteis con mi hijo, ya no tenéis derecho al trono.

«Ese imbécil sin agallas».

Sabía que no debía confiar en Kai, pero esperaba que el odio que Messer juró que su amigo de la infancia sentía hacia su padre superara su odio hacia mí.

—Os habéis saltado una parte vital de ese acuerdo —digo con desdén— que incluía vuestra muerte.

Él sonríe.

—Entonces parece que tendremos una batalla, ¿no es así?

Capítulo 54

Jo



Una corona de flores silvestres descansa sobre el cubo. Flores de todos los colores. La cojo e inspecciono su delicado trabajo antes de colocármela sobre la cabeza. Se inclina sobre mi frente, más como una diadema que como una corona. La hierba alta se engancha en el extremo de mi vestido amarillo mientras me alejo de la cabaña para ir a buscarlo. Cruzo la ladera hasta llegar al arroyo, donde lo veo. Está de espaldas a mí y me alegra no ver a Hallis en ningún sitio. Tengo cosas que decirle a Acker sin que su amigo se burle de mí.

Me acerco a él con paso firme.

—No quiero casarme contigo cuando sea mayor —digo, soltando las palabras de golpe.

Se gira para mirarme por encima del hombro mientras entrecierra los ojos ante el sol.

—No creo que tengas mucha opción —responde mientras vuelve a su tarea.

Me acerco más y veo cómo recoge piedras del lecho del arroyo. Son bonitas. Azules, verdes y rosas. El agua es clara como el cristal y veo a los peces huyendo cuando mete la mano en ella.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto.

—Buscando oro.

Me siento en cuclillas a su lado.

—Mi madre dice que no hay oro en este arroyo porque se seca cada verano.

—Sí que hay oro —dice, con la barbilla apoyada en la rodilla.

—No, no lo hay.

—Ya verás.

Odio cuando finge saberlo todo. Mamá dice que lo hace porque es un niño, pero yo creo que es porque es un sabelotodo.

—Bueno, solo he venido para decirte que no me voy a casar contigo, aunque tenga que hacerlo —insisto.

Sonríe, pero no me mira, mientras sigue revisando las piedras del lecho del arroyo.

—¿Y si te doy un anillo de oro?

—Todos los reyes le dan a la reina un anillo de oro. Eso no es especial.

—Espera —dice, levantando la palma del agua y señalando el barro en el centro—. Mira.

Me inclino, entrecerrando los ojos ante la masa negra en su mano.

—Estás imaginándote cosas.

—Jovie, está justo ahí —insiste.

Luego mueve la mano y pequeñas motas de... algo... reflejan la luz del sol. No puedo ocultar mi asombro y él se emociona más.

—El arroyo está lleno de esto —dice, extendiendo la mano sobre el agua.

—¿Cómo lo sabes?

Se encoge de hombros.

—Lo sé y punto.

Pongo los ojos en blanco.

—Genial. Quizá puedas juntar suficiente para hacer un anillo de oro para ti.

—No seas tonta, Jovie.

—No lo soy —digo, con una mano en la cadera—. No quiero un anillo, ni casarme y, sobre todo, no contigo.

Me mira de un modo que me hace sentir que he sido demasiado cruel. Quería serlo, pero ahora que me doy cuenta de que quizá haya herido sus sentimientos, me siento un poco mal.

—Ni siquiera te gusto —insisto.

—¿Quién ha dicho que no me gustas? —pregunta.

—Hallis y tú siempre sois malos conmigo.

—Hallis es... Hallis —explica—. Pero yo no quiero ser malo contigo. Por eso te hice otra corona.

Había olvidado las flores sobre mi frente.

—Es demasiado grande —digo, quitándomela y colocándosela a él. Luego me río, porque le queda perfectamente—. ¿La mediste en tu cabeza?

Molesto por mi actitud burlona, se quita las flores de la cabeza y las arroja al arroyo y me doy cuenta, una vez más, de que he herido sus sentimientos.

—¿De verdad quieres casarte conmigo, Acker?

Me mira.

—¿Por qué no iba a querer? Eres la chica más guapa que conozco.

Me río, porque es lo más absurdo que he escuchado nunca.

—Conoces a unas... siete chicas.

Se lava las manos en el arroyo.

—La mejor de siete no está mal.

Suspiro y me inclino para mirarlo a la cara.

—Te ofrezco un trato —le digo. Por un momento olvido lo que estoy diciendo, demasiado fascinada por sus largas pestañas antes de encontrar mis palabras de nuevo—. Me casaré contigo, pero solo si usas el anillo de oro.

Su sonrisa empieza a reaparecer.

—Pero tienes que llevarlo en la nariz —digo, tocándole la punta.

Él me aparta la mano.

—Solo los nómadas usan anillos en la cara.

—¿Los nómadas tienen compromisos?

Se ríe con fuerza y me salpica. Se desata una guerra de agua, porque, por supuesto, no puedo dejar que se salga con la suya. Terminamos ambos en el arroyo mientras intentamos empaparnos mutuamente. No pasa mucho tiempo antes de que ambos estemos empapados y nos rindamos, olvidando nuestra disputa mientras comenzamos a buscar más oro. Acker me muestra dónde buscarlo, el lugar donde el agua recoge sedimento entre rocas y hendiduras. Cogemos el barro sedoso en nuestras manos y dejamos que la corriente arrastre las piezas más pesadas hasta que solo queden pequeñas motas que parecen óxido.

Después de un rato, Acker se pone de pie y mira al cielo.

—El sol ha salido hace ya un buen rato —dice, y luego me mira—. Creo que deberías despertarte.

No dice más que tonterías, pero sacudo la cabeza.

—Todavía no.

Seguimos buscando durante lo que parece una eternidad. El sol no se mueve y eso me hace feliz. Por alguna razón, sé que no quiero que el día termine. Quiero quedarme aquí el mayor tiempo posible. Recogemos nuestro hallazgo, juntando las motas de oro en mi palma, lo justo para pellizcar entre dos dedos, mientras seguimos metidos en el arroyo hasta las rodillas.

—Tenemos que ir a casa —dice Acker, inspeccionando el cielo de nuevo—. Tienes que despertar.

—Pero no tenemos suficiente para un anillo de oro —replico.

Sin embargo, cuando levanto la vista, Acker ya no es el niño de mis sueños. Es el hombre al que amo.

Su expresión es severa.

—Tienes que despertarte, Jovie.

Sacudo la cabeza.

—No quiero.

Me agarra de los brazos, ya no los de un niña, sino los de una adulta.

—Necesito que te despiertes. Ahora mismo, Jovie. Despierta. —Sacudo la cabeza, pero él se muestra firme. El anillo de oro en su

fosa nasal brilla bajo el sol del mediodía. Esto no es real. Ya no—. Despierta. Despierta. Desp...

El aire me llena los pulmones como si emergiera del agua y, con un fuerte jadeo, abro los ojos de golpe. El techo dorado en la parte de arriba me refleja mientras estoy tendida sobre la mesa del estrado. Fredrich maldice y puedo ver el alivio de Acker. El peso se disipa de sus hombros, el aire sale de él mientras se inclina sobre mí. Me lleva un momento procesarlo todo.

Miro a mi derecha, al hombre de mis sueños, sus ojos oscuros, las pestañas desplegadas.

—¿Messer? —pregunto.

El rostro abatido de Acker debería ser suficiente respuesta, pero no lo es. Necesito que diga las palabras.

—Habla —exijo.

Niega con la cabeza.

—No lo sé, Jovie. No lo sé. Lo siento.

Pero creo que yo sí lo sé. El recuerdo de su forma de ave golpeando el suelo duro, el pecho agitado mientras luchaba por respirar... Y me derrumbo. En cuanto las lágrimas me llenan la visión, se desbordan. Acker me acuna contra su pecho, con los brazos apretados, como si sostenerme con fuerza pudiera mantenerme entera.

No es real. No puede serlo. Messer no. Pero mientras el recuerdo de su muerte me atraviesa la mente, sé que es verdad y el dolor resulta insoportable. Ese tipo de ruptura que no puede arreglarse, que me parte en dos.

—Escúchame —dice, apartándome el pelo de la cara con las manos y secando la humedad de mis mejillas—. Jovie, escucha. Necesito que luches conmigo, ¿de acuerdo?

Lucho por entender sus palabras, pero me siento perdida mientras miro sus ojos oscuros. Busco su rostro, tratando de encontrar algo real. Cualquier cosa a la que aferrarme. Está cubierto de sudor y siento la humedad desde lo alto de su pómulo, desciende hacia la hendidura de debajo, hasta el anillo de oro en su fosa nasal.

Su sonrisa es fugaz, teñida de tristeza, mientras me besa la palma.

—Quieres esta lucha, Jovie —dice. Se limpia una lágrima rebelde mientras me sostiene el rostro entre las manos para que no pueda apartar la mirada—. Te vas a levantar y lucharás por Messer, por mí y por toda esta maldita tierra. —La voz se le llena de emoción y la llama de su propia lucha se le enciende en los ojos—. No vas a permitir que él dé el golpe final.

Él. Wren.

Me incorporo.

—¿Dónde está?

—Se fue —dice Acker, amargamente—. Sabía que no lo mataría, que no podía sin arriesgarme a que no despertaras nunca.

Poco sabe él que este hombre ha pasado cuatro años presionando más allá de los límites de las piedras mangi para llegar a mí. Nada habría podido detenerlo.

La vergüenza provoca que Acker desvíe la mirada.

—Y sabe que tu madre viene —dice.

Mierda.

—Kai nos vendió a su padre, así que debemos detener a tu madre antes de que mate a todos mis hombres.

Asiento, pero mi mente está desconectada. Siento como si mi cabeza no estuviera unida a mis hombros.

—Jovie —dice Acker, fijando sus ojos en los míos—. Vamos a encontrar a ese desgraciado y terminar con esto.

Esta vez mi asentimiento resulta más firme.

Hay una sensación de promesa mortal irradiando de él mientras me ofrece la mano para ayudarme a bajar de la mesa. Entonces la habitación entra en mi campo de visión. Estamos en el salón de banquetes, pero está vacío. No, vacío no, me percato mientras observo los cuerpos de todo el consejo esparcidos por el suelo. Yacen desordenadamente como si huyeran de algo. Sigo la línea de salpicaduras de cada cuerpo, que regresa al estrado, a los pies de Acker, donde él se mantiene firme, con gotas que le caen de las dagas de su cinturón. Luego veo las trazas secas de sangre alrededor de sus uñas, en los huecos de las manos y las muñecas, en marcado contraste con la palidez de mi piel junto a la suya.

Encuentro la mirada de Acker y entonces comprendo lo que ocurrió mientras yo dormía. La furia que sintió hacia cada hombre de esta sala que contribuyó a este momento. Hambrientos de poder, egoístas, codiciosos.

—Tenemos que irnos —dice Fredrich, llamando nuestra atención.

—Espera —dice Acker y camina hacia un hombre muerto en el suelo.

Su padre, me doy cuenta con asombrosa claridad, mientras observo a Acker registrándole los bolsillos hasta encontrar lo que buscaba. Una piedra gris del tamaño del puño de un niño, que se guarda en su propio bolsillo.

Acker desciende los escalones del estrado y se acerca a uno de sus soldados caídos, ya sin casco, con el mismo destino que el consejo. Coloca su mano sobre la espada que el soldado aún agarra, y la levanta, como si estuviera atada a un hilo invisible, hasta su palma. Inspecciona el arma antes de extender la mano hacia otro soldado muerto, cogiendo también su arma. Con ambas espadas en la mano, se aproxima hacia mí, mostrándome una, sostenida por la hoja, como ofrenda.

—Wren ha declarado la guerra contra mi corona y contra Maile, mientras tu madre introduce su ejército en la ciudad —dice—. Pase lo que pase, no te separes de Fredrich. ¿Lo entiendes? —No se molesta en esperar mi respuesta y fija la mirada en su amigo como si las palabras fueran para él y no para mí.

—Los tres nos quedamos juntos —dice Fredrich mientras dirige a Acker una mirada seria.

Él asiente.

—Sí. —Luego me atrae hacia su boca con una mano que me coge la nuca. Cuando se aparta, dice—: Si alguna vez me dejas de nuevo, te encadenaré permanentemente a mi cama.

Le empujo el pecho.

—Tú insististe en que estaría más segura lejos de aquí.

—¿Desde cuándo me escuchas? —pregunta, con una sonrisa incrédula al girarse hacia la escalera.

—Serás... —No termino el insulto, sabiendo que solo intenta provocarme mientras lo sigo hacia la cocina.

La risa de Fredrich resuena en las paredes detrás de mí.

—Matamos a Wren en cuanto alguien lo vea.

Acker asiente.

—Sospecho que liderará la carga. Mantén los ojos abiertos. Le gusta tener el control.

—¿Y su hijo? —pregunta Fredrich.

Acker no me mira cuando responde mientras gira la espada con la muñeca.

—Más le vale rezar a los dioses para que no sea yo quien lo encuentre.

Capítulo 55

Acker



Las mujeres y los niños de las mazmorras se apiñan en el centro del patio mientras los más fuertes de entre sus compañeros empujan contra los soldados Kenta que vigilan la puerta. El resto de los soldados que están a lo largo de las murallas lucha, en una batalla invisible, desde el otro lado del muro.

Me meto el índice y el pulgar en la boca y silbo tres veces seguidas, una señal lo suficientemente familiar como para que los soldados se detengan.

—¡Alto el fuego! —grito mientras atravieso el patio—. ¡Rendíos!

Los prisioneros se apartan hacia nosotros y veo a Zion frente a la puerta, con dos hombres tendidos a sus pies y un tercero acunado en sus brazos. Al ver que me acerco, deja caer al soldado inconsciente y el cuerpo golpea el suelo en un montón húmedo.

—Mi palabra es decreto; ordeno a mis soldados que se retiren —digo, dirigiéndome a toda la corte. Pero no aparto la vista de Zion. Él

es la mayor amenaza y responsabilidad para mí, para mis hombres y para mi vínculo—. Mi palabra es decreto; ordeno a mis soldados que se retiren.

Un comandante grita desde la almena:

—¿El rey?

—Muerto —anuncio—. Yo detento la corona.

Los ojos de Zion se fijan en el hombre que está a mi lado, Fredrich.

—¿Es cierto?

—Yo mismo lo maté —dice Fredrich. El muy arrogante.

No hay tiempo para lidiar con la culpa por la muerte de su padre ni para verbalizar una disculpa. Por ahora, le doy lo que puedo.

—Lo siento. Tu padre era un buen hombre.

Sus ojos brillan bajo la luz de las antorchas.

—El mejor —concuerda, con voz áspera.

Me arriesgo mucho al cogerlo por la pechera de la camisa y atraerlo hacia un abrazo y me siento, a la vez, aliviado e indignamente merecedor del abrazo que me devuelve.

Es breve y nos separamos ante el sonido de flechas volando sobre el palacio, seguido de un momento de silencio.

Luego, gritos.

—¿Cuál es la orden? —grita el comandante desde abajo—. Seguimos recibiendo fuego.

Miro a Fredrich y él me da un asentimiento ya exasperado, confirmando que tiene a Jovie segura mientras subo la escalera hacia la muralla.

Las flechas continúan cayendo y chocando contra los escudos mientras los soldados se alinean para protegerse. Entre los huecos, hago inventario de la batalla que ocurre dentro de la ciudad.

Maile ha penetrado por completo. Su ejército tiene el doble de hombres que el nuestro. Ocupan tanto los tejados como las calles, y se mueven por los barrios de la ciudad como hormigas en una colina, convergiendo con el asedio que ocurre abajo. Sus arqueros son precisos, acaban de alcanzar a uno de mis hombres a pocos metros de donde estoy, la flecha le atravesó el ojo.

Me inclino sobre el parapeto que da al patio y hago señas a Jovie. Fredrich la sigue escalera arriba, pero es el hecho de que Zion los acompañe lo que calma la preocupación dentro de mí. Está conmigo. Está con nosotros.

Jovie coge mi mano al llegar a lo alto de la escalera y la guío, junto con Fredrich, hacia el hueco más cercano en la muralla, entre los escudos. No necesita instrucciones y usa mi mano como palanca para subir al muro de piedra. Se mantiene erguida, sin miedo a la altura ni a las flechas que rebotan en el escudo de Fredrich.

—Soy Jovinnia, reina de Maile —exclama, con una voz clara en el aire invernal—. Y ordeno que ceséis vuestro ataque.

El asedio abajo titubea, pero el ataque no se detiene. Alza su espada por encima de la cabeza y la enciende en un resplandor de luz blanca. Solo entonces las flechas comienzan a ralentizarse, el sonido agudo de los proyectiles golpeando el metal disminuye mientras se difunde la noticia de la orden de su reina.

La última vez que estuvo en esta muralla empuñando una espada de luz, me pareció deslumbrante, y sigue siendo magnífica en esta ocasión. Ahora es divina. Fuerte. Segura. Iracunda.

Cuando se vuelve a mirarme, me planteo arrodillarme en actitud de adoración. Ella lo sabe también y se le escapa una sonrisa antes de que pueda ocultarla.

El rostro del comandante está enrojecido por el miedo y la adrenalina mientras se vuelve hacia mí.

—¿Cuál es vuestra orden, mi rey?

—Levantad el portón.

Se sorprende por mi mandato.

—¿Q-qué?

Fredrich responde.

—Ha dicho que levantéis el portón.

El sonido del metal rozando contra el metal ahoga el silencio mientras la puerta comienza a levantarse del suelo. Hay un flujo vacilante pero persistente de prisioneros que salen del patio. Una vez al otro lado, se apresuran a huir por las calles de la ciudad.

Viro hacia el oeste y avanzo hasta el extremo más lejano de la muralla. El ejército es visible a lo lejos, aunque no sea nada más que

una mancha en el horizonte. Un soldado me entrega su catalejo y me lo llevo al ojo. La lente afina la imagen y se me corta la respiración. Me cago en...

El ejército enemigo supera con creces al nuestro. Posiblemente por decenas de miles. Están equipados con catapultas y arietes y flanqueados por dos troles gigantescos que avanzan como montañas en movimiento.

Mierda.

Vuelvo para informar de la situación, pero Jovie ya está llena de energía. No logro decir una palabra antes de que ella descienda la escalera de la muralla, y Fredrich y yo nos apresuramos para seguirle el paso.

—¿Qué demonios es esto? —pregunta Zion desde atrás—. ¿Os la estáis follando los dos o qué?

Fredrich estalla en risas justo al llegar al suelo del patio y yo le lanzo una mirada fulminante a Zion.

Pero es Beau quien interviene.

—Los celos nunca te han sentado bien, Zion —dice mientras se enrolla la cuerda metálica en las manos.

Al ver a mi hermana, Zion se queda congelado. Es la única persona en este mundo capaz de dejarlo sin palabras.

Jovie abraza a Beau, pero el abrazo dura poco y enseguida extiende la mano hacia la cuerda metálica en manos de mi hermana.

—¿Qué pasa? —pregunta Beau, buscando la mirada de Jovie.

Exhala las palabras.

—¿Messer? ¿Has encontrado a Messer?

Beau niega con la cabeza, confundida.

—Un soldado encontró mi cuerda y una espada metida en un cinturón, pero eso es todo —dice. Luego considera el último detalle antes de añadir—: Y sangre. Dijo que no estaba seguro de quién era, pero que no era mucha.

Por muy esperanzadora que sea esa información para mí, no consigue calmar los temores de Jovie.

—No puede transformarse cuando está herido. Y si nadie le quita la flecha...

Al juntar las piezas, los rasgos de Beau se vuelven rígidos.

—¿Messer?

Las lágrimas de Jovie amenazan con resurgir mientras lucha por responder y se limita a asentir, apartándose de Beau para ocultar su emoción. No nota la expresión de mi hermana, pero yo sí. Los rasgos bronceados de Beau se vuelven fantasmales, con los ojos muy abiertos, al comprender el probable destino de Messer.

—Joder —murmura Fredrich.

Todos miramos rápidamente en la dirección que señala, hacia el palacio. Las tropas de Evelyn salen por las puertas principales espada en mano, seguidas de varios soldados de Maile. Obviamente había planeado la emboscada como distracción de su verdadero plan: colarse por la parte trasera del palacio y llevarse a su hija de mi...

Joder.

Fredrich toca la nieve un instante antes que yo, ambos tosiendo.

—¡Madre! —grita Jovie—. ¡Detente!

Mis soldados toman la defensa, pero no hay nada que pueda pensar o hacer, excepto luchar por cada respiración. Es inútil, lo sé, pero eso no elimina el esfuerzo.

Caigo a cuatro patas, las manos me resbalan sobre el suelo húmedo, la visión se vuelve negra en los bordes.

En algún lugar de mi periferia, escucho la voz de Jovie:

—¿Dónde está Sam?

Pero se distorsiona a medida que comienza a desvanecerse.

Esto es todo.

Morir a manos de mi propia suegra.

Sé que la Madre se está riendo.

Entonces, justo antes de perder la consciencia por completo, el aire me llena los pulmones. Es tan doloroso como glorioso. Jadeo, aspirando el aire helado y magnífico. Mientras me siento sobre los talones, miro a la antigua reina de Maile. La mujer que me entregó el puñal que Jovie fabricó con su padre para que lo llevara en mis viajes.

Y sé, sin sombra de duda, que me odia.

Inclino la cabeza en señal de sumisión.

—Perdonadme.

Su tono es cortante.

—¿Cómo podría perdonaros por algo por lo que ni siquiera sentís remordimiento?

Bueno, en eso tiene razón. Me atrevo a mirarla. Vestida con armadura y la espada lo suficientemente cerca como para arrancarme la cabeza. Jovie está a su lado y sus manos aferran el codo de su madre.

Podría mentir. Debería mentir.

—Solo lamento el peligro en el que puse a Jovie, pero lo hice con la intención de mantenerla a salvo.

Evelyn me mira con desprecio, la repulsión se ve clara en su rostro.

—No eres más que un esclavo del vínculo y eso te hace débil.

—Madre —reprende Jovie.

No lo niego.

—He jurado lealtad a la corona de vuestra hija. Mientras ella viva, yo vivo a su merced. Mis hombres son sus hombres. Mi vida es su vida. Puede hacer con ellos lo que le plazca.

Esta declaración hace que Evelyn se detenga. Incluso Zion maldice, dando un paso para alejarse de mí. Pero no me avergüenza el amor que siento por Jovie. Es la única decisión que he tomado que no siento contaminada por fuerzas externas. Ella es mía y yo soy suyo. No hay nada en este mundo, ni en otro, que pueda cambiar esos hechos.

—Ahora que eso está claro —digo, poniéndome en pie lentamente —, hay un ejército cinco veces más grande que el nuestro al oeste y sugiero que comencemos a prepararnos para la masacre que se avecina.

Capítulo 56

Jo



No hay forma de huir de lo inevitable.

Lo único que podemos hacer es prepararnos.

La mayor preocupación es que Wren tome el mando de nuestro ejército.

Sam no cree que Wren sea lo suficientemente fuerte para controlar a nuestros hombres, además de a los suyos propios, pero queremos estar preparados para cualquier posibilidad. Aunque las dosis pequeñas de piedras mangi parecen no afectar a su habilidad, esperamos que la cantidad suficiente pueda al menos disuadirlo. Especialmente si está debilitado. Reunimos tantas como podemos y se las damos a los soldados que estarán en la primera línea.

Contra los troles, poco podemos hacer aparte de resistir el impacto de su arremetida. Nuestra única oportunidad de detenerlos es eliminar a quien los controla. No sus cabezas, sino la mente que está detrás, y no estoy segura de quién es exactamente. Messer dijo que

seguían a Kai, pero después de descubrir su traición, no hay manera de saber qué es verdad y qué no.

La ciudad como un todo nos ofrece una protección que no tendríamos en un campo de batalla. Contamos con el elemento sorpresa, pero también está llena de gente, así que pasamos toda la noche evacuando a tantos residentes como podemos. Al resto los llevamos dentro de los muros del palacio. Es la zona más fortificada de la ciudad, pero mientras depositamos incluso a los bebés más pequeños dentro de sus salas, temo que no sea suficiente. Rezo para que sí; Beau y Hallis custodian las puertas.

La altura es nuestra mejor ventaja.

Nos da una visión clara de su avance mientras el sol de la mañana comienza a ascender. Observamos cómo colocan sus catapultas. Desearía poder sentir el calor del sol, pero el cielo nublado lo impide. Miro hacia arriba, el corazón me da un vuelco al encontrarlo vacío de un eyun negro. Me duele respirar mientras, a pesar de todo, lo busco. No puedo evitarlo. Estoy desesperada por ver su figura familiar surcando los vientos.

Los brazos de Acker ofrecen poco calor, pero aun así me aferro a ellos. Nos menea de lado a lado, para aflojar los músculos. De vez en cuando hunde la nariz en el hueco de mi cuello y respira profundo.

Su aliento me acaricia la piel cuando habla.

—¿Qué probabilidades hay de que tu madre me mate en medio de la batalla y diga que fue el fuego enemigo?

Sé que intenta distraerme, pero entro en su juego.

—Sesenta-cuarenta.

—Y yo pensando que cincuenta-cincuenta era ser conservador.

Sonrío, pero es momentáneo.

—Cambiará de opinión.

Él tararea.

—¿Como mi madre? —pregunta.

—Eh..., no. Esa mujer me odia desde que tenía doce años —digo, recordando el día en que me mudé a su lado en la Fila de los Olvidados—. ¿Sabes qué es extraño? Que no recuerdo que

apareciera en Alaha. Era como si un día estuviera allí y la gente actuara como si siempre hubiera estado.

—Probablemente Wren manipuló la mente de la gente —dice él.

—Tal vez.

Entonces me gira en sus brazos y me pega a su frente mientras me mira.

—¿Estamos de acuerdo entonces? Sin suegros en nuestra boda.

—Acker —digo, con un tono a medio camino de la exasperación y la advertencia.

Él continúa:

—Quiero decir, podemos coincidir en que nuestros padres están descartados.

Freno nuestro vaivén.

—Yo sí tengo un padre. —Su expresión se vuelve seria mientras se lo digo—. Sam es el hombre que me crio. Hasta que tenía siete años, al menos.

—¿Sam? —pregunta, perplejo—. ¿El general? No es como recordaba a tu padre cuando éramos niños.

—Mi madre me llevaba a visitar a tu familia durante los veranos, pero también íbamos, en parte, para que Osiris, mi verdadero padre, me viera. Sam, o Leo como lo conoces, se quedaba en Maile.

—¿Sam sabía que no eras...?

—Sí —respondo, completando su pregunta no dicha—. Estaba al tanto de los errores de mi madre con su vínculo. Por eso ella odia tanto estar vinculada. Siente que le roba el raciocinio a las personas.

No comenta nada al respecto. En lugar de eso, retomamos nuestro vaivén.

—¿Siguen juntos ahora? —pregunta—. ¿Tu madre y Sam?

—No dicen nada. Antes de que mi madre matara a Osiris, Edmond aceptó extraer su magia para ella a cambio de perdonarle la vida, pues sabía que planeaba matarlo después. Dio la magia de Osiris a Sam con la esperanza de que el vínculo se transfiriera junto con la magia.

—¿No funcionó? —pregunta.

Niego con la cabeza.

—Obtuvo la magia de Osiris y la magia robada de otros, pero no el vínculo. Cambió de identidad para que nadie cuestionara cómo obtuvo sus nuevas habilidades.

—Entonces tu padre —dice, sonriendo—, él sí está invitado a la boda.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Podemos hablar de esto otro día? Si seguimos vivos.

Su mirada recorre mis facciones, suavemente, como en el barco, cuando lo veía enamorarse de mí mientras yo hacía lo mismo.

—Solo quiero escucharte decir que sí —replica, con una sonrisa irónica.

El sueño de mi recuerdo me lleva a tocar el pedacito de oro en su nariz.

—Supongo que... si hasta los nómadas se casan...

Fredrich nos interrumpe.

—Ha empezado.

Nos volvemos para mirar la línea del frente justo cuando una piedra impacta contra la muralla de la ciudad. El sonido tarda un momento en llegar hasta donde estamos, sobre el techo de una tienda de reparación de muebles. La segunda piedra ya vuela por el aire, pero golpea la tierra al quedarse corta. A lo lejos, comienzan a recargar.

—¿Por qué no envían primero a los troles? —pregunta Zion.

—Decías que son difíciles de controlar, quizá no cooperan —respondo.

Acker no está tan seguro.

—O tal vez esperan el momento oportuno.

—¿Qué demonios es eso? —pregunta Zion, señalando con su espada a los objetos que se acercan al ejército de Wren.

—Eso —digo con una pequeña sonrisa—. Son conejos.

Y nadie los ha alimentado desde que salieron de Maile, así que tienen mucha mucha hambre.

Incluso desde esta distancia, es obvio que los hombres en la línea del frente no saben qué hacer con estas criaturas al principio. Luego comienzan a agitarse, blandiendo sus armas y cayendo fuera de formación mientras huyen de los animales. Poco a poco, los hombres

comienzan a encontrar su destino, cayendo, uno a uno, a muertes lentas y dolorosas.

—¿Qué cojones dices? —murmura Fredrich, perturbado totalmente.

—¿Son venenosos?

—Ponzoñosos —corrijo—. Y claro que sí.

Su ceño fruncido y sus ojos arrugados se vuelven hacia mí.

—¿No se te ocurrió decírmelo?

—No suponen una amenaza mientras estén alimentados. —Me encojo de hombros y vuelvo a dirigir la mirada más allá de los muros de la ciudad.

—Dioses —murmura—. Casi muero la noche que me colé en tu habitación.

—¿Qué vez? —pregunto.

Acker levanta una mano.

—No respondas. No quiero saberlo.

Zion nos mira a los tres.

—Yo tampoco —dice.

Los conejos obstaculizan los esfuerzos del ejército por romper los muros, y les lleva casi medio día avanzar. Comienza como una grieta apenas lo bastante grande para que pase una persona. Luego otra, un poco más grande, cuando tres o cuatro soldados empujan. El asedio crece, ya no es una presión gradual, sino una avalancha imparable. En la tercera embestida, mi madre da la orden.

No podemos oírla desde donde nos hallamos. Ella se encuentra en la muralla de la línea frontal. Cuando insistí en pelear a su lado, se negó. El acero en su voz contradijo la humedad en sus ojos mientras se mantenía firme en su razonamiento.

«Madres e hijas no están hechas para vivir una batalla juntas».

Vemos cómo una ola de arqueros prepara sus arcos y se disponen a tirar. Sueltan los proyectiles en una sola oleada y las flechas cortan el aire con un silbido colectivo. Es un espectáculo digno de contemplar, la elipsis que forman en el cielo para luego descender sobre el mar de hombres con una precisión devastadora. Caen como moscas.

Pero no es suficiente. Apenas hace daño, como sacar agua de un recipiente a cucharadas con la intención de vaciarlo. Mi madre ordena otra tanda y el ciclo continúa hasta la tarde. El objetivo nunca fue detenerlos para siempre, sino ralentizar su avance, con la esperanza de que Wren no estuviera lejos. Pero mientras sus hombres rodean la ciudad desde el este, aún no lo hemos visto.

Cada vez más hombres se filtran por los muros hacia las calles. Nuestros hombres en tierra trabajan para abatirlos. El asedio a la muralla de la ciudad crece con cientos y cientos de hombres, y mi madre despliega su último esfuerzo: el alquitrán cae por la muralla sobre los hombres que están debajo. Sus armaduras y uniformes mezclan colores de Roison y Alaha y no puedo evitar pensar en la gente con la que viví y entrené a lo largo de mi vida. Muchos de ellos están allá abajo, mientras alguien prende fuego y envía una llamarada sobre el asedio.

De alguna manera, de todas las batallas que he librado contra los strou, esta es la que más me horroriza. Sus gritos se escuchan desde donde estamos mientras sus miembros se agitan en una protesta inútil. La bilis me quema la garganta.

Cuando luché contra ellos, casi no los veía como humanos. Con sus pieles y sus rostros marcados, se parecían más a monstruos. Su violencia parecía inhumana. Pero ahora entiendo con un terror horripilante que todos somos humanos y todos igualmente capaces de actos crueles y depravados. Yo incluida.

Acker intenta alcanzarme, pero me aparto. No puedo esconderme de esto y él tampoco.

—Venga ya —murmura Fredrich—. ¿Dónde está Wren?

La línea del frente colapsa y vemos cómo mi madre da la orden de retirada. Como si fuera una roca en la orilla de un río, la marea de gente se separa a su alrededor. Su intento de evitar la habilidad de mi madre es inútil: les arrebata el aire de los pulmones. También me doy cuenta de lo indulgente que fue con Acker, porque los hombres a su alrededor mueren casi al instante. Se desploman, mientras sus compañeros corren sobre sus cuerpos para huir. Mantengo mis ojos en ella, deseando en silencio que ceda.

Entonces Sam se materializa como una aparición a su lado. Y puedo respirar, de nuevo, mientras lo veo hablándole de la misma forma que a mí cuando me rebelo durante la batalla. La postura firme y los hombros tensos. Finalmente, ella retrocede. Sam le cubre las espaldas mientras ella cruza la muralla y alcanza un techo vecino.

El metal entrechocando resuena en las calles. La lucha ha desbordado por completo la ciudad y los arqueros continúan eliminando a cualquiera que lleve insignias amarillas o azules en su uniforme. El combate trepa a los tejados mientras el enemigo intenta eliminar a su mayor amenaza: nuestros arqueros.

La lucha nos alcanza cuando tres soldados de Roison saltan de tejado en tejado y llegan a nuestra ubicación. Zion los elimina rápidamente con su espada. En menos de cuatro movimientos ya están todos fuera del edificio y miro a Acker con las cejas alzadas. Su sonrisa de respuesta es breve, porque otro grupo de soldados sube al tejado.

Y la batalla continúa hasta que no queda línea frontal alguna y solo el caos inunda la ciudad. Mantenemos nuestra posición para vigilar la llegada de Wren o Kai. En todo momento, Zion y Acker evitan que la lucha llegue a nuestro tejado.

Hasta que la situación vira hacia lo peor.

Un temblor sacude el aire, haciendo vibrar las ventanas de los edificios, y la batalla se detiene por completo. Otro estruendo retumba y nos volvemos hacia el oeste; los gigantes corren directos hacia nosotros. Uno blande un mangual y cada golpe de su bola de pinchos contra un edificio provoca un nuevo temblor.

—Santo cielo —murmura Fredrich mientras saca su espada del pecho de un soldado y empuja el cuerpo por el borde, sin apartar la vista del gigante que se acerca.

Acker prepara su espada.

—Mantengámonos juntos —dice, reiterando el plan.

Con la cabeza asomando sobre los edificios más altos de la ciudad, el gigante aplasta con la mano a los arqueros y los estruja en un puño. La sangre y las tripas se le escurren de la mano. Cuando abre la palma, saca la lengua y se lame los restos humanos de la piel.

Me cubro la boca para contener la bilis que amenaza con salir.

Capítulo 57

Jo



Todos estamos distraídos por lo que vemos y no nos damos cuenta de que nos están emboscando hasta que nos hallamos rodeados por todos lados.

Acker gira la espada en la mano como si fuera un látigo, el arma describe un arco amplio y corta las caras y los cuellos de los soldados que están frente a nosotros en un solo movimiento. Caen todos al suelo, salvo uno. El que queda está furioso, tiene los ojos desorbitados, la nariz cortada de raíz, y se lanza hacia nosotros.

Pero tan pronto como la espada regresa a la mano de Acker, él la estabiliza, da un paso adelante y la hunde en el pecho del hombre. El sonido del metal atravesando hueso y carne llega a mis oídos justo cuando Acker retira la hoja.

Zion lucha con dos soldados, pero sus armas captan mi atención. Negras.

—Piedra ígnea —susurra Acker.

No hay manera de saber cuántas de estas armas letales tienen nuestros enemigos.

Pero es el soldado de Alaha con el que Fredrich lucha lo que me corta la respiración. La única forma de superar el escudo de Fredrich es acercarse lo suficiente sin atacar. Una vez dentro, es muy posible infligir daño, tal como yo hice cuando me cargó sobre su hombro y me secuestró. Y parece que Lawson ha descubierto eso: con la espada tirada a sus pies y los brazos apretados alrededor del cuello de Fredrich, está dejándolo sin aire.

Acker saca una hoja del cinturón cruzado en su pecho.

—¡Espera! —grito, con la mano extendida hacia Fredrich, hacia mi amigo de Alaha—. ¡Lawson, espera!

Fredrich me lanza una mirada como diciendo: «¿Qué diablos estás haciendo?», especialmente cuando su rostro se vuelve de un rojo alarmante.

Lo llamo por su nombre:

—Lawson. Por favor. Suéltalo.

Hay un destello de reconocimiento en su mirada cuando la dirige a mí, antes de endurecerla aún más y dar un paso hacia el borde del techo.

—Traidora —escupe, con una ira como ninguna que recuerde en su rostro—. Te has convertido en uno de ellos. En los mismos condenados moradores de la tierra que nos encarcelaron.

Acker no me mira mientras habla.

—No existe la posibilidad de que ambos vivan, Jovie. Lo único que haces es retrasar su muerte.

—Puedo salvarlo.

—No puedes. Su mente ha sido manipulada. Ya sea por influencia o adoctrinamiento, nunca te verá como otra cosa que el enemigo.

Me aparto de Acker, de su voz no deseada. Sostengo la mirada de Lawson mientras le suplico:

—No puedo evitar que te maten si no lo sueltas.

Sus ojos se desplazan hacia Acker y luego hacia mí, pero no ve a Zion mientras se acerca por detrás de Lawson.

—Suéltalo, Lawson —insisto.

Tal vez ve la sinceridad en mis ojos, o percibe el peligro en el avance lento de Acker, pero libera a Fredrich con un empujón antes de saltar al tejado que está en el otro lateral. Zion se mueve hacia él, pero Acker le da la orden de detenerse.

—Mantengámonos juntos —repite Acker.

Su amigo no está contento con la liberación del hombre que amenazó la vida de Fredrich y dirige esa ira hacia mí con una mirada intensa ante la que me niego a retroceder.

El edificio donde estamos tiembla, lo que nos hace caer a gatas al suelo. Unos ojos del tamaño de velas de viento nos observan desde el borde del techo, el abismo negro de sus pupilas está rodeado de un verde turbio que parece coincidir con su hedor. Unos dedos enormes se cierran sobre el borde, desmoronando el ladrillo y el estuco.

—¡Corred! —grita Acker.

Nos ponemos en pie como podemos y hacemos justo lo que nos dice, mientras el trol barre con la mano la parte superior del edificio. El viento nos catapulta hacia el siguiente tejado, siguiendo el mismo camino que Lawson, y me doy cuenta de que no huía de nosotros, sino del gigante que sabía que descendía sobre nosotros.

El trol ruge su descontento y el hedor de su aliento me provoca una arcada. El gigante nos persigue, golpeando los tejados con las manos mientras intenta atraparnos, y cada golpe casi nos derriba.

En nuestro siguiente intento, Acker gira y lanza su espada al ojo del trol. Impacta perfectamente y explota con un fuerte estallido que esparce un líquido mucoso sobre nosotros y los soldados de abajo. El grito de la criatura nos obliga a taparnos los oídos a todos.

—¡Tenemos que movernos! —grita Zion.

Pero es demasiado tarde: el otro trol aplasta su mano sobre nosotros. Fredrich gruñe mientras la fuerza del gigante prueba su escudo, con la palma sobre nosotros haciendo temblar el aire mientras el escudo lucha por mantenerlo apartado. Cogemos nuestras espadas y apuñalamos la mano que se cierne sobre nosotros, lo que solo consigue enfurecer más al trol, que baja su puño de nuevo.

Fredrich cae de rodillas.

—¡Corred! —logra decir entre dientes apretados.

Acker me empuja fuera del peso de la mano del trol y resbalo al otro lado del tejado mientras el primer trol ayuda a su compañero a alcanzar a los hombres atrapados debajo de su palma, barriendo con los dedos la barrera invisible que los bloquea.

—¡Eh! —grito, saltando para llamar su atención—. ¡Aquí!

Giran la cabeza hacia mí y mis ojos se abren desmesurados al ver que abandonan su misión y sus horribles rostros y cuerpos se mueven hacia donde estoy.

Acker me grita que corra, y lo hago, dirigiéndome hacia la escalera de metal en el otro lado del tejado. Me balanceo sobre el borde y pierdo los primeros peldaños antes de lograr agarrarme a un travesaño. Un golpe de suerte, porque la mano del trol se estrella contra la parte superior de la escalera y aplasta el metal bajo su puño. El impacto me desequilibra y caigo al suelo de espaldas, con las manos aferrándose al vacío mientras el aire se me escapa de golpe del cuerpo.

Lucho por respirar, girando de lado para que los pulmones funcionen, luego me pongo a gatas antes de que mis órganos me permitan finalmente inhalar. Observo la lucha a mi alrededor: cuerpos amontonados entre callejones, espadas y puños moviéndose demasiado rápido y sangre manchando la nieve que está debajo de mí.

Alguien cae sobre mi espalda, un soldado kenta. Veo su expresión horrorizada mientras un guardia de Alaha le clava una espada en el pecho. Levanto la vista y me encuentro cara a cara con Lawson una vez más.

Me pongo en pie rápidamente.

—Lawson —digo, con dificultad para respirar.

Arranca la espada del cuerpo sin vida del soldado, con los ojos fijos mientras avanza hacia mí.

Levanto las manos en señal de rendición.

—Me conoces —digo, manteniendo la mirada firme—. Entrenamos juntos, nos escapábamos para nadar de noche y nos reíamos cuando pillaban a Messer haciendo trampa a las cartas...

—¿Te refieres al otro traidor? —gruñe.

Lanza un golpe ascendente con su espada que debo esquivar y mi hombro choca contra el ladrillo del muro. Veo a Acker al final del callejón, entre la multitud. Su mirada es letal mientras elimina hombres en su camino hacia mí. Apuñala a uno en el cuello y, con pasos firmes, pasa de un soldado a otro. Todo mientras su mirada vuelve hacia mí, hacia la espalda de Lawson.

—Lawson, escúchame —digo en un último intento—. El hombre por el que luchas no es quien crees.

Él responde con un tajo hacia mi cuello, la hoja golpea el ladrillo mientras me agacho y giro para ganar distancia. Mis ojos buscan a Acker, que se encuentra mucho más cerca de lo que debería desde la última vez que lo miré. Su intención es clara: no hace falta decir nada cuando su mirada se encuentra con la mía y hace regresar a su mano una daga aún ensangrentada.

No va a perdonarle la vida a Lawson nuevamente.

—¿Estás dispuesto a morir por el hombre que te condenó a vivir sin un vínculo en la Fila de los Olvidados?

Eso casi lo hace vacilar. Veo el titubeo momentáneo en su mirada antes de endurecerse de nuevo.

—Las cosas son distintas en tierra —argumenta.

—Nunca has conocido la paz en tierra —replico—. Ven a Maile, te mostraré...

No puedo terminar antes de verme obligada a apartarme de un salto de la punta del filo de su espada.

—No necesito nada de ti —gruñe—. No después de que nos abandonaras.

Mi mirada se desplaza sobre su hombro y hacia Acker por encima de su hombro, siguiendo la estela de cuerpos a su paso. Sigue demasiado cerca.

—Kai lo sabía. Él quería que yo matara al rey —digo deprisa.

Acker está a distancia de ataque y sé que podría acabar con Lawson con un simple movimiento de muñeca, pero me da tiempo suficiente para negociar unos segundos más.

—Y mira lo que has hecho con esa libertad —dice Lawson, con el labio superior curvado con desdén—. La desperdiciaste por una polla mediocre y una corona para ti.

Y, en un instante, sé que no es Lawson con quien estoy hablando..., sino Wren, sus ojos llenos de odio me atraviesan. Mis ojos buscan ventanas y tejados cercanos, pero no encuentro nada.

—Basta —dice Acker, con la espada apuntando al cuello de Lawson.

Si tenía dudas sobre el control de Wren, estas desaparecen ante la falta de miedo en los ojos color miel de Lawson.

—Hazlo —dice con una sonrisa.

Sacudo la cabeza, sabiendo que Wren disfrutaría viéndome matar a mi amigo.

—Wren lo está controlando —digo en voz baja, solo para los tres —. Está en la ciudad. En algún lugar cercano.

La ira de Acker vacila, su boca se tensa antes de soltar la espada. Manteniéndola en el aire, golpea con la empuñadura la parte trasera del cráneo de Lawson, produciendo un fuerte crujido y dejándolo inconsciente.

La expresión descontenta de Acker se dirige hacia mí.

—La lista de hombres a los que me has impedido matar es casi tan larga como la de hombres que realmente he matado.

—No seas dramático —digo mientras cojo la espada abandonada de Lawson.

Entonces veo a Fredrich y a Zion en sendos extremos del callejón, protegiéndonos de las amenazas entrantes. La vibración de los pasos de los troles se intensifica al acercarse. Los gritos resuenan en las calles y el olor a carne quemada me llena las fosas nasales.

—Tenemos que retirarnos. —Miro a Acker a los ojos.

Él observa el callejón ensangrentado y la calle tomada más allá. No le gusta la idea, pero tampoco puede negar la necesidad.

—Podemos huir —dice—. Hacia las islas al sur del continente. Tú y yo.

Y sonrío ante su amor por mí, que esté dispuesto a abandonar a todos y todo si eso conlleva mi seguridad. Porque lucharía en esta batalla hasta el final si no fuera por mí. No le teme a la muerte más que a la vida.

—Tengo un plan —digo—. Convoca a los hombres.

Sabiendo ya cuál iba a ser mi respuesta, sacude la cabeza. No como una protesta genuina, sino frustrado.

—Nos masacrarán en el valle.

—No será bonito —concuerdo—. Por algo es nuestro último recurso, pero... solo necesito que confíes en mí.

Suspira y mira el cuerpo de Lawson.

—Déjame adivinar. Quieres que traiga a este imbécil con nosotros.

No puedo evitar sonreír.

Capítulo 58

Jo



El último toque de cuerno, que señala la retirada, suena justo cuando llegamos al campamento base de Maile, en el valle al oeste de la ciudad. Se acerca el anochecer. Los soldados que estaban más cerca de la retaguardia ya descansan con comida y agua. Los sanadores tienen una tienda lista para recibir a los heridos y ahí es donde Acker deposita al hombre de casi dos metros que carga sobre el hombro. Lo deja caer sobre un catre. Cuando le indica a una de las mujeres que lo inmovilice, me lanza una mirada, desafiándome a decir algo, y mantengo la boca cerrada.

—¡Jo!

Me giro al escuchar la voz de Raina. Distingo su pelo recogido en lo alto a unos catres de distancia. La sanadora atiende a un soldado sentado frente a ella, cuyo rostro está contorsionado por el dolor, mientras coloca las manos donde una espada debe de haberle

atravesado directamente la articulación del hombro. El sudor le perla la frente.

Grita por encima de los sonidos rotos de los heridos y los gritos de los demás sanadores.

—¡Tu padre acaba de pasar por aquí buscándote!

Asiento y me dirijo hacia la apertura de la tienda. Fredrich y Zion se alinean a nuestro lado, junto a Acker y a mí, al emerger en el creciente frenesí del campamento. Los soldados entran y salen, buscando algo o a alguien; el caos de la batalla aún se refleja en sus expresiones. Todavía no ha llegado el descanso. Retiramos nuestras escaleras de asedio de los muros occidentales, pero el sonido de los troles derribando la barrera de piedra y hierro resuena valle abajo. No pasará mucho tiempo antes de que el ejército de Wren se reorganice y caiga sobre nosotros.

Entre la multitud de soldados, mis ojos se fijan en el general Samasu y, en un instante, está frente a mí.

—Jovinnia —dice, exhalando.

Y no estoy preparada para su abrazo ni para la fuerza con la que me lo da.

Mi relación con Sam ha crecido de manera diferente desde mi regreso a Maile, especialmente comparada con la que tengo con mi madre. Ha sido más lenta, pero constante. Aunque nunca he dudado de que me aprecia, su afecto suele mostrarse en forma de guía y actos de servicio. Protección, incluso. Pero si alguna vez hubo una semilla de duda sobre si me quería como si fuera su verdadera hija, se disipa en este instante.

Y luego termina.

Se aparta, con expresión serena, y vuelve a lo práctico.

—Se están trasladando municiones mientras hablamos.

—¿Dónde está mi madre?

—Organizando la nueva línea del frente. —Su mirada recorre a los hombres que están a mi lado, fijándose primero en Fredrich antes de pasar a Acker.

Extiende la mano a modo de saludo.

Acker observa la mano de Sam, desconcertado ante el saludo de Alaha, antes de aceptar el gesto.

—Un placer conoceros —dice, y puedo imaginar los engranajes de su mente girando mientras mira a Sam a los ojos—. Aunque desearía que fuera en mejores circunstancias.

—¿En qué aspecto? —desafía Sam, soltando la mano de Acker—. ¿La batalla o el secuestro de mi hija?

Le lanzo una mirada exasperada, pero Acker se lo toma con buen humor.

—¿Sabéis qué? Elegid vos.

La severidad de Sam no titubea.

—Decidiré después de ganar esta batalla. Id a ayudar a Evelyn mientras hablo con mi hija.

No es una pregunta, sino una orden. Y la última vez que Sam intentó alejarme de Acker, él no se lo tomó muy bien.

Pero cualquier preocupación momentánea desaparece al sentir el beso que Acker deposita en mi sien.

—Ven a buscarme —dice, inclinando ligeramente la barbilla, como despedida hacia Sam, mientras se gira en dirección a la ciudad.

Zion lo sigue con rapidez, pero Fredrich, en cambio, vacila.

—General, si me permitís un momento —dice con una valentía notable—. Me gustaría pedir disculpas.

Sam lo mira con fría indiferencia.

—Si mi hija está conforme teniéndoos bajo su mando, que así sea —dice—. Pero nunca más serviréis bajo mis órdenes.

La boca se me abre ante la dureza de sus palabras, su sentencia tajante tras los años que Fredrich ha pasado bajo el mando de Sam, la camaradería y confianza que construyeron. Vuelvo mi cabeza hacia Fredrich, mi amigo, y veo cómo acepta la decisión de Sam con un solemne asentimiento.

—Entendido —dice. Sus ojos se cruzan con los míos antes de girarse hacia Zion y Acker, que se han detenido a esperarlo.

Cuando miro a Sam, sacude levemente la cabeza.

—No me mires así. Algún día entenderás que perdonar no es fácil cuando alguien lastima a tus hijos.

El suelo tiembla bajo nuestros pies y envía una ola de inquietud sobre el campamento justo antes de que un estruendo como ningún otro nos llegue desde el este. Dirijo la vista hacia la ciudad, pero no

puedo ver la devastación desde donde estoy, en medio del campamento.

—Jo, escucha —dice Sam, cogiéndome por los hombros hasta que lo miro—. Si algo sé sobre Wren es que solo persigue lo que cree una victoria segura. Avanzará con fuerza y querrás retroceder, pero no lo hagas. No hasta que te dé la señal, ¿de acuerdo?

Asiento, soltando un suspiro tembloroso.

—¿Puedes ir a ver a Beau al palacio?

Me suelta.

—Sí, pero primero ve con tus hombres. Están asustados. Dales la fuerza que necesitan para mirar de frente a la muerte.

Después, desaparece.

Otro temblor sacude el suelo y los hombres corren a mi alrededor, armas en mano, hacia la línea del frente. El pelo me flota alrededor del rostro mientras miro de nuevo hacia el este y, de repente, recuerdo que supuestamente debería de sentir frío. Y no lo siento mientras el viento corta la tierra y las tiendas alrededor de mí se sacuden por su fuerza. Algo que sé que debería de doler, pero lo siento ligero y fresco contra mis mejillas cálidas. Pequeños copos blancos bailan en el viento y levanto la vista, observando cómo empieza a nevar.

Quizá este sea el momento que mi madre siempre me ha dicho que llegaría, el momento en el que me adaptaría al frío.

Me abro paso por el campamento hasta la línea del frente. Una vez fuera de los límites del campamento, puedo fijar la vista en la retaguardia. Los soldados me ven, se apartan para dejarme paso, el silencio se extiende entre la horda de hombres. Las antorchas, colocadas de manera intermitente, iluminan el camino. Sus rostros están firmes, las manos aferradas a espadas y escudos. Algunos tienen la mirada fija, casi eterna, y trago saliva al darme cuenta de que los hombres que están frente a mí podrían no durar mucho en la batalla que se avecina.

Recuerdo a la reina Asa. Las batallas que lideró, los hombres que murieron bajo su corona. Se la representa como una gobernante que quería el control total, desplazar a los líderes de los tronos vecinos. Los mismos hombres que luego pasarían sus títulos a sus hijos.

A Edmond y a Osiris, y me pregunto si estaba luchando la misma batalla que yo ahora, intentando defender no solo a su gente, sino a todos. Que quizá la fuerza de su don como portadora de luz solo alimentaba las narrativas de los hombres que la temían, incluido su propio amante.

Sigo el vínculo, sabiendo que me guiará. Y cuando el último grupo de hombres se separa, alcanzo a ver a Acker animando a los soldados, y a Fredrich y a Zion haciendo lo mismo, insuflando nueva vida en esos hombres exhaustos. Física y emocionalmente, ofreciendo palabras de ánimo. Enderezando sus escudos, asegurándose de que protejan sus cuerpos. Los copos de nieve les caen sobre el pelo y los hombros, incluso sobre las pestañas.

Acker se endereza, su mirada se topa con la mía. Un miedo como ningún otro provoca que tiemble al respirar. No quiero perderlo ahora que lo he recuperado. Ya he perdido a mi mejor amigo. Messer era mi familia antes de entender siquiera qué significaba tener una. Pero todavía están mi madre, mi padre, mis amigos. Fredrich, Beau e incluso Zion. No he pasado suficiente tiempo con ninguno de ellos como para perderlos ahora. ¿Acaso no fue suficiente penitencia vivir en Alaha sin ellos? ¿Tener que vivir sin la sonrisa arrogante y la risa contagiosa de Messer?

Y es como si Acker pudiera sentir mis pensamientos, porque se coloca una mano sobre el pecho y su mirada es suave mientras me observa.

Los hombres de su alrededor notan su cambio de actitud y vuelven la cabeza mientras salgo de entre el gentío. Y una vez libre de la línea del frente, tengo una vista clara de la destrucción de la ciudad, con el grueso del ejército preparándose para otra lucha. Wren piensa que será una victoria fácil. A sus ojos, probablemente crea tener ya las llaves del territorio.

El peso de las miradas de los soldados a mi espalda me hace preparar la voz.

—Estoy cansada —digo, y la verdad es evidente mientras los enfrento—. Hoy ha sido terrible. Igual que ayer y anteayer. Y sé que muchos de vosotros también estáis cansados.

Mi madre aparece entre la refriega, espada en mano. Reconozco el arma de su arsenal personal y ella asiente hacia mí, en un gesto alentador. Ya siento cómo mi magia empieza a despertar y el calor se expande por mis venas.

Me tomo un momento para mirar a tantos como puedo a los ojos y continúo:

—Quiero que sepáis que no estáis luchando por mí ni por Maile. No lucháis por ningún territorio. Estáis luchando por vosotros mismos. Por vuestras familias y seres queridos, para que no tengan que vivir bajo el dominio de un hombre como Wren. O Edmond. O Chryse. Por un lugar donde la magia exista sin vergüenza ni control. Hoy, luchamos por nosotros.

Levanto mi espada por encima de la cabeza, encendiéndola con mi luz, y los gritos comienzan a estallar en el valle, una ola de emoción que parece no terminar nunca. Siento su energía en el pecho; en el aire que respiro.

Capítulo 59

Acker



—Es mágica —susurra Evelyn con los ojos brillantes, mientras observa a su hija a mi lado.

Estoy totalmente de acuerdo.

—Sí que lo es.

Hace un trabajo mejor que el que Fredrich y yo podríamos hacer jamás. Con la espada en alto, la observo avanzando al frente de la línea y el frenesí de los soldados la sigue como un eco. Me muevo para seguirla, pero Evelyn me detiene, con una mano sobre mi brazo.

Incluso mientras habla, no aparta la mirada de su hija.

—Tienes que transmitir la orden a tus hombres. A la cuenta de diez, que se cubran con los escudos o con lo que puedan encontrar.

Fredrich interviene.

—¿Qué pasa después de la cuenta?

Los ojos de Evelyn se deslizan hacia los míos mientras dice:

—Tú asegúrate de que todos sepan que deben cubrirse.

Mis ojos se cruzan con los de Zion y no necesita más instrucciones; desaparece entre la refriega. Cuando miro de nuevo a Evelyn, ella también se mezcla con los soldados y, rápidamente, pierdo de vista la espada dorada que lleva a la espalda.

Un dolor punzante atraviesa el vínculo y me insta a buscar a Jovie, sintiéndola a través del lazo. Está a la vista. Tiene la cabeza inclinada hacia el cielo y sus ojos recorren la extensión negra allá arriba, buscando a alguien que no vendrá.

Aunque lo pienso, no quiero creerlo, medio convencido de que Messer aparecerá y nos alegrará el día.

Y se comerá a un trol o algo así.

El dolor de Jovie es violento. Y cuando baja la vista del cielo, hay una nueva determinación en su postura. Puedo ver cómo la furia se mezcla con el dolor, una combinación peligrosa pero poderosa, mientras iguala la energía llena de rabia de sus hombres. Los ojos encendidos por la necesidad de sangre, los dientes a la vista mientras da órdenes a los hombres para que se preparen. Sus gritos de guerra son ensordecedores.

Pero en el viento, llega un grito de respuesta.

Al mirar hacia la ciudad, la luz del fuego parpadeante se acerca lentamente mientras la vibración en la tierra crece en intensidad.

Me dispongo a avanzar hacia Jovie, pero Fredrich me detiene con una mano en el hombro.

—Me quedaré con Jo. No dejes que tu preocupación por ella te distraiga —dice.

«Imposible».

Me lanza una mirada fija.

—La tengo bajo control.

Sabiendo que lo dice en serio, lo abrazo rápidamente.

—Terminemos con esto, ¿sí?

Sonríe.

—Sí.

Jovie está mirando a lo lejos cuando llego a su lado. La nieve le salpica el cabello, pequeños copos de hielo contra sus mechones rojizos. La espada en su mano irradia una luz constante. Digo su

nombre y casi siento que me atraviesa con la mirada cuando sus ojos se encuentran con los míos. Le acaricio el rostro con la mano y le sostengo la mirada hasta que veo cómo comienzan a formarse grietas en su exterior helado.

—Cásate conmigo —le digo.

Ahí está.

El alivio me inunda mientras su boca se estrecha. Está molesta, sí, pero también hay un destello de humor a través del vínculo. Abre la boca y escucho la respuesta en su mente, y cubro su boca con la mía antes de que pueda decirla. El beso es una promesa de ambos de luchar hasta mañana, cuando podamos ver esto como un recuerdo.

Al separarme, la abrazo contra mi pecho, de espaldas. Respiro su aroma. Flores silvestres mezcladas con el olor del hielo; con la barbilla apoyada en su cuello, observo los puntos de luz descendiendo sobre nuestra posición.

«Te amo».

Me detengo en seco al registrar las palabras que proyecta hacia mi mente. La preocupación que he llevado desde que escuché sus temores sobre mi obtención del don de Vad se dispara antes de derretirse lentamente en algo completamente opuesto.

Apoyando mi boca contra su sien, envío mi propio mensaje de vuelta.

«Dímelo mañana».

Un silencio se asienta sobre el ejército y es entonces cuando noto que las llamas en la distancia desaparecen. Una tras otra, se extinguen en un movimiento que recuerda a la llegada de Jovie a Kenta. Es un movimiento estratégico para volver invisible al ejército entrante en el aire nocturno; la nieve que gira y las respiraciones nubladas crean un velo sobre su posición.

—Apagad los fuegos —ordena Jovie.

La orden se transmite entre la multitud y la luz disminuye hasta que también nosotros nos sumimos en la oscuridad. La espada de Jovie es la última en permanecer iluminada antes de que retire su don. Saco dos dagas de la correa del pecho y me coloco junto a ella.

Aparte del choque de las espadas contra los escudos, los pasos arrastrados y las respiraciones pesadas, el silencio reina mientras escuchamos a la horda entrante. Es la calma antes de la tormenta.

Luego, muy lentamente, una vibración aumenta bajo nuestros pies. No es el retumbo de los troles, sino algo parecido a una estampida que fluye. Los gritos de los hombres llegan después, junto con sus coros, cada vez más rápido. Nos preparamos, el sentimiento de anticipación recorre a toda la multitud de soldados.

Parece como si un muro de metal viniera hacia nosotros. En su ropa, en sus armas, en su sangre. Hay tanto hierro que me duelen hasta los dientes.

—A cien pasos —aviso a Jovie, con Fredrich a su lado. Paso los nudillos por el puño con el que sostiene la espada y casi puedo sentir su expectación a través del vínculo—. Cincuenta.

Como un trueno que se acerca, el sonido de miles de hombres llega arrollándonos mientras sus gritos se mezclan con los nuestros justo antes de la colisión. Los hombres que vienen apenas se distinguen en la noche y su llegada trae ráfagas de viento. Los oídos me zumban mientras oigo cómo entrechocan metales y cuerpos.

El escudo de Fredrich nos protege, pero no completamente. Hay amenazas inadvertidas que se escabullen más allá de la barrera, como el hombre que tropieza frente a mí. No puedo discernir a qué ejército pertenece y no quiero matar a nuestros propios hombres, pero antes de que pueda reaccionar, Jovie enciende su espada.

Pero no es solo su espada.

Son todas las espadas dentro de un radio de quince metros, que se llenan de luz.

Fredrich maldice y hay un instante de asombro donde la pelea se detiene, todos están sorprendidos, algunos de nuestros propios hombres dejan caer sus armas por miedo. Miro a Jovie, asombrado. Pero ella se limita a dar un tajo al soldado roison que se encuentra dentro de nuestro escudo con un golpe hacia atrás. No tarda en reanudarse la pelea y nuestros hombres usan la recién adquirida ventaja de la luz cegadora para derribar a sus adversarios.

Lanzo una daga hacia mi derecha, la hoja se arquea de vuelta hacia mí, cortando al hombre que viene hacia nosotros en el cuello.

«Has estado escondiendo ese truco tan ingenioso, ¿eh?».

Hay un aire arrogante en la expresión de Jovie cuando sus ojos se cruzan con los míos. Sonrío mientras clavo mi daga en las costillas de un alaha y uso mi magia para empujar el arma a través de su pecho y hacerla salir por la espalda. Le arrebato la espada que tenía preparada en la mano justo antes de que se desplome en el suelo, mientras devuelvo la daga ensangrentada a mi mano libre.

Sostengo la línea del frente junto a Jovie y Fredrich y tengo la vaga sensación de que Zion está cerca.

Matar es inconsciente. Puedo sentir el corazón latiéndome en el pecho, escucharlo en mis oídos, pero todo parece calmarse en medio del mar de rabia. El instinto toma el control, una secuencia interminable de movimientos. Mi visión se fija en momentos esporádicos, el tiempo queda atrapado en la respiración, en la pausa de un parpadeo. Veo cómo mi espada abre a un hombre de la oreja a la boca, su lengua se hace visible en un grito que no puedo oír. La nieve se arremolina mientras giro y lanzo mi espada contra un sable que viene hacia mí. La hoja de Jovie atraviesa el pecho de un hombre. Y así continúa. Tropezamos con los caídos, pero no nos detenemos. No reducimos la velocidad.

Entonces, el suelo tiembla.

Una sacudida violenta que provoca que todos se queden paralizados en el sitio, incluso nuestros enemigos, mientras la vibración regresa, esta vez más fuerte. El rugido de un trol vibra en el aire y todos miran hacia el bramido, mientras una figura creciente emerge de la nieve que gira. Es el trol al que le falta un ojo, y se abre paso a través de la horda de la batalla, sus pies golpean el suelo con una fuerza violenta mientras tropieza con sus propios hombres. Sus muertes terminan en gritos abruptos.

Cuando el sonido de unos segundos pasos se oye a lo lejos, la oración de Zion apenas se escucha sobre el caos.

—Madre, ayúdanos.

Nos movemos al unísono para evitar que nos aplaste el pie del trol. Pero todos los hombres a nuestro alrededor tienen la misma idea: de Roison, Alaha, Kenta y Maile por igual, todos buscan escapar, frenéticos, del camino del trol. No vamos a lograrlo.

Jovie y Fredrich se detienen frente a mí, agarro la manga de Jovie y tiro de ella en dirección opuesta. Hacia el trol, en lugar de alejarla. Zion se da cuenta. Más rápido que Fredrich y yo, corre hacia el gigante, con la espada alzada sobre su cabeza y un grito saliéndole de la boca mientras se desliza bajo la pisada del trol. Le alcanza la planta y se desliza por el suelo mientras la sangre le cae sobre la cabeza. Se libra por muy poco de que le aplaste mientras el trol grita. El sonido es ensordecedor, pero el gigante tropieza hacia un lado, creando un espacio para que el resto de nosotros pase.

Está enfadado. Gruñe mientras se inclina y barre con una mano a cualquiera que se cruce en su camino. Los cuerpos salen volando, los gritos se pierden en la noche. Los gigantes son demasiado difíciles de controlar, o a Wren realmente no le importan una mierda sus propios hombres. Empujo a Jovie hacia delante y me aseguro de que ella y Fredrich estén fuera del alcance del trol, luego me tiro al suelo de espaldas. Jovie grita mi nombre, pero no pierdo la concentración mientras preparo la espada en mi mano como una jabalina y entrecierro los ojos mientras apunto. Y cuando el trol se inclina para agarrar un puñado de soldados, lanzo la espada y empujo el metal por el aire hacia mi objetivo. Su ojo restante explota en cuanto la espada lo atraviesa.

Salgo corriendo.

La sangre y los fluidos caen desde arriba; el gigante grita mientras lucha por mantenerse erguido. Una pelea que va a perder, me doy cuenta, frenando en seco. Miro a los ojos de Jovie y niego con la cabeza cuando se dispone a moverse hacia mí. Fredrich la detiene con una mano sobre su brazo mientras retrocedo y mis pies luchan por aferrarse al suelo resbaladizo. La sangre, las vísceras y las pisadas han creado un lodo espeso. El trol se desploma contra la tierra, bloqueando mi vista mientras su cuerpo cae, y el choque resultante sacude la tierra y envía ráfagas de viento en todas las direcciones. Cualquiera a menos de treinta metros cae al suelo.

Me levanto y me sacudo la porquería de las manos. Siento a Jovie, el vínculo me guía hacia su ubicación al otro lado del gigante caído.

Los hombres se lanzan hacia el trol mientras yace en el suelo, aprovechando la oportunidad para acabar con él de una vez por

todas.

Un grito resonante me obliga a mirar por encima del hombro; la ira del otro trol es evidente mientras ruge hacia el cielo nocturno, y este, desafortunadamente, tiene ambos ojos. Ambos están fijos en mí y ya se encamina en mi dirección.

Mierda.

Corro a lo largo del gigante caído buscando cobertura, pero pronto es evidente que no voy a poder escapar de este trol; los estampidos de sus pasos se acercan demasiado rápido, el suelo tiembla bajo mis pies y las rodillas me crujen. Tropiezo con los cuerpos caídos y resbalo en el lodo. Me pongo de espaldas para recoger cualquier pedazo de metal que siento en el suelo a mi alrededor y se los lanzo al trol que se cierne ante mí.

Un esfuerzo inútil.

Los pocos que le impactan apenas le hieren. La mayoría logra apartarlos. El gigante hace un puño y, con su compañero caído a mis espaldas, no tengo a dónde ir mientras espero a que lo baje sobre mi cabeza.

Pero algo lo detiene.

Alguien.

Siento la amargura de la sangre. Veo a Wren, de pie entre el frenesí de la batalla, detrás del gigante. Su atención no está en mí, sino en el trol, y tiene una mano extendida y el ceño fruncido en una concentración dolorosa. Su concentración está tan completamente enfocada que no ve a su hijo. Como si llevara toda la vida esperando este momento, viene desde atrás y le corta el cuello a su padre en un movimiento rápido, de un solo tajo.

Miro hacia arriba y el ojo del trol rueda hacia atrás, solo el blanco queda visible mientras se balancea en su sitio. ¿Está... quedándose dormido?

No espero a descubrirlo.

Me giro hacia el trol caído. Los jirones de su túnica le cuelgan del cuerpo y me agarro al material y lo uso para trepar sobre su espalda. Un soplo de aire llega desde atrás y, cuando me giro, el trol está de lado, roncando.

Cuando miro de nuevo a Wren, está boca abajo en el suelo y Kai ya se ha ido. El caos reina mientras la lucha continúa. Las bajas cubren el suelo, aplastadas por el barro mientras son pisoteadas. Es un desastre nauseabundo. De todas las batallas que he presenciado, esta es, de lejos, la más depravada.

Lo peor de todo es que veo a una mayoría de los nuestros entre los caídos. Nos están matando sin piedad.

La nieve ha amainado, apenas flotan algunos copos, el cielo nublado se despeja lo suficiente para que un hilo de luna sea visible entre las nubes. Me brinda luz suficiente para tener una vista completa del campo de batalla, que se extiende hasta donde alcanza la vista en todas direcciones.

Mis ojos se fijan en Jovie. Fredrich y Zion le cubren la espalda mientras enfrentan cualquier amenaza entrante. Su mirada está fija en algo a lo lejos y, al seguirla, veo un destello de alas doradas. Las primeras de muchas. Como una flor que florece en medio de la muerte y el horror, emergen mariposas doradas. Su vuelo atrae la atención del mar de hombres, con las cabezas alzadas y las bocas abiertas ante la visión. Sam está en el borde de la caja que acaba de abrir, gritando a los hombres de abajo. No puedo oírlo, pero mientras nuestros hombres gritan al unísono, el mensaje viaja con el viento, apenas un susurro que llega a mis oídos.

«Portadora de luz».

Mi pecho se hunde al darme cuenta de que el canto es la cuenta atrás. Cuando miro de nuevo a Jovie, ella ya me mira. Y en el siguiente coro, me uno, el canto sale orgulloso de mis labios.

«Portadora de luz».

Es como si el viento se detuviera mientras el canto crece en volumen. Casi como si la Madre misma se hubiera detenido a escuchar.

«Portadora de luz».

Llamo a un escudo abandonado y siento el peso del metal en mis manos.

«Portadora de luz».

La lucha se queda suspendida, Fredrich deja caer su espada a un lado, moviendo la boca al ritmo del canto.

«Portadora de luz».

Y mientras la cuenta crece para abarcar todo el campo de batalla, Jovie enciende su espada, sus ojos todavía fijos en los míos. No exageraba cuando dije que serviría a sus pies. Me arrodillaría en este mismo instante si estuviera frente a ella.

«Portadora de luz».

Y mientras la cuenta llega a los últimos tres, ella hace brillar su espada con un resplandor ardiente, girándola con la muñeca mientras se prepara.

«Portadora de luz».

Luego apunta su espada hacia las mariposas que revolotean.

«Portadora de luz».

Se produce un revuelo de sonido de metales chocando mientras todos nuestros hombres levantan sus escudos sobre sus cabezas para protegerse, yo incluido.

«Portadora de luz».

Observo desde debajo de la armadura que está sobre mi espalda mientras Jovie desata su luz hacia las mariposas doradas en un haz de brillantez pura. El resplandor impacta en sus alas y la luz se refleja inmediatamente, multiplicándose con cada batir de esas alas antes de ser redirigida hacia el suelo en un impresionante espectáculo de rayos de luz danzantes. No puedo evitar pensar que la luz brilla más fuerte después de la oscuridad.

Los hombres de Wren no saben qué los golpea.

Hasta que la luz toca su carne, no comienzan los gritos. Un coro de angustia mientras se queman de afuera hacia dentro y la piel se les derrite sobre los huesos, a la vez que la luz sigue moviéndose y saltando por el campo de batalla. Acierta en los rostros y cabezas de cualquiera que no haya sabido cubrirse. Baila sobre mí, su calor abrasa la placa de metal de mi espalda. Cierro los ojos ante la luz cegadora y me cubro la cabeza mientras rezo a los dioses para que un rayo no me golpee desde un ángulo desafortunado.

Continúa durante lo que parece una eternidad, aunque probablemente no sea más que unos pocos minutos. El olor a carne quemada me llena los pulmones. Para cuando el calor disminuye y me atrevo a abrir los ojos, quedan solo un puñado de rayos de luz.

Retiro con cuidado el escudo que me cubre la cabeza y miro hacia el valle: libre de fuerzas enemigas, ya sea por muerte o rendición. El calor asciende de la carne y la tierra carbonizadas y se eleva en el aire mientras el vapor se arremolina a nuestro alrededor.

Y en el centro está Jovie, con el pecho agitado y la espada a un lado mientras contempla sus actos con ojos abiertos de par en par.

Me deslizo del trol y me tambaleo al caer sobre el suelo revuelto. Nuestros soldados se levantan de sus refugios improvisados, atónitos y desequilibrados al contemplar el campo de batalla repentinamente silencioso. Los cuerpos yacen en despojos, con la carne aún burbujeando y chisporroteando y parte de la piel desprendiéndose de los huesos, mientras paso sobre ellos, con premura, para llegar a Jovie.

Sam ya está a su lado. Le dice que está orgulloso de ella. Que había que hacerlo. Evelyn la abraza a continuación, pero puedo notar que está abrumada. Y cuando sus ojos se encuentran con los míos, siento que me llama hacia ella, el vínculo tira del lazo. Una vez que estoy a su alcance, me arrastra hacia ella y entierro mi rostro en su cabello mientras la sostengo contra mí.

Siento su conmoción.

—Se acabó, Jovie —le digo.

Y ella repite después de mí:

—Se acabó.

El sonido de los soldados vitoreando estalla a nuestro alrededor y parece sacarla de su aturdimiento. Los hombres levantan los puños al cielo, gritando. Dura aproximadamente el tiempo que lleva darse cuenta de que hay un soldado enemigo que, de alguna manera, ha logrado escapar con vida. Sus vítores mueren cuando se hacen a un lado y dejan paso a ese soldado en particular que camina entre la multitud con las manos levantadas en señal de rendición, el cabello rubio escapando en mechones alrededor de su rostro, mientras se acerca.

Kai.

Un soldado se apresura hacia él y le da una patada por detrás, haciéndolo caer de rodillas. Se equilibra con una mano antes de incorporarse, con expresión inescrutable.

Jovie se separa de mi abrazo y noto que la rabia que había agotado regresa en ella con venganza.

—¿Cómo te atreves a mostrar tu rostro? —se burla y la espada en su mano tiembla, con el metal aún caliente al tacto.

Su piel empieza a brillar.

—Jovie —digo, con un toque de advertencia—. Calma.

Ella mira hacia abajo, tomando nota del calor que irradia, pero continúa.

—¿Dónde está Messer? —exige—. ¿Qué hiciste con él?

—No lo sé —responde él.

Ella avanza pisando fuerte y me impresiona la habilidad de Kai para no retroceder ante la ira de ella.

—¿Lo sabías? ¿Lo que tu padre planeaba hacer? ¿Matar a Messer? ¿Y casi hacerme lo mismo a mí?

Niega con la cabeza una vez.

—No —dice con voz apagada—. Se enteró de que había estado enviando hombres hacia la ciudad y básicamente me desheredó. Dijo que era una vergüenza de Heredero.

La luz de Jovie emite destellos por su cuerpo.

—No te creo —dice, inquietantemente calmada.

—Jovie —digo, poniéndole una mano suavemente sobre el hombro, y el calor es casi doloroso mientras la giro suavemente hacia mí—. Él me salvó la vida.

Esto la obliga a detenerse, frunciendo el ceño mientras lucha por entender mis palabras.

—¿Qué?

Inclino la cabeza hacia él.

—Si no hubiera intervenido —le digo—, ahora no estaría vivo.

Un soldado en la distancia grita algo, interrumpiendo, pero es difícil de entender.

—¿Qué ha dicho? —pregunta Zion.

Fredrich responde:

—Casi ha sonado como si dijera...

—... ¡el capitán de Alaha está muerto! —grita de nuevo el soldado.

Jovie mira a Sam, sin necesidad de palabras para darle la orden, y él desaparece al instante.

—Es cierto —digo, llamando su atención—. Wren está muerto.

—¿Cómo lo sabes? —me pregunta Jovie. Cuando mi mirada se dirige a Kai, sus ojos se fijan en él—. ¿Has matado a tu propio padre?

El primer destello de verdadera emoción aparece en los ojos de Kai.

—Sí, lo he hecho.

Capítulo 60

Jo



Acker apoya las manos a ambos lados de la veranda y yo me recuesto contra su calor. El invierno se niega a soltar su agarre mortal.

—¿Estás lista para volver a casa?

«Casa».

Un lugar en el que hace un tiempo no estaba segura de seguir creyendo, pero que ahora se parece mucho a la persona que tengo a mi espalda.

Asiento y dejo caer la cabeza contra su pecho.

—Sí. ¿Y tú? —pregunto mientras lo miro y veo el reflejo del fuego de la chimenea bailándole en los ojos—. ¿Estás listo para vivir en Maile?

Asiente.

—Es una ciudad preciosa.

Lo es.

—Vamos a tener que encontrar nuestro propio sitio —digo.

—¿No vamos a vivir en el palacio?

—¿Con mi madre?

Hace un chasquido con la lengua.

—Vamos a tener que encontrar nuestro propio sitio —repite y me hace sonreír.

Es algo que me ha resultado difícil en estas semanas que han pasado desde la batalla. Cada sonrisa me recuerda todas las razones por las que debería hacerlo y, al mismo tiempo, todas las razones por las que no quiero. La culpa es una noción extraña. Querer encontrar la felicidad, pero no saber muy bien qué hacer con ella cuando te encuentra, aunque solo sea un poco.

—¿Cómo te sientes? —pregunta.

Hace esto con bastante regularidad, comprobar qué tal voy. Algunos días son más fáciles que otros. Pero esta noche se me hace más difícil por alguna razón. Si intento explicar por qué, los sentimientos se vuelven demasiado intensos, demasiado grandes para articularlos y entonces me pondré a llorar.

Le ofrezco lo que puedo.

—Estoy bien.

Me besa en la mejilla.

—Entremos antes de que empieces a tiritar.

Dejo que me lleve a su dormitorio. Me corrijo mentalmente, sabiendo cuánto odia que lo llame así, «suyo», puesto que ya llevamos semanas en el palacio, pero estoy lista para tener nuestro propio lugar.

Un fuego bajo arde en el hogar y hay un montón de almohadas y mantas delante. Después de la batalla, pasé días frente al fuego. Era como si no pudiera entrar en calor, como si el frío se me hubiera quedado en los huesos. Esa sensación helada todavía me golpea de repente, a veces. Se ha convertido en una rutina nuestra, pasar las noches frente al fuego.

Cuando Acker se gira para cerrar las puertas que dan al balcón, lo detengo con una mano en el brazo.

—Déjalas abiertas.

No tengo que explicarle por qué.

Nos acomodamos sobre las mantas. Mi cabeza reposa en su pecho mientras él juguetea con mi pelo.

—¿Cuánto crees que tardará Beau en suplicar para volver a Maile?

—Oh, unos tres días y medio —dice—. ¿Y tú?

—No lo sé —reflexiono—. Su insistencia en que es más que capaz de dirigir el territorio es tan fuerte que casi me inclino a creerla. No es que haya dudado nunca de que pudiera hacerlo, es solo que no puedo creer que se ofreciera voluntaria. Odia Kenta.

—Hallis juró vigilarla.

Sonrío y es una sonrisa de verdad.

—No lo dudo.

—Te burlas demasiado de él —dice Acker—. Beau nunca le ha hecho ni caso.

—Nunca se sabe. Pueden pasar muchas cosas con solo ellos dos, solos en este palacio gigantesco...

Puedo oír la sonrisa en su voz.

—Y con un nuevo consejo al que aclimatar y una ciudad que reconstruir.

Apoyo la barbilla en su pecho y lo miro.

—Si nosotros pudimos enamorarnos en mitad del océano y en plena guerra, ellos tendrán muchas oportunidades mientras ayudan a organizar el nuevo sistema de catalogación de Greta.

Se ríe, echando la cabeza hacia atrás.

Aunque Greta ha dejado claro que no piensa quedarse para siempre, quiere dejar la biblioteca en las mejores condiciones posibles antes de que el siguiente bibliotecario y archivero tomen el relevo. Además, sospecho que quiere quedarse con Beau. Le preocupa.

Kai y Aurora también se quedan aquí. De momento, los alaha se han dispersado por la ciudad y la pareja actuará como enlace con el consejo. Al menos, por ahora. Y aunque Beau insiste en que no hay engaño alguno en sus auras, sigo teniendo mis dudas. Nunca encontramos a Messer. Buscamos por toda la ciudad, el territorio y más allá, pero hay demasiado terreno y no los suficientes hombres para cubrirlo todo. Me entristece no poder llevar sus restos a Alaha para darle el entierro marino que sé que habría querido.

Al cabo de un rato, Acker dice:

—Vamos a necesitar un lugar lo bastante grande para que tengas una sala de dibujo.

Pongo los ojos en blanco. Hemos hablado de esto una y otra vez.

—Ya no dibujo.

—Lo sé —dice, jugando con mi pelo—. Pero creo que es un buen momento para retomarlo.

Mi sonrisa es triste.

—Nunca se me ha dado bien.

Sus manos se detienen antes de girarme de espaldas y mirarme desde arriba sobre el montón de mantas que hemos convertido en una cama improvisada.

—No puedes estar hablando en serio.

—Mis bocetos eran horribles, Acker. Admítelo. Prometo que no herirá mis sentimientos.

Me mira con absoluta incredulidad.

—Nunca lo admitiré, porque no es verdad. Todavía conservo el dibujo que hiciste de un caballo ganador.

—Eso dice muy poco de ti —respondo.

Alza una ceja y su sonrisa se ladea.

—Más bien de ti, porque Zion y Fredrich se han pasado toda la tarde empaquetando tus antiguos materiales de arte en el carruaje para el viaje de mañana por la mañana.

Suspiro, incapaz siquiera de enfadarme con él.

—Supongo que tenemos la habitación extra desde que Irina se fue a su casa a principios de esta semana.

Puedo oír la sonrisa en su voz.

—Prácticamente salió volando por las puertas del palacio.

Cojo su mano entre las mías, admirándolo en toda su perfección. Dedos largos, fuertes, venas en los lugares justos. No demasiado curtidos, pero lo suficiente como para dar firmeza a su agarre. Manos de un hombre trabajador, pero capaces de tareas minuciosas.

Me llevo su dedo corazón a la boca y le muerdo la yema. Suspiro, encontrando algo profundamente satisfactorio en poder hacer por fin lo que he deseado. No hay nada abiertamente sexual en ello, pero el

calor se enciende en la mirada de Acker mientras continúo con el resto de sus dedos y termino con el pulgar.

Muerdo un poco demasiado fuerte y él se aparta con un siseo.

Pero sonríe, travieso, y me encanta lo fácil que le resulta.

—¿Me amas, Jovie?

—Qué pregunta tan ridícula —digo.

Se encoge de hombros.

—Respóndela de todos modos.

No puedo evitar sonreír.

—Sí, te amo.

—Entonces di que te casarás conmigo. —Pasa el pulgar por mis labios, con los ojos fijos en el movimiento—. Miénteme si hace falta. Solo quiero oírte decir que sí.

Apoyándome en un codo, me incorporo hasta quedar a su altura.

—¿Por qué es tan importante para ti?

—Nuestra unión podría disipar cualquier duda persistente. Le daría a la gente algo por lo que esperar con ilusión después de todo lo que ha soportado bajo la corona de mi padre, ayudaría a unificar nuestros dos territorios bajo un solo gobierno.

La gente ya lo ha pedido en las calles, coreando nuestros nombres como si ya estuviéramos prometidos, pero...

—¿Estás seguro de que esto no tiene nada que ver con encontrar otra forma de asegurarte de que estaré atada a ti para siempre?

Mi sonrisa se apaga al notar su expresión seria.

Sigue pasándome los dedos por el pelo antes de mirarme a los ojos.

—Es lo que hace la gente normal cuando se ama. Quiero pensar... que si no estuviéramos vinculados, aun así me elegirías.

Mi corazón sensible se rompe un poco con su confesión y trato de no llorar por enésima vez hoy. Ha insistido otras veces en las últimas semanas y yo he estado esquivando sus peticiones. La idea de tener una boda sin mi mejor amigo a mi lado es dolorosa. Un dolor profundo, como el frío de mis huesos.

Él siente ese dolor y sus ojos se suavizan. O quizá lo oye en mis pensamientos; ya no sé distinguirlo.

—Messer querría que fueras feliz.

Trago saliva para apartar el nudo ardiente de mi garganta, y asiento.

—De acuerdo —digo impulsivamente, sabiendo cuánto necesita esto—. Me casaré contigo.

—Gracias —susurra contra mi boca, recostándome de nuevo sobre las mantas. Me quita la camisa por la cabeza, su voz es como una caricia sobre mi piel—. Brilla para mí, Jovie.

Niego con la cabeza.

—Nunca he podido hacerlo a propósito. Normalmente solo sucede cuando me siento fuera de control.

Oigo la sonrisa en su voz mientras alcanza la cintura de mis pantalones.

—Puedo hacer que eso pase.

Epílogo

Messer



El viento no es ideal.

Estiro las alas mientras me balanceo en el alféizar de la ventana y el dolor me irradia por el pecho. Pero no puedo esperar más.

He oído a la madre hablar con su marido sobre el príncipe y su vínculo, que parten hoy hacia Maile. La gente se está reuniendo abajo, llenando las calles para verlos marchar, en parte como despedida y en parte como celebración de la victoria por el fin de la guerra.

La voz de Lindy suena en la escalera y sé que se me acaba el tiempo. El chico se ha tomado como misión personal cuidarme hasta que sanara, para gran disgusto de su madre. Le debo la vida. No habría sobrevivido después de que me dejaran en el frío helado. Me encontró en el callejón y me metió en su casa, donde me mantuvo caliente junto al fuego, me dio sus sobras y su leche caliente.

Pero el crío cree que soy su nueva mascota. Planea entrenarme para cazar ratones. Lo cual es admirable, pero tengo gente que sé que me echa de menos. O al menos, más les vale hacerlo. Espero que estén destrozados por el dolor y la pena. Me refiero a lágrimas de verdad y todo eso.

—... a ver cómo está *Duende* —le grita Lindy a su madre desde arriba.

El maldito niño me llamó *Duende*.

Allá vamos.

Salto por la ventana abierta y un chillido se escapa de mi pico. Un dolor abrasador me atraviesa todo el cuerpo mientras aleteo, intentando desesperadamente atrapar el viento. Oigo los gritos de Lindy a mi espalda, pero no puedo darle mi sincero agradecimiento mientras lucho por no precipitarme a una segunda muerte.

Asciendo, solo para ser golpeado por vientos cruzados. Desciendo un poco, encuentro una corriente decente y extiendo las alas. La derecha no se estira del todo. La articulación cerca del hombro sigue hecha un desastre, aún no se ha curado por completo. Pero funciona lo suficiente como para permitirme dirigir un ascenso. Sigo los vítores hacia la puerta sur.

Las calles se vuelven menos concurridas a medida que me acerco y entonces veo por qué. Tres carruajes salen en desfile por la puerta de la ciudad, uno tras otro. Si hubiera elegido transformarme en cualquier otra ave antes de resultar herido, podría sentirla a ella, pero los halcones tienen un sentido del olfato estúpidamente limitado.

Doblo las alas lo justo para lanzarme en picado hacia ellos, pero el aire cede y voy dando tumbos hacia el techo del último carruaje. Golpeo la superficie y ruedo sobre ella. Consigo evitar caerme por el lateral y acabar aplastado por las ruedas usando las garras, las uñas rascan el techo.

—¿Qué coño ha sido eso? —pregunta una voz masculina que no reconozco.

Entonces la oigo a ella, la cadencia familiar de la voz de B en el primer carruaje.

Me tambaleo hasta ponerme en pie y calculo la distancia hasta el carruaje del medio. El cochero de este, sin embargo, mira por encima del hombro y me ve. Hace un sonido para espantarme, agitando la mano, y yo salto sobre su brazo. Él grita, me lanza hacia delante y los caballos se alteran. No es una maniobra elegante en absoluto, pero aterrizo en el carruaje con las patas torpes.

¿El dolor? Agonizante.

Pero un éxito es un éxito.

La puerta del carruaje delantero se abre de golpe y la cabeza de Acker se gira bruscamente hacia mí. Debe de haber sentido la familiaridad de mi sangre, y uso el último resto de fuerza que me queda para lanzarme por la abertura, recogiendo las alas. Aterrizo en el banco acolchado hecho un desastre. Ala sobre cola sobre cabeza sobre garras hasta quedar boca arriba.

B jadea.

Cuando vuelvo la cabeza para mirarla, se me cae el alma a los pies. Retiro todo lo que pensé antes sobre que estuvieran tristes por mi desaparición. Puedo ver el dolor en su rostro cuando las lágrimas le brotan al instante y se derraman por sus mejillas mientras me mira conmocionada.

No he intentado cambiar de forma desde que me derribaron del cielo con una flecha con punta de piedra ígnea y, probablemente, no debería hacerlo después de este vuelo infernal, pero no puedo soportar mirar a B llorando siendo un halcón.

Transformarse nunca es indoloro, pero este cambio es peor que el primero. Mientras los huesos, la sangre y los músculos vuelven a su forma humana, un nuevo dolor insoportable se prende en mi hombro derecho y un grito me brota de la garganta en cuanto termina.

Pero inmediatamente después, el dolor se atenúa hasta convertirse en una molestia persistente y consigo esbozar una sonrisa entre respiraciones cortas.

—Hola, B.

Sus sollozos se convierten en pleno llanto cuando se lanza sobre mi pecho. Gruño por el peso mientras le doy palmaditas en la espalda con el brazo sano. Mis ojos se cruzan con los de Acker al otro lado del carruaje. Que no está muy lejos. Estamos aquí como sardinas en barril.

—¿Sabes?, si fueras cualquier otro, ya estarías mirando el filo de mi espada —dice.

Se quita el abrigo de los hombros y lo lanza sobre mi pene al aire. Pero incluso mientras me lanza una mirada seca, no puede ocultar el deleite en sus ojos.

—Vamos, admite que te alegras de verme —le digo.

Lo único que hace es sonreír.

Al final, B se incorpora y me mira mientras sus manos recorren la piel destrozada de mi pecho.

—¿Cómo...? ¿Qué? ¿Dónde?

Me río de su balbuceo incoherente, con la cara llena de mocos.

—Tardé un tiempo en curarme —digo, mientras se apaga mi sonrisa—. Siento haberme perdido toda la diversión.

Ella niega con la cabeza, secándose la cara con el dorso de las manos.

—Necesitas un sanador.

—Por los dioses, eso sería maravilloso —respondo.

Por fin, Jovie sonríe. Su alegría se transforma en risa mientras se seca las lágrimas.

Tengo cuidado de mantenerme cubierto al incorporarme.

—¿Dónde está Kai?

Acker se inclina hacia delante, intrigado.

—¿Por qué?

Recuerdo cómo Aurora me encontró herido en la nieve. Estaba frenética cuando partió la flecha y la arrancó, lo que dolió como un infierno, pero fue todo lo que pudo hacer antes de que Kai la llamara.

«Déjalo».

Su orden fue dejarme morir.

El dolor ya ha pasado. Tuve tiempo de sobra para asimilarlo mientras me curaba lentamente detrás de un contenedor de la calle. Ahora solo siento rabia, porque hay algo que sé con absoluta certeza. Sin lugar a dudas, Aurora jamás habría permitido que eso ocurriera. Nunca me habría dejado desangrándome en el frío helado como si no fuera nadie para ella. La única explicación posible es...

Kai la estaba influenciando.

Mirando a Acker, digo:

—Tiene a mi chica.

Agradecimientos

Una vez más, gracias a los lectores a quienes les encantó *Metal Slinger*.

Tanto si me habéis acompañado desde el principio como si acabáis de descubrir mis historias, os estoy profundamente agradecida por la paciencia que habéis tenido mientras esperabais este libro. Sé que os dejé colgando al borde del precipicio al final del primero y espero que el desenlace de este haya compensado la espera.

Gracias a mi agente, Emily Forney. Te digo constantemente que eres la mejor, pero no puedo expresar lo mucho que te aprecio. Y un agradecimiento enorme a Layla, Sophie y a todo el equipo de BookEnds.

Gracias a Sara Goodman, así como a Amelia, J, Sarah, Meghan y a todo el equipo de Saturday Books. Gracias a Millie Prestidge, Hennah, Harry y a todo el equipo de Gollancz. Ha sido un año emocionante y lleno de acontecimientos, como mínimo, y estoy enormemente agradecida por todo el cariño y el trabajo duro que se han volcado en este libro.

Gracias a Sara, Millie, Emily, Sarah P y J por trabajar conmigo durante las versiones de desarrollo, las correcciones de estilo y mucho más. Ha sido verdaderamente un esfuerzo conjunto y me siento muy afortunada de haber contado con todas vosotras en mi equipo para esta historia.

Gracias a mi diseñadora de cubierta, Murphy Rae, por el arte impresionante y hermoso que captura a la perfección la esencia del libro.

Como siempre, gracias a mi mejor amiga, Alicia, por leer conmigo cada primer borrador y cada versión desastrosa. No sobreviviría sin

ti. A mi marido, Marlon, por ser un lugar de descanso y consuelo cuando me hundo en el delirio de la escritura. A mi madre, Michelle, por seguir siendo un apoyo constante, incluso mientras continúa luchando por sí misma. Os quiero.

Y a todos los amigos que he hecho por el camino, gracias por todo y por mucho más.

Light Wielder
Rachel Schneider

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *Light Wielder*
© del texto: Rachel Schneider, 2026
Publicado por acuerdo con BookEnds Literary Agency a través de International Editors & Yáñez Co' S.L.

© de la traducción: Cristina Carro, 2026
© Editorial Planeta, S. A., 2026
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelonacrossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): julio de 2026

ISBN: 978-84-08-32284-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta